



PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DE CHILE
Facultad de Arquitectura, Diseño y Estudios Urbanos

¿Construyendo comunidad de barrio? Mixtura y cohesión social en los Proyectos de Integración Social en Chile

Luis Alejandro Vergara Erices

Tesis presentada a la Facultad de Arquitectura, Diseño y Estudios Urbanos de la Pontificia
Universidad Católica de Chile para optar al grado académico de Doctor en Arquitectura y
Estudios Urbanos

Profesor Guía: Francisco Sabatini
Comité de Tesis: Emmanuelle Barozet
Luis Fuentes

Santiago de Chile | Julio de 2019

Índice de Contenido

Agradecimientos.....	8
Resumen.....	9
Introducción.....	11
Capítulo 1. Definiendo la cohesión social: una aproximación dialéctica.....	20
La cohesión social en los estudios urbanos: cinco formas de entender un concepto.....	22
Cohesión como existencia de normas comunes.....	25
Cohesión como orden social.....	25
Cohesión como desigualdad.....	26
Cohesión como redes personales y capital social.....	27
Cohesión como sentido de pertenencia territorial.....	27
¿Cuáles son las dimensiones constituyentes de la cohesión a escala de barrio?.....	28
La cohesión social y algunos conceptos adyacentes.....	33
La cohesión social: una dialéctica entre la asociación y la comunidad.....	35
Conclusión.....	37
Capítulo 2. Clase, cohesión y comunidad: la mixtura social del espacio desde la sociología urbana.....	39
El marxismo y la comunidad de clase: discutiendo el acoplamiento entre posición social y conciencias.....	40
Desde la clase a la individualización: la comunidad del consumo.....	43
Conectando clase y la individualización: el enfoque de Bourdieu.....	48
Las clases sociales van al barrio: ¿puede haber comunidad en vecindarios de ingreso mixto?.....	52
El análisis marxista del barrio y la diversidad: clasismo, tectónica social y homofilia.....	52
El efecto barrio y el nuevo urbanismo: la mixtura social como vía para la movilidad.....	55
La espacialización de la clase: desde el housing carrer a la pertenencia (s)electiva.....	59
¿Es posible la construcción de comunidades en barrios de ingresos mixtos? Revisión de la evidencia empírica en Chile.....	64
Conclusión parcial: una hipótesis sobre la construcción de comunidades en barrios de ingresos mixtos en Chile.....	69

Capítulo 3. Una política de vivienda de apoyo a personas: de la segregación de los pobres a la búsqueda de mixtura y cohesión social

.....	72
El rediseño de la policía de vivienda: el establecimiento de un modelo de apoyo a personas con homogeneidad socioeconómica.....	73
Las políticas de vivienda de Pinochet: los problemas iniciales y los programas de erradicación y radicación.....	77
Políticas de los noventa: la producción industrial de la vivienda social. ...	80
La vivienda social a inicios del milenio y la expulsión de la ciudad	83
La segregación de la vivienda social y sus efectos en la cohesión social. ...	86
La búsqueda de mixtura social y la emergencia de los subsidios de integración.	89
¿Más que una política de apoyo a personas? Los PIS y la continuidad del sistema habitacional.....	96
La mixtura social con apoyo a lugares: más allá de la estrategia chilena..	100
Conclusión	103

Capítulo 4. Casos de estudio: dos PIS en entornos disímiles 105

Seleccionando los casos de estudio.....	106
Juvenio Valle.....	109
San Alberto de Casas Viejas	116
Conclusión: similitudes y diferencias entre los casos de estudio	122

Capítulo 5. Estrategia metodológica..... 124

Paradigma, alcance y diseño de la investigación: algunas definiciones generales	125
La dimensión cuantitativa de la investigación	129
¿Cómo estudiar el grado de heterogeneidad socioeconómica de los vínculos sociales? Mezclando el análisis de redes sociales con el generador de posiciones.....	132
La dimensión cualitativa de la investigación.....	134
¿Cómo estudiar la convivencia y el sentido de pertenencia al interior de los vecindarios?: la aplicación de una entrevista semiestructurada.	138
Análisis de los datos	139
Criterios de inclusión, acceso a sujetos y muestras.....	142
Conclusión: limitantes y posibilidades de transferibilidad de los resultados	147

Capítulo 6. Mixtura social y sociabilidad: ¿inducen los PIS vínculos socioeconómicamente diversos? 149

¿Hay homofilia socioeconómica en las relaciones sociales de los residentes de PIS? 151

¿Es el barrio un promotor del contacto pluriclasista? 156

La importancia de lo espacial ¿pueden la dotación de los PIS y su entorno puede promover relaciones sociales pluriclasistas? 165

Capítulo 7. Extraños pero “buenos vecinos”: convivencia y conflictos aspiracionales en los PIS. 176

Entre extraños-extraños y extraños-conocidos: la importancia del “buen vecino” en los PIS 177

Somos de clase media o como todos!: el sentido de similitud como articulador de pertenencia social común 186

Los conflictos aspiracionales y la articulación de clase y convivencia en los PIS..... 190

¿Conflictos de estilo de vida o clase social?: entre la “clase media picante” y la “clase media normal” 191

De barrio a condominio: las rejas y la búsqueda de status social 195

¿Los siúticos?: ¡esos que no conversan con nadie! 198

¿La participación?: ¡eso es para los pobres!. Una mirada “desde barrios de clase media” 202

Balanceando la sociabilidad: ¿por qué los conflictos no escalan?..... 204

Capítulo 8. La clase en clave territorial: el sentido de pertenencia al barrio en los PIS 208

Satisfacción residencial y reputación social del área: ¿rompiendo el estigma de la vivienda social guetificada?..... 210

Acoplamiento entre el barrio-entorno y la clase: entre la pertenencia tangencial y la permanente 215

¿Configurando identidades territoriales en los PIS?: entre el acoplamiento y la desafiliación con el entorno. 220

Llevando la aspiración al barrio y su entorno: los límites territoriales del sentido de pertenencia 227

Capítulo 9. Conclusiones 233

Reflexión 1: “La mixtura social a la chilena”, una restricción para sociabilidades socioeconómicamente más diversas..... 235

Reflexión 2: la importancia del “buen vecino” y la identidad de clase en la convivencia social de los PIS..... 237

Reflexión 3. La clase y el entorno acoplados: articulando la pertenencia al barrio.....	239
Dinámicas de cohesión: entre la comunidad de extraños y la asociación flotante. Reflexiones sobre la dialéctica de la cohesión social de barrio..	242
Desde el apoyo a personas con mixtura social al apoyo a lugares con mixtura social: algunas recomendaciones para la política pública.	245
Bibliografía.....	250
Anexos	268
Encuesta de sociabilidad	269
Pauta de entrevista semiestructurada	274
Consentimiento Informado.....	276
Lista de abreviaturas	277

Índice de Figuras

Figura 1 Definición de cohesión social y sus dimensiones.....	30
Figura 2 La cohesión social y algunos de sus conceptos adyacentes	34
Figura 3 Tipos de configuraciones entre las dimensiones de la cohesión social	37
Figura 4 Síntesis de los enfoques sociológicos y ubicación de las teorías urbanas que explican relación clase-cohesión social en barrios.....	69
Figura 5 Ficha de información Juvencio Valle, San Bernardo.....	110
Figura 6 Ficha de información conjunto San Alberto de Casas Viejas, Puente Alto	116
Figura 7 Resumen metodología empleada	139
Figura 8 Temporalidad del trabajo de campo y alternación de estrategias ...	146

Índice de Gráficos

Gráfico 1 Evolución del déficit habitacional en Chile, 1983-2017.....	76
Gráfico 2 Evolución subsidios entregados y montos invertidos por MINVU, 1990-1999	81
Gráfico 3 Evolución subsidios entregados y montos invertidos por MINVU, 2000-2005.....	85
Gráfico 4 Evolución de la inversión en subsidios PIS otorgados en Chile.	95
Gráfico 5 Población por grupo socioeconómico, Juvencio Valle	111

Gráfico 6 Cantidad de denuncias por Cuadrante, San Bernardo, 1º trimestre 2017.....	112
Gráfico 7 Población por grupo socioeconómico, San Alberto de Casas Viejas	118
Gráfico 8 Cantidad de denuncias por cuadrante, Puente Alto, primer trimestre 2018	120
Gráfico 9 Distribución por comuna de los vínculos según clase social, JV....	163
Gráfico 10 Distribución por comuna de los vínculos según clase social, SA..	164

Índice Imágenes

Imagen 1 Barrios adyacentes a Juvencio Valle.....	111
Imagen 2 “Persa del 40”.....	113
Imagen 3 Tipologías de viviendas San Alberto de Casas Viejas, Puente Alto. Arriba: FSV; Al medio: clase media; Abajo: venta directa.....	117
Imagen 4 Espacio público interior en San Alberto de Casas Viejas	118
Imagen 5 Espacios públicos de los PIS. Arriba, plazas en JV (espacio abierto). Abajo, plaza en SA (espacio cerrado).	170
Imagen 6 Almacenes en SA.....	172
Imagen 7 "Vecinos de borde”, SA	196
Imagen 8 La reja como paisaje típico de JV.....	224

Índice de Mapas

Mapa 1 Localización de la vivienda social construida en Santiago entre 1980 y 2002.....	82
Mapa 2 Lugares aptos para recibir el subsidio de localización en ciudades de diferentes tamaños.....	91
Mapa 3 Proyectos de integración construidos en Santiago entre 2007 y 2018	98
Mapa 4 Viviendas en venta alrededor de Juvencio Valle, 2018	113
Mapa 5 Servicios en el entorno a Juvencio Valle	114
Mapa 6 Equipamientos y servicios al interior de Juvencio Valle.....	115
Mapa 7 Calles de Juvencio Valle y pasajes de Salida	115
Mapa 8 Proyectos inmobiliarios nuevos desarrollados alrededor de Casas Viejas, 2018	119
Mapa 9 Servicios en el entorno a San Alberto.....	121

Mapa 10 Servicios y equipamientos al interior de San Alberto	121
--	-----

Índice de Tablas

Tabla 1 Diferentes definiciones de cohesión social empleadas en los estudios urbanos.	23
Tabla 2 Proyectos de Integración construidos en Chile a través de la modalidad D.S 40 +D.S 174 antes de 2012. “La primera generación de PIS”	93
Tabla 3 Rendimiento de los primeros PIS sobre los criterios que actualmente regulan estos proyectos	108
Tabla 4 Operacionalización del primer objetivo específico	129
Tabla 5 Operacionalización de variables cualitativas.....	136
Tabla 6 Caracterización de la muestra de encuestas y entrevistas aplicadas en Juvencio Valle y San Alberto de Casas Viejas.....	144
Tabla 7 Distribución socioeconómica de la sociabilidad de los residentes de PIS.	151
Tabla 8 Análisis de asociación entre grupos social del contacto y variables demográficas.....	152
Tabla 9 Relación entre clase social del entrevistado, con la clase social de sus contactos en los PIS.....	153
Tabla 10 Relación entre clase social del entrevistado, con la clase social de sus contactos por barrio.....	155
Tabla 11 Distribución territorial de las relaciones sociales en los PIS.....	157
Tabla 12 Distribución socioeconómica de los contactos al interior del barrio	158
Tabla 13 Distribución socioeconómicas de las relaciones sociales de los residentes de PIS según su posición social.....	160
Tabla 14 Distribución socioeconómica de los contactos en el entorno y “otro lugar” de Santiago.....	160
Tabla 15 Distribución socioeconómica de la sociabilidad según tipo de relación en los PIS.....	166
Tabla 16 Lugar de reunión por tipo de relación	167

Agradecimientos

Quisiera expresar mi gratitud a diferentes personas que contribuyeron en el desarrollo de esta tesis doctoral. A Francisco Sabatini, por la guía de la investigación, por la increíble oportunidad de trabajar y aprender de su trabajo, y también por la relación forjada durante estos años; a Luis Fuentes y Emmanuelle Barozet, profesores permanentes del comité de esta tesis, por sus comentarios y palabras de aliento que fueron fundamentales para encauzar el trabajo de investigación en sus diferentes etapas; y a María José Álvarez Rivadulla, profesora invitada, por sus comentarios sobre la proyección de los temas de tesis y por su buena disposición a participar de la evaluación. A todos ustedes, mis más sinceros agradecimientos.

Extiendo también mis palabras a personas fundamentales durante el periodo doctoral. A Gonzalo Salazar, del Centro de Desarrollo Local UC, por recibirme en la sede de la Pontificia Universidad Católica en Villarrica cuando la vida en la capital agobiaba; a Claudia Murray, investigadora de la University of Reading, Reino Unido, por acogerme tan gratamente en una pasantía doctoral en aquel país; y a todos los vecinos de Juvencio Valle y San Alberto de Casas Viejas que dedicaron parte de su valioso tiempo en esta investigación. Vayan a ustedes mis gratitudes.

Agradezco al programa de Becas de Doctorado Nacional de CONICYT el financiamiento de estos estudios doctorales y a la Pontificia Universidad Católica de Chile por otorgarme la beca de Excelencia para Doctorados en 2015.

Finalmente, a Isabel Erices, Alex Vergara y Ellen Alegría. Sin su esfuerzo y cariño, este trabajo no habría sido posible.

Resumen

La mixtura social, como estrategia para combatir la segregación socio-residencial, ha comenzado a tomarse la agenda urbana latinoamericana. Chile ha sido el primer país en este continente en institucionalizar a nivel nacional una política habitacional con tales fines. Esto lo ha hecho a través de los llamados Proyectos de Integración social que tienen entre sus objetivos promover la cohesión social a través de la proximidad de familias de diferente condición socioeconómica. Para conseguir esto, el tradicional enfoque de apoyo a personas que ha seguido Chile durante las últimas cuatro décadas, ha comenzado a permitir e incentivar la mezcla de subsidios habitacionales dirigidos a familias de diferentes niveles de ingreso en un mismo vecindario.

Aunque con un comienzo dubitativo, los Proyectos de Integración social se han convertido en un pilar estructural de la acción del Ministerio de Vivienda. Sin embargo, sus condiciones de construcción parecen estar promoviendo una mixtura social restringida, como así mismo una localización más bien periférica en entornos débilmente dotados de espacios para el encuentro. Entendiendo que la proximidad no genera mecánicamente cohesión social, esta tesis busca entender la manera en que la mixtura social y las características del vecindario y del entorno en el cual se localizan los Proyectos de Integración social impactan en la cohesión social de barrio. Para avanzar en este propósito, se emplearon como casos de estudio dos barrios localizados en la periferia sur de Santiago: San Alberto de Casas Viejas y Juvencio Valle.

Teóricamente la tesis avanza en dos direcciones. Primero, ofrece una aproximación dialéctica al estudio de la cohesión social de barrio. Para ello, se define este fenómeno a partir de dos dimensiones constituyentes —sociabilidad y sentido de pertenencia— cuyas relaciones pueden manifestarse de maneras paradójicas. Aquella condición otorga flexibilidad al análisis de este concepto y colabora en la superación de aproximaciones más románticas de la cohesión social. Segundo, se avanza en una comprensión dialéctica respecto a la relación entre diversidad socioeconómica y construcción de comunidades de barrio. Se cuestionan aquellas aproximaciones y teorías que, por un lado, rechazan la posibilidad de que la mixtura de clases derive en cohesión social y construya comunidades, como también, por otro lado, se critica a aquellas que apoyan ciegamente este tipo de medidas. Como alternativa, se rescatan algunas teorías influenciadas por un enfoque bourdeano que explican lo que ocurre con la cohesión social en estos contextos de manera más contradictoria, pero sin apoyar o negar *per se* la posibilidad de que en contextos de diversidad socioeconómica la comunidad de barrio emerja.

Basado en una metodología mixta de enfoque preferentemente cualitativo, los principales hallazgos de esta investigación son tres. El primero es que la diversidad socioeconómica que promueven los proyectos de integración social, como así mismo la composición social de los entornos en los que se insertan, limitan las posibilidades de producir sociabilidades mixtas, pudiendo ello en el mediano y largo plazo condicionar las posibilidades de desarrollo del llamado “efecto barrio”. Segundo, que el esporádico contacto entre residentes no es una consecuencia de la diversidad socioeconómica o el clasismo, sino que es más bien una condición propia de lo que los residentes llaman “*buen vecino*”: una persona que aunque dispuesta a colaborar, no se entromete en la vida de los demás. Eso sí, lo anterior no niega la existencia de conflictos. Al respecto, se analizan algunos conflictos aspiracionales que mezclan dimensiones cotidianas, morales y de clase y que delinean ciertas distinciones internas al interior de los barrios, pero que no ponen en riesgo la estabilidad de la comunidad. Y tercero, que en un contexto donde el grueso de la población se define como clase media, la estética y las condiciones físicas y sociales del vecindario y su entorno son fundamentales desde el punto de vista cultural, dado que ayudan a consolidar la identidad de clase de la población. En estas circunstancias, la localización de los Proyectos de Integración social es de suma importancia en la temporalidad con las que se manifiesta el sentido de pertenencia al barrio.

Los resultados revelan algunos problemas con los que opera actualmente la política de vivienda que promueve la mixtura social en Chile, como así mismo, permiten argumentar a favor de un cambio en el enfoque sobre el cual esta funciona, la que debe pasar desde el apoyo a personas —sobre el cual está actualmente soportada— a un apoyo más activo a los lugares, especialmente con el fin de promover el sentido de pertenencia.

Introducción

“Y no sólo una ciudad está compuesta de una pluralidad de hombres, sino que también difieren de modo específico. Una ciudad no resulta de individuos semejantes” (Aristóteles, 1988, p. 89)¹.

Hace ya más de dos milenios, Aristóteles sostenía que la esencia de la ciudad era la diversidad. Pero desde aquel entonces muchas cosas han cambiado y la ciudad ya no luce del todo como la descrita por el filósofo griego. La segregación residencial, especialmente la de carácter socioeconómico en las ciudades latinoamericanas, ha sido posiblemente uno de los fenómenos socio-espaciales que más fuertemente ha transformado la manera en que se manifiesta la diversidad, disminuyendo las posibilidades de que individuos heterogéneos se encuentren a escala cotidiana. Ahora bien, ante cada problema, una solución. En un contexto donde la segregación se entiende como problema, parece haber un consenso transversal de que lo que se requiere es hacer que la ciudad haga interactuar y poner a vivir juntos a aquella diversidad que aparece aislada en el espacio, lo que implica, en alguna medida, recuperar la idea aristotélica de la ciudad. Así es como la idea del barrio como lugar de encuentro en diversidad ha tomado relevancia no sólo académica, sino que también en la política pública.

Sin embargo, y con toda certeza, la sociedad actual no tiene las mismas características culturales que la descrita por Aristóteles. Eso hace surgir con fuerza la pregunta de si acaso en las condiciones actuales podemos vivir juntos en contextos de diversidad. Dado a que esa diversidad se refiere a heterogeneidad socioeconómica, el concepto de *clase social* ha tomado un rol protagónico en el debate, configurándose dos principales respuestas. Por un lado están quienes cuestionan la posibilidad de construir cohesión de barrio en estos lugares. Las diferencias casi naturales entre los residentes tenderían a promover relaciones de clase basadas en la integración forzada y conflictos clasistas que no harían viable la convivencia. Por otro lado hay quienes entienden que la clase no tiene hoy un rol estructurador en la convivencia de los sujetos, por lo que poner a vivir juntos a personas de diferente condición socioeconómica no implica necesariamente un problema. Incluso, aquello sería beneficioso en términos funcionales, especialmente para los más pobres, y colaboraría a construir una sociedad más justa. Esta polarización puede ser encontrada transversalmente en el debate de ocurrido en la sociología urbana durante las últimas décadas y muestra no sólo opiniones divididas, sino que también que el logro de la diversidad socioeconómica en la ciudad y, por cierto,

¹ Se estima que el libro “Política” de Aristóteles fue escrito en el siglo IV A.C. La versión aquí citada corresponde a una traducción realizada por Manuela García Valdés que fue publicada en 1988.

la construcción de comunidad en contexto de barrio es un tema de suma complejidad. Esta tesis doctoral busca aportar en aquel debate a través del estudio de una estrategia para conseguir mixtura social y comunidad de barrio que comienza a ser aplicada como política pública en Chile: los Proyectos de Integración Social (en adelante PIS).

Chile se ha caracterizado, durante las últimas décadas, por una fuerte reducción del déficit habitacional. Mientras en 1988 las viviendas necesarias a nivel país ascendían a 841.772, en el año 2017 la cifra se redujo a 393.613. Este éxito cuantitativo se ha sustentado en un modelo que apuesta por la entrega de subsidios con fondos estatales, que los individuos deben complementar con ahorro personal y créditos hipotecarios otorgados por la banca. Hay diferentes modalidades de subsidios, cada uno dirigido a un grupo socioeconómico específico. Este modelo, conocido internacionalmente como de “apoyo a personas” y sustentado en principios neoliberales, permite —hipotéticamente— que los sujetos concurren a elegir libremente una vivienda adecuada a sus necesidades en el mercado inmobiliario privado. Aunque cuantitativamente eficaz, el apoyo a personas ha generado una serie de problemas no deseados. Entre estos están el aumento de la segregación urbana (Hidalgo, 2007), la consolidación de un acceso desigual a bienes y servicios (Sabatini, Wormald & Rasse, 2013a), además de un debilitamiento de la cohesión social (Ducci, 2007). Todos estos problemas no solo tienen que ver con el funcionamiento del subsidio, sino que se relacionan especialmente con la poca capacidad que estos tienen de conseguir localizaciones en áreas mixtas dentro de un mercado de suelo urbano que, lejos de la creencia neoliberal, funciona de manera imperfecta (Sabatini, 2000).

Para hacer frente a los problemas generados por la operatoria de la política habitacional y el mercado de suelo, el año 2006 el Ministerio de Vivienda y Urbanismo (en adelante MINVU) introdujo un nuevo lineamiento en la política de vivienda chilena: la construcción de barrios en base a la idea de mixtura social. Este nuevo lineamiento no modificó la base sobre la cual opera el sistema de entrega de viviendas, sin embargo, permitió combinar subsidios dirigidos a diferentes grupos socioeconómicos en un mismo vecindario, como también incorporar dentro de estos lugares viviendas de compra libre. Así es como nacen los PIS, que buscan a través de la mixtura social solucionar los problemas de segregación, desigualdad y cohesión que fueron generados por el accionar de una política de apoyo a personas basada en la homogeneidad.

Hasta el 2006 los barrios que se construían con apoyo del Estado chileno lo hacían recibiendo sólo a beneficiarios de un tipo de subsidio. Es decir, se construían bajo un principio tácito de homogeneidad socioeconómica. Dicha acción que estaba en la base de la segregación urbana que impulsaba esta política, se justificaba sociológicamente por un enfoque de clase que entendía que la homogeneidad evitaría el conflicto social. Los PIS rompieron con aquella

tradición y, en línea con lo sostenido párrafos más arriba, las posturas respecto a este tipo de proyectos habitacionales se polarizaron. Por un lado, hubo quienes plantearon que los PIS inducirían una “convivencia social forzada” que era antinatural frente a las preferencias que las personas tenían por vivir con sus iguales (Morandé, 2007). También hubo quienes agregaron que la naturaleza clasista de la sociedad chilena impulsaría conflictos de clase que se traducirían en nuevas formas de segregación a micro-escala, las que harían difícil la convivencia en contextos de proximidad socioeconómica (Ruiz-Tagle, 2016a). Por otro lado, hubo quienes defendieron la necesidad de mezcla social del espacio, argumentando que las actitudes y percepciones de la sociedad chilena otorgaban viabilidad cultural a este tipo de políticas (Sabatini et al., 2012).

Transcurrido ya un tiempo desde la aplicación de esta política, se hace necesario evaluar los impactos sociales que ha tenido. Hasta ahora hay un vacío de conocimiento respecto a esta materia. Las pocas investigaciones que se han realizado sobre los PIS han puesto su foco sobre la conciliación del negocio inmobiliario con una política pública de mixtura social (Sabatini, Mora, Polanco & Brain, 2013b), también en el diseño arquitectónico de estos lugares (Maturana, Vergara & Romano, 2016) y los niveles de sociabilidad que hay en ellos (Sabatini, et al., 2013b; Maturana & Horne, 2016). Gracias a estos trabajos, se sabe que los PIS ofrecen una modalidad de negocio inmobiliario atrayente para los promotores; que hay algunos problemas de convivencia cotidiana entre los vecinos que no involucrarían conflictos clasistas; y que la mayoría de las viviendas de estos lugares tiene su frontis cerrado, lo que limita el contacto entre sus moradores. Asimismo, se sabe que más allá de los esfuerzos puestos en mixtura social, este tipo de vecindarios mantiene una localización periférica, por lo que los PIS se tienden a localizar en entornos que presentan segregación —especialmente de clase baja— y están deficientemente dotados en términos de servicios y equipamientos urbanos (Hidalgo, Santana y Link, 2018; Sabatini y Vergara, 2018). En estas condiciones, aún no se sabe con precisión si los PIS han logrado, a través de la mezcla de una política de apoyo a personas con mixtura, producir cohesión social pluriclasista y con ello contribuir a construir comunidades de barrio, aspectos que forman parte de los objetivos de estas iniciativas. Esta es una brecha de conocimiento que necesita ser abordada con premura, ya que el éxito inmobiliario de este tipo de proyectos ha motivado al MINVU a concentrar más del 30% del presupuesto nacional de su cartera en este tipo de vecindarios.

Con este objetivo en mente, se planteó una investigación que buscara *entender la manera en que la mixtura social y las características del vecindario y el entorno en el cual se localizan los PIS impactan en la cohesión social de barrio*. Para ello se emplearon dos casos de estudio: San Alberto de Casas Viejas (en adelante SA) y Juvencio Valle (en adelante JV). Ambos vecindarios fueron los primeros PIS en ser construidos en Santiago, pero también responden

adecuadamente a gran parte de los criterios que hoy regulan este tipo de proyectos habitacionales. Además, son similares, primero, en tamaño y en localización, ya que ambos se ubican en comunas de la periferia sur de la capital, y segundo, en términos de su composición socioeconómica, la que se concentra sobre clase media emergente y clase baja. Sin embargo, tienen una diferencia fundamental: el entorno. Mientras SA se ubica en una zona de expansión urbana, rodeado de amenidades paisajísticas (cordillera, ríos, naturaleza) y, atípicamente, inserto en un lugar apetecido por los promotores inmobiliarios; JV se encuentra localizado en una zona consolidada de la periferia, pero que concentra población de bajos ingresos, sin amenidades paisajísticas y con poco interés de inversión inmobiliaria. La elección de dos barrios en entornos marcadamente distintos ofrece así una oportunidad para evaluar la forma en que el lugar en el cual se están construyendo estos vecindarios influye sobre la cohesión.

Fueron tres las preguntas específicas que guiaron el desarrollo de esta tesis:

- ¿Qué tipo de sociabilidad socioeconómica están promoviendo los PIS y los espacios “públicos” con los que cuentan estos vecindarios?
- ¿Cómo es posible mantener la estabilidad en la convivencia social de comunidades de ingresos mixtos?.
- ¿De qué manera las características territoriales de los PIS intervienen en el sentido de pertenencia que los habitantes desarrollan con el barrio?

La primera pregunta intenta evaluar si los proyectos de integración social están teniendo la capacidad para promover sociabilidades socioeconómicamente mixtas. Esto es importante en el entendido de que de ello depende el llamado “efecto de barrio” positivo, fenómeno utilizado para justificar el desarrollo de estas políticas y que podría operar en el mediano y largo plazo mejorando las condiciones de vida de las familias más pobres del barrio. La segunda pregunta busca entender cómo es posible mantener el equilibrio en la convivencia social en un contexto de barrio en el cual habitan familias de diferente condición socioeconómica. Esta pregunta surge sobre la base de investigación previa que muestra que la convivencia en estos vecindarios no pareciera inducir los llamados conflictos clasistas que suelen ser usados como argumentos para criticar este tipo de políticas. Finalmente, con la tercera pregunta se aspira a entender la manera en que las características socio-territoriales en las cuales se construyen los PIS influyen en la configuración de un sentido de pertenencia al barrio, aspecto clave en la cohesión y que aparece relativamente ausente de los debates respecto a este tema. Este objetivo sitúa en discusión algunos aspectos de la llamada tesis de “espacialización de la clase social” que pone en valor aspectos subjetivos del sentido de pertenencia y que ayuda a dar una

explicación menos polarizada a la construcción de comunidades de barrio en contextos de diversidad.

La tesis central que se quiere poner en discusión con estos objetivos es que la cohesión social de barrio en contextos de mixtura social no es un fenómeno imposible de lograr — como pregonan corrientes más marxistas— ni tampoco tan fácil de conseguir, como sostienen aproximaciones más weberianas y políticas. Es decir, se busca superar el dualismo con el cual se ha interpretado este fenómeno hasta ahora por las diferentes corrientes académicas y políticas y rescatar el sentido dialéctico con el que la cohesión social se tiende a expresar en la vida de los barrios. Asimismo, se pretende poner sobre la mesa la idea de que no da lo mismo el tipo de mixtura social que estos vecindarios promueven como tampoco el lugar de la ciudad en la que se construyen, ya que poner a vivir familiar de diferente situación socioeconómica en un mismo sitio no es una condición suficiente para promover la cohesión social.

Esta investigación no sólo buscó aportar en datos empíricos respecto a lo que ocurre con la convivencia al interior del vecindario y cómo la política pública de mixtura social de barrio que ha adoptado Chile aporta en ello, sino que también lo hace en términos conceptuales con la cohesión social. Aquí se propone una definición de este concepto a partir de dos dimensiones: la sociabilidad y el sentido de pertenencia, los que en estricto rigor son los focos que guían los objetivos específicos de la tesis. Asimismo, se entiende que las relaciones entre estas dos dimensiones adquieren un carácter dialéctico y estas inspiran el surgimiento de diferentes tipos de comunidades de barrio.

Por lo tanto, la relevancia de este trabajo es tanto empírica como conceptual. Empírica, porque revela información respecto a las dinámicas sociales que ocurren al interior de los conjuntos habitacionales que han sido construidos por la nueva política habitacional chilena. Esto no solo genera una idea respecto a si los PIS cumplen efectivamente con sus propósitos, sino que también entrega información importante sobre lo que ocurre cuando, en el contexto socio-urbano chileno, familias de diferente condición socioeconómica forman parte de un mismo barrio. Y conceptual, por cuanto avanzará, primero, en una comprensión de la cohesión del vecindario desde una mirada dialéctica, y segundo, porque reflexionará en una mirada más comprensiva de la manera en que las comunidades de barrio se construyen en áreas socioeconómicamente mixtas.

La discusión de esta tesis se desarrolla en nueve capítulos además de la introducción. El primer capítulo propone una definición de la cohesión social y una revisión de las dimensiones que lo constituyen a escala de barrio. Para ello se muestran algunos problemas de este concepto, como la manera amplia en que suele definirse, lo aglutinante que puede llegar a ser y la forma simplista o mecanicista que prima cuando se analizan las relaciones entre sus dimensiones.

Sobre esa base, se delimita el concepto y presenta además las relaciones que posee con otras nociones, como integración, inclusión/exclusión y capital social. El capítulo hace énfasis en la dialéctica que conduce las relaciones entre la sociabilidad y la pertenencia, planteando que las dinámicas de cohesión pueden dar lugar a cuatro formas de organización social al interior de los vecindarios: la comunidad cero y la ideal, que representarían formas polarizadas de entender este fenómeno; y la asociación flotante y comunidad de extraños, que ofrece una aproximación más flexible y paradójica al mismo.

El segundo capítulo aborda las principales teorías que intentan explicar lo que sucede con la cohesión social y formación de comunidades al interior de barrios de ingresos mixtos. En este sentido, se revisan en primer lugar y desde un punto de vista más sociológico, las teorías marxistas, weberianas y bourdianas. En seguida, se da cuenta de cómo aquellas teorías inspiran explicaciones específicas respecto a lo que ocurre en este tipo de vecindarios. Se examinan, en la tradición marxista, conceptos como el clasismo, la homofilia y la teoría de tectónica social; en la tradición weberiana, las teorías de efecto de barrio y nuevo urbanismo; mientras que de la aproximación bourdeana el llamado housing carrer, la pertenencia electiva y selectiva. En este capítulo se repasan también trabajos chilenos que han estudiado la construcción de comunidades de barrios en contextos de heterogeneidad socioeconómica y se muestra cómo estos han estado inspirados esencialmente en una aproximación marxista y weberiana. Sobre los resultados de estas investigaciones y teorías revisadas, se plantean hipótesis que responden a los objetivos de esta tesis.

En el capítulo número tres el foco se vuelca a la política de vivienda chilena, explicando por qué y cómo esta ha comenzado a promover la mixtura social como estrategia de desarrollo urbano. Para ello, el sentido de texto adquiere un carácter histórico haciendo una revisión de la política habitacional desde fines de los setenta hasta la actualidad. Se argumenta que las reformas ocurridas hacia fines de los setenta instauraron un modelo habitacional basado en el apoyo a personas que promovió tácitamente la homogeneidad socioeconómica en la escala de barrio y, por agregado, a nivel urbano. Desde ahí y hasta comienzos del nuevo milenio dicha estrategia construyó una ciudad segregada que además expulsaba a los pobres a la periferia o bien fuera de las áreas urbanas consolidadas. Esto tuvo fuertes repercusiones sobre la cohesión social, disminuyendo la capacidad de la ciudad para producir encuentro social en diversidad a escala barrial. Allí es cuando se funda la “nueva política habitacional” la que sobre la base del mismo modelo de apoyo a personas, comienza a promover activamente la mixtura social a través de la construcción de PIS. Sin embargo, se presentan también algunas de las limitaciones que parecen conducir aquella política, como la continuidad de la localización periférica de los barrios, la poca capacidad para producir mixtura social de largo espectro y la permanente alza monetaria que han debido experimentar los

subsidios involucrados en la construcción de los PIS como estrategia para hacer frente al incremento en el precio de suelo.

El cuarto capítulo describe los casos de estudio. Se explican los criterios de selección de esta tesis, los cuales privilegiaron la antigüedad de los PIS, la escala geográfica de la ciudad en la que se insertaban y la capacidad para responder adecuadamente a la mayoría de los lineamientos que hoy regulan la construcción de este tipo de barrios. A través de una descripción de la composición socioeconómica de los vecindarios y las características sociales y físicas de las áreas en la que se insertan, se enfatizan las similitudes y diferencias entre SA y JV. Estas son particularmente relevantes, ya que permiten sostener cierto grado de representatividad de los resultados, como asimismo poner en valor la importancia del área de la ciudad en la que se construyen este tipos de vecindarios sobre la cohesión social de los mismos.

En el quinto capítulo se revisa el diseño metodológico empleado en la tesis, argumentando a favor de una investigación basada en una estrategia metodológica mixta de enfoque preferentemente cualitativo. Aquí también se presentan las variables de estudio y una discusión respecto a la manera en que estas fueron trabajadas. Paso a paso se describen las etapas de investigación, los instrumentos empleados para cada objetivo específico, los criterios y problemas de acceso a la muestra en ambos vecindarios, como también la forma en que los datos cuantitativos y cualitativos fueron analizados. Se finaliza el capítulo reflexionando acerca de la transferibilidad de los datos a otras formas de mixtura social de barrio que es posible encontrar en la ciudad chilena, como también sobre las limitantes del estudio.

El sexto capítulo entrega la evidencia recogida que permite evaluar la capacidad que tiene la política de mixtura social chilena para promover sociabilidades socioeconómicamente mixtas. En ese sentido, los datos permiten sostener que no existe una tendencia de homofilia socioeconómica generalizada entre los residentes de los PIS, por lo que los vínculos que ellos mantienen contienen contactos de diferentes clases sociales. Sin embargo, al estimar el rol del barrio en aquella diversidad aparece el principal aspecto crítico: una sociabilidad sustentada en clase baja y clase media baja. Esto sugiere que la capacidad de los PIS para producir vínculos sociales heterogéneos desde el punto de vista socioeconómica es baja. La evidencia muestra además que los espacios de encuentro y dotación de servicios e infraestructura pública alrededor del barrio son importante para fomentar la sociabilidad entre residentes, sin embargo, dada la homogeneidad social de las áreas en las que los PIS se localizan, los vínculos resultantes de estos espacios tampoco tienden a ser diversos. Esos resultados abren la incertidumbre respecto a la capacidad de esta política para sostener en el futuro efectos de barrio positivos.

El capítulo número siete aborda la manera en que la sociabilidad entre residentes en los PIS se mantiene estable, sin grandes conflictos. Se muestra como aquella condición se configura a partir de una concepción común y que trasciende las diferencias socioeconómicas de los residentes, respecto a los límites de lo que ellos denominan “el buen vecino”. En estricto rigor, se da cuenta de cómo el escaso contacto y conocimiento que se tiene de la vida de los vecinos permite mantener la estabilidad en la convivencia del lugar. Junto a ello, se revisa cómo la definición de una identidad de clase media común que trasciende posiciones sociales objetivas, ayuda a formar un sentido de similitud entre residentes que les entrega una concepción común de lo que es el buen vecino. Ahora bien, esto último tiende a configurar un tipo de conflicto vecinal que tiene expresión de cotidaneidad, pero que contiene elementos de clase en su definición: los conflictos aspiracionales. Aunque fueron varios los conflictos aspiracionales encontrados en SA y JV, se sostiene que estos no amenazan la estabilidad de la convivencia del lugar, ya que funcionan de manera soterrada dado la cuestionable carga moral que arrastra el clasismo.

El octavo capítulo aborda el sentido de pertenencia al vecindario que presentan los residentes de SA y JV. La evidencia muestra cómo los PIS están rompiendo con el imaginario de la vivienda social de antaño que se caracterizaba por aspectos negativos y la estigmatización. Los PIS, más bien, se acercan a la idea de barrio de clase media por lo que se acoplan adecuadamente a las identidades de clase que los residentes quieren afirmar. En ese proceso no son solo los atributos del barrio los que adquieren relevancia, sino que especialmente las características físicas y sociales del entorno. Eso explica los buenos niveles de satisfacción residencial que fue posible encontrar al interior de los PIS. Sin embargo, los resultados permiten conducir una crítica al llamado sentido de pertenencia electiva debido a que no todos los residentes de los PIS tuvieron capacidad para elegir su residencia. Asimismo, el sentido de pertenencia no es en todos los casos permanente, sino que varía en términos de la temporalidad de acuerdo a las aspiraciones de movilidad social que poseen los habitantes.

En el capítulo final se conducen conclusiones en tres sentidos. En primer lugar, se presentan reflexiones en relación a los objetivos de investigación. Se sintetizan resultados y se responden las preguntas planteadas. En segundo lugar, se reflexiona teóricamente en relación al concepto de cohesión social. Sobre esa base, se comparan las formas de comunidad que las dinámicas de sociabilidad y pertenencia configuran tanto en SA como en JV. Asimismo, se aborda la dialéctica que adquiere este fenómeno y la necesidad de incorporar este tipo de análisis en conceptos que suelen explicar la cohesión social en barrios de ingresos mixtos. Finalmente, en tercer lugar se presentan algunas recomendaciones de política pública que ayudarían a mejorar los niveles de sociabilidad y sentido de pertenencia en los PIS a construir en el futuro. Se sostiene allí la necesidad de diversificar los mecanismos sobre los cuales se promueve la mixtura social, como también hacer avanzar el enfoque de política

pública desde un apoyo a personas con mixtura social a un apoyo a lugares con mixtura social.

Capítulo 1. Definiendo la cohesión social: una aproximación dialéctica

En este capítulo se hace una revisión de la manera en que la cohesión social ha sido tratada en los estudios urbanos y sociológicos. Sobre esa base, se propone una definición de este fenómeno social como así mismo se plantean las dimensiones fundamentales a través de las cuales puede ser estudiado a escala de barrio. Con respecto a esto, se argumenta que las relaciones entre las dimensiones de la cohesión social adquieren un carácter dialéctico. Es esa característica la que permite superar algunas limitaciones con las que se ha trabajado el concepto en la literatura, específicamente, la polarización respecto a su interpretación como así mismo el carácter romántico con el que suele analizarse. Para hacer esto, el capítulo se divide en cuatro secciones.

En la primera sección se da cuenta cómo el concepto ha adquirido relevancia en el ámbito de los estudios urbanos, como asimismo la vastedad con la que suele ser abordado. En efecto, se revisa que la cohesión social suele ser entendida como la existencia de valores comunes, como orden social, como carencia de inequidades sociales, como sociabilidad y como sentido de pertenencia. Se sostiene allí que esa vastedad se traduce en una dispersión importante respecto a la manera en que se entiende la cohesión convirtiéndolo en un concepto resbaladizo.

La segunda sección aborda el problema de indefinición que acarrea el concepto y ofrece una solución basada en la escala geográfica donde se sitúa el análisis del fenómeno. Con ello se busca argumentar que la cohesión social depende de la escala en la que se esté estudiando. Allí aparecen las dimensiones fundamentales de la cohesión social a nivel de vecindario: la sociabilidad y el sentido de pertenencia. Junto a ello, se presenta una discusión respecto a la manera en que la relación entre estas dimensiones suelen ser entendida, criticando el carácter mecánico que la literatura le ha asignado.

La tercera sección intenta esclarecer las relaciones que la cohesión social tiene con algunos conceptos adyacentes. Para ello, la mirada sale de los estudios urbanos y se deposita especialmente en discusiones sociológicas. Específica atención se pone sobre conceptos como integración y inclusión/exclusión, sosteniendo que estos se vinculan con el proceso mismo de cohesión social. Se describe el carácter dialéctico de la inclusión/exclusión como así mismo el carácter social y funcional que puede adquirir la integración.

Finalmente y sostenido también en una discusión sociológica, se aborda los conceptos de comunidad y asociación. Se argumenta que estos se refieren a formas de organización que derivan de los procesos de cohesión social. Asimismo, tomando la conceptualización de Max Weber sobre ambos conceptos se hace un paralelo con las dimensiones de la cohesión social descritas en la segunda sección de este capítulo. Sobre esa base se sostiene que

la comunidad se asemeja al sentido de pertenencia, mientras que la asociación a la sociabilidad entre personas. Dado que las relaciones entre estas formas de organización y dimensiones son dialécticas, se puede plantear la existencia de cuatro configuraciones que resultan de la cohesión social. Estas configuraciones permiten superar la polarización y mirada romántica con la que la literatura en los estudios urbanos y sociología ha abordado el análisis de la cohesión social.

La cohesión social en los estudios urbanos: cinco formas de entender un concepto

La cohesión social fue un concepto que durante gran parte del siglo XX estuvo confinado a las discusiones sociológicas y, en menor medida, a la psicología social (Friedkin, 2004). Sin embargo, desde la década del ochenta se ha propagado hacia otras disciplinas, entre ellas los estudios urbanos. ¿Por qué ocurrió esto? La explicación radica en las rápidas transformaciones que comenzaron a experimentar las ciudades y los barrios a la luz de las reformas estructurales impulsadas desde los setenta en diferentes lugares.

Beauvais & Jenson (2002) explican que las primeras discusiones sobre cohesión social con un enfoque espacial comienzan a aparecer en Canadá en los ochenta, para luego extenderse hacia Europa. Hubo tres fenómenos que estaban ocurriendo en las ciudades, que eran nuevas para estas y sobre cuyos impactos no se tenía certeza: el aumento en la malignidad de la pobreza urbana, el incremento de la diversidad en las ciudades y de las desigualdades entre territorios (la antigua discusión sobre territorios ganadores y perdedores). ¿Qué implicancias tenían estos fenómenos para la cohesión de las ciudades? esta fue la pregunta que motivó muchas investigaciones durante los ochenta y noventa.

La discusión sobre cohesión social arribó a América Latina ya bien entrado el nuevo siglo. La CEPAL (2007) coincide con Beauvais & Jenson (2002) al plantear que el interés por este concepto en nuestro continente emerge a partir los cambios estructurales que han estado ocurriendo en las últimas décadas. De hecho, CEPAL (2007) enumera una serie de factores que en América Latina parecen estar deteriorando la cohesión social, todos ellos vinculados a los cambios estructurales impulsados en diferentes países de la zona:

- Se observa una pérdida de la centralidad del trabajo como mecanismo de integración.
- Hay una disociación entre condiciones materiales y simbólicas en algunos grupos sociales, ya que se observa un rápido crecimiento de las economías, pero con grandes brechas sociales.
- Hay una negación de la otredad que produce discriminación hacia grupos minoritarios (especialmente pueblos originarios).

- Se aprecia la pérdida del espacio público e instituciones públicas que garanticen solidaridad colectiva.
- Hay mayor conflictividad social, menos respeto a normas comunes y creciente desconfianza en la institucionalidad y un escepticismo respecto de la justicia social.

En un comienzo, el interés académico por la cohesión social se centró en la escala urbana, mientras que ya entrando el siglo XXI comenzó a focalizarse en la escala barrial (Moulaert, Parra & Swyngedouw, 2014). El cambio de escala en el interés por la cohesión ocurrió cuando la gentrificación y la mixtura social comenzaron a transformar masivamente algunos sectores específicos de las ciudades. Desde ese entonces, la discusión sobre cohesión a nivel de barrio ha avanzado rápidamente sobre Europa y Estados Unidos, mientras que en latinoamericana la mirada aún está puesta mayoritariamente a escala de ciudad.

El renovado interés por la cohesión social en las ciudades tanto en Europa como en América Latina, ha estado acompañado de una extraordinaria proliferación de definiciones (Tabla n°1).

Tabla 1 Diferentes definiciones de cohesión social empleadas en los estudios urbanos.

Definición
Cohesión social implica la construcción de valores comunes y comunidades de pertenencia, reduciendo las disparidades en riqueza e ingreso y permitiendo que la gente tenga la sensación de que están involucrados en un objetivo común. Maxwell (1996)
Conjunto de procesos sociales que ayudan a las personas a sentirse parte de una comunidad y compartir un sentimiento de reconocimiento de que son partes de aquel grupo (Général-du-Plan, 1997)
Una sociedad cohesionada es aquella donde existe un sentimiento de pertenencia, hay participación, inclusión, reconocimiento y legitimidad (Jenson, 1998)
El desarrollo armonioso de la sociedad y sus grupos constituyentes hacia estándares económicos y sociales similares (Kearns & Forrest, 2000)
Es la capacidad de una sociedad para asegurar el bienestar de todos los miembros, reducir las disparidades y evitar la polarización. Una sociedad cohesionada ocurre donde individuos libres persiguen metas comunes a través de medios democráticos (COMITTE, 2004)
Estado en que hay relaciones sociales confiables, una conexión emocional positiva entre los miembros quienes trabajan juntos en la consecución de objetivos comunes (Dragolov, Ignacz, Lorenz, Delhey, & Boehnke, 2004)

Pegamento que mantiene unido a los miembros de un sistema social y que depende del apego al lugar, la existencia de valores comunes y cultura cívica y las relaciones sociales (Dekker & Bolt, 2005)
La cohesión social es un estado de cosas en donde las relaciones tanto verticales de las personas como horizontales entre los miembros de una sociedad se caracterizan por un conjunto de normas y actitudes como la confianza, el sentido de pertenencia, actitud favorable a participar y ayuda, así como un comportamiento social acorde a aquellos principios (Chan, To, & Chan, 2006)
Dialéctica entre mecanismos instituidos de inclusión y exclusión sociales y las respuestas, percepciones y disposiciones de la ciudadanía frente al modo en que estos operan (CEPAL, 2007)
La pertenencia en una comunidad política tanto en términos de inclusión socioeconómica como también en el apego a la sociedad en general sus valores y participación en ella (Stolle, Soroka, & Johnston, 2008)
Grado de interconexión de los individuos de una sociedad como resultado de la vida civil y pública que desarrollan. Este estado involucra también sentimientos de compromiso, confianza y normas de reciprocidad y se manifiesta en la participación en redes y organizaciones civiles (Meer & Tolsma, 2014)
Estado del colectivo en el que hay relaciones sociales cercanas entre sus miembros, una fuerte conexión emocional y por tanto una orientación de la acción hacia el bien común (Schiefer & Noll, 2016)

Fuente: elaboración propia.

Cada una de las definiciones pone el énfasis sobre aspectos diferentes de la cohesión. Mientras algunas hacen referencia a que esta se vincula a la existencia de valores comunes, otros la asocian a la desigualdad, sentido de pertenencia, interacción social y orden social. La tabla n°1 muestra resultados similares a los ya manifestados por otros trabajos que han hecho una revisión sobre la literatura de la cohesión (ver por ejemplo Schiefer & Noll, 2016).

Como la definición de la cohesión es tan diversa, ha habido intentos para organizar el conocimiento respecto a ella en función de las aproximaciones conceptuales que desarrollan los diferentes trabajos. Dos de estas investigaciones han sido influyentes y han arribado a conclusiones similares. Estos son el trabajo de Kearns and Forrest (2000) y Beauvais y Jenson (2002). Estos autores concluyen que usualmente los estudios urbanos y territoriales la cohesión social se entiende de cinco formas diferentes: como existencia de valores comunes, como orden social, como igualdad, como relaciones sociales y como sentido de pertenencia al lugar. A continuación, se describe cada una de estas formas de entender la cohesión social y se discuten las dimensiones fundamentales de este fenómeno con el objetivo de esclarecer aquellas que la

literatura especializada ha identificado como constituyentes para los estudios urbanos.

Cohesión como existencia de normas comunes

En primer lugar se encuentran las aproximaciones a la cohesión a partir de la existencia de valores comunes y una cultura cívica común. Desde ella, se define que una sociedad urbana cohesionada es aquella donde los individuos poseen valores comunes. Esto les permite a los sujetos identificarse y compartir objetivos apoyados en un conjunto de principios y códigos morales que funcionan como la base sobre la cual se guían las conductas y las relaciones interpersonales. Pero esta aproximación no se queda sólo a nivel individual, por cuanto también entiende que para que se produzca cohesión debe existir un apoyo y compromiso de las personas hacia las instituciones políticas. El resultado de esto es una comunidad en la que las personas participan activamente, respetan los acuerdos, confían entre ellos y en las instituciones. Este tipo de definiciones han sido muy desarrolladas en Estados Unidos y han estado influenciadas por los planteamientos liberales de Tocqueville (2002) quien decía que los valores comunes eran rasgos esenciales dentro de una comunidad democrática, ya que estos permitían validar las instituciones y fomentar una participación voluntaria de la sociedad civil. Esta forma de entender la cohesión social ha sido criticada por un cierto conservadurismo, debido a que observa de forma pesimista los cambios acaecidos en los últimos años, especialmente los vinculados a la individualización y al aumento de diversidad en las ciudades, argumentando que ambos procesos han impulsado una pérdida de los valores comunes de la sociedad (Baker, 2005). Han sido muchos quienes cuestionan el conservadurismo de esta aproximación, arguyendo que la diversidad no necesariamente se vincula a una pérdida de la base moral común, sino que más bien lo que se ha observado en las últimas décadas es una transformación de esta. En específico, argumentan que la base moral de la sociedad contemporánea está articulada sobre la “aceptación pragmática” del otro (Mann, 1970) y la existencia de una base normativa común sobre valores como el respeto, la tolerancia y el diálogo, aspectos que garantizan cohesión social en contextos de creciente diversidad (Parekh, 2000).

Cohesión como orden social

También se entiende a la cohesión como orden social. Cuando hay cohesión, el orden social está garantizado. Sin embargo, en una sociedad democrática la armonía en las relaciones interpersonales no debe estar dada por medidas coercitivas, sino que más bien por las propias relaciones sociales existentes al interior de la comunidad. El orden social se convierte en una condición esencial para que las personas puedan cooperar buscando alcanzar fines comunes. Estas definiciones se han nutrido de la tradición funcionalista, y más específicamente

de los sociólogos Durkheim (1987) y Parsons (1968). Ambos autores entienden que el conflicto es un estado de cosas que no crea cohesión, por el contrario, hace a las sociedades avanzar hacia la anomia y, en consecuencia, se debe evitar. En términos empíricos estas ideas han inspirado investigaciones para entender cómo opera la cohesión en contextos urbanos de “subculturas”, como en los lugares que experimentan procesos de guetificación. En la última década, la polémica se ha instalado a la luz de investigaciones que muestran una faceta más “productiva” de los conflictos, entendiendo que este no siempre se traduce en anomia y pérdida de cohesión social (Cosser, 1961). Esta postura argumenta que el conflicto puede inducir procesos de territorialización que culminen incrementando sentidos de pertenencia territorial o los vínculos sociales entre personas que habitan en un entorno específico. En función de este debate, hoy parece existir una aproximación más abierta respecto al rol que el conflicto tiene sobre la cohesión social (ver por ejemplo Méndez et al., 2017).

Cohesión como desigualdad

Otra de las formas de entender la cohesión social es como solidaridad y reducción de las disparidades. Esta aproximación, que ha sido muy empleada en los modelos de cohesión europea y latinoamericana, entiende que la unidad de la sociedad está vinculada al desarrollo armonioso y equitativo de sus grupos constituyentes (Donzelot, 2006; Kearns & Forrest, 2000). La desigualdad produce una ruptura de la cohesión social, generando estrés, frustración y desintegración de las redes, además de impulsar problemas de delincuencia y violencia (anomia). Por tanto, es fundamental garantizar el acceso a las oportunidades a todos por igual, ya que esto es lo que permite crear sociedades cohesionadas (Donzelot, 2006). Esta perspectiva ha sido impulsada por instituciones globales que desarrollan estrategias para reducir las brechas de desigualdad y fomentar la protección social (CEPAL, UE, ONU y los Estados Nacionales). Ambas acciones son importantes, por cuanto un sistema que garantice protección social permite a los individuos diversificar sus vínculos sociales y fortalecer el sentido de pertenencia (Paugam, 2012). Generalmente las bases epistemológicas de estos trabajos se sustentan en el estructural-funcionalismo de Parsons y utilizan una concepción sistémica de la realidad social, orientando sus reflexiones hacia el diseño y monitoreo de estrategias gubernamentales que impulsan la inclusión y equidad en las sociedades. A escala micro-sociológica, la desigualdad ha sido trabajada fundamentalmente en torno a cómo las diferencias en el acceso a recursos tienen un efecto sobre la cohesión social y también en relación a la forma en que las fronteras simbólicas entre sujetos están conectadas con formas de desigualdad más estructurales (Tilly, 2002; Lamont & Molnár, 2002). Estas formas de estudiar la desigualdad, se han traducido en dos maneras de entender la cohesión: una que emana desde la política y cuyo foco de estudio está a nivel estructural, y otra que emerge en

el espacio de las relaciones sociales y cuya mirada está puesta sobre los individuos.

Cohesión como redes personales y capital social

En cuarto lugar, la cohesión social es entendida también como redes sociales y capital social. En una comunidad cohesionada, el nivel de interacción entre sus miembros siempre será alto, lo que se puede manifestar tanto en el mantenimiento de lazos débiles (capital social puente) como fuertes (capital social vínculo) (Putnam, 2000). Pero la cantidad de relaciones no asegura calidad. Por ello, las redes deben ser necesariamente útiles para alcanzar fines comunes. Cuando objetivos que son compartidos por parte de las comunidades se cumplen exitosamente, se genera una imagen positiva del grupo y se refuerza el sentimiento de pertenencia al mismo, motivando a otros integrantes a participar. Para que ello ocurra debe existir confianza en el otro, normas de reciprocidad y redes de compromiso cívico que sean respetadas (Putnam, 2011). Esta forma de entender la cohesión social arranca históricamente con los postulados de George Simmel (2002), quien entiende que este fenómeno social se produce a nivel de las interacciones sociales. Más allá de la tradición de esta forma de definir la cohesión, en los últimos veinte años ha tomado relevancia gracias a la introducción del concepto de capital social (Bourdieu, 2002; Lin, 2001; Putnam, 2011).

Cohesión como sentido de pertenencia territorial

La cohesión social también se entiende como sentido de pertenencia a un lugar. Los barrios o las ciudades son los lugares donde las personas interactúan, aprenden lo que son, se encuentran, establecen relaciones con otros y le entregan sentido a su vida. Todo esto es posible gracias a que se sienten parte, en mayor o menor medida, de un conglomerado. El entrelazamiento de la identidad de los sujetos con las colectivas contribuye a una mayor cohesión social (Massey, 1991), motivando la adhesión a los valores y normas compartidas, además de mayor voluntad a participar en las redes sociales. Pero el sentido de pertenencia guarda un problema de escala. Cuando al interior de una ciudad hay diferentes comunidades con fuerte sentido de pertenencia a sus lugares, la ciudad puede fracturarse socialmente si estas se encuentran aisladas o en conflicto con su entorno. Por ello, la cohesión social debe ser vista como un fenómeno espacialmente multiescalar, que garantice la adscripción a diferentes escalas territoriales. Epistemológicamente, esta aproximación se nutre mayoritariamente de estudios de geografía cultural y de la antropología, aunque también posee algunas vinculaciones sociológicas con la teoría de Pierre Bourdieu, especialmente en relación al desarrollo de sentidos de pertenencia (s)electivos, los que serán revisados en detalle más adelante.

De esta revisión se desprende que el concepto de cohesión social es vasto. Es decir, existe una diversidad de formas para entenderlo, además de una diversidad de aproximaciones desde donde estudiarlo. Dicha ambigüedad teórica, según argumentan algunos autores, lo convierten en un cuasi-concepto políticamente útil para aglutinar a una buena parte de los problemas de la sociedad contemporánea (Bernard, 1999): inclusión, exclusión, integración, orden, diversidad, desigualdad, etc. Aunque útil desde el punto de vista político, dicha vastedad no lo es desde el punto de vista conceptual debido a que crea una nebulosa respecto a lo que significa cohesión social. Para esclarecer el significado de este término se hace necesario realizar un doble ejercicio: por un lado, definir sus dimensiones fundamentales para la escala territorial que se quiere trabajar, que en el caso de esta tesis es el barrio, y, por otro lado, esclarecer las relaciones que este concepto guarda con algunos adyacentes. Aquellas necesidades organizan los siguientes apartados.

¿Cuáles son las dimensiones constituyentes de la cohesión a escala de barrio?

A pesar de que el estudio de la cohesión social puede ser abordado desde cada uno de las dimensiones anteriores, su elección depende de la escala en la que en que se estudia el fenómeno. Generalmente los trabajos que abordan grandes escalas, como la ciudad o el Estado, suelen usar indicadores asociados a la desigualdad (Kaztman, 2007; Turok, 2006; Fuentes, 2010), la participación ciudadana y existencia de normas comunes (Paugam, 2012; CEPAL, 2007; Jenson, 1998) y el orden social (Durkehim, 1987; Parsons, 1968). En cambio, en los estudios centrados en escalas más pequeñas, como el barrio, las dimensiones trabajadas están más vinculadas a la vida cotidiana de los sujetos. Por eso adquieren importancia la sociabilidad (Link y Valenzuela, 2014; Kleit y Carnegie; 2011; Márques, 2010) y el sentido de pertenencia (Massey, 1994; Vidal et al., 2013; Tester et al., 2011).

Ahora bien, ¿cómo han entendido la cohesión social algunos estudios realizados a escala de barrio o a nivel de cotidaneidad? Para Rasse (2012) la cohesión social se refiere a la existencia de una base normativa que hace que los individuos de un grupo tengan una disposición positiva a vincularse entre sí o considerarse parte de un mismo todo social. La base normativa de un grupo social puede estar sustentada en la equidad entre personas, que produce una comprensión del otro como otro-yo, o bien puede estar basada en la diferencia, lo que genera distinciones que pueden ser irreconciliables entre el yo y el otro. Cuando está basada en la diferencia, las relaciones sociales tienden a ocurrir entre los iguales, en tanto que cuando lo está en la equidad, el vínculo se crea sin grandes inconvenientes entre todos los miembros del grupo.

En una línea similar, Chan et al., (2006) plantean que la cohesión social se refiere a un estado de cosas temporal en el cual las personas se encuentran adheridas a otras emocionalmente. Ello ocurre cuando los grupos de personas cumplen dos características fundamentales:

- 1) Pueden confiar, ayudar y cooperar con otros miembros de la sociedad.
- 2) Comparten una identidad común o un sentido de pertenencia a su sociedad y lugar.

Chan et al., (2006) dicen que para que un grupo social este cohesionado, sus miembros deben estar dispuestos a cooperar con los demás. Es imposible pensar una situación en la cual la gente se sienta parte de un conjunto y no establezca relaciones sociales con otros miembros de ese colectivo. Las relaciones sociales son fundamentales, ya que impulsan la confianza hacia el resto de las personas, lo que refuerza la necesidad de cooperación a partir de la mutua dependencia. Ahora bien, la intención de cooperar y ayudar a los demás debe estar acompañada, como requisito para que exista cohesión, de un sentimiento de pertenencia a un grupo social o a un espacio determinado. Si no existiera sentimiento de pertenencia a algo específico, se podría hablar simplemente de un sentimiento de humanidad generalizado, lo que no necesariamente se traduciría en cohesión social de barrio.

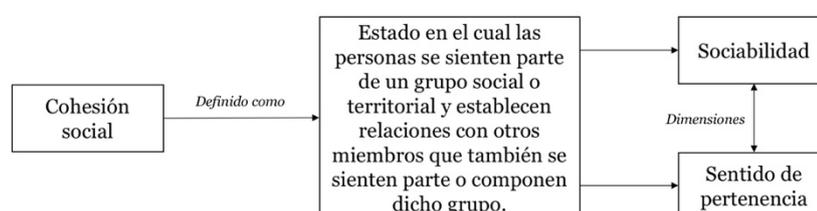
Una operacionalización similar a las anteriores ofrece Sennett (2000). Para este autor el rasgo fundamental de la cohesión social es el “sentimiento de nosotros”, a través del cual una persona se siente parte de algo junto a otros. Para que ello ocurra debe existir un apego personal a un grupo o a un lugar y ese apego debe traducirse en creencias compartidas y en prácticas concretas coherentes con ciertos valores comunes. Pero, ¿desde dónde emerge ese sentimiento del nosotros? Para Sennett (2000) es el vínculo social el que hace posible el nosotros, y más específicamente, los vínculos sociales de dependencia mutua. La dependencia es la creadora de vínculos vigorosos que ayudan a las personas a compartir. Todas las personas son dependientes, aunque no todos los vínculos son productores de sentimiento de pertenencia. Para que exista dependencia, agrega Sennett (2000), es trascendental que las personas confíen en las acciones de los demás, cuando no hay confianza, o bien cuando se sospecha del otro, los vínculos de dependencia pueden no desarrollarse.

En definitiva, tanto Sennett (2000), Rasse (2012) y Chan et al., (2006) entienden la cohesión social como un estado de unión entre las personas. Este estado de unión puede ser explorado desde dos dimensiones: la existencia de relaciones sociales entre personas y el sentido de pertenencia que estas desarrollan hacia a un lugar o grupo social definido. Ambas dimensiones permiten el desarrollo de una serie de normas y valores comunes que aseguran la convivencia entre las personas y le confieren unidad más allá de sus diferencias. Los aportes de los tres autores ayudan a esclarecer las dimensiones

constituyentes de la cohesión social de barrio, esto es, aquellas a través de las cuales este fenómeno social puede ser estudiado. Esto es un avance, por cuanto despeja la confusión a la que induce la multiplicidad de formas de entender la cohesión social y sobre la cual se hizo referencia en la sección anterior.

Dado lo anterior, la cohesión social puede ser conceptualizada como un estado en el cual las personas se sienten parte de un grupo social o territorial y establecen relaciones con otros miembros que también se sienten parte o componen dicho grupo (figura n°1). Ambas condiciones le confieren unidad a sujetos que poseen intereses heterogéneos y que viven en un lugar común.

Figura 1 Definición de cohesión social y sus dimensiones



Fuente: elaboración propia.

Considerar a la cohesión como un estado de cosas es clave, ya que introduce una dimensión temporal en el fenómeno. La cohesión de un territorio solo puede ser entendida en función de un momento en particular. El hecho de que ese estado de cosas esté influenciado por una multiplicidad de factores “externos”, hace que tanto las relaciones sociales como el sentido de pertenencia estén en permanente evolución. Por lo tanto, la cohesión social es un fenómeno líquido, en constante transformación.

Esclarecidas las dimensiones fundamentales de la cohesión social de barrio y las relaciones entre ellas, quedan tres interrogantes importantes de dilucidar. Una es respecto a desde dónde emana este fenómeno social a escala barrial. Otra se refiere a la escala de la cohesión. Mientras que una tercera guarda relación con la manera en que la dimensiones de este fenómeno se relacionan.

Con respecto a la primera, ¿es la cohesión social un atributo de las personas, del barrio o de aspectos más estructurales? Los investigadores más estructuralistas, argumentan que la cohesión emana desde las estructuras sociales, como por ejemplo la clase o la cultura (Parsons, 1968; Durkheim, 1987). Llevando al extremo este argumento, esto significaría que clases sociales distintas no podrían construir un sentido de pertenencia común o vínculos sociales entre ellos, por cuanto estarían estructuralmente determinados a ser diferentes. Hay, en cambio, quienes arguyen que la cohesión es un atributo de los barrios (Rasse, 2012), por lo que este es un fenómeno que opera en la meso escala. Visto así, el vecindario sería un punto de confluencia entre aspectos

estructurales e individuales y, por tanto, su cohesión social no estaría determinada completamente por aspectos estructurales, sino que mostraría rendimientos singulares que dependerían de cómo en este lugar operarían una serie de variables. Por último, para los autores más vinculados a la psicología social o micro-sociología la cohesión descansaría exclusivamente en las relaciones de los sujetos, quienes estarían despojados de influencias estructurales o desde las características de los lugares en que viven en torno a la producción de este fenómeno social.

Aquí se argumenta a favor de lo planteado por Rasse (2012), en relación a que la cohesión es un atributo de los barrios. Aun cuando la cohesión de un vecindario debe ser estudiada desde los sujetos, su conformación se encuentra mediada tanto por sus prácticas y actitudes, como también por características del mismo lugar y su entorno, e incluso por elementos de carácter más estructural como la cultura o la clase social. La forma en que coinciden todos estos aspectos en un lugar específico es lo que le entrega un sentido particular a la cohesión de barrio. Es decir, la cohesión de un lugar no tiene por qué adquirir las mismas formas e intensidades que adquiere en otros lugares.

Entender la cohesión social como un atributo del barrio o de la meso escala colabora en la resolución de otro problema conceptual común en las discusiones sobre este tema: el problema de la escala. Como sostienen Kearns & Forrest (2000), un vecindario puede estar cohesionado internamente, pero aislado de escalas mayores. Dos ejemplos típicos de esta situación son las favelas brasileñas y las comunidades cerradas, las que, aunque cohesionadas internamente, generalmente están desafiadas funcional y simbólicamente de sus entornos (Villarreal & Silva, 2006; Atkinson, 2006). Entender que la cohesión es un atributo del barrio, le entrega un sentido de singularidad a la misma, otorgando flexibilidad en términos de comprender las relaciones que estos lugares tienen con otras escalas territoriales. El carácter dialéctico constituye un aspecto medular en la relación que hay entre distintas escalas territoriales.

Finalmente, con respecto a la manera en que se relacionan las dimensiones de la cohesión se han configurado dos líneas explicativas. Por un lado, están quienes sostienen que estas actúan interrelacionadamente. Por ejemplo, Liu, Wu, Liu, & Li (2016) señalan que:

“los residentes que tienen interacciones con sus vecinos, tienden a mostrar un fuerte sentido de pertenencia a su barrio (...) los residentes participan activamente en temas de la comunidad, cuando sienten pertenencia al entorno que los rodea y tienen muchos amigos viviendo en el mismo barrio” (p. 4-5).

Desde este punto de vista, se podría argumentar que no puede existir sentido de pertenencia a un territorio cuando no hay vínculos sociales entre quienes habitan en él. Esta forma de concebir la relación ha motivado el desarrollo de investigaciones que atienden solo una de las dimensiones del fenómeno y plantean conclusiones respecto a lo que ocurre con este sobre esa base. En su clásico trabajo “solo en la bolera”, Putnam (2000) al examinar la sociabilidad –aspecto clave de su concepto de capital social– concluye que la cohesión hoy está siendo socavada por las actitudes individualistas, fragmentando así las comunidades. Es decir, generaliza una dimensión de la cohesión, como la cohesión completa, en el entendido de que otras dimensiones debieran comportarse de igual forma.

Esta forma mecánica de entender las relaciones entre las dimensiones de la cohesión social se encuentra en la base de una mirada polarizada y romántica de la misma. Esto ocurre especialmente en aquellos trabajos que sustentan sus conclusiones sobre el examen de la sociabilidad al interior de los barrios o espacios urbanos. Dado que en estos lugares los vínculos sociales tienden a ser cada vez más débiles (Granovetter, 1973), la conclusión casi siempre es la misma: la cohesión social se está perdiendo. Eso configura una aproximación más normativa –especialmente en la planificación urbana– que hace un llamado por recuperar las características que los barrios tenían en el pasado: allí donde todos se conocían, todos interactuaban y todos compartían. Esto es parte de lo que Lefebvre (1973) ha llamado “la ideología del barrio”.

Pero más allá de la carga normativa que arrastra el concepto de cohesión social, el mecanicismo con el que se suelen entender las dimensiones de este fenómeno ha sido también cuestionado. Por ejemplo, en un intento por desarrollar un índice que mida la cohesión social a nivel territorial, Botterman, Hooghe y Reeskens (2012) han sostenido que es imposible construir un único indicador para la cohesión social, ya que pareciera ser que no existen correlaciones directas entre las dimensiones, lo que limita los intentos de medición universales del fenómeno.

Sobre esta base, autores han argumentado que la relación entre las dimensiones de la cohesión social debe ser tratada de forma dialéctica (Bernard, 1999), apuntando también a la necesidad de desarrollar una aproximación más abierta para entender la relación entre ellas. Sobre esa base, se ha sostenido que la disminución de los llamados vínculos fuertes a todo nivel no significa necesariamente una pérdida de cohesión social. Por el contrario, también es posible encontrar en contextos de escaso vínculo social sentidos de pertenencia fuertes que permiten mantener cohesionada a la sociedad (Woolley, 1998), o también que se configure sentido de pertenencia allí donde hay importantes niveles de desigualdad (Somma y Valenzuela, 2015). Esta última aproximación entrega una forma más flexible y no tan determinista de analizar la cohesión social, colaborando en darle un sentido más científico y menos normativo al mismo (Bernard, 1999).

La cohesión social y algunos conceptos adyacentes

Como se revisó, la cohesión social se define de diferentes formas. Tanto en los estudios urbanos como en la sociología es común que otros conceptos se empleen como sinónimos de cohesión, sin hacer una distinción entre ellos. Los principales son integración, inclusión, exclusión y capital social. Todos ellos se revisan a continuación.

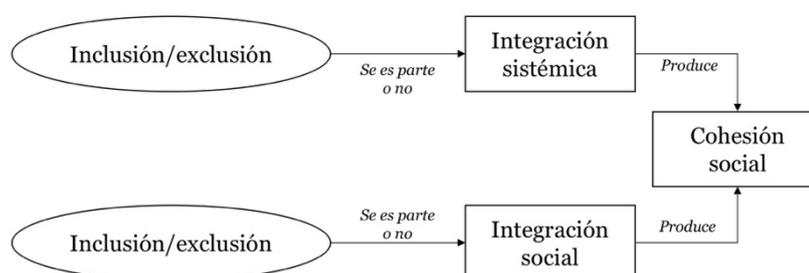
El concepto que más se confunde con cohesión es el de integración. Este nace a partir de la discusión del funcional-estructuralismo que fue desarrollada a mediados de siglo XX. Según Parsons & Shils (1951) la integración hace referencia al proceso a través del cual un individuo pasa a formar parte de la sociedad. Así vistos, los procesos de integración crean cohesión, por cuanto el resultado de pasar a formar parte de algo es la unión a los grupos sociales, tanto porque un individuo desarrolla relaciones sociales con las demás personas de ese grupo, como también porque se siente parte de un conglomerado con características determinadas. Los procesos de integración pueden adquirir dos formas: la integración social y la sistemática. Mientras que la integración social se refiere a la manera en que el sujeto se vincula con otros en co-presencia y pasa a formar parte de un grupo mayor; la integración funcional o sistemática se relaciona al proceso en el cual un sujeto se incorpora en organizaciones institucionalizadas extendidas en el espacio-tiempo, como los medios de comunicación, medios de consumo y medios de producción (Giddens, 2003). El uso del concepto de integración se ha masificado en las últimas décadas, especialmente en el ámbito de las políticas públicas (Beresnevítë, 2003). Esto ha ocurrido porque se considera fundamental que las personas estén integradas al funcionamiento del sistema social, para mantener la estabilidad del mismo.

Como sinónimos de cohesión también se emplean los conceptos de inclusión y exclusión. Ambos están vinculados de forma dialéctica, es decir, son inseparables, ya que cuando hay inclusión existe simultáneamente exclusión (Labonte, 2014). El uso de ambos términos también es relativamente nuevo en el ámbito de la sociología y estudios urbanos. La exclusión se emplea por primera vez en 1974 por René Lenoir en “Les exclus” (1974). Este autor define a los excluidos como aquellos sujetos a los cuales la sociedad no presta atención o viven en los márgenes de la normalidad. La exclusión, para Lenoir, no guarda una relación mecánica con las desigualdades, la pobreza o la segregación, ya que es un fenómeno que puede aparecer en toda la escala social y en cualquier lugar de la ciudad. Por oposición, la inclusión hace referencia a aquellos sujetos que forman parte de la sociedad. No sólo en términos simbólicos, sino que

también en términos de estar insertos en el funcionamiento material del sistema social (García, 2016).

Inclusión y exclusión funcionan con una lógica binaria, lo que significa que se está o no se está dentro de sistema. Cuando no se forma parte de un sistema, es necesario desarrollar estrategias de integración que aseguren la participación de los sujetos en él y, finalmente, puedan producir cohesión. En cambio, cuando se forma parte de un conglomerado, es necesario desarrollar estrategias que aseguren y extiendan la inclusión en el tiempo.

Figura 2 La cohesión social y algunos de sus conceptos adyacentes



Fuente: elaboración propia.

El término inclusión tiene conexiones con otro concepto que generalmente también se emplea como sinónimo de cohesión: la solidaridad. Durkheim (1987) marcaba esta relación al referirse a solidaridad mecánica y orgánica como formas diferentes de cohesión. El concepto de solidaridad es anterior al de cohesión y se relaciona con el pensamiento republicano francés, que establece que la unidad de la sociedad se vinculaba a la equidad entre los ciudadanos. De hecho, la solidaridad se refiere al sentimiento que surge desde las relaciones sociales y que garantiza la pertenencia a una sociedad (Donzelot, 2006; O'Reilly, 2005). Cuando no hay solidaridad se tienden a producir situaciones de inequidad que llevan a la exclusión de algunos sujetos y a la ruptura de las bases morales de la sociedad (Donzelot, 2006). Los sistemas de protección social amplios garantizan la creación de solidaridad, ya que permiten a los sujetos estar incluidos en el funcionamiento de la sociedad y desplegar adecuadamente nuevos vínculos generadores de pertenencia y reconocimiento (Paugam, 2012).

La cohesión social también es confundida con el concepto de capital social, el cual se ha consolidado en las últimas dos décadas como una de las nociones más trabajadas en la sociología. Sin embargo, se verá luego, el capital social solo remite a una dimensión de este fenómeno social: a la sociabilidad. El capital social ha sido definido como los recursos que se encuentran anclados en la red de relaciones que poseen las personas (Lin, 2001). El acceso a estos recursos sociales no necesariamente es sinónimo de cohesión, aunque si influye sobre

esta, estimulando una mayor disposición al encuentro con otros sujetos y un sentido de pertenencia a la comunidad.

La cohesión social: una dialéctica entre la asociación y la comunidad

Se planteó previamente que en estudios urbanos y de barrio la discusión de la cohesión social se ha movido entre una forma mecánica y otra dialéctica de entender las relaciones entre sus dimensiones constituyentes. Así también ha ocurrido en las discusiones ocurridas en sociología, aunque en ellas los conceptos empleados han sido otros: la asociación y la comunidad.

El debate sobre asociación y comunidad tiene ya más de un siglo. Uno de los primeros abordajes fue realizado por Tönnies (1947). Para él la cohesión social puede dar lugar a dos tipos de organización: una real u orgánica y otra ideal o mecánica. Con lo real, Tönnies hace referencia a la condición auténtica de las relaciones sociales, la de la comunidad, que define como “aquella forma de socialización en la que los sujetos, en razón de su procedencia, proximidad local o convicciones axiológicas compartidas, han logrado un grado tal de consenso implícito que llegan a sintonizar en los criterios de apreciación” (p. 10). Mientras que con lo ideal o mecánico, Tönnies se refiere a la asociación que es definida como “aquellas esferas de socialización en donde los sujetos concuerdan en consideraciones racionales ajustadas a fines, con el objeto de obtener la recíproca maximización del provecho individual” (p. 10) (Honneth, 1999).

Tönnies argumenta que las transformaciones sociales inducen la separación entre las personas, por lo que estas se tienden a distanciar de su condición natural. El resultado de ello es la pérdida de la comunidad, la cual está siendo reemplazada por asociaciones en la que las personas parecen ya no estar juntas o unidad por un sentido subjetivo. Para él la asociación no es para nada natural, sino que más bien está artificialmente creada y mantenida por contratos de acuerdo explícitos o tácitos (Álvaro, 2010).

Una definición similar de los conceptos es la que ofrece Durkheim, aunque no las trata directamente como comunidad y asociación, sino que como solidaridad orgánica y mecánica. En su afamado texto “la división social del trabajo” (Durkheim, 1987) sostiene que en las sociedades primitivas la conciencia individual es recubierta por una conciencia colectiva y ambas coinciden. En ellas el individuo se funde en la sociedad sin intermediario y es allí donde aparece la solidaridad mecánica sobre la cual se funda la comunidad. En las sociedades donde, en cambio, opera la división social del trabajo, el individuo no actúa en línea con la conciencia colectiva dado que la conciencia

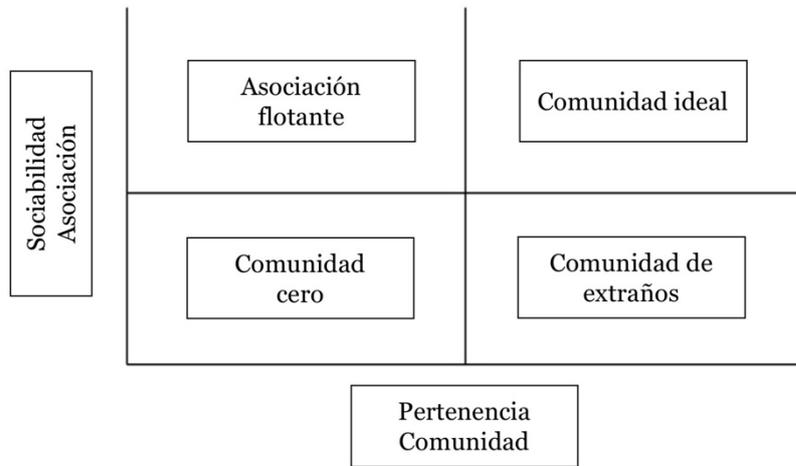
individual se encuentra parcialmente emancipada. En ellas la solidaridad es llamada orgánica dando origen a las asociaciones.

Tönnies y Durkheim coinciden en que las comunidades están siendo remplazadas por las asociaciones. Esta visión “evolucionista” de las cosas representa una aproximación lineal al análisis de la cohesión social sobre la cual se sustenta una visión romántica de los cambios ocurridos en la sociedad. De hecho, para ambos —especialmente para el primero— la comunidad es una forma de organización social superior que parece perderse a la luz de los cambios societales. De esta aproximación deriva también cierta polarización en los análisis el cual aparece carente de puntos intermedios o transiciones entre una forma de organización social y otra: el paso de la comunidad cohesionada a una asociación de sujetos sin cohesión.

Sobre la base de una crítica al carácter evolucionista y lineal de las definiciones de Tönnies y Durkheim, Weber (2002) ofrece una aproximación alternativa y más dialéctica: la comunidad y la asociación no compiten como formas de superiores o inferiores de cohesión social, sino que por el contrario, ellas conviven dentro de la sociedad y no entran necesariamente en conflicto. Sobre esa base él ofrece una definición de ambos conceptos que podría acercarse a la manera en que la cohesión social de barrio se ha definido en este capítulo. En efecto, la asociación surge cuando “la acción social está basada en una compensación de intereses por motivos racionales o una unión de intereses con igual motivación” (p. 33), en tanto que la comunidad lo hace cuando las “relaciones y acciones sociales (está) inspiradas en un sentimiento subjetivo, ya sea por el afecto o la tradición que hace que las personas formen parte de un grupo. (p. 33). Así vistos, mientras que la asociación estaría configurada a partir de la existencia de sociabilidad entre personas, la comunidad lo haría sobre la base de un sentido de pertenencia común entre sujetos.

Entender a la comunidad y asociación, o el sentido de pertenencia y la sociabilidad, como manifestaciones de la cohesión social que no entran en conflicto y que pueden conviven en la sociedad contemporánea, le entrega un carácter más contradictorio al análisis del fenómeno. Se configuran así puntos intermedios que quiebran la polarización con la que suele ser analizada la cohesión en los estudios de sociología y estudios urbanos. Al establecerse cruces entre ambas dimensiones de este fenómeno, se da origen a diferentes configuraciones del mismo: la comunidad ideal, la comunidad de extraños, la asociación flotante y la comunidad cero.

Figura 3 Tipos de configuraciones entre las dimensiones de la cohesión social



Fuente: elaboración propia.

La comunidad ideal resulta de un fuerte sentido de pertenencia y sociabilidad; la comunidad de extraños de un fuerte sentido de pertenencia pero sin vínculos sociales entre sus miembros; la asociación flotante mezcla vínculos sociales frecuentes pero sin pertenencia; y finalmente la comunidad cero donde se configura un panorama donde no existe ni sociabilidad ni pertenencia.

Conclusión

En esta sección se ha conceptualizado a la cohesión como un estado en el cual las personas se sienten parte de un grupo social o territorial y establecen relaciones con otros miembros que también se sienten parte o componen dicho grupo. Ambas condiciones le confieren unidad a sujetos que viven en un lugar común. Esta conceptualización permite despejar la nebulosa que rodea la cohesión social y esclarecer las dos dimensiones a través de las cuales se puede estudiar este fenómeno a nivel de barrio: la sociabilidad y el sentido de pertenencia.

Hay otros dos aspectos importantes que se desprenden de la revisión y discusión de este capítulo. El primero de ellos se refiere al carácter dialéctico de las relaciones que se establecen entre las dimensiones de la cohesión. Esto es particularmente novedoso, por cuanto la mayor parte de las investigaciones que abordan la cohesión social lo hacen a partir de un entendimiento mecánico de sus relaciones. Esto se traduce en que, por ejemplo, se asume que si no hay sociabilidad, no habrá sentido de pertenencia. Esto tiene incluso una implicancia metodológica ya que induce investigaciones que sustentadas sobre el examen de una sola dimensión de la cohesión, desprenden conclusiones más generales.

El segundo aspecto se refiere a que las relaciones que se producen entre la cohesión pueden configurar diferentes tipos de comunidades o asociaciones. Como se argumentó en la última sección de este capítulo, las diferentes dinámicas en términos de sociabilidad y pertenencia pueden dar lugar a comunidades ideales, de extraños, cero o bien asociaciones flotantes. Con ello se evita otro problema común que suele ser encontrado en los estudios de cohesión social: una mirada polarizada de la misma. Por el contrario, esta conceptualización sugiere que hay puntos intermedios, particularmente las comunidades de extraños y asociaciones flotantes, que hablan una configuración de la cohesión social más compleja.

La combinación entre una aproximación conceptual sustentada sobre el carácter dialéctico de las dimensiones de la cohesión, como también en diferentes resultados en términos de las dinámicas que ocurren entre ellas, ayuda a quitar el carácter normativo y romántico con el que suele ser analizado este fenómeno social.

**Capítulo 2. Clase, cohesión y comunidad: la
mixtura social del espacio desde la
sociología urbana**

En esta sección se revisan las principales teorías sociológicas que han discutido la relación entre clase, cohesión y comunidad. Para ello, se recogen inicialmente los planteamientos de Allen (2012) y Savage (2016) quienes coinciden en que la discusión en este tópico ha sido históricamente canalizada a través de tres líneas explicativas: el marxismo, el weberianismo y, más recientemente, a través del enfoque bourdeano. Por eso, es que en la primera parte de este capítulo se exploran los planteamientos de cada uno de estos enfoques sociológicos respecto al vínculo entre clase, cohesión y comunidad.

Luego se presenta cómo los tres enfoques sociológicos analizados han inspirado teorías urbanas que intentan explicar lo que ocurre con la cohesión social y las comunidades barriales cuando familias de diferentes niveles socioeconómicos viven juntas en el espacio. En este nivel se revisan teorías marxistas como la tectónica social o la homofilia que ponen el énfasis en el carácter clasista de las relaciones sociales en barrios de ingresos mixtos. Asimismo, se exploran el llamado “efecto barrio” y las ideas del Nuevo Urbanismo que apoyan la mezcla social del espacio, fundadas sobre la individualización y la idea de que la comunidad es posible de desarrollar en este tipo de vecindarios. Finalmente, se revisan también algunas teorías que explican la cohesión y construcción de comunidades a nivel de barrio que han estado inspiradas sobre planteamientos de Bourdieu y que ponen énfasis en el significado cultural del territorio. En esta línea, se discuten teorías como el housing carrer y el sentido de pertenencia electivo y selectivo.

Finalmente, se da cuenta de la manera en que la sociología urbana chilena ha abordado la relación entre clase, cohesión y comunidad a nivel de barrio. Se muestra cómo los estudios nacionales han asumido los enfoques y teorías sociológicas revisadas. Para ello no sólo se revisan investigaciones aplicadas sobre barrios de ingresos mixtos, sino que también estudios que aplican los conceptos y teorías en vecindarios homogéneos, ya sean de clase media o de clase baja. Sobre la base de estos resultados se plantea una conclusión que representa la hipótesis de esta tesis.

El marxismo y la comunidad de clase: discutiendo el acoplamiento entre posición social y conciencias

Una de las aproximaciones más usadas para estudiar las relaciones de clase ha sido el marxismo (Allen, 2012). Este enfoque define a la clase social a partir del grado de posesión de los medios de producción (Barone, 2000). En ese contexto, divide a la sociedad en dos: entre quienes poseen los medios de producción y quienes no los tienen. Surge así la distinción esencial en la aproximación marxista; por un lado el proletariado o quienes están desposeídos de capital; y por otro lado, la burguesía o quienes concentran los medios de

producción. La manera en que ambas “clases objetivas” se relacionan es explicada por la teoría de lucha de clases (Marx, 1852).

En el marxismo, especialmente el más ortodoxo, la división objetiva de la sociedad en dos clases se expresa también en las conciencias de los sujetos. Como Neilson (2017) ha argumentado, los primeros análisis marxistas “lucha[ro]n por fundar el ser en sí mismos en el mundo material y social, y considerarlo como existente independientemente de la voluntad y la conciencia en vida” (p.5). Bajo la óptica de este enfoque, el sujeto desarrolla una conciencia que es coherente con su posición en el mundo material y social, situación que es también imputable a otros miembros que comparten dicha posición, formando así “*comunidades de clase*” (Lukacs, 1971). Esa conciencia de clase es irreflexiva con ella misma y desata acción social que se materializa en estrategias políticas e ideológicas específicas (Lukacs, 1971). La formación de una conciencia proletaria, por un lado, y una conciencia Burguesa, por otro, detonan una relación conflictiva entre ellas, lo que Marx denomina “el motor de la historia” (Marx, 2003).

Un estudio que ejemplifica la manera en que el marxismo aplica la teoría de lucha de clases en investigación sociológica es el de Gordon, Edwards y Reich (1982). Ellos realizaron un análisis de las decisiones de cambio en la localización de inversión entre 1880 y 1910 en Estados Unidos e identificaron más movilidad en aquellas ciudades donde los trabajadores estaban más organizados en sindicatos. Esa mayor movilidad en las decisiones de inversión fue interpretada por los autores como consecuencia de la organización concertada de los trabajadores y de la necesidad, también concertada de parte de la burguesía, de continuar con la captura de ganancias respecto a las actividades que se desarrollan en las ciudades. Así es como, argumentan, la organización interna de la ciudad y las relaciones sociales que ocurren allí se estructuran a partir de luchas de clases.

La idea de la existencia de una conciencia de clase ha sido también relevante en los estudios respecto a participación política. Por ejemplo, Devine (1992) ha propuesto la existencia de una relación lineal entre clase social, identidad política e intención de voto. Mientras la clase trabajadora se identifica con la izquierda y vota por ella, la burguesía hace lo mismo con los partidos de derecha. Estos dos bloques políticos representarían la lucha de clases y serían la expresión institucionalizada de una conciencia asociada a una posición social específica.

Los estudios de Gordon et al., (1982) y Devine (1992) y en general los trabajos que se desarrollan bajo un enfoque marxista, han sido criticados por asumir que la forma de pensar de los sujetos necesariamente está condicionada por su clase social, hasta el punto de formar comunidades de clase (Lukacs, 1971). Incluso, los cuestionamientos al estructuralismo marxista se han originado dentro de la

misma aproximación sociológica, produciendo así un giro en este enfoque durante las últimas décadas. En sociología urbana, uno de los primeros exponentes del giro marxista fue Henri Lefebvre.

En sus primeros trabajos, Lefebvre no abandonó la idea marxista de la lucha de clases como motor de la historia, como tampoco la convergencia entre posición social y conciencia de clase. Desde su punto de vista, ambas condiciones abrían un espacio de acción política necesario para modificar la manera en que se configuraba el espacio urbano bajo el modo de producción capitalista (Lefebvre, 2013). Allí es donde él plantea su popular concepto “derecho a la ciudad”. A través de él, Lefebvre (1969) argumentaba a favor de la necesidad de que la clase obrera tuviera capacidad para crear y producir la ciudad, cambiando así las condiciones estructurales sobre las cuales eso ocurría, y que ubicaban a la burguesía como la clase conductora.

Aunque el derecho a la ciudad fue planteado inicialmente sobre la base de la coincidencia entre clase y la conciencia de clase, esta idea fue modificada por Lefebvre a la luz de los cambios sociales posteriores. En efecto, los acontecimientos de “Mayo del 68” en Francia, que no sólo involucraron a obreros sino que también a miembros de la burguesía, y las transformaciones en el mundo del trabajo, llevaron a que Lefebvre finalmente criticara la idea marxista de que la pertenencia de clase eran el resultado mecánico de una posición social específica (Lefebvre, 1976). Con ello Lefebvre reconoció la existencia de sujetos que aún perteneciendo objetivamente a la clase obrera, subjetivamente no se sentían parte de este grupo social y tampoco actuaban coordinadamente.

Por aquella época, la idea de la emancipación de la conciencia de clase fue también compartida por Castells. En su clásico trabajo “Movimiento de pobladores y lucha de clases en Chile”, Castells señala que la posición de clase no permite apoyar la existencia de una congruencia con la homogeneidad ideológica (parfraseo p. 19). Incluso, dice el autor, la conciencia ideológica existente entre pobladores se asemeja más bien a una conciencia economicista que a una conciencia de clase propiamente tal (p. Parfraseo, Castells, 1973, p. 19). La clase como mecanismo estructurador de conciencias, dice Castells (1999; 1997), parece estar siendo remplazado por otros elementos estructurales que adquieren importancia en la sociedad contemporánea, como a religión, el territorio, la nación, lo étnico, el género, etc.

Pero el desacople de la relación clase-conciencia ha sido un aspecto duramente resistido dentro de la misma aproximación marxista. Quien ha llevado con fuerza dicha bandera es David Harvey. Él ha estado preocupado de reposicionar la importancia de la clase como un elemento central en la formación de las identidades y lucha política de las personas. Harvey argumenta que clase no es sólo una cosa, como la suelen ver en los análisis marxistas postestructuralistas

y posmodernos, sino que mas bien un proceso que depende del acceso a los procesos de acumulación de capital (Harvey, 1996, parafraseo p. 359) y "el hecho de que cada uno de nosotros tenga diferentes roles en relación a diferentes circuitos de capital, no significa que una clase política coherente es imposible o indeseable" (Harvey, 1996, p. 359). Para este autor, el supuesto desacople entre posición social y conciencia tiende a invisibilizar a la clase como estructurador de las relaciones entre individuos en la sociedad capitalista, minando así el apoyo político a la lucha de clases y los problemas de exclusión y desigualdad que derivan de la actual forma de organización político-económica (Harvey, 1989; 2012).

Lo cierto es que al interior del enfoque marxista hoy en día hay un debate, que parece aún sin resolver, respecto a si la clase estructura o no las conciencias. A las disputas entre el marxismo más ortodoxo y el nuevo marxismo, se han sumado otros dos aspectos que en conjunto han debilitado notablemente la capacidad de este enfoque sociológico para entender la manera en que se desarrollan las relaciones de clase en la sociedad actual. La primera limitación deriva de la teoría de luchas de clases y que lleva a entender siempre la relación entre estas a partir de la oposición y el conflicto. Eso niega las alianzas clasistas que ocurren cotidianamente en la sociedad (Grossman, 2005). La segunda limitación guarda relación con la expansión de la clase media y el incremento de movilidad social, fenómenos que no ha entrado suficientemente en los análisis marxistas a pesar de que desde mediados de siglo XIX se han intensificado de forma considerable (Savage, 2016).

Desde la clase a la individualización: la comunidad del consumo

Paralelo al análisis marxista, se ha desarrollado una aproximación que cuestiona la hipótesis de congruencia entre posición social y conciencia de clase. Este enfoque sociológico, que aquí se denomina Weberiano dado su impulsador, tiene fuertes repercusiones en la manera en cómo se entiende la relación entre clase, cohesión y comunidad.

Max Weber sostenía que todo individuo se encuentra en una situación de clase, pero esta no estaba sólo determinada por su acceso a bienes de producción — como lo entiende el marxismo— sino que también por la posición externa que ocupe el sujeto y su propio destino personal. La combinación de estos aspectos, configura tres clases sociales y no dos como se comentó previamente. *La clase propietaria*, que se determina por la propiedad sobre bienes de producción; *la clase lucrativa*, que se determina por la propiedad de bienes de producción y el éxito con que los emplean en el mercado; y *la clase social* que es la totalidad de las situaciones de clase entre las cuales existe un intercambio personal y sucesión de generaciones (Weber, 2002). La clase media, bajo el esquema de

Weber, se encontraba repartida entre todas estas clases, especialmente al interior de la clase lucrativa aunque no confinada solo a esta. La dispersión de esta clase por toda la estructura social se debía fundamentalmente a los procesos de movilidad social que Weber observa al interior de la sociedad. Es más, en contraposición a las miradas marxistas él sostenía que *“las transiciones de una a otra clase son muy lábiles y más o menos fáciles y, por tanto, la unidad de las clases sociales se manifiesta de modo muy diverso”* (Weber, 2002, p. 24).

Ahora bien, ¿pueden estas situaciones de clase derivar en conciencias de clase?. Sí, pero para que esto ocurra se deben cumplir cuatro condiciones: estar en posiciones sociales típicamente semejantes y en masa; poseer fines claros de común reunión; la existencia de un grupo percibido por todos los miembros de una posición determinada como enemigo inmediato en términos de los intereses; y tener posibilidad técnica de fácil reunión (Weber, 2002). En términos de su interpretación del dualismo asociación-comunidad, revisada en el capítulo previo, Weber propone que para que exista “conciencia de clase” deben primero configurarse asociaciones. El problema, en términos de la formación de conciencia, es que esas asociaciones tienden a ser temporales y no derivan necesariamente en la formación de sentidos de pertenencia de grupo. El hecho de que los intereses de los sujetos tienden a ser diversos y no necesariamente depender de su condición o posición social, puede dar lugar a conciencias de clase fragmentadas e incluso alianzas entre clases. Así es como la noción de la conciencia de clase no es, en el pensamiento de Weber, un hecho que siempre ocurra y tampoco está confinada a una posición de clase específica. Eso lo lleva a cuestionar la teoría de lucha de clase como el motor de la historia (Weber, 2002).

Weber compartía la opinión con Tönnies y Durkheim respecto a los cambios en el vínculo social que estaban ocurriendo en la sociedad industrial. Era efectivo que las asociaciones ganaban terreno frente a la comunidad como forma de organización social, lo que era visto como consecuencia de la creciente racionalización e individualización de la sociedad. Según Weber, esta transformación tenía su origen en las religiones y, en específico, en los valores que promovía el calvinismo (Weber, 1998). Contrario a lo sostenido por la perspectiva marxista ortodoxa, Weber argumentaba que la racionalización inducía a las personas a tomaran decisiones de manera independiente en búsqueda de la consecución de sus intereses, lo que desanclaba la conciencia individual de la conciencia y opinión de clase (Scharf, 1974).

A diferencia de Marx, Weber basó su investigación en los sujetos y planteó que solo desde ellos se podían entender los fenómenos sociales. Este “individualismo metodológico”, lo llevó a relativizar la importancia de las estructuras como estructuradoras de la vida cotidiana (Weber, 1984). La cultura, el Estado y la clase social no son más que abstracciones sociológicas

que emergen desde los análisis de los sujetos. Es en esta última escala donde reside el verdadero “hecho social” (Weber, 1984). Esta aproximación epistémica-metodológica es clave para entender la relativización del concepto de clase social que realiza Weber y, particularmente, el hecho de que las comunidades o asociaciones no se conformen en línea con cierta posición social.

Las ideas planteadas por Weber fueron cuestionadas especialmente por corrientes marxistas más ortodoxas (Gubbay, 1997). Pero sus ideas respecto al desacople de la conciencia han vuelto a ser objeto de debate a raíz de los cambios sociales ocurridos en los últimos cuarenta años. El incremento de la movilidad social y la expansión de la clase media limitaron la capacidad que tenía el enfoque marxista —predominante hasta ese entonces— para analizar la relación entre clase y comunidad (Savage, 2016). En este aspecto, uno de los recientes continuadores de las ideas de Weber fue Ulrich Beck.

Beck sostiene que la modernidad reflexiva está dando lugar a un proceso de individualización con fuertes implicancias sobre la cohesión social y la construcción de comunidades. La premisa sobre la cual Beck interpreta la individualización es la existencia de una distinción entre principios básicos e instituciones básicas de la modernidad, argumentando que aquella distinción abre la posibilidad de una ruptura estructural que explicaría el cambio discontinuo al interior de las sociedades modernas (Beck & Grande, 2010). Aunque los principios básicos de la modernidad —por ejemplo, la importancia del trabajo— hoy parecen vigentes, lo que ha cambiado son las categorías estructurales bajo las cuales se organiza la población, como la clase, religión, raza, etc. Las antiguas instituciones que emergían desde aquellas categorías estructurales se vuelven cada vez más ineficaces para hacer frente a los desafíos de la sociedad contemporánea lo que ha motivado una respuesta de carácter más individual (Beck & Grande, 2010).

Para Beck la individualización ha sido reforzada por dos procesos que desdibujan la descripción y análisis que los marxistas realizaban de la sociedad, especialmente en relación a la formación de pertenencias o conciencias de clase: la reflexibilidad y las transformaciones ocurridas en el Estado de bienestar.

El pensamiento moderno ha mostrado problemas para explicar la realidad, lo que ha hecho que sus ideas se pongan bajo cuestionamiento. Eso crea un panorama en el cual el riesgo se convierte en una situación estructural, desatando prácticas individuales a través de las cuales la población intenta disminuir la incertidumbre. Esas prácticas están fundadas en una profunda reflexión y crítica respecto al mundo y las explicaciones que conocemos como sociedad. Ya no es la religión o las grandes ideologías las que entregan pautas de comportamiento y sentido a lo que nos rodea, sino que es el sujeto como individuo quien lo hace. La idea de reflexividad se condice con el individualismo metodológico de Weber, girando el foco de análisis desde aquello estructural y

típicamente marxista, al individuo y cómo este construye la realidad social (Beck, 1998).

Asimismo, las condiciones de vida de la clase obrera, que es donde la conciencia de clase bajo descripciones marxistas se desarrolla con mayor ímpetu, han cambiado radicalmente. Según la interpretación de Marx (1852) la conciencia de la clase obrera emergía porque la pauperización de las condiciones de vida de este grupo lo instaba casi naturalmente a organizarse políticamente como bloque. Pero para Beck las condiciones de vida de la clase obrera han cambiado, dado el avance del Estado de Bienestar. Este se ha encargado de asegurar las condiciones de vida básicas para la población, a la vez que ha impulsado la movilidad social al interior de la clase obrera, configurando un “efecto ascensor” en la calidad de vida (Beck, 1998). Así es como en el contexto del capitalismo promovido por el Estado de bienestar, las condiciones de pauperización de los obreros que inspiraron la conciencia de clase han desaparecido. Los miembros de este grupo social se han visto entonces desatados de las características históricas de su condición de clase.

La reflexividad, el estado de bienestar y la movilidad social han desacoplado las conciencias de la posición de clase. Esto significa el fin de la comunidad de clase y el inicio de una situación en el cual los sujetos construyen sus biografías e identidades de manera individual. La consecuencia última de esta individualización es el “capitalismo sin clases” (Beck, 1998, p. 686), lo que ha llevado a Beck y otros a plantear la “muerte de la clase social” como categoría de análisis sociológico (Beck, 2002; Pakulski y Water, 1996).

Si bien Beck planteó la tesis de la individualización con especial referencia a lo que ocurría en la Alemania de los 80 y 90, esta ha impulsado el debate también en otros países. Pakulski y Water (1996) corroboraron el desacople entre identidades y clase social a nivel global y coincidieron con la tesis de individualización sostenido por Beck. Pero sostuvieron también que aquella desidentificación era más intensa en las sociedades occidentales, particularmente Europa Occidental y Estados Unidos. Así mismo, diferentes estudios en Inglaterra arriban a conclusiones similares. Por ejemplo, Bennet et al., (2009) han estudiado si acaso la clase media y baja desarrolla identidades de clase específicas. Sobre estas han sostenido que si bien tienen una base profesional más o menos estable, eso no se traduce en la formación de una conciencia de clase. De hecho, sólo alrededor de 1/3 de la gente en posición de clase media y baja se define como tal. Incluso la identificación simbólica es más compleja en la clase media dada la heterogeneidad de intereses existente en este grupo (“hay muchas clases medias y no solo una”).

Si bien la tesis de des-identificación de clase ha sido también apoyada por algunos trabajos marxistas menos ortodoxos, la “muerte de la clase” como categoría de análisis sociológico ha sido duramente criticada por este enfoque.

Incluso, esta idea ha provocado debate al interior de la misma aproximación Weberiana, específicamente en relación a qué es aquello que remplaza a las categorías estructurales como articuladores de la comunidad. Si se siguiera a rajatabla la tesis de Beck la sociedad desaparecería y lo que quedaría serían individuos no sujetos a nada y por nada (Bauman, 2003). Frente a esto cabría preguntarse entonces: ¿es posible hoy encontrar comunidades?, ¿qué cohesiona o articula a la sociedad en la llamada modernidad reflexiva?.

Bauman (2003) ha argumentado que las comunidades en la llamada modernidad reflexiva sí son posibles, aunque —asumiendo una perspectiva Weberiana— estas no estarían necesariamente alineadas a la posición de clase. Más bien, las comunidades hoy parecen estar articuladas sobre la base de la diferencia estructural: sujetos que no tienen necesariamente una situación de clase, étnica o religiosa común, sino que sólo tienen intereses compartidos. Esa condición vuelve a las comunidades volátiles, dado que se conforman exclusivamente en pos de conseguir un propósito particular. Entonces, el sentido de pertenencia a la comunidad es hoy más flexible y está lejos de ser permanente en el tiempo. Incluso, sostiene Bauman (2003), las personas pueden pertenecer a varias comunidades de manera paralela, moviéndose entre ellas según sus intereses del momento. Estas son las características esenciales de lo que él llama “comunidades de guardarropa”, la manera en que se expresa el sentido de pertenencia en la modernidad reflexiva.

Ahora bien, ¿sobre qué base se organizan hoy las comunidades?. El Weberianismo argumenta que las comunidades de guardarropa están articuladas sobre la base del consumo de objetos que produce el mercado, pudiendo esto producir identidades sociales. Los objetos no tiene solo un significado material, sino que también un significado cultural, es decir, representan “algo” frente a los demás. Ese “algo” es lo que ayuda a las personas a mostrarse frente al resto como un sujeto que adscribe a ciertas causas, reforzando el sentido de pertenencia a un cierto grupo comunitario (Bauman, 2003). Desde esta perspectiva, el consumo se entiende como una práctica reflexiva y no como una actitud necesariamente negativa de despilfarro (Canclini, 1995).

La cohesión social a través del mercado es una tesis que ofrece una radical vuelta de tuerca a lo que plantado por el enfoque marxista. Por eso, desde este enfoque provienen sus dos mayores críticas. Se ha dicho, primero, que las ideas de individualización tienen un contenido ideológico capitalista implícito en ellas. Harvey (1973) arguye, por ejemplo, que los análisis de Beck y otros autores de esta corriente despolitizan el debate de clase, acusándolos de promover una nueva forma de positivismo científico. Se ha dicho también que la muerte de la clase como categoría de identificación social induce a pensar el fin de las desigualdades de clase (Atkinson, 2007). Esto último, llamado “la

paradoja de la clase”, sería particularmente crítico en un sistema global en el cual las desigualdades de ingreso están al alza (Savage, 2016).

Conectando clase y la individualización: el enfoque de Bourdieu

La tesis de la muerte de la clase como categoría de análisis sociológico ha tenido entre sus efectos revivir con fuerza el debate acerca de la importancia de la clase en la formación de las comunidades sociales (Savage, 2016). A esto se ha sumado la necesidad de reconsiderar la polarización existente entre enfoques Marxistas y Weberianos, que muestran realidades opuestas frente a este tema. En ese contexto ha emergido una nueva manera de entender el efecto de la clase social sobre la construcción de comunidades que resulta, en buena medida, de una especie de mezcla de ambos enfoques. Quien mayor influencia tiene en el desarrollo este enfoque es Pierre Bourdieu.

¿Ha muerto totalmente la clase como organizador de la vida de las personas y de las comunidades? O, por el contrario, ¿es la clase la que organiza las comunidades y las conciencias?. Ninguna de estas perspectivas es completamente cierta para Bourdieu, pero tampoco ninguna es completamente falsa. En efecto, él intentó crear una aproximación que tuviera la capacidad de integrar las visiones estructuralistas del marxismo con un enfoque más individual típicamente Weberiano. En el fondo, Para Bourdieu el mundo social no era ni blanco ni negro, sino estaba en un punto intermedio repleto de complejidades y contradicciones.

Bourdieu criticaba del Marxismo la ya comentada congruencia entre posición social y conciencia clase. Sostenía que esta era una falacia que resultaba de un acomodo artificial de ciertas abstracciones teóricas usados por los académicos. Para él las clases sociales objetivamente construidas y definidas teóricamente por la posición dentro de un espacio social no se traducen necesariamente en clases subjetivas, es decir, en conciencia de clase que actúe de manera coordinada y homogénea (Bourdieu, 2000).

Esto podría ser interpretado como un apoyo a la tesis de la muerte de clases, sin embargo, no es así del todo. Los trabajos que examinan la identificación de clase en los sujetos y que se nutren teóricamente de Bourdieu, arriban a conclusiones más matizadas. Por ejemplo, Savage et al., (2001) concluyeron, en un estudio desarrollado en Inglaterra, que la gente hoy está menos dispuesta a identificarse a ella misma como de una clase específica, de hecho, la mayoría de la gente desea verse a si misma como fuera de una clase. Los sujetos, argumentan, se definen “*como normales*”, lo que vienen siendo una estrategia ambigua y defensiva a la vez. Ambigua porque no los encasilla, y defensiva porque temen mostrarse como clasistas. Pero esto no significa necesariamente

que las identidades están completamente individualizadas, sólo que la clase no determina la identidad social. De hecho, la ambivalencia y defensividad como estrategias de desclasamiento, dan cuenta de que la clase juega algún rol en la identificación social.

En esta misma línea Skeggs (1997) ha estudiado la autodefinición social de mujeres en situación de pobreza en Inglaterra. Sus resultados sugieren que las mujeres no se definen a partir de la clase dada la estigmatización de algunos grupos —particularmente de la clase baja— y la demonización del lenguaje de clase que ha habido durante las últimas décadas. En ese contexto, ellas se definen a partir de un sentido de *respetabilidad*. Como personas dignas de respeto al igual que las demás. Por lo tanto, los trabajos de Savage et al., (2001) y Skeggs (1997) permiten sostener que la des-identificación de la clase efectivamente es un proceso que guarda relación indirecta con las relaciones de clase, lo que no apoyaría la tesis de muerte de la clase sostenida por Beck.

Incluso, la ubicación de una persona dentro del espacio social —definido por su acceso a diferentes tipos de capital— le entrega un sentido de posición de sí misma que permea su forma de pensar y de ver sus relaciones con otros sujetos. Es decir, le entrega un set de disposiciones relativamente permanentes, lo que Bourdieu (1980) llama *habitus*. De ahí que se pueda argumentar que aunque la conciencia de clase no se desarrolle en las personas, su posición social sí influye en términos de definir su forma de entender aquello que los rodea:

“Así pues, aunque la clase lógica, como una construcción analítica fundada en la realidad, no es más que un conjunto de ocupantes de una misma posición en un espacio, estos agentes en cuanto tales están afectados en su ser social por los efectos de la condición y los condicionantes que corresponden a su posición en cuanto definida intrínsecamente (esto es, por un cierto tipo de condiciones materiales de existencia, de experiencias primarias en el mundo social, etc.) y relacionamente (esto es, en sus relaciones con otras posiciones)” (Bourdieu, 2000, p. 198).

A cada posición social le corresponde un cierto cúmulo de preferencias de comportamiento que pueden ser entendidas como estilos de vida o como “*habitus de clase*” (Bourdieu, 2002). Dichas prácticas son apropiadas por los sujetos que poseen una posición determinada y generan distinciones simbólicas entre clases sociales. Esta idea es similar a la sostenida por el enfoque marxista, no obstante, en el enfoque Bourdeano esas distinciones no son permanentes. El aspecto relacional del *habitus* es particularmente importante en términos de la creación de expectativas subjetivas en los sujetos. De hecho, dada la naturaleza intersubjetiva de las relaciones sociales, los individuos generalmente no esperan permanecer siempre en una posición social específica, por el contrario, aspiran a moverse al interior de esta. Aquí entra en juego la movilidad social que lleva a los sujetos a desprenderse de sus posiciones originales. De esta

manera, el enfoque bourdeano se conecta con los planteamientos Weberianos que otorgan capacidad de agencia al sujeto y rompe con la rígida aproximación estructuralista del marxismo ortodoxo.

No obstante, ¿cómo es que el habitus tiene capacidad cambio? A través de la reflexividad. Bourdieu reconoce de Beck que la experiencia es procesada de manera reflexiva por las personas, siempre a través de los lentes de sus disposiciones sociales duraderas. Así, si una persona asciende socialmente o se inserta a un entorno social diferente a su campo de movimiento tradicional, comenzará a desarrollar prácticas sociales acordes a este nuevo grupo, lo que obligará inconscientemente al sujeto a modificar su habitus. Esto podría ser interpretado como un aspecto positivo en términos de la creación de alianzas pluriclasistas, dado que las distinciones en términos de las acciones individuales podrían, con el paso del tiempo, homogeneizarse. Esta tesis ha sido corroborada por una serie de estudios que se refieren al surgimiento de las llamadas “*alianzas improbables*”. Por ejemplo ricos y pobres; nativos y foráneos; negros y blancos, entre otros (Grossman, 2005). Sin embargo, esto depende también del ritmo en el cual ocurre la movilidad (Fiedman, 2015). Cuando el ascenso o descenso social es lento, el habitus tiene más tiempo para acomodarse y, por tanto, la comunidad es más probable. Sin embargo, cuando el movimiento es abrupto el habitus no se acomoda y se produce un quiebre que Bourdieu y Passeron (1977) denominan como *Hysteresis*, el cual —en casos extremos— puede derivar en una situación de aislamiento social respecto de la posición original y actual (Bourdieu, 1998).

Este enfoque coincide también con los planteamientos de Bauman (2000) en relación a la importancia del consumo como vía para producir cohesión social. El significado cultural de los objetos puede ayudar en la formación de las comunidades más diversas, colaborando a asentar así cambios de habitus de clase y la formación de una comunidad que trasciende sus diferencias de posición.

Pero Bourdieu ve también en el consumo una lógica dialéctica: así como une, puede también dividir. Para entender ello, él introduce una distinción entre los gustos de necesidad y los gustos de lujo (Bourdieu, 2002). Mientras los primeros son compartidos por todos, los segundos son de dominio exclusivo, y dado que su acceso está definido por la posición social de los sujetos, funcionan como marcadores de clase (Bourdieu, 2010). Por ejemplo, los diferentes tipos de estética o el gusto por el arte serían manifestaciones del habitus de clase y, por tanto, darían cuenta de diferentes orígenes sociales, lo que podría establecer formas de diferenciación entre las personas (Bourdieu, 2010). Por eso, a pesar de la existencia de alianzas improbables y del reconocimiento del consumo como vía para producir adscripción, la movilidad social no garantiza siempre la adscripción a una nueva identidad de clase ni mucho menos su existencia, dado que en el comportamiento de los sujetos persisten resabios de

su habitus inicial. Esto puede introducir prácticas de diferenciación que obstaculizan el surgimiento de comunidades pluriclasistas.

En este punto hay que diferenciar entre las distinciones sociales y simbólicas. Mientras las primeras son "distinciones conceptuales hechas por actores sociales para categorizar objetos, gente, prácticas y el espacio y tiempo" (Lamont y Molnár, 2002, p. 168), las segundas "separan a la gente en grupos y generan sentimientos de similaridad y membresía de grupo" (Lamont y Molnár, 2002, p. 168). Así, por un lado, las fronteras sociales son objetivamente formadas a través de las diferencias sociales que se manifiestan en el acceso y distribución de los recursos (materiales y no materiales) y las oportunidades sociales. Estas son justamente aquellas que Weber y Beck plantean que se están disolviendo en la modernidad reflexiva. Mientras que por otro lado, están las fronteras simbólicas que emergen desde la percepción de los sujetos y de sus comportamientos cotidianos, promoviendo la formación de distinciones horizontales o entre sujetos situados en una misma posición social. En un contexto donde la movilidad social se ha intensificado, las fronteras horizontales han tomado particular importancia para explicar la distinción al interior de los grupos sociales (Bourdieu, 2000; Méndez, 2008).

Esto significa que aunque la movilidad social pueda hacer más homogénea las posiciones sociales, hay prácticas de diferenciación entre los sujetos que perduran. Incluso, dice Bourdieu (2000), es en las posiciones intermedias (o clases medias), allí donde los espacios de diferencia son menos claros, donde operan con mayor intensidad las estrategias de diferenciación horizontal. Entre ellas están, por ejemplo: las formas de hablar, los gustos musicales o gastronómicos, la vestimenta, la estética, entre otros. Así vista, las distinciones entre habitus de clases perdurarían aun cuando los grupos (con diferentes trayectorias de movilidad) converjan en una misma posición social.

La principal crítica al enfoque bourdeano se dirige sobre el énfasis que pone este en la persistencia del habitus de clase (King, 2000). Dado que el habitus se forma en una posición social específica, pareciera ser que las prácticas sociales, independiente del movimiento que se produzca al interior de la estructura social, tienden a perdurar (Bourdieu & Waquant, 1992; Waquant, 2014). En ese sentido, la capacidad de agencia de los sujetos estaría condicionada siempre por su posición social original (King, 2000; Capdeville, 2011).

Aquí se forma una paradoja, ya que este enfoque sostiene, por un lado, que la conciencia de clase no se determina por la posición de clase, pero por otro lado, argumenta también que aquella posición de clase sí desata prácticas sociales determinadas. En el fondo, en la cohesión social y en la formación de la comunidad en la sociedad actual, la clase adoptaría un rol dialéctico, no determinante de las conciencia o identidades, pero con una influencia que permanece al menos en los procesos de exclusión que ocurren en la vida

cotidiana y que también son importantes en la formación de la comunidad. Desde el enfoque bourdeano la comunidad entre clases disímiles sería posible, sin embargo, en ella convivirían dinámicas de distinción que desatarían procesos de exclusión internas. Si las fuerzas de distinción son más fuertes que las de comunidad, esta última tendría limitaciones para desarrollarse.

Las clases sociales van al barrio: ¿puede haber comunidad en vecindarios de ingreso mixto?

Esta sección analiza cómo los enfoques sociológicos revisados aterrizan e inspiran teorías urbanas que intentan explicar lo que ocurre con la cohesión social y la formación de comunidades en barrios de ingresos mixtos. El abanico de estas teorías es amplio y van desde aquellas que rechazan completamente la posibilidad de que un sentido de pertenencia y sociabilidad común se configure en estos lugares, hasta aquellas que apoyan la mezcla social en espacio.

El análisis marxista del barrio y la diversidad: clasismo, tectónica social y homofilia.

El estudio del marxismo no sólo ha estado confinado a la sociología, sino que también ha expandido su influencia a otros campos, entre ellos, los estudios urbanos. Quien primero aplicó las ideas de Marx al estudio de la ciudad fue Engels. Él sostenía que el capitalismo impulsaba una doble tendencia de concentración espacial, por un lado, la inversión del capital, y por otro lado, a los trabajadores. Ambas tendencias eran interpretadas como la consecuencia de la lucha de clases entre proletarios y burgueses, conformando así ciudades en donde dichas clases sociales vivían separadas (Engels, 1975).

Pero bajo la interpretación del marxismo más ortodoxo la segregación espacial no necesariamente era negativa para la formación de comunidad de barrio. La homogeneidad social del espacio era interpretada como un eje fundamental desde el cual emanaba un sentido de pertenencia y desde el cual se articulaba la “comunidad de clase” y la acción política de la misma. Aquello era fundamental para alcanzar la coordinación y la solidaridad de clase proletaria desde la cual se derrotaría al capitalismo burgués (Lukacs, 1971). La teoría de “lucha de clases” llevaba a pensar que la mixtura social no podría derivar más que en una permanente tensión entre clases que haría imposible la convivencia al interior del vecindario. Pero, ¿cómo es que la diversidad social no funcionaría en términos de la construcción de comunidades de barrio?. En la explicación marxista más ortodoxa, la razón está en que la conciencia de clase impulsa la formación de una cultura clasista.

La tesis del clasismo asume la existencia de una correlación entre posición social y conciencia colectiva para mostrar que la sociedad está dividida en clases

sociales con un fuerte sentido de identificación. Dado que las clases tienden al conflicto, la relación entre ellas estaría marcada por el desarrollo de acciones concretas que tenderían a diferenciarlas. Esas acciones buscarían perpetuar una estructura social y de poder a través de la “opresión sistemática de un grupo sobre otro basadas en las distinciones económicas de sus posiciones dentro de un sistema de producción y distribución” (Barone, 2000, p. 6). El principal mecanismo a través del cual opera el clasismo es el prejuicio. Este es un fenómeno social que funciona desde “arriba hacia abajo”, por ejemplo, desde el Estado, las empresas, medios de comunicación, entre otras “instituciones poderosas” (Ruiz-Tagle y López-Morales, 2014), y desata prácticas concretas de discriminación que hacen difícil la convivencia en contextos de diversidad socioeconómica (Ruiz-Tagle, 2016a). Dichas prácticas tienden a justificar y consolidar una estructura desigual en la repartición de recursos (Barone, 1998; 2000).

Pero el clasismo y la concepción estructuralista de los fenómenos sociales ha sido también criticada. Ya se hizo mención respecto a la necesidad de incorporar en los análisis marxistas a las clases medias (Allen, 2012; Savage, 2016). Inspirados en esta necesidad y focalizados sobre los estudios de barrios en gentrificación que han sido colonizados por la clase media, ha surgido la teoría de la tectónica social para explicar la relación entre clases al interior de vecindarios de ingresos mixtos. Así es como Robson y Butler (2003) describen las relaciones sociales al interior de un barrio cuando familias de clase media colonizan vecindarios populares:

“Las personas se mueven entre sí como las placas de la tierra; en cierto modo esta metáfora puede ser extendida para describir las relaciones entre clases sociales” (Robson y Butler, 2003, p. 92).

La tectónica social incluye ideas marxistas dentro del análisis de los nuevos fenómenos urbanos asociados al incremento de la diversidad social. Esta se refiere especialmente a la relación que ocurre entre la clase media y otros grupos sociales al interior de barrios gentrificados, sosteniendo que en este tipo de lugares los sujetos de clase media no tienen contacto con otras clases, aun cuando habiten en proximidad (Butler y Robson, 2001; Butler y Robson, 2003). Esto ocurre porque las prácticas espaciales de las diferentes clases no chocan mutuamente ni se encuentran en el espacio del barrio, lo que culmina creando “conciencias separadas” (Jackson y Butler, 2015, p. 2356), capas sociales que no se tocan ni interactúan en la cotidianeidad del vecindario y, tal como lo hacen las capas tectónicas, cuando interactúan, se desatan conflictos (Tersteeg y Pinkster, 2016; Van Gent, Boterman y Van Grondelle, 2016). Si bien la tectónica social analiza un fenómeno cada vez contingente en los espacios urbanos, subyace bajo esta teoría el principio de oposición entre clases sociales, llegando a insinuar la existencia de conciencias de clase específicas.

Así como el clasismo y la tectónica social, otra de las teorías que critica los efectos de las políticas de mixtura sobre la construcción de comunidades de barrio se inspira en la preferencia respecto a mantener relaciones sociales con aquellos que son percibidos como miembros de una misma posición social, fenómeno que se conoce como “homofilia” (McPherson, Smith-Lovin, & Cook, 2001; Putnam, 2007). Esta teoría sostiene que las personas ordenan su sociabilidad a partir de ciertos criterios de homogeneidad, lo que limitaría la capacidad de producir, por ejemplo, relaciones de carácter pluriclasista o multiétnicas al interior de barrios diversos.

Un influyente estudio en esta línea es el de McPherson et al., (2001). Su investigación concluyó que la homofilia estructura los vínculos sociales de todo tipo, incluyendo aspectos étnicos y socioeconómicos, lo que da como resultado que los vínculos sociales de las personas tiendan a poseer sus mismas características socio-demográficas. La tendencia homofílica crea una sociedad en donde el vínculo social se encuentra segmentado, similar a lo planteado por la tectónica social. Pareciera ser, de hecho, que la homofilia es un fenómeno que se articula con particular intensidad en aquellas comunidades que son más diversas, porque en ella el refugiarse en los similares produciría mayor seguridad y confianza (Putnam, 2007; Vincent, Neal y Iqbal, 2017).

Siguiendo esta aproximación ha habido una serie de trabajos que critican los efectos positivos de la mixtura social en términos de sociabilidad. Por ejemplo, Clampet-Lundquist (2004) examinó los vínculos sociales que se crean en barrios construidos por el HOPE VI en EE.UU, encontrando que familias de bajos ingresos que han arribado a estos lugares no han construido lazos sociales con personas de mayores ingresos que ya residían en el sector, lo que limita la formación de redes, la movilidad de información y oportunidades para los nuevos residentes. También Weber (2007) ha argumentado que las clases medias tienden a poseer un habitus metropolitano, ya que extienden sus prácticas cotidianas y sus círculos de sociabilidad hacia fuera de los vecindarios, a diferencia de las clases bajas cuya sociabilidad adquiere un carácter más local. Resultado similar ha sido encontrado por Andreotti, Galés y Moreno (2013) en varias clases medias altas europeas, aunque advierten que aquella salida del barrio es parcial y no total, dado que este grupo social participa en ciertos círculos de sociabilidad exclusivos, pero también hay ciertas actividades que comparten de manera pluriclasista a escala de vecindario.

En definitiva, el análisis marxista sostiene que la cohesión social en barrios de ingresos mixtos es difícil de desarrollar. Las fuerzas que dominarían este fenómeno derivarían en la creación de capas de sociabilidad separadas o bien en la formación de conciencias que tienden casi naturalmente al conflicto. El proceso que explicaría las escasas posibilidades de producir comunidades de ingresos mixtos sería esencialmente el carácter clasista de las culturas urbanas, que se expresaría mayormente en la estigmatización de la clase baja.

El efecto barrio y el nuevo urbanismo: la mixtura social como vía para la movilidad.

Dentro de la aproximación Weberiana se ha desarrollado un importante debate en torno al rol del barrio en la vida de las personas. Por un lado están quienes sostienen que el territorio y específicamente el vecindario tienen una significativa influencia sobre las oportunidades que las personas tienen a lo largo de su vida (Forrest, 2008; Kearn & Forrest, 2001). Por otro lado, algunos argumentan que el barrio ha perdido importancia frente a nuevas formas de movilidad y comunicación que tienden a liberar a las personas de su anclaje espacial (Urry, 2000). El foco de esta sección, estará en describir el llamado “efecto barrio” y el “nuevo urbanismo”, que nacen de la primera aproximación comentada. Estas teorías urbanas toman las ideas de la individualización y movilidad social para apoyar el desarrollo de políticas de mixtura social del espacio en pro de construir comunidades donde habiten familias de diferentes clases sociales.

La base sobre la cual se sostienen las políticas de mixtura social a lo largo y ancho del mundo, es el llamado efecto barrio. Esta tesis parte del supuesto de que hay una relación entre las características del vecindario en el que vive una persona y sus rendimientos en la vida; como conseguir trabajo, resultados escolares, comportamiento, etc. (Howell-Moroney, 2005). El barrio puede tener diferentes efectos sobre la vida de las personas, situación que depende de una desigual distribución de las oportunidades en el espacio. De hecho, no todos los barrios tienen la misma posibilidad de acceder a las oportunidades que brinda vivir en una ciudad. Hay una especie de “desajuste espacial” donde las distancia a las oportunidades de empleo, educación u otras, influyen en el acceso a los recursos (Kain, 1968). Es en ese contexto en el cual el entorno en donde se habita tiene un impacto sustancial sobre la calidad de vida de sus habitantes (Miltenburg, 2005).

Se han identificado tres mecanismos a través de los cuales opera el desajuste espacial. La distancia: cuando se está alejado de las oportunidades, hay tiempos de viaje más largos y costosos lo que desincentiva a las personas aceptar trabajos lejanos. La discriminación y el estigma: las áreas lejanas y segregadas de la ciudad cargan con ciertos estigmas que en ocasiones se traducen en la negación de acceso a ciertos servicios urbanos. Y las asimetrías en el acceso a información: habitualmente las personas en zonas segregadas poseen menos redes informales o secundarias, que son las que permiten solucionar problemas o necesidades más rápidamente, y por eso tienen menor capital social que las personas que habitan en entornos no segregados (Linares, 2013).

Cuando se vive en entornos pobres segregados en donde se están desarrollando procesos de guetificación, generalmente el efecto barrio opera de forma negativa. Estas áreas están propensas al surgimiento de culturas antisistema, basadas en el crimen y desorden social. Así lo apunta Merton (1938) quien basado en la idea de anomia de Durkheim, señala que la desorganización social en los barrios pobres se produce por las discrepancias existentes entre la idea de éxito y los problemas que los individuos tienen para alcanzar dichas metas debido de su escaso acceso a recursos. En ese contexto las prácticas fuera de la legalidad o de la normalidad establecida, se convierten en vías validadas socialmente para obtener dichos fines. Vista así, la segregación no solo es un atentado en contra de la igualdad de oportunidades, sino que puede poner en riesgo la sostenibilidad del sistema social (Cole y Goodchild, 2000).

Para quienes defienden la idea de efecto barrio, la segregación y la guetificación son procesos abiertos al cambio dentro de la operatoria del mismo sistema y no depende —como piensan los marxista— necesariamente de una revolución urbana (Cole y Goodchild, 2000, Kearn & Forrest, 2001). Allí es donde las políticas de mixtura social del espacio adquieren relevancia.

Pero ¿cómo una política de mixtura social podría corregir las desigualdades espaciales en la distribución de oportunidades? Según Jencks y Mayer (1989) hay tres mecanismos que operarían en la propagación del efecto barrio, sea este para bien o para mal: el modelo epidémico, la socialización colectiva y el mecanismo institucional. El modelo epidémico se basa en que las personas influyen en el comportamiento de otras. Por ejemplo, si todos en el vecindario van a la universidad, una persona siente la obligación y necesidad de hacer lo mismo. Aquello se traspaesa tanto por la observación como por la socialización colectiva, lo que ha sido denominado como “modelos de rol”. Ahora bien, en eso tienen también influencia instituciones externas al vecindario, pero que trabajan que operan en él a través de colegios, policía, municipalidad, etc. Se asume que al vivir en un barrio de ingresos mixtos, estos tres mecanismos funcionarían para bien, promoviendo actitudes “pro cívicas” y de superación permanente entre sus residentes (Jencks y Mayer, 1989).

No obstante, no basta sólo con los modelos de rol o el copiar comportamientos de otras personas. La mixtura social induce movilidad a través del acceso a nuevos recursos sociales, lo que la literatura ha llamado como “capital social”. Putnam fue el primero en referirse a este concepto, definiéndolo como “*las características de la organización social, tales como la confianza, normas y redes, que pueden mejorar la eficacia de la sociedad mediante la facilitación de las acciones coordinadas*” (Putnam, 2011, p. 212). Las relaciones sociales producen confianza y normas comunes que facilitan la cooperación y permiten a las personas acceder a ciertos recursos sociales. La reciprocidad es la característica que hace perdurar el vínculo social e impulsa la confianza, por lo tanto, esta es la norma más importante en la creación de capital social.

Autores como Coleman y Bourdieu también son importante en la introducción y consolidación de este concepto. Sin embargo, el que más ha aportado a el en términos operativos ha sido Lin (2001). En una perspectiva utilitarista, Lin entiende que los individuos interactúan con los demás sólo con el objetivo de obtener retornos que pueden ser materiales o emocionales (Barozet, 2002b). Cada individuo despliega una red de intercambios desde donde emerge el capital social. El capital social se encuentra entonces anclado en la sociabilidad de cada individuo y es él quien lo moviliza a partir de acciones intencionadas (Lin, 2001, p. 29). Lo interesante de la postura de Lin es que entiende que los vínculos que posee cada persona dependen de la posición social en la que se encuentra. Por eso, poner a vivir juntos a personas de diferente condición socioeconómica puede inducir conexiones entre sociabilidades compuestas por diferentes tipos de recursos sociales e información. Eso sería especialmente beneficioso para familias pobres ya que les permitiría acceder a nuevas redes sociales, mejores servicios y oportunidades laborales, situaciones que en último término podrían inducir un proceso de movilidad ascendente al interior de la estructura social (Lin, 1999; 2001).

El acceso a recursos generados por la red de relaciones permite a los sujetos sentir que establecer vínculos con otros le puede significar beneficios tanto materiales como simbólicos. Con esto la disposición al contacto se intensifica. Además, cuando una persona logra acceder a recursos movilizados a partir de “favores” hechos por los miembros de su red, se genera un sentimiento de reciprocidad, lo que fortalece el sentido de pertenencia a los grupos. Allí es donde la comunidad en barrios de ingresos mixtos puede emerger.

Sin embargo, la tesis de que la proximidad de clases podría ser beneficiosa en términos de crear mayor sociabilidad ha sido cuestionada. Hay un cúmulo importante de investigaciones que no han logrado corroborar empíricamente el impacto del llamado efecto barrio sobre los vínculos sociales (Briggs, 1998; Kleit, 2001). La explicación que se suele dar guarda relación con la tendencia homofílica de las redes sociales comentada en la sección anterior (McPherson, Smith-Lovin y Cook, 2001). El problema de eso es que la falta de sociabilidad entre clases sociales afectaría las potenciales consecuencias positivas del efecto barrio, dado que para que estos ocurran se necesitan sociabilidades socioeconómicamente heterogéneas. Así, en un barrio carente de sociabilidades diversas, sería difícil desarrollar el efecto barrio en el mediano o largo plazo (Forrest & Kearns, 1999; Briggs, 1998).

Las críticas al llamado efecto barrio se han sostenido también en la excesiva confianza que tienen las políticas de mixtura social respecto a que el poner a habitar en un mismo lugar a familias de diferente condición socioeconómica derivará mecánicamente en mayor interacción social (Ruiz-Tagle, 2016a). Hay un buen cúmulo de investigación que ha sugerido que si no hay espacios de

encuentro o instancias que incentiven la interacción social entre residentes, el contacto entre ellos no ocurrirá (Curley, 2010; Tunstall y Lupton, 2010). Esas críticas han motivado el desarrollo de una aproximación dentro de la planificación urbana que ha sido llamada “nuevo urbanismo”. Esta asume que la mixtura social del espacio debe complementarse con el desarrollo de usos mixtos del mismo, donde las diferentes clases sociales puedan encontrarse e interactuar (Dempsey, 2009; Mulgan et al., 2006; Raman, 2010; Talen, 2002).

El nuevo urbanismo no sólo defiende la mixtura social como vía para producir cohesión entre clases, sino que también promueve la densificación del espacio urbano, en el entendido de que aquello actúa en un doble sentido. Por un lado, promoviendo el contacto entre personas, y por otro lado, induciendo un sentido de pertenencia al lugar (Mulgan et al., 2006; Talen, 2002). En términos concretos, lo que propone esta aproximación es que la mixtura social en el barrio, mezclada con buena dotación de equipamiento y espacios públicos, sí puede producir comunidades y activar además los efectos de barrio (Talen, 2002). De hecho, equipar con servicios el lugar de residencia o las cercanías de este garantizaría una mejor geografía oportunidades, especialmente para la población de menores ingresos (Mulgan et al., 2006). También, el dotar de espacios públicos de calidad puede derivar en mayor contacto entre las personas, induciendo redes que rompan la tendencia homofílica de la sociabilidad (Raman, 2010). Finalmente, la buena dotación promovería no sólo la satisfacción residencial en todos los habitantes, sino que también un sentido de pertenencia al lugar que trascendería las diferencias socioeconómicas de sus residentes (Dempsey, 2009).

Sin embargo, el nuevo urbanismo ha sido criticado por su excesiva confianza en el espacio como vía para producir cohesión e inducir movilidad social (Ruiz-Tagle, 2016a). Esta crítica ha venido especialmente desde la aproximación marxista que, aunque le asignan un rol al espacio en la transformación de la sociedad, acusan al nuevo urbanismo de ser una expresión del “determinismo espacial” (Dempsey, 2009). Asimismo, estas posturas extienden críticas a las políticas de mixtura social y al efecto barrio sosteniendo que estas estrategias funcionan sobre una base teórica que no tiene comprobación empírica (Musterd y Anderson, 2005). Como ha sostenido Slater (2013) “no es el lugar donde se habita lo que afecta el curso de la vida”, sino que son “las condiciones estructurales de la vida lo que afectaría el lugar en el que se habita”. Por eso, las desigualdades de oportunidades no podrían ser simplemente derrotadas por una intervención espacial a nivel de barrio o entorno.

La espacialización de la clase: desde el housing carrer a la pertenencia (s)electiva

Los llamados efectos de barrio no sólo han sido cuestionados por la aproximación marxista, sino que también por la aproximación Bourdeana. Ya lo planteaba así Bourdieu (1999) en el texto “la miseria del mundo”:

“Si bien el hábitat contribuye a formar el habitus, el habitus contribuye a su vez a formar el hábitat a través de los usos sociales, mas o menos adecuados, que se inclina a hacer de él. Así, se llega a poner en duda la creencia de que el acercamiento espacial de agentes muy alejados en el espacio social pueda tener, de por sí, un efecto de acercamiento social” (p. 123).

Lo anterior no critica la mixtura *per se*, ya que la posibilidad de crecer en un entorno mixto configuraría un habitus compuesto por prácticas sociales resultantes de diferentes posiciones sociales. Lo que critica Bourdieu es el efecto de una política que junta a vivir personas de diferente posición social, por cuanto esta no derivaría necesariamente en cambios de habitus en las personas. En estas circunstancias, la sociabilidad entre sujetos de diferente posición social no se desarrollaría y dado esto, el efecto barrio como objetivo de política no se conseguiría. Así, la crítica respecto a la falta de contacto al interior de estos barrios parece ser una crítica común en dos de las principales aproximaciones sociológicas que estudian la mixtura social.

Pero, ¿será una condición necesariamente negativa la falta de contacto al interior del vecindario? Vista desde los llamados efectos de barrio, por supuesto que no sería una situación ideal, dado que de la diversidad del contacto depende el acceso a nuevos recursos (Forrest & Kearns, 1999; Briggs, 1998). Sin embargo, visto desde una perspectiva bourdeana, la falta de contacto no sería necesariamente un problema. En efecto, estudios cualitativos han sugerido que la *extrañeza* sería esencial para mantener el equilibrio de la vida urbana. Este pensamiento —que puede ser rastreado desde Simmel (2002) en adelante— ha sido también comprobado en el caso de los barrios de ingreso mixto. Por ejemplo Crow, Allan y Summers (2002) concluyeron que la extrañeza y falta de contacto al interior del vecindario era una condición socialmente valorada por los residentes y formaba parte central de lo que los habitantes llamaban “*buen vecino*”. El mínimo contacto con el otro, permitía conformar un ambiente social en equilibrio y eso podría ser beneficioso en términos de la convivencia al interior del vecindario.

Con respecto al sentido de pertenencia al barrio, la discusión en el enfoque bourdeano ha intentado problematizar los efectos que tiene sobre este la movilidad residencial (Webber, 2007). Si antes la mayor parte de la gente nacía, vivía y moría en un mismo poblado, hoy la situación es distinta. La gente se mueve, crece en un lugar, vive y trabaja en otro, posee segunda residencia, etc.

Este es un panorama que ha sido interpretado como negativo en términos de la promoción de la cohesión social de barrio ya que, por un lado, limita la formación de lazos durables en el tiempo, y por otro lado, vuelve superficial la identificación territorial con el lugar (Kan, 2007). Pero el enfoque bourdieano ha intentado cuestionar la tesis de que la movilidad afecta la construcción de comunidad de barrio (Savage, et al., 2005) y en ello han sido fundamentales los estudios que abordan la carrera residencial o, conocido internacionalmente como el “*housing career*”.

Hay a lo menos tres maneras de explicar la movilidad residencial. Los primeros análisis sobre este tema lo hicieron desde una aproximación económica, argumentando que la búsqueda de rentabilidad económica de parte de los sujetos era lo que los motivaba a cambiar de hogar (Kending, 1984; Clark y Ledwith, 2006). Una segunda explicación conecta la movilidad residencial con el ciclo de vida de las personas y la carrera ocupacional (Kending, 1984; Clark y Ledwith, 2006; Saravia, 2018). Esta sostiene que generalmente los jóvenes prefieren vivir solos o con amigos, pero una vez que establecen su familia suelen irse a vivir a otra vivienda, lo mismo que ocurre una vez entrada la vejez. Sin embargo, ambas explicaciones han sido criticadas por no abordar la decisión de cambiarse de hogar desde un punto de vista subjetivo, entendiéndola más bien como una decisión económica y racional. Para hacer esta crítica, los trabajos de Bourdieu y las influencias del enfoque weberiano de Bauman han tenido fuerte influencia.

Como se revisó en la sección anterior, Bourdieu convergía con Bauman al afirmar la tesis de que los objetos materiales no son sólo valorados en su función, sino que también a partir de lo que representan culturalmente. Eso lo aplicó particularmente al estudio de la vivienda en Francia concluyendo que la decisión de asentar o migrar de un vecindario era más “razonable” que “racional” (Bourdieu, 2001). Con ello, él intentaba argumentar que la movilidad residencial debía ser entendida más desde lo que significaba para las personas y no tanto en relación al movimiento económico-racional que hay detrás de la decisión de mudarse.

Aunque Bourdieu no abordó con mayor profundidad el sentido de pertenencia al barrio, su marco teórico ha sido empleado por una serie de trabajos posteriores para estudiar este fenómeno. Por ejemplo, hay un buen número de trabajos que ha dado cuenta —con especial foco en las clases medias— que la elección residencial depende mucho de la estética que ofrezca el lugar o la idea social que este represente (Savage et al., 2005; Watt, 2009; Allen et al., 2007), ambos vendrían siendo factores de carácter más subjetivo que explican la decisión de mudarse o quedarse en un vecindario.

Pero, ¿por qué la imagen social del lugar es importante para decidir acerca de la movilidad residencial? Porque el lugar en el cual se habita ayuda a las

personas a consolidar una identidad social deseada. Así es como a través del barrio se espacializa -entre otras cosas- la clase social (Savage et al., 2005). Por ejemplo, si una persona se define a sí misma como clase alta, buscará habitar en barrios que representen la estética de la clase alta. Si bien la identidad social no se define totalmente por el barrio, la residencia es un mecanismo que colabora en la consolidación de esta (Savage, 2010). Esta tesis se opone a la idea comentada previamente respecto a que la cohesión social y las comunidades hoy están en crisis dado el incremento de la movilidad residencial. Por el contrario, se argumenta que las comunidades de barrio, aunque móviles, pueden existir perfectamente, siempre y cuando estos lugares representen ciertas características que son simbólicamente valoradas por sus residentes (Allen, 2010).

La discusión sobre la espacialización de la clase ha puesto su foco más en la pertenencia que en la socialización. Sobre este aspecto un concepto nuclear ha sido la llamada “*pertenencia electiva*”, definida como “*la forma en que la clase media declara derechos morales sobre un lugar a través de su capacidad para moverse, y echar raíces en un lugar específico el que no es sólo funcionalmente importante para ellos, sino que también simbólicamente*” (Savage, 2010, p. 116). Savage et al. (2005), usando términos de Bourdieu, han dicho que este tipo de pertenencia emerge allí donde “hay una correspondencia entre habitus y campo” (p. 9). Lo que quiere decir que la gente desarrolla sentido de pertenencia con aquellos lugares que valora como positivos a partir de su experiencia personal (habitus) y a la vez satisfacen sus ansias futuras, por ejemplo, las relacionadas a su movilidad social (campo). Cuando las identidades de los lugares coinciden con las identidades personales, entre ellas las de clase, se comienza a producir un sentimiento de dependencia entre las personas y sus vecindarios que hace que estos últimos se sientan cómodos viviendo en ellos y les sea difícil imaginarse fuera (Tester et al., 2011). El lugar se repositiona así como uno de los aspectos nucleares en la formación de las identidades sociales.

La pertenencia electiva es un fenómeno que ha sido estudiado mayoritariamente en las clases medias. Este grupo social desarrolla un sentido de pertenencia con lugares específicos que, dentro de su mapa cultural, logran satisfacer sus requerimientos residenciales y sociales. Generalmente, los lugares en los que se produce esta pertenencia electiva tienen un cierto valor paisajístico para la clase media, que no se define solo por lo que tiene el barrio, sino que también por lo que lo rodea. El valor paisajístico de los vecindarios se construye social y relacionamente, esto es, no solo depende del repertorio de paisajes que arrastra y ha acumulado históricamente cada individuo (Savage, 2010), sino que también por cómo los medios de comunicación muestran la residencia de ciertos grupos sociales (Watt, 2009). Entendido así, el sentido de pertenencia electiva de la clase media surge en lugares cuya estética ayuda a reafirmar socialmente su posición social. La satisfacción con los criterios

estéticos del lugar incitan una apropiación funcional y simbólica del mismo, lo que Savage (2010) llama “echar raíces”.

Pero la pertenencia electiva ha sido también documentada en la llamada clase media marginal que habitan en barrios mixtos (o clase media emergente como la llamamos en Chile). Sobre este grupo, Allen et al., (2007) encontró que se configura una “identidad spoiler” reforzada por las características físicas del vecindario donde habitan. En línea con los argumentos de individualización, Allen et al., (2007) arguyen que esa identidad spoiler no está vinculada a ninguna clase social, sino que más bien se construye sobre el sentido de *mismicidad* que envuelve a todos los residentes del área. Sin embargo, la clase también está intrínseca en aquella identidad. De hecho, un atributo de barrio que refuerza la definición social a partir del sentido de “*todos somos iguales*” es la mixtura social (Allen et al., 2007). Ha habido también otros trabajos que arriban a conclusiones similares en relación a que la diversidad social es un atributo que colabora en la promoción de un sentido de pertenencia al lugar y a la definición de la identidad (Benson, 2014; Karlgren, 2015; Wessendorf, 2013). Sobre la base de esto es posible argumentar que a diferencia de la aproximación marxista, el enfoque bourdeano entiende que el sentido de pertenencia al barrio podría emerger en lugares socioeconómicamente diversos, siempre y cuando estos satisfagan los requerimientos subjetivos de sus habitantes respecto a las condiciones socio-residenciales en las que se produce el habitar.

Sin embargo, ha habido críticas respecto a la manera en que la pertenencia electiva incorpora los procesos de diferenciación, verticales y horizontales, que están inscritos en la formación de las comunidades y que juegan también un papel dentro de las conceptualizaciones de Bourdieu. Estas críticas han venido fundamentalmente desde la aproximación marxista (ver por ejemplo Atkinson, 2006) y tienen conexiones con la tesis de la tectónica social comentada previamente. Estas críticas han dado lugar al concepto de “pertenencia selectiva” (Watt, 2009) que es definido como “una narrativa espacialmente selectiva de la pertenencia que está limitada por un espacio dado dentro de un área mayor. Ese espacio es investido con una imagen de lugar positiva que localmente se considera no compartible” (Watt, 2010, p. 154). A través de este concepto, Watt se diferencia de la tectónica social, dado que sostiene que la pertenencia es posible de desarrollar en entornos socioeconómicamente diversos. Sin embargo, se diferencia también de Savage et al., (2005) ya que argumenta que el sentido de pertenencia puede estar basado en un sentido de exclusividad que puede producir un aislamiento del entorno en que el que se insertan las clases sociales. De ahí el carácter selectivo de la pertenencia. De hecho Watt (2009) documenta este proceso de un barrio londinense de los suburbios donde habita clase media. El sostiene que allí la clase media aunque se siente perteneciente al lugar, habita simbólicamente en un oasis que está desconectado del entorno donde suelen residir familias de bajos ingresos. Se configura así una situación en la que los miembros de un vecindario de clase

media intentan evitar a quienes viven en su entorno, pero no a través de un cerramiento del barrio, sino que más bien a través de prácticas cotidianas y distinciones simbólicas que actúan horizontalmente (tectónica social). Esto refuerza paralelamente la tesis del *habitus* metropolitano (Webber, 2007) comentada previamente.

La pertenencia selectiva (Watt, 2009; 2010) puede estar vinculada a la estigmatización de la cual ha sido objeto la clase baja (Skeggs, 1997) y que lleva a la clase media a intentar diferenciarse de ellos para construir su identidad social. De hecho, recientemente se ha comenzado a plantear la existencia de “aporofobia” en las relaciones sociales que ocurren a nivel de barrio. Este fenómeno ha sido definido como el miedo al pobre (Cortina, 2017) y lleva a los sujetos a desarrollar prácticas de exclusión y discriminación hacia este grupo social, que pueden traducirse en la exclusión de estos del sentido de pertenencia territorial.

Pero hay dos críticas más que se han realizado a la tesis de espacialización de la clase de Savage et al., (2005) y el concepto de pertenencia electiva. La primera guarda relación con la poca capacidad de integrar el sentido de pertenencia que emana del arraigo histórico de una persona con un lugar (Paton, 2013; 2014), mientras que la segunda se vincula a la escasa reflexión respecto a lo que ocurre con el sentido de pertenencia al barrio que manifiestan personas sin capacidad de elegir donde vivir, es decir, personas en situación de pobreza (Jeffery, 2018; Paton, 2013; 2014). Para ello, Savage (2010) acuña otros dos conceptos: la nostalgia y el *Dwelling*. Más que al sentido estético del paisaje, ambos conceptos apelan al vínculo emocional que las personas desarrollan con ciertos lugares. La nostalgia parece ser un recurso empleado por quienes añoran la forma en que en el pasado operaba la sociabilidad al interior de los barrios. Por eso, esta manera de pertenencia es común de encontrar en antiguos residentes de vecindarios gentrificados. El “*Dwelling*”, en cambio, se vincula a la trayectoria de vida que las personas han tenido (Savage, 2010, p. 30), aplicando especialmente sobre personas de bajos ingresos. En ellos, el sentido de pertenencia a un lugar se puede articular a partir de un principio de “conformidad” (Allen, 2008), es decir, sólo por el hecho de ser propietarios de una casa.

Estas últimas dos estrategias, la nostalgia y el “*Dwelling*”, pueden ser interpretadas como expresiones de lo que Bourdieu (1980) denomina *habitus*, ya que ambas son parte de la tradición residencial de las personas. Quienes desarrollan un sentido de apego desde ambas categorías están más bien motivados por el mantenimiento de un cierto estatus que ya poseen hace tiempo. No ocurre lo mismo con la pertenencia electiva que parece ser más bien una estrategia que se basa en la ruptura con la tradición, una ruptura que colabora en la construcción o consolidación de una identidad social deseada por los sujetos. Por lo tanto, las ideas de Savage y sus colegas (2005) plantean que

el sentido de pertenencia a un lugar puede establecerse en línea con la historia previa, o más bien con una ruptura de la tradición. La elección residencial, por tanto, es una elección que se mueve entre una estructura y una agencia, o en términos bourdeanos, entre el *habitus* y el campo, y está marcada por procesos más socio-culturales que racionales.

¿Es posible la construcción de comunidades en barrios de ingresos mixtos? Revisión de la evidencia empírica en Chile

La mixtura social es un fenómeno de investigación relativamente nuevo en los estudios urbanos chilenos. Hasta hace muy poco el foco de discusión era la segregación y la homogeneidad. Sin embargo, hay dos procesos que han comenzado a impulsar la mixtura como tema de interés. El primero es la ruptura del patrón tradicional de segregación. Esta tesis, planteada por Sabatini, Cáceres & Cerda (2001), dio origen a una serie de investigaciones que comenzaron a colocar su foco en las relaciones sociales que resultaban de la colonización de clases medias y medias altas hacia barrios populares periféricos en Santiago. El segundo proceso que ha impulsado la discusión sobre mixtura, aunque más reciente y menos abundante, es la promoción de barrios de integración social. Ambas formas de diversidad social han sido analizadas con influencia de las teorías sociológicas y urbanas descritas en las secciones anteriores, entregando algunas conclusiones referenciales respecto a cómo opera la cohesión social de barrio en Chile cuando se reúnen en un mismo lugar familias de diferente condición socioeconómica.

Los resultados de las investigaciones sobre estas dos tendencias, han configurado dos aproximaciones para entender el efecto de la mixtura social sobre la cohesión social de barrio. Una benevolente —la expresión es de Salcedo y Torres (2004)— que sostiene que este tipo de proximidad podría ser beneficiosa en algunos aspectos para la sociabilidad y el sentido de pertenencia, y una crítica que argumenta lo contrario, situando su foco en la manera en que esta mixtura social exacerba las diferencias entre clases sociales y deteriora la cohesión social de barrio.

Dentro de la primera aproximación están los estudios de Salcedo y Torres (2004), Sabatini y Salcedo (2007), Rasse (2015) y Sabatini et al., (2013b). Los dos primeros, ponen su foco sobre las relaciones interclasistas que emergen entre condominios cerrados construidos en entornos periféricos pobres, llegando a tres conclusiones similares. Primero, que las relaciones entre residentes de ambos vecindarios son esporádicas y se remiten fundamentalmente al plano funcional. Segundo, que la instalación de condominios en periferia popular crea nuevas oportunidades para estos últimos, especialmente nuevos puestos de trabajos e inversión en

infraestructura urbana (como carreteras o supermercados) que arriban con la llegada de familias de mayor estatus económico. Y tercero, que no se configura algo así como una identidad social común entre los residentes. Ellos se sienten diferentes, aunque eso no necesariamente deriva en discriminación. Estos resultados los llevan a concluir que la mixtura social derivada del quiebre del patrón tradicional de segregación podría ser beneficiosa si se lee a través del llamado efecto barrio y la geografía de oportunidades.

Rasse (2015) ha complementado los resultados anteriores estudiando un área mixta de Santiago donde conviven familias de altos y bajos ingresos en barrios no cerrados y separados sólo por una calle. Su evidencia reafirma la existencia de un contacto fundamentalmente funcional entre los residentes. Sin embargo, reveló también un efecto positivo sobre la percepción de otredad existente entre diferentes clases sociales. El solo contacto visual entre clases comenzó a mostrarle a los residentes que más allá de sus diferencias económicas eran personas similares, creando así una base de valoración social común. En esta misma línea argumentativa Sabatini et al., (2013b) han identificado que los conflictos internos en los barrios de integración social están relacionados con la vida cotidiana y no necesariamente con la clase social de los residentes. Eso crea un soporte donde la mezcla social del espacio no derivaría en problemas de convivencia clasista.

Lo que sugiere este primer grupo de estudios es que la mixtura social es una situación deseable al interior de la ciudad, dado que esta puede traducirse en la mejora de las oportunidades para las familias más pobres. Además, postulan que la clase no actúa como una fuerza fragmentadora de la comunidad de barrio, por el contrario, el puro contacto visual podría crear un sentido de mismicidad al interior de estos lugares beneficioso para la cohesión y construcción de una comunidad.

Pero estos resultados han sido criticados por una aproximación más escéptica respecto a los efectos de la mixtura social inducida por la colonización de clases media y altas en áreas populares. En esa línea, y dentro de una perspectiva más cualitativa, es posible situar los trabajos de Márquez y Pérez (2008), Ruiz-Tagle (2016a) y Maturana y Horne (2016). La primera de estas investigaciones mostró cómo el arribo de condominios a barrios populares exacerba las diferencias socioeconómicas entre las personas. El resultado de esto es la formación de identidades sociales opuestas. Por un lado una identidad del poblador fuerte y basada en la solidaridad, y por otro lado, la identidad de clase media o alta basada en la securitización e individualización. Aquellas identidades no entran en contacto en condiciones de proximidad espacial, incluso el efecto de la mixtura es contrario: fortalecer la creación del otro como alguien distinto.

Ruiz-Tagle (2016a) estudia las relaciones sociales en área popular que ha sido colonizada por clase media a través de un barrio no privado. Sus resultados le

permitieron sostener tres conclusiones. Primero, que la mixtura social no produce efectos de barrio positivos. En efecto, su investigación detectó que si bien las personas del barrio de bajos ingresos conseguían trabajo en el área de medios ingresos, estos eran esporádicos y mal remunerados. Esto se asoció a una segunda conclusión: la falta de sociabilidad interclasista entre ambos grupos sociales. Mientras la clase media evitaba tomar contacto con la clase baja, esta última no mostraba interés por relacionarse con los nuevos vecinos. Eso configuraba un panorama de esferas de socialización diferentes, muy similar a lo encontrado por Márquez y Pérez (2008). Y en tercer lugar, se detectaron formas de discriminación y clasismo proveniente desde la clase media hacia las familias de bajo niveles de ingreso, situación que explicaría el desinterés por la interacción pluriclasista. Resultados similares fueron encontrados por el estudio de Maturana y Horne (2016) en un barrio de integración social de Santiago, aunque los autores coinciden en que a pesar de la falta de contacto no se evidencian conflictos clasistas en el lugar.

Dentro de esta misma línea crítica se han desarrollado algunos trabajos cuantitativos que han comparado la sociabilidad en barrios de diferentes niveles de ingreso. Por ejemplo, García, Carrasco & Rojas (2014) examinaron la proyección espacial de los vínculos sociales de sujetos de varios barrios homogéneos, pero de diferente condición socioeconómica en Concepción. Sus resultados mostraron que en los vecindarios de mejor condición socioeconómica las redes de sociabilidad son más metropolitanas, porque dichos sujetos pasan gran parte del día fuera de su morada y tienen mayores facilidades de movilidad al interior de la ciudad. Por el contrario, en lugares de menores ingresos la distribución geográfica de los vínculos presentó un mayor nivel de localismo. También, Link & Valenzuela (2014) han encontrado resultados similares para el caso de barrios santiaguinos de diferente condición socioeconómica. Aunque estos estudios no abordaron temas como homofilia en las redes sociales, los resultados sí sugieren la existencia de diferentes redes de sociabilidad determinadas por la condición socioeconómica. Lo que interpretado a la luz de las teorías discutidas en las secciones anteriores, podría sugerir la tesis de la formación de esferas de sociabilidad determinadas según condición socioeconómica.

Por lo tanto, este segundo grupo de investigaciones sugiere que la proximidad de clases sociales en el espacio no sería necesariamente positiva en términos de cohesión social de barrio. El clasismo amenaza no sólo la sociabilidad entre clases, sino que también las opciones de articular un sentido de pertenencia que trascienda las diferencias socioeconómicas. Puestos en perspectiva teórica, estos resultados podrían apoyar la tesis de tectónica social al interior de barrios de ingresos mixtos en Chile.

La revisión anterior permite sostener que en los estudios urbanos chilenos ha habido una polarización en términos de entender los efectos que la mixtura

social de barrio tiene sobre la cohesión social del mismo. Contrastando lo anterior con la discusión internacional, se podría sostener que, por un lado, algunas investigaciones soportan las tesis de corte más marxista, mientras que por otro, hay trabajos que dan cuenta de resultados positivos en materia de efecto barrio. Sin embargo, y a pesar de aquella polarización, hay un punto en común en todos los trabajos citados: la carencia de sociabilidad al interior del barrio o la remisión de ella solo a aspectos funcionales. Este resultado confirma también lo que han sostenido los trabajos internacionales, en el sentido de que la proximidad no se traduce mecánicamente en sociabilidad pluriclasista.

En relación al sentido de pertenencia al barrio que emerge en los barrios de ingresos mixtos en Chile no se ha dicho demasiado. Sin embargo, eso no significa que este sea un tópico no abordado por los estudios urbanos chilenos. Hay una serie de interesantes trabajos aplicados sobre barrios homogéneos, sean de clase media o de clase baja, que adoptan un enfoque bourdeseano para analizar este fenómeno. Por ejemplo, Ariztía (2009) investigó la importancia simbólica que tiene el vecindario en la consolidación de la posición social de un grupo de personas de clase media en Santiago. En su estudio, él argumentó que el sentido de lugar del barrio está relacionamente elaborado a partir de los vínculos que los sujetos tienen con otros lugares de clase media, los que actúan como modelos de imitación o de rechazo en la construcción simbólica del vecindario en el que viven. Así sus habitantes, que están buscando consolidar una identidad de clase media, pueden a través del barrio satisfacer su necesidad de adscripción cultural. Eso los lleva a apropiarse del lugar, desarrollando a la par un sentido de pertenencia al mismo (Ariztía, 2009, p. 200). Similares son las conclusiones a las que ha arribado Cáceres (2015) aplicando el concepto de felicidad paradójica. Para él una de las características de la clase media chilena es la aspiración y necesidad de conquista de estándares más altos de vivienda ubicados especialmente en entornos semirurales. Allí es donde se produce para este grupo social la mayor satisfacción y pertenencia territorial.

Ahora bien, aquella apropiación cultural en la clase media no deriva necesariamente en la formación de comunidades completamente cohesionadas. Lo cierto es que al interior de estos vecindarios conviven “varias clases medias” que se identifican en diferentes niveles con los lugares de residencia. Como Méndez (2008) y Castillo (2016) han registrado se forman así distinciones sociales internas que no necesariamente tienen relación con la situación económica de los sujetos, sino que más bien se definen horizontalmente en las prácticas cotidianas de las personas. Un argumento similar expresa Stillerman (2017) quien propone que un aspecto crucial en la diferenciación interna de la clase media chilena es la estética tanto del interior como del exterior de la casa. Así, la diferenciación interna en estos barrios estaría dada más bien por el estilo de vida y no sería consecuencia *per se* de una necesidad de diferenciación socioeconómica.

Pero la apropiación simbólica del barrio y la pertenencia territorial con el mismo no sólo ocurre en la clase media, sino que también ha sido documentada en familias de bajos ingresos beneficiarias de subsidios de vivienda social. Yopo, Rivera & Peters (2012) han mostrado que en un contexto de individualización y crecientes ansias de movilidad social, la vivienda social se convierte en un soporte vital de la consolidación de los proyectos biográficos de las personas. Es decir, la vivienda en sí misma tiene la capacidad para producir satisfacción residencial cuando consolida un proceso de movilidad ascendente. Esto los lleva a desarrollar prácticas para cuidar el lugar. Una de las principales, como también sostiene Ariztía (2009), es mantener en buen estado la fachada de la casa.

Dentro de las prácticas que las personas emprenden para cuidar la imagen social del lugar emergen también algunas maneras de exclusión. Esto podría estar relacionado con lo que Sabatini et al., (2013c) han llamado “adolescencia urbana”. En un estudio sobre barrios de vivienda social ellos encontraron prácticas de microxenofobia hacia aquellas personas que viviendo en el mismo lugar y, muy probablemente de la misma condición socioeconómica, tenían conductas y estilos de vida diferentes. Según sostiene los autores, lo que explicaría esas prácticas de diferenciación horizontal sería la necesidad de cuidar la imagen social del área, dado que —como se explicó previamente— esta es importante en la definición de las identidades individuales (Savage et al., 2005). En los barrios de vivienda social sería posible encontrar un sentido de pertenencia selectivo de acuerdo a lo planteado por Watt (2009).

Finalmente, Angelcos y Méndez (2017) han mostrado que la comunidad de barrio puede también desarrollarse en un barrio de ingresos mixtos, siempre y cuando este sea amenazado por algo externo. En su estudio acerca de vecindarios en proceso de gentrificación en Santiago descubrieron que más allá de las diferencias socioeconómicas de sus habitantes, ellos tenían una valoración común del lugar en el que habitaban, lo que otorgaba un sentido de pertenencia común. La gentrificación y otros procesos que amenazaban con la destrucción del hábitat activaron la sociabilidad del lugar, impulsando el desarrollo de alianzas interclase en post de la defensa del mismo. Ciertamente que aquello también estuvo acompañado de conflictos y distinciones internas que aunque limitaban la posibilidad de construir una identidad social mayor, no negaban la existencia de un sentido de pertenencia común al lugar que era beneficioso para la cohesión social.

De esta revisión de los trabajos que adoptan una perspectiva más bourdeseana en los estudios urbanos chilenos para analizar la cohesión social de barrio aparecen emerger al menos dos conclusiones. La primera es que el surgimiento de un sentido de comunidad es perfectamente posible al interior de los barrios chilenos. Ello puede ocurrir cuando la imagen social del barrio (o reputación social) representa adecuadamente las ansias de movilidad de las personas

(Ariztía, 2009; Yapó et al., 2012) o bien cuando los barrios se ven amenazados por factores externos (Angelcos y Méndez, 2017). Y una segunda — complementaria con la primera— es que al interior del vecindario ocurren prácticas de diferenciación que parece estar más bien ancladas en las prácticas cotidianas y que no derivan mecánicamente en conflictos clasistas (Sabatini et al., 2013b; Méndez, 2008; Castillo, 2016; Maturana y Horne, 2016).

Conclusión parcial: una hipótesis sobre la construcción de comunidades en barrios de ingresos mixtos en Chile.

En esta sección se hizo una revisión de la manera en que la relación entre clase y cohesión social ha sido analizada en la sociología. Como muestra la figura n° 4, se reconocieron y discutieron tres principales aproximaciones. Una Marxista que adopta un enfoque estructuralista y que entiende la existencia de clases sociales cuya relación está mediada por la lucha y el conflicto. Otra aproximación que fue llamada Weberiana y que pone su foco en el sujeto y la manera en que este desprende su conciencia de la clase social, formando identidades sociales crecientemente individualizadas. Finalmente, y de desarrollo más reciente, una perspectiva Bourdesiana que integra parte de las tesis Marxistas y Weberianas para dar cuenta de los procesos que experimenta la clase social en la actualidad. Al respecto, esta aproximación argumenta que si bien la clase social se ha debilitado como estructuradora de las relaciones sociales e identidades, aún tiene un rol en términos de las formación de las prácticas desarrolladas por las personas, especialmente en términos de definir el sentido de pertenencia a ciertos lugares.

Figura 4 Síntesis de los enfoques sociológicos y ubicación de las teorías urbanas que explican relación clase-cohesión social en barrios

Enfoques sociológicos	Marxista	Bourdeano	Weberiano
Teorías en Sociología Urbana	<p>Clasismo Tectónica social Homofilia Pertenencia selectiva</p>	<p>Housing career Pertenencia electiva Pertenencia selectiva</p>	<p>Individualización Efectos de barrio Nuevo urbanismo</p>
¿Cohesión social en comunidades mixtas?	<p><i>La mixtura social no produce cohesión social de barrio. Deriva en conflictos de clase.</i></p>	<p><i>La comunidad puede emerger pero sin sociabilidad y con distinciones internas</i></p>	<p><i>La sociabilidad y pertenencia son posibles usando mixtura y buena dotación</i></p>

Fuente: elaboración propia

Asimismo, se dio cuenta de cómo las teorías sociológicas respecto a la clase tienen aplicación en los estudios urbanos promoviendo diferentes maneras de entender los efectos de la mixtura social en la cohesión social de barrio. Se dijo

que para la aproximación marxista la cohesión en contextos de mixtura social es un objetivo difícil. Según esta aproximación en los lugares donde conviven familias de diferentes niveles socioeconómicos las relaciones sociales están fragmentadas y tensionadas, dada la tendencia clasista de la cultura urbana. Bajo el paraguas de la aproximación Weberiana aparecen las principales teorías que apoyan la mixtura social. Dado que estas entienden que la clase no estructura las relaciones sociales, la mixtura de ingresos induciría sin problemas cohesión de barrio. Incluso, la mixtura tendría la capacidad de inducir procesos de movilidad social a través del llamado efecto barrio. Por último, una aproximación más Bourdiseana sugiere que la construcción de comunidades podría ser posible en barrios de ingresos mixtos siempre y cuando el vecindario satisfaga las aspiraciones residenciales y de identidad social de los sujetos. A pesar de que la sociabilidad entre clases no estaría desarrollada al interior de estos lugares, eso no significaría que primen relaciones sociales segmentadas por nivel socioeconómico, pero tampoco que halla una ausencia total de conflictos de clase.

La revisión de los estudios urbanos chilenos que han abordado la mixtura social mostró conexiones con las aproximaciones y teorías reseñadas. Sin embargo, estos solo han estado sostenidos en la aproximación marxista y weberiana, y no parece haberse desarrollado aún alguna aproximación más bourdeana sobre el tema. Esta última tarea sí la han desarrollado estudios sobre barrios homogéneos de clase media o baja, los que han corroborado las evidencias de estudios internacionales respecto a la cohesión social y construcción de comunidades en barrios.

De la revisión teórica realizada en este capítulo se pueden formular al menos tres hipótesis en relación al efecto que la mixtura social del espacio tiene sobre la cohesión de barrio y que permiten dar una respuesta teórica a la pregunta de investigación planteada por esta tesis (p. 13).

- 1) La mixtura social inducida por los PIS no produce necesariamente una mayor sociabilidad al interior de los vecindarios, lo que limitaría los efectos de barrio positivos.
- 2) Sin embargo, aquella falta de sociabilidad no sería consecuencia de la diferencia de clases social existentes en el lugar, sino que más bien podría ser el resultado de una condición que acomoda a los residentes donde el contacto con el otro no es socialmente valorado. Esta condición de “falta de contacto” sería fundamental para mantener el equilibrio de las comunidades barriales.
- 3) Las características físicas y sociales del lugar y entorno, podrían tener un efecto positivo en términos de generar un sentido de pertenencia que trasciende las diferencias socioeconómicas de los residentes. Esto ocurriría siempre y cuando dichas condiciones paisajísticas satisfagan las aspiraciones de clase que tengan las personas.

Como hipótesis general, las interrelaciones que ocurren entre estos tres efectos de la proximidad socioeconómica sobre la cohesión social de barrio estarían dando lugar —en el mejor de los casos— a la formación de “comunidades de extraños” comentadas en el capítulo anterior. Esto es, en términos generales, barrios en donde convive una escasa sociabilidad con un fuerte sentido de pertenencia. Pero esta situación paradójica de la cohesión social no sería una condición atribuible a todos los PIS. Por el contrario, ocurriría sólo allí donde las características físicas y sociales del lugar y del entorno se acoplen adecuadamente con las aspiraciones residenciales y de movilidad social de los residentes, o bien, cuando algún fenómeno externo al barrio amenace la estabilidad social del mismo.

Capítulo 3. Una política de vivienda de apoyo a personas: de la segregación de los pobres a la búsqueda de mixtura y cohesión social

El objetivo de esta sección es hacer una revisión de la política de vivienda social desarrollada en Chile desde la consolidación de las políticas urbanas “neoliberales” —finales de la década del setenta— hasta 2018. A través de esta revisión se argumenta que a pesar de que en la última década han habido cambios a favor de la inclusión de estrategias que promueven la mixtura social y la búsqueda de cohesión social, se ha mantenido la esencia de un sistema de “apoyo a personas” soportado en la entrega de subsidios.

Para sostener lo anterior el capítulo se divide en dos grandes apartados. El primero explora las bases que sustentan la política de vivienda social chilena y el resultado de su aplicación entre 1978 y 2006. A partir de una revisión de la literatura existente sobre la localización de la vivienda social en la ciudad chilena, se muestra cómo este sistema basado en el apoyo a personas más homogeneidad socioeconómica a escala de barrio fomentó la segregación de los más pobres en un comienzo y la expulsión de la ciudad de este mismo grupo social entrando el nuevo milenio. Asimismo, se da cuenta de la manera en que estos fenómenos comenzaron a deteriorar la cohesión social de la ciudad y las condiciones de vida de los beneficiarios de subsidios habitacionales.

En una segunda parte se revisan las “nuevas políticas de vivienda”. Se reconoce que ellas han implicado un cambio parcial del modelo habitacional diseñado en dictadura, dada la inclusión de la idea de mixtura social. Es allí donde emergen los PIS como una estrategia que busca resolver los problemas de cohesión social y segregación generados por la operatoria de la misma política. Sin embargo, eso lo han hecho sin modificar la raíz individual del sistema que privilegia el apoyo a personas por sobre el apoyo a los lugares, lo que ha dado pie a la creación de vecindarios de ingresos mixtos en zonas periféricas carentes de equipamientos y servicios. Se revisan finalmente algunas estrategias de mixtura social internacionales que se desarrollan en base a una política que pone mayor foco en el apoyo al lugar y que incentiva una mixtura socioeconómica de mayor espectro que la chilena.

El rediseño de la policía de vivienda: el establecimiento de un modelo de apoyo a personas con homogeneidad socioeconómica

Los pilares que guían la operación de la política de vivienda social en Chile hasta nuestros días fueron establecidos hacia fines de los setenta. Durante esa época, la vivienda social —entendida como aquella residencia que es entregada a los estratos sociales bajos por medio de una acción coordinada desde el Estado (Haramoto, 1987; Hidalgo, 2005)— pasa de ser una responsabilidad Estatal a

un producto de una responsabilidad compartida entre las personas, el Estado y el mercado privado. La vivienda no es, dice el MINVU en la época, “un regalo del Estado” (MINVU, 1976, p. 2). Por el contrario, las familias deben asumir un papel más activo, particularmente en el financiamiento de esta, y complementar sus esfuerzos con el interés de empresas privadas ya sean inmobiliarias o entidades bancarias (Sugranyes, 2005).

Esta lógica subsidiaria hace que el Estado restrinja su accionar económico en materia de vivienda a la entrega de un *voucher* o subsidio habitacional. El *voucher*, pilar de esta política hasta nuestros días, es “una ayuda estatal (monetaria) directa que se otorga por una sola vez a las personas naturales que sean jefes de familia, sin cargo de restitución por parte del beneficiario” (República-de-Chile, 1978). El subsidio es el núcleo sobre el cual se sustenta la política habitacional implementada durante la dictadura militar y que sostiene un enfoque habitacional que internacionalmente ha sido denominado como “apoyo a personas”.

La estrategia de apoyo a personas se basa en la entrega de incentivos económicos individuales (como el subsidio habitacional) para que los sujetos puedan seleccionar desde la oferta disponible en el mercado, una casa adecuada a sus necesidades. La idea que subyace bajo este enfoque neoliberal, es que la libre operación del mercado de tierras urbanas asigna viviendas asequibles para todo tipo de familias. En este contexto, basta con que el Estado entregue un incentivo económico a las familias, el cual sumado a su esfuerzo de ahorro individual y, si es necesario, apoyo financiero de la banca, les permita adquirir un hogar. Como las familias pueden —hipotéticamente— elegir entre la oferta del mercado, el subsidio serviría para que ellas se mudaran desde barrios desfavorecidos a lugares que ofrezcan mejores oportunidades económicas y calidad de vida (Galster, 2017). Dependiendo de la condición socioeconómica de la familia el dinero otorgado por el subsidio varía, pudiendo este financiar completa o parcialmente una morada.

Este sistema de vivienda comenzó a operar en Chile en 1978 y emanó desde dos documentos que estaban inspirados sobre ideas neoliberales. Primero, el documento emitido en 1974 por la Oficina Nacional de Planificación que alentaba a los diferentes departamentos del Estado a desarrollar políticas basadas en el mercado. Y segundo, un estudio realizado por el Departamento de Economía de la Universidad de Chile (Fariás, 2014) que proponía al Estado dos formas para financiar la construcción de nuevas casas:

- Un sistema basado en el ahorro de las familias, más un *voucher* que entrega el Estado y que podía ser complementado con préstamos de entidades bancarias. Este sistema está orientado esencialmente hacia familias de ingreso medio y medio bajo que contaran con capacidad de ahorro.

- Un sistema de viviendas financiadas casi en su totalidad por el Estado y construidas por empresas contratadas por este a través del sistema de licitación. Este modelo debía operar sobre las familias de más escasos recursos.

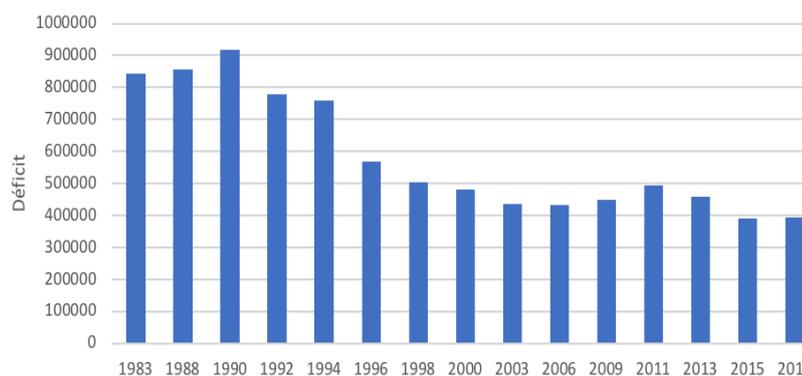
Para determinar la vía de financiamiento de vivienda a la cual podían acceder las familias, fue fundamental el diseño de una encuesta que las caracterizara socioeconómicamente y que determinara la capacidad de pago que estas tenían (Farías, 2014). Así fue como nació la “ficha de protección social”².

Rojas y Greene (1995) plantean que el modelo habitacional implementado en dictadura está basado en cuatro actores. La empresa inmobiliaria cuyo rol es proveer un hogar, ya sea a través de la construcción de nuevas o la adquisición de viviendas usadas. El Estado, que dicta las normas que regulan el funcionamiento del sistema, además de decidir a quién va dirigido el voucher. Las entidades bancarias, que complementan el apoyo económico del Estado como método de financiamiento de los hogares. Y las familias, que corresponden a la demanda del sistema y que se organizan en función de su capacidad de pago (Morandé & García, 2004).

Si bien el modelo habitacional chileno se ha caracterizado por la improvisación permanente (Farías, 2014) –de hecho, ninguno de los programas de vivienda creados a finales de los setenta está vigente hoy– la estructura de financiamiento basada en la entrega de subsidios individuales que fue establecida en la reforma de 1978 no ha sido modificada. Esto tiene dos explicaciones. Primero, el modelo diseñado en dictadura ha contado con un apoyo político amplio, ya que mantiene un adecuado balance entre derechos de deudores y acreedores, además de permitir la prosperidad económica de las empresas constructoras (Morandé & García, 2004). Y segundo, porque el modelo ha sido exitoso en reducir el déficit habitacional, consiguiendo así lo que era su principal objetivo.

² La ficha de protección social es empleada también para determinar otros subsidios que otorga el Estado o gobiernos locales. En 2015 este documento fue remplazado por “El registro social de hogares”.

Gráfico 1 Evolución del déficit habitacional en Chile, 1983-2017.



Fuente: Elaboración propia en base a Hidalgo (2005) y MINVU (2018).

Como muestra el gráfico N.º1, entre 1983 y 2017 el déficit habitacional logró reducirse desde 841.772 a 393.613 viviendas, lo que representa una disminución del 53,5 %. En este mismo periodo, la población nacional aumentó en cerca 6,3 millones, por lo que la reducción del déficit puede considerarse todo un éxito.

Aunque el modelo habitacional chileno ha sido “exportado” a otros países debido a su eficiencia en la entrega de casas nuevas (Gilbert, 2004), ha sido criticado localmente por los problemas sociales que ha generado. Es abundante la literatura que concluye que la política de vivienda social ha incentivado la desintegración social, la inequidad en el acceso a oportunidades, la concentración espacial de la pobreza y la pérdida de la calidad residencial. (ver por ejemplo libro de Rodríguez & Sugranyes, 2004). Esto se debe a que el sistema de apoyo a personas chileno estuvo sostenido desde sus inicios en la idea de homogeneidad social. Desde el comienzo, cada uno de los subsidios habitacionales diseñados por el MINVU ha estado dirigido hacia un grupo socioeconómico específico: algunos aplicaban para clase media y otros para clase baja, y dado que no podían ser —al menos hasta el 2007— mezclados en un mismo proyecto habitacional, el resultado era la construcción de barrios de vivienda social para familias de una única condición social: o eran pobres o eran de clase media. Pero ¿por qué promover la homogeneidad socio-espacial y no la mixtura?. La respuesta está en que hay una creencia bien extendida en Chile —especialmente en los círculos de derecha más defensores del neoliberalismo urbano y en círculos de izquierda más ortodoxa— respecto a que la cultura local es clasista y eso impulsa a la gente a vivir con aquellos que se perciben como de similar estatus socioeconómico (Morandé, 2006; Contardo, 2009). Ir en contra de aquella tendencia desataría conflictos clasistas que harían muy difícil la convivencia de clases sociales en el espacio.

A continuación, se revisarán en detalle los instrumentos de política habitacional chilena aplicados desde 1980 hasta 2005 ordenados por periodos históricos. Se

revisarán también los impactos que han tenido estas políticas sobre la segregación y la cohesión social de los barrios y ciudades chilenas.

Las políticas de vivienda de Pinochet: los problemas iniciales y los programas de erradicación y radicación.

El sistema basado en el voucher habitacional debió enfrentar problemas en el inicio de su operación. Esto ocurrió porque dos de sus actores no tuvieron interés en participar en el nuevo modelo: los bancos y las empresas constructoras. La incertidumbre de los privados, tuvo sus raíces en la escasa capacidad de pago y de endeudamiento que tenían las familias chilenas de la época. Las inversiones en este mercado implicaban un riesgo para ellos, por cuanto podía ocurrir que estas no fueran retribuidas según lo esperado. La incertidumbre se intensificó producto de la crisis económica que afectó a Chile en 1982 y se manifestó en un incremento en el déficit habitacional.

En estas circunstancias el Estado debió asumir un cometido más activo dentro del nuevo modelo habitacional. Según Farías (2014) el Estado adoptó dos medidas para incentivar a la banca y empresas inmobiliarias para que estas ingresaran al sistema. La primera fue liberalizar las normas de desarrollo urbano nacional (1979) eliminando las restricciones de construcción y las referidas al límite urbano, además de desregular las restricciones de localización de la vivienda social. En la práctica, esto se tradujo en que todo el suelo que rodeaba a las ciudades se transformó en un lugar donde se podía construir, sin importar la localización de los proyectos. La segunda medida fue convertir al Estado en garante de los préstamos hipotecarios entregados por los bancos y que servían a las familias para financiar la vivienda. En este contexto, el Banco Estado asumió un papel central en el financiamiento de nuevos hogares.

El período comprendido entre 1979 y 1989 tuvo dos programas de vivienda social que lo marcaron transversalmente: el de erradicación y el de radicación de campamentos. Estos programas significaron el traslado de algunas tomas de terreno (programa de erradicación) y también la consolidación de la localización de otros al interior de la ciudad, regularizando los títulos de propiedad y dotándolos de servicios básicos como luz, agua y alcantarillado (programa de radicación) (Rodríguez & Icaza, 1993). Ambos programas, justificados bajo el lema “Chile, país de propietarios y no de proletarios”³, disminuyeron significativamente los estándares de construcción y los criterios arquitectónicos-espaciales que poseía la política de vivienda antes del golpe militar (Imilian, 2016).

³ Frase dicha por Augusto Pinochet en el discurso de la séptima “conmemoración” del Golpe de Estado de 1973.

Hacia 1979 el MINVU encargó a los Secretarios Regionales Ministeriales (SEREMI) realizar un catastro de los campamentos en Chile. Los resultados de dichos informes dieron cuenta de que existían por aquel entonces un total de 51.797 familias habitando en campamentos, muchos de ellos ocupando lugares con potencial de plusvalía. Con esta información el MINVU decretó necesario erradicar algunos campamentos y permitir a otros conservar el mismo lugar. Los criterios para decidir esto fueron, según Donoso y Sabatini (1980), el potencial de inversión en el terreno, el valor del suelo del terreno y la vulnerabilidad geográfica del sector.

Con la finalidad de desocupar terrenos ocupados ilegalmente y restituirlos a sus dueños originales, la población de los campamentos erradicados fue relocalizada en la periferia urbana y en lugares aislados. Estos sectores generalmente no contaban con la infraestructura y equipamiento suficiente para albergar a la nueva población (Fadda & Ducci, 1993).

Como complemento al programa de erradicación, se tomó la decisión de mantener la localización de algunos campamentos. Por lo general estos correspondían a tomas que estaban mal ubicadas, en suelos de bajo valor, sin infraestructura y con bajo potencial de inversión privada. En el caso de Santiago la radicación de campamentos se concentró en los municipios de Peñalolén, La Pintana, San Bernardo, Recoleta, Maipú, La Florida, Renca y Cerro Navia. En conjunto estas comunas representaron el 70 % de las operaciones de vivienda de la época (Hidalgo, 2005).

Además de la “limpieza social” que impulsaron ambos programas en ciertas zonas de la ciudad –especialmente en el centro y nororiente de Santiago- estos contribuyeron a crear una demanda activa de vivienda que sirvió para involucrar a las inmobiliarias en el nuevo sistema habitacional (Farías, 2014). Rodríguez & Icaza (1993) apuntan que ambos programas tuvieron características no antes vistas en el sistema habitacional chileno. Primero, se trataron de programas masivos. Entre 1979 y 1985 alrededor de 65.000 familias santiaguinas se vieron involucradas en los procesos de erradicación y radicación. Del total, 35.000 fueron ubicadas en lugares diferentes a su residencia y 30.000 conservaron el terreno. En segundo lugar, la magnitud de estos programas hizo necesaria la coordinación a múltiples niveles institucionales. En efecto, el MINVU permitió a los municipios tener una participación activa en el proceso a través de la creación de la ley 18.138 de 1982, la cual facultó a las instituciones locales a desarrollar y ejecutar sus propios programas habitacionales. Esto se complementó con la creación de una división político-administrativa que dio origen a nuevas comunas cuyo principal criterio de delimitación, al menos en Santiago, fue la condición socioeconómica de las familias (Farías, 2014).

Probablemente el caso más característico de este periodo ocurrió en de La Pintana. Dicha comuna, creada en 1981, formaba parte de la división administrativa correspondiente a La Granja y se ubicaba, por aquel entonces, en la periferia de Santiago. Entre 1979 y 1990 La Pintana recibió alrededor de 30 mil familias provenientes de diferentes campamentos de la Región Metropolitana, correspondiendo esto a alrededor del 43,6 % de la población de la comuna (Gurovich, 1990). Si bien estas erradicaciones significaron un mejoramiento de las condiciones materiales de la población que vivía en los campamentos, la concentración de la pobreza comenzó a generar algunos inconvenientes, como un aumento en las denuncias y robos, problemas de conexión con el centro de la ciudad, bajos niveles de satisfacción de las necesidades básicas, falta de áreas verdes, altos niveles de aislamiento social, etc. (Gurovich, 1990). Aunque el caso de La Pintana es paradigmático, todas las comunas receptoras de campamentos presentaban hacia fines de los ochenta bajos niveles de satisfacción residencial, especialmente por la falta de equipamientos y servicios cercanos (Puente, Torres, & Muñoz, 1990).

Las consecuencias espaciales de los programas de erradicación y radicación fueron dos. Primero, contribuyeron a expandir considerablemente la ciudad sobre suelos considerados agrícolas, ganaderos y algunos que presentaban riesgos naturales. Y segundo, ayudaron a concentrar espacialmente a población en condición de pobreza, homogeneizando socioeconómicamente de algunos sectores de la ciudad (Morales & Rojas, 1986). Tapia (2011) hace una revisión de los patrones de localización de vivienda social en las diferentes comunas de Santiago entre 1980 y 1989. Este autor muestra que las cuatro comunas que más acumularon este tipo de moradas durante el periodo fueron La Florida, La Pintana, El Bosque y La Granja. Este decir, fue la zona sur de Santiago donde se concentró la construcción de este tipo de hogares.

Los programas de radicación y erradicación no fueron los únicos programas de vivienda social desarrollados durante los ochenta. Estos fueron complementados por el Programa de Viviendas Sociales Básicas y también el Subsidio Especial para Trabajadores. Sin embargo, todos ellos no fueron suficientes para lograr el objetivo principal que se había trazado esta política: reducir el déficit habitacional. En efecto, hacia 1983 el déficit habitacional era de 841.772, en tanto que hacia 1990 este superaba esa cifra con 888.681 casas necesarias. Esto, como ya se ha dicho, fue el resultado del desinterés inicial que mostraron los actores privados sobre la operación del modelo habitacional basado en el voucher. Problemas que no se lograron resolver durante toda la década.

Políticas de los noventa: la producción industrial de la vivienda social.

La década del noventa comenzó con las cifras de déficit habitacional más altas de los últimos 35 años. Sin embargo, este decenio terminó constituyéndose en la época en que más rápido se redujo la carencia de hogares en Chile. Esto lleva a utilizar, como metáfora, que la producción de vivienda social entre 1990 y el 2000 adquiere ribetes industriales.

Durante este periodo operan diferentes programas de vivienda, pero dos fueron los más importantes. El primero corresponde al programa de vivienda progresiva (D.S 140⁴). Dicho mecanismo estaba destinado a resolver los problemas de morada que enfrentaban familias allegadas –que habitaban en casa de otra persona– o en situación de marginalidad habitacional (por ejemplo, campamentos). Estas familias recibían una casa pequeña dotada de servicios básicos y cuya superficie construida generalmente fluctuaba entre los 13 y 23 m². La idea era que esta casa fuera ampliada de forma progresiva por parte de las mismas personas que la habitaban. No obstante, cuando ello no ocurría se podía optar a un subsidio complementario (subsidio de vivienda privada) que permitía ampliar el hogar. El valor del voucher que entregaba el Estado era de 5.128 USD (132 UF) y para su postulación se requería que las familias acreditaran un ahorro previo de 310 USD (8 UF).

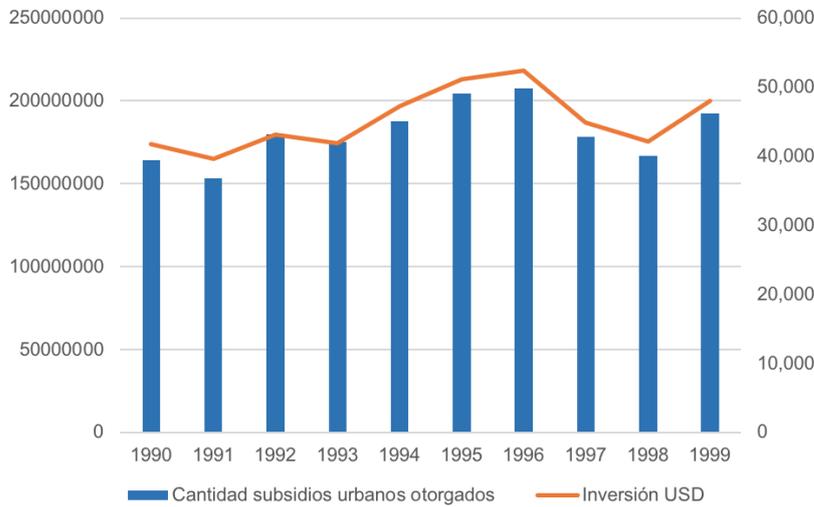
Un segundo programa, también importante en la época, fue el de viviendas básicas. Este programa fue creado en 1984, pero es en los noventa cuando adquiere relevancia. El voucher entregado por el Estado para las viviendas básicas era de 5.438 USD (140 UF). Este monto se complementaba con 388 USD (10 UF) de ahorro mínimo de la familia y un crédito hipotecario de 3.107 USD (80 UF) que aplicaba cuando las personas no podían financiar el valor total de la casa. Estuvo dirigido a familias que vivían de allegadas o arrendatarias y que tenían como ingresos mensuales entre 116 USD y 310 USD (3 y 8 UF). Se estimaba que este sueldo les permitía tener una capacidad pago mensual de 23,3 USD (0,6 UF), monto mínimo necesario para pagar el crédito que obtenían. El producto entregado era una casa sin terminaciones, con baño, cocina-living-comedor y dos dormitorios, cuya superficie fluctuaba entre los 38 y 42 m².

El gráfico N°2 muestra la evolución de los montos invertidos por el MINVU durante los noventa, además de la cantidad de subsidios otorgados en cada uno de los años. Se observa una tendencia al alza de ambos indicadores durante todo el periodo, pero que se ve interrumpida de forma importante con la crisis económica de 1997. En efecto, mientras que en 1996 los subsidios otorgados

⁴ La sigla D.S corresponde a Decreto Supremo. Esta abreviatura se empleará de manera frecuente de aquí en adelante.

fueron 49.807 en 1998, año que en que manifiesta con mayor intensidad la crisis económica, estos fueron 40.058 unidades.

Gráfico 2 Evolución subsidios entregados y montos invertidos por MINVU, 1990-1999



Fuente: elaboración propia.

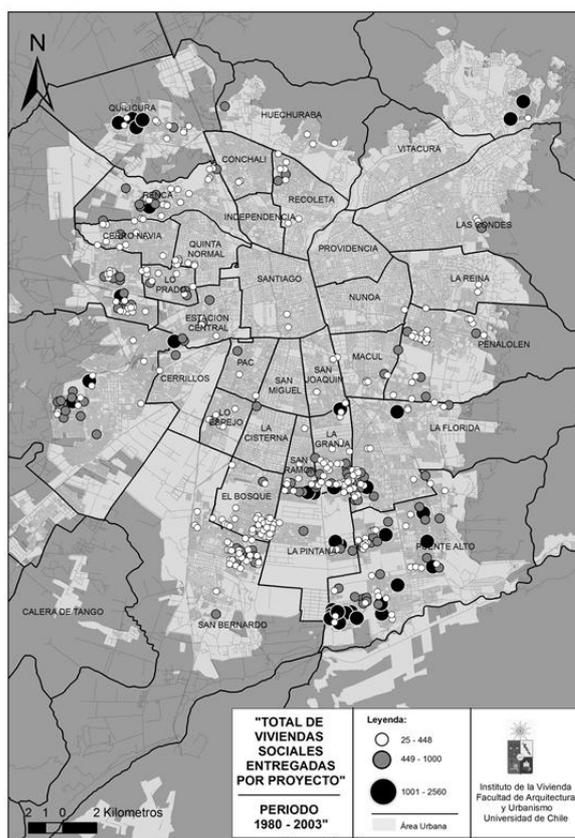
El gráfico también muestra que la brecha entre cantidad de subsidios otorgados y montos invertidos se mantiene estable entre 1990 y 1999. El gasto del voucher por casa en 1990 era de 4.412 USD en tanto que hacia 1999 este era de 4.332 USD. Se puede argumentar entonces que durante los noventa el costo de producción de una vivienda social para el Estado se mantuvo estable y, por tanto, el gasto del subsidio en precio de suelo no varió significativamente. ¿Por qué ocurre ello si los montos de suelo estaban en alza al igual que los costos de construcción?

Esto se explica probablemente por el cambio en los lugares en los que se estaba construyendo la vivienda social. Según Tapia (2011) durante los ochenta este tipo de hogares se construyó en el sur de Santiago, alrededor del anillo circunvalatorio de Américo Vespucio. Pero, en los noventa los terrenos de construcción se localizan fuera de la ciudad consolidada, allí donde el precio de suelo era más bajo. De hecho, la vivienda erigida entre 1990 y 1999 se ubicó principalmente en terrenos rurales de Puente Alto, San Bernardo, Pudahuel y Maipú. Este movimiento hacia zonas más periféricas hace que el gasto en suelo del voucher se mantenga estable. La tipología de construcción en block de departamentos que se empleó en la época, también explica que el gasto por vivienda no haya aumentado. Esta tipología permitió la construcción de más hogares en un espacio más pequeño y, por tanto, el precio de suelo no impactó significativamente sobre la producción de vivienda social (Hidalgo, 2004). Finalmente, el éxito cuantitativo también se explica por la diversificación de programas destinados a familias de ingreso medio y que durante el periodo

anterior habían sido débilmente cubiertas (Programa de subsidios especiales para trabajadores o PET, Vivienda básica) (MINVU, 2004). Esto último permitió atender de forma transversal la demanda por vivienda que había en el país.

Ahora bien, el éxito cuantitativo de la vivienda social durante este periodo estuvo acompañado de la profundización de los problemas que se detectaron para la década anterior, especialmente el referido a la segregación residencial. La magnitud de la concentración de los pobres urbanos creció en los noventa: estos ya no solo se ubicaban en zonas de algunas comunas, sino que ahora ocupaban gran parte de estas y sustentaban el crecimiento de la mancha urbana hacia el sur y oeste de Santiago. Todas estas eran zonas que generalmente carecían de los equipamientos y servicios adecuados para albergar a la población (ver mapa N.º1) (Ducci, 1997)

Mapa 1 Localización de la vivienda social construida en Santiago entre 1980 y 2002



Fuente: Tapia, 2011.

La vivienda social a inicios del milenio y la expulsión de la ciudad

Durante los noventa se comenzó a hacer visible un nuevo problema administrativo en la política de vivienda: la desfocalización de los subsidios. Aunque este inconveniente se arrastra desde el inicio del voucher, se tomó la agenda pública solo hacia inicios del nuevo siglo. La desfocalización implicaba que el Estado estaba invirtiendo dineros públicos en sectores que no necesitan un hogar de forma urgente. Como muestran Rodríguez & Sugranyes (2004) hacia el 2002 del stock completo de viviendas sociales construidas, un 15 % de sus beneficiarios correspondían a indigentes, 30 % pobres y 55 % a personas no pobres incluidas en este porcentaje un grupo de familias C2 y ABC1⁵.

Según explica Ravinet (2004) esta desfocalización fue particularmente fuerte en el programa de vivienda básica. Según él —quien por entonces era Ministro del MINVU— el valor promedio de una casa construida por este programa pasó de 7.555 USD en 1997 a 8.856 USD en 2001. Como el monto de subsidio era fijo (3.780 USD), el aumento en el valor de la vivienda lo debía asumir la familia a través de más ahorro o el crédito más grande. La mayoría de las familias optaba por asumirlo a través de esta última fórmula, pagando por ellos, en promedio, 40 USD mensuales durante 156 meses. Este monto era imposible de pagar en el 20 % de las familias más pobres, de ahí que la mayoría de los subsidios de la vivienda básica fueran destinados a familias de ingresos medios que acreditaran capacidad de pagar 40 USD por mes.

Al problema de focalización de los recursos se sumó el alto nivel de morosidad de los “deudores habitacionales”. Según el citado Ravinet, en el 2000 el 69 % de las personas que habían sido beneficiarios de un crédito estatal para financiar su vivienda eran morosos. De ellos, el 40 % tenía más de 12 meses impagos. Esto se tradujo en el embargo de casas y en un enorme gasto estatal y privado sin cubrir. Muchos de los deudores consideraban injusto pagar el crédito mensual, debido a que el acceso a vivienda social le había generado problemas de lejanía a las centralidades, pérdida de redes personales, e incluso, malas condiciones de habitabilidad (un caso emblemático fue el de las llamadas “Casas Copeva”). Por ello, se estaba solicitando un “perdonazo” de la deuda, tal como el Estado había hecho a inicios de los noventa con personas que arrastraban créditos habitacionales impagos de viviendas obtenidas durante dictadura (Casgrain, 2010).

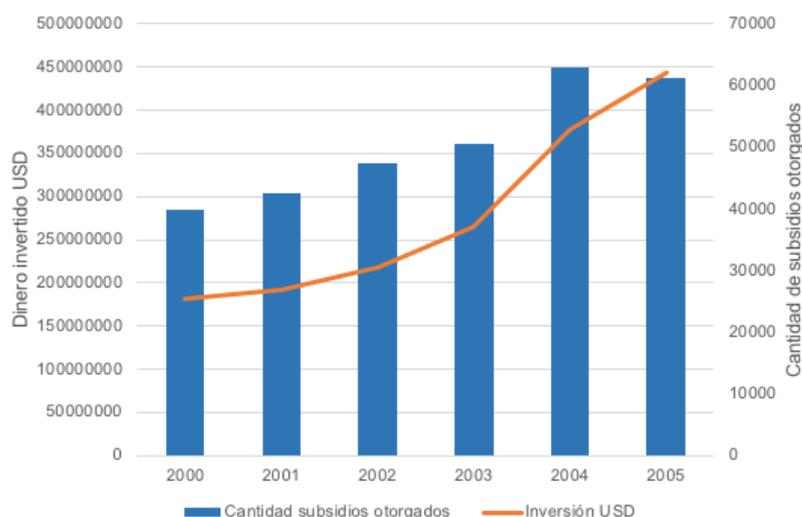
Los problemas de focalización de los recursos y el no pago de los créditos habitacionales otorgados por el Estado, motivó al MINVU a realizar una

⁵ Los quintiles socioeconómicos en Chile se clasifican en E, D, C3, C2 y ABC1. E y D corresponden a familias pobres, C3 a familias de ingreso medio bajo o clase media emergente, C2 a familias de ingreso medio alto o clase media consolidada y ABC1 a familias de alto ingreso.

reestructuración del sistema de subsidios, pero sin modificar la fórmula original de subsidio+ahorro+crédito. Ravinet (2004) señaló que los objetivos de esta reforma fueron varios. Primero, mantener el ritmo de construcción de viviendas sociales que había mostrado en la década anterior. Segundo, mejorar la focalización de recursos, reorientando el 60 % del gasto del MINVU a los más pobres. Tercero, evitar la segregación socio espacial a través de la localización de viviendas en tamaños reducidos o localización remota. Cuarto, mejorar la calidad de soluciones habitacionales. Y quinto, aumentar la participación del mercado privado en el financiamiento de las casas.

En función de estos objetivos se diseñaron dos nuevos tipos de subsidio. El primero fue el Fondo Solidario de Vivienda (en adelante FSV), creado en 2002 y destinado a familias que se encontraban bajo la línea de pobreza. A ellas se les entregaba un monto de 10.877 USD (280 UF) para financiar la construcción de la vivienda y compra de terreno. El producto mínimo de esta operación, que buscaba reemplazar el programa de vivienda básica, era una construcción dotada de un living-comedor-cocina, un baño y un dormitorio (uno menos que el programa anterior). El segundo instrumento fue el D.S 40 promulgado en 2004 y que estuvo destinado a familias con algún nivel de capacidad de ahorro (especialmente C3), que comienzan a ser denominadas de aquí en adelante como familias emergentes. Este subsidio entrega un monto variable entre 7.934 y 11.901 USD para acceder a casas nuevas o usadas. Se asume que las familias a las cuales está dirigido tienen alguna capacidad de ahorro, por lo que para postular a él se les solicita un ahorro mínimo de 1.984 USD. Si el ahorro individual más el subsidio otorgado no es suficiente para comprar una vivienda, el beneficiario debía solicitar un crédito a alguna entidad bancaria privada, pero ahora sin contar con el respaldo del Estado.

Gráfico 3 Evolución subsidios entregados y montos invertidos por MINVU, 2000-2005



Fuente: elaboración propia.

El gráfico N° 3 da cuenta de que las reformas implementadas cumplieron el primer objetivo trazado: mantener el ritmo de construcción de viviendas que se había observado en los noventa, incluso aumentando la cantidad de subsidios otorgados, a la vez que también aumentó la inversión del MINVU. Muestra además que la cantidad de subsidios otorgados continúa siendo proporcional a los montos invertidos, es decir, que el crecimiento en la entrega de subsidios depende del dinero que invierta anualmente el MINVU en ellos. Sin embargo, hay una diferencia con el periodo anterior: ahora la producción de vivienda supera a la inversión. Dicho de otro modo: entre 2000 y 2005 se produjeron más casas por menos dinero.

A primera vista, los resultados cuantitativos de las reformas parecen todo un éxito. Durante este periodo los costos de producción, especialmente de las casas construidas a través del FSV, disminuyeron. Esto explica, en parte, que se hayan construido más viviendas.

Sin embargo, uno de los objetivos trazados por la reforma no es logrado: el de reducir la segregación. El problema es que la política del MINVU alentó la construcción de viviendas en localidades de tamaños reducidos o localización remota, lo que en términos prácticos se tradujo en la expulsión de la vivienda social hacia ciudades satélites o sectores periurbanos.

Durante los noventa e inicios del nuevo milenio el precio del suelo urbano continuó en alza acercándose a niveles insostenibles para los subsidios habitacionales. A la presión que había por construir vivienda social en la periferia de la ciudad, se sumó el interés inmobiliario por desarrollar proyectos en dicha zona, especialmente a través de condominios cerrados. Si bien esto

significó una disminución en la escala espacial de la segregación y el acercamiento espacial entre familias de diversa condición socioeconómica (Sabatini, Cáceres, & Cerda, 2001), impulsó también un incremento en el precio del suelo de la periferia. El alza del precio en estos lugares limitó las posibilidades de localización de vivienda social quedando ésta restringida a ciudades satélites. En definitiva, la incesante búsqueda de espacios más baratos provocó que la vivienda social desbordara el límite urbano, generando nuevos espacios que han sido denominados como “precariópolis estatal” (Hidalgo, 2007), los cuales fueron caracterizados como lugares socioeconómicamente homogéneos, aislados de la ciudad consolidada, carentes de todo tipo de servicios comunitarios (bomberos, carabineros, centros de salud, etc.) y sin espacios de esparcimiento (Hidalgo, Zunino, & Álvarez, 2007).

Hidalgo (2007) plantea que la expulsión de viviendas sociales de las zonas periféricas ya es evidente en el primer quinquenio de la década del noventa, pero se intensifica hacia el segundo quinquenio de esa década e inicios del nuevo milenio. Durante este periodo, en la Región Metropolitana las comunas que concentran la vivienda pública fueron Colina, Peñaflores, Melipilla y Talagante, todas ellas ubicadas fuera de la mancha urbana consolidada.

Las dinámicas mencionadas para este período no son exclusivas de Santiago. Otras ciudades del país también experimentaron un fuerte crecimiento poblacional y desarrollo del negocio inmobiliario que impulsó un aumento en los precios de suelo. Es el caso de Puerto Montt, Temuco e Iquique. En dichas ciudades, la presión por terrenos elevó sus costos lo que hizo imposible encontrar sectores con valores compatibles a los subsidios estatales para vivienda. Ello llevó a planificar nuevas localizaciones para estos hogares fuera de la ciudad dando origen o consolidando nuevas ciudades satélites (por ejemplo, Alerce en Puerto Montt, Labranza en Temuco o Alto Hospicio en Iquique) (Marchant, Frick, & Vergara, 2016).

En los tres períodos revisados hasta aquí, de manera transversal se asoman dos efectos secundarios e indeseados que generaron las políticas de vivienda social. Uno es el aislamiento de los conjuntos habitacionales y el otro el aumento de la segregación espacial de las ciudades. A continuación, se revisará cómo estos fenómenos espaciales repercutieron sobre la cohesión social de las ciudades chilenas y los barrios de las familias más vulnerables.

La segregación de la vivienda social y sus efectos en la cohesión social.

Llegados a este punto, es imperioso examinar con detalle los efectos de la política de vivienda sobre la cohesión social de las ciudades. Si bien algunas ideas ya están contenidas en las tres secciones que preceden, aquí se realiza una

mirada más específica a los efectos que tiene la segregación de las familias pobres sobre la cohesión de los barrios y la ciudad.

Cassiers & Kesteloot (2012) se interrogan acerca de cómo la segregación afecta la cohesión social. En primer lugar, señalan que la segregación influye en las oportunidades de los individuos, especialmente cuando áreas homogéneas desde el punto de vista socioeconómico o étnico se encuentran alejadas de las centralidades urbanas. En segundo lugar, y conectado con la anterior, la concentración de familias de similar ingreso en un barrio reduce sus chances de movilidad social, ya que estas no logran desarrollar una red de relaciones que le permitan asegurar un acceso a mejores recursos.

Kaztman (2010) dice que segregación residencial afecta especialmente la densidad de las relaciones sociales, un aspecto que, como se revisó en el capítulo anterior, es clave en la cohesión social. Es en el establecimiento del vínculo social donde descansa el origen de una disposición positiva a la cooperación con otros, elemento básico sobre el cual se construye acuerdos que resuelven productivamente los conflictos sociales y se origina el sentimiento de pertenencia.

En el caso chileno, es evidente que las familias que accedieron a vivienda social durante las últimas décadas mejoraron ostensiblemente su calidad de vida material. A diferencia del panorama de los setenta u ochenta, los grupos vulnerables accedieron a una vivienda que contaba con servicios básicos (agua potable, alcantarillado, electricidad). Por tanto, su pobreza ya no era material, sino que más bien se vincula a la carencia de oportunidades sociales y económicas producto de su condición de habitabilidad en lugares segregados. Este ha sido denominado en la literatura especializada como el problema de “Los con techo” (Rodríguez & Sugranyes, 2004; Tironi, 2003).

Se ha dicho que el principal efecto de la segregación de la vivienda social en Chile sobre la cohesión fue la disolución de los vínculos y las redes sociales de las personas que se fueron a vivir a estos barrios (Ducci, 1997). Varios fueron los mecanismos que llevaron a que ello ocurriera. El primero es el tamaño de la casa. Los hogares construidos entre 1990 y 2005 generalmente no superaban los 35 m², ya que estaban diseñadas para ser habitadas por una familia nuclear moderna. Pero como las familias populares eran amplias, usualmente no tenían espacio para recibir en su hogar reuniones familiares o de amigos lo que hacía que estos comenzaran a perder contacto (Ducci, 1997). El escaso tamaño de la vivienda también producía hacinamiento, estrés y malestar no solo con los miembros del hogar, sino también hacia sus vecinos por los ruidos molestos (Castillo, Forray, & Sepúlveda, 2008; Ducci, 1997, 2007). Así, la vivienda pequeña afectaba tanto en las relaciones sociales que había fuera del barrio como al interior de este.

Un segundo mecanismo que deterioró las relaciones sociales de los vecinos de vivienda social fue la distancia que había entre su barrio y las centralidades. Para Ducci (1997) el reflejo más patente de este problema eran las dueñas de casa. Muchas de ellas se quedaban todo el día en su hogar, ya que salir de él en búsqueda de los servicios o trabajo implicaba un costo económico, especialmente en transporte, que no estaban dispuestas a asumir dada sus carencias socioeconómicas (Ducci, 1997). Sabatini et al. (2013a) también mostraron que en barrios de vivienda social de diferentes ciudades chilenas había jefes de hogar inactivos debido al alto costo económico y temporal que significaba el viaje hacia los lugares de trabajo. El problema de estar todo el día en el vecindario es que las personas perdían sus relaciones sociales con el entorno, impulsando procesos que las llevaban al aislamiento social. La lejanía de las fuentes laborales también influyó sobre la satisfacción residencial de los vecinos con su barrio. Así lo demostraron Hidalgo & Saldías (1998) quienes, analizando conjuntos de vivienda social construidos durante los noventa, concluyeron que había una mayor satisfacción residencial en aquellos que se encontraban más cercanos a los puestos de trabajo. Esto último –satisfacción residencial– tiene un efecto sobre el sentido de pertenencia al vecindario y, por tanto, interviene sobre la cohesión social.

Un tercer mecanismo que contribuyó a la pérdida de cohesión social fue el diseño interno de los barrios. La política de vivienda hasta aquí revisada orientó su accionar al hogar, pero no pensó adecuadamente en los espacios comunes, por ello es que muchos de estos vecindarios se caracterizaron por poseer pocas áreas públicas que fueran capaces de acoger actividades sociales. En algunos conjuntos habitacionales, los escasos equipamientos comunitarios (sede social) y áreas de esparcimiento (pequeña plaza y multicancha) fueron abandonados por los vecinos debido a la inseguridad que le inspiraban las personas que habitaban a su alrededor. Esto provocó que las familias se replegaran hacia su hogar, quedándose una parte importante del día en el (Castillo et al., 2008). La carencia de espacios comunes y el temor que provocaba usarlos resintió las redes sociales internas en los vecindarios ya que limitaban las posibilidades de contacto seguro entre los habitantes del lugar. Además, esto restringió el desarrollo de sentidos de pertenencia a la comunidad barrial, debido a que los vecindarios no contaban con espacios que fueran compartidos por todos y de los cuales se sintieran orgullosos.

La consecuencia más negativa de la política de vivienda social sobre la cohesión ocurrió en aquellos barrios que comenzaron a experimentar procesos de guetificación. La pérdida de vínculo social, la inseguridad, el abandono de los espacios públicos e individualismo y la pérdida de sentido de lugar, dio como resultado vecindarios completamente aislados de la trama urbana, tanto desde el punto de vista funcional como simbólico. La mezcla de todos estos ingredientes configuró la emergencia de subculturas marginales donde comenzó a primar la desesperanza (Rodríguez & Sugranyes, 2004).

La política de vivienda social y la segregación de esta, provocaron una pérdida de las relaciones sociales de las personas, especialmente al interior del barrio y también hacia el exterior en los casos más extremos. Esto repercutió sobre el sentido de pertenencia que poseían las familias hacia el lugar donde vivían. Una parte no despreciable de los habitantes de este tipo de conjuntos no se sentían para nada orgullosos o identificados con sus vecindarios e incluso cuando salían a buscar trabajo cambiaban su lugar de residencia, para no ser cargados con los estigmas del barrio (Segovia, 2005). Por ello, se puede afirmar que la segregación de la vivienda social ha contribuido a impulsar procesos de desintegración social que han deteriorado la cohesión social de los vecindarios y ciudades chilenas (Brain, Cubillos, & Sabatini, 2007; Ducci, 2007).

Este sombrío panorama era el diagnóstico que se le realizaba a las ciudades chilenas hacia el 2005. Las críticas a la política de vivienda dieron origen a una reorientación de las mismas. Pero esta reforma era diferente a las anteriores. Ahora no se trataba de un reajuste administrativo de la gestión y operación de los programas como lo fue a inicios del milenio, sino que se consistía en la inclusión de un nuevo objetivo en las políticas de vivienda: la búsqueda de cohesión social a través del impulso de la idea de mixtura socioeconómica.

La búsqueda de mixtura social y la emergencia de los subsidios de integración.

La crítica a la política de vivienda social, por sus efectos sobre la segregación y cohesión, motivó que en 2006 los lineamientos de esta comenzaran a cambiar. Es entonces cuando la ex Presidenta Michelle Bachelet planteó la necesidad de que las políticas habitacionales buscaran asegurar una mejor calidad de vida para la gente y los barrios, fomentando la integración y cohesión social. Se asentó así la idea de que los efectos perversos de la política de vivienda eran “un atentado contra la estabilidad social, que empaña nuestras democracias y los éxitos económicos conseguidos en el continente en los últimos años” (MINVU, 2007, p. 1). El propio MINVU (2014) asumió que sus políticas habitacionales causaron una serie de efectos negativos, los que a juicio de ellos pueden ser categorizados en tres ámbitos:

- 1) Aumento de los grados de segregación residencial: La localización de los grandes conjuntos de vivienda social en los límites de la mancha urbana, ha contribuido a conformar franjas periféricas homogéneas en términos del nivel socioeconómico de la población que habita en ellas.
- 2) Mayores niveles de desigualdad urbana: Las viviendas sociales en las grandes áreas metropolitanas se han construido en lugares mal servidos y deficientemente equipados, con desiguales estándares de dotación, malos accesos a bienes públicos y alejados de los mercados de trabajo, situaciones que

han redundaron en una desigual geografía de oportunidades para la población que habitaba en estos sectores.

3) Debilitamiento de la cohesión social: Se ha incentivado una desintegración de los vínculos sociales, especialmente de carácter pluriclasista. Esto se expresa en el aumento de la violencia, creciente desconfianza hacia el otro, incremento del temor y la pérdida del capital social comunitario.

Si bien los objetivos de disminuir el déficit habitacional y mejorar la calidad constructiva de los hogares continuaban presentes en la nueva orientación de la política de vivienda, se hacía necesario también frenar el proceso de expulsión de los pobres de la ciudad. Se comienzan a pensar así vías que promuevan la integración de las familias pobres con el resto de la ciudad, con el objetivo final de promover la cohesión social.

El MINVU no ofrece una definición de cohesión, pero sí lo hace de la integración. Señala que este es un estado deseado de inserción, equidad y convivencia ciudadana que surge de la promoción de los siguientes aspectos: equidad en el acceso y distribución de bienes y servicios que fomenten la calidad de vida de la población; localización en barrios con acceso y conectividad a diversos equipamientos y servicios; mixtura socioeconómica entendida como una integración residencial positiva; y convivencia pacífica y tolerante entre los ciudadanos que incentive el sentido de pertenencia, la solidaridad y la responsabilidad de las personas respecto a su barrio (MINVU, 2009, pág. 30). En el primer capítulo se dijo que la integración no es un estado, sino que es un proceso que hace parte a las personas de algo. Así también lo ha hecho notar Ruiz-Tagle (2013) al analizar espacialmente este concepto. Por ello, al referirse a un estado de cosas el MINVU está haciendo alusión más bien a la cohesión y no a la integración. Esto no solo produce una confusión conceptual, sino que desfocaliza el objetivo de las nuevas políticas habitacionales (Sabatini, 2015).

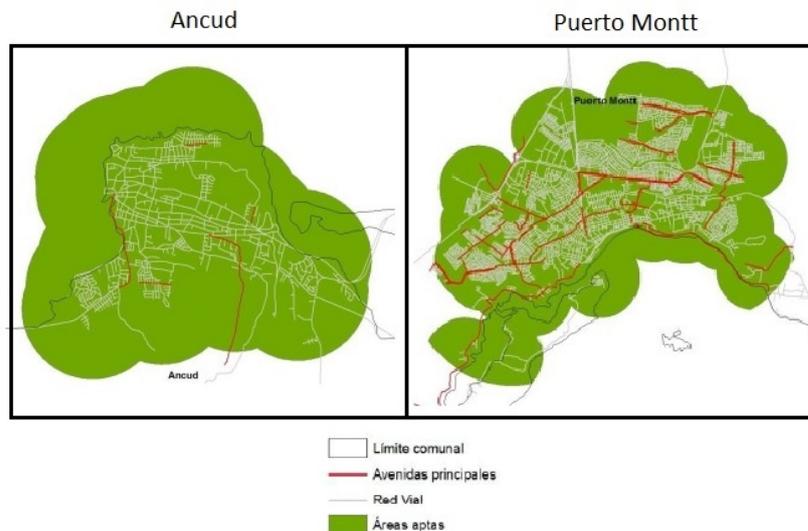
Sin resolver la ambigüedad teórica, el MINVU tradujo el objetivo de integración social a medidas concretas. Dichas medidas apuntaron, por un lado, a mejorar la localización de las casas y, por otro lado, a promover la mixtura social de los barrios. La premisa que subyace bajo estas nuevas políticas es que los efectos perversos derivados del modelo habitacional chileno pueden ser revertidos a través de medidas de dispersión residencial de la pobreza que consigan disminuir los niveles de segregación urbana (Sabatini, Wormald, Trebilcock, & Rasse, 2013d). Es decir, siguen el argumento del llamado efecto barrio.

El primer instrumento que apareció en Chile y que estuvo inspirado en la idea de integración social fue el “subsidio a la localización”. Constituido en 2006, este instrumento fue diseñado para complementar el FSV, otorgando dineros adicionales a familias vulnerables para financiar la adquisición y/o habilitación

de los terrenos urbanos bien localizados⁶. El monto conferido era de 7.934 USD para familias del primer quintil y 3.967 USD para familias consideradas en el quintil II, aplicando solo en barrios que no tuvieran más de 150 viviendas y que estuvieran ubicados en alguna ciudad de más de 5.000 habitantes. Con dichos montos el MINVU triplicó la capacidad de pago por suelo que normalmente tenían los subsidios otorgados para acceder a vivienda social.

Según Sabatini, Brain & Prieto (2011) el subsidio a la localización presentaba un problema severo: aplicaba sobre cualquier área de la ciudad, por lo que no garantizaba necesariamente mejores ubicaciones (Mapa n°2). Se podía así continuar construyendo barrios en zonas socioeconómicamente homogéneas y que estuvieran alejadas de las centralidades urbanas. De manera que, en términos prácticos, el subsidio a la localización se tradujo en un instrumento que aumentó el dinero del subsidio para así hacer frente al incremento en el precio de suelo urbano, pero no garantizó localizaciones centrales o bien dotadas.

Mapa 2 Lugares aptos para recibir el subsidio de localización en ciudades de diferentes tamaños



Fuente: Sabatini, Brain & Prieto, 2011.

Como en estricto rigor el subsidio de localización no garantizaba barrios más centrales, no tuvo ningún efecto en relación a acercar a los beneficiarios de viviendas sociales a las oportunidades urbanas. Además, el instrumento sólo estaba dirigido a familias beneficiarias del FSV, esto es, familias de bajos

⁶ Entre los criterios para asignar el subsidio a la localización están que el proyecto se ubique en un área urbana, en el territorio de operación de alguna empresa sanitaria, con acceso a vías locales, con transporte público a 500 metros, colegio de educación primaria a 1000 metros y centro de salud a no más de 2500 metros.

⁶ El Ministerio de Desarrollo Social de Chile ordena a las familias según su condición socioeconómica en cinco quintiles. El quintil I agrupa a las familias que obtienen el 20% de menores puntajes en la ficha de protección social, instrumento que el Estado tiene para evaluar la condición socioeconómica de estas.

ingresos. Por lo que en el fondo, el subsidio de localización se trató de un incentivo para que las empresas inmobiliarias y constructoras continuaran construyendo barrios dirigidos a familias de una misma condición socioeconómica, lo que ciertamente no contribuía a reducir la segregación de los de menores ingresos.

Es en estas circunstancias donde en 2007 se crea un segundo instrumento en orden de conseguir mayor integración: los “Proyectos habitacionales de Integración Social” (PIS). Este tipo de proyectos constituyen el primer intento institucionalizado en Chile por producir barrios socialmente mixtos, ya que deben incluir, como mínimo, 30 % de viviendas a ser adquiridas a través del D.S 174 o FSV (familias de Quintiles E y D) y 30 % de viviendas a ser adquiridas por el D.S 40 (Familias del Quintil C3), en tanto que el restante 40 % puede ser entregado a través de venta directa a familias de distintos niveles de ingreso.

Los PIS representan el quiebre de un viejo principio que regulaba la operatoria del sistema habitacional chileno: la incapacidad de este para mezclar en un mismo vecindario a personas beneficiarias de diferentes subsidios habitacionales. La idea de homogeneidad socioeconómica a nivel de barrio que había dominado la política habitacional por varias décadas comienza, con la introducción de los PIS, a cambiar. Estos nuevos vecindarios buscan, en cambio, construir un tejido urbano con mixtura social, ya que incentivan a diferentes grupos socioeconómicos, especialmente medios y bajos, convivir juntos en un mismo espacio. La proximidad espacial entre familias de diferente ingreso debiera contribuir a crear los lazos sociales pluriclasista, sentido de pertenencia y promover así comunidades cohesionadas (Bolt, Phillips, & Van Kempen, 2010).

A las familias de ingresos medios que decidían habitar un PIS se les entrega un subsidio extra equivalente a 3.967 USD⁷, que ha sido denominado “bono de integración social”. Paralelamente, este tipo de proyectos también pueden optar al subsidio de localización que aplica sobre familias del FSV, obteniendo así dineros para mejorar la ubicación del mismo.

Los PIS se vieron enfrentados a una serie de obstáculos al inicio de su operación. Estos proyectos eran resultados de una compleja combinación de subsidios entregados por el Estado a familias de diferente condición socioeconómica (FSV, DS. 40, Subsidio integración y Subsidio localización). Esto representó una traba “burocrática” para las empresas constructoras, ya que debían responder adecuadamente a subsidios que poseían normas diferenciadas. De hecho, para las empresas era más fácil construir un barrio solo para un tipo de subsidio (sea FSV o D.S 40) y responder así a un solo tipo

⁷ Los subsidios aplicados en proyectos de integración social pueden financiar viviendas con un tope máximo de 79.027 USD.

de requerimientos. Además, muchos políticos y académicos locales durante la época se mostraron escépticos respecto a la mezcla social en el espacio (Morandé, 2007). Y también se cuestionó éticamente el subsidio de integración, por tratarse de un pago del Estado a las clases medias para que estas aceptaran vivir con personas más pobres (Sabatini & Brain, 2008).

Más allá de los cuestionamientos a los PIS, la combinación de subsidios representó un aumento importante en los montos con los que se contaba para financiar una vivienda social. Por ello es que este primer “experimento” de mixtura social chileno fue bien valorado por los promotores inmobiliarios (Sabatini et al., 2013b).

En 2011 se introduce una modificación al D.S 40, uno de los subsidios que operaban en los PIS. Esta modificación consistió principalmente en elevar los dineros otorgados para el financiamiento de viviendas de familias de clase media hasta los 11.900 USD y crear un sistema de postulación integrado que permitiera solucionar las trabas burocráticas que derivaban de la combinación de subsidios.

Romano (2014) ha identificado un total de 6 proyectos habitacionales donde el subsidio de integración fue aplicado antes de 2012. Estos casos corresponden a la primera generación de PIS y cuentan con familias habitándolos hace varios años. A ellos se suman 14 PIS desarrollados entre 2012 y 2013 que tiene identificado el MINVU, de los cuales 9 han sido entregados y 5 se encuentran aún en construcción. Por lo tanto, según estos registros entre 2007 y 2014 se construyeron un total de 20 PIS en Chile.

Tabla 2 Proyectos de Integración construidos en Chile a través de la modalidad D.S 40 +D.S 174 antes de 2012. “La primera generación de PIS”.

Conjunto	Comuna	Cantidad de viviendas	Localización
Villa Las Araucarias	La Serena	140	Periférica
Altos de Catapilco	Zapallar	101	Periférica
Juvencio Valle	San Bernardo	744	Periférica
San Alberto de Casas Viejas	Puente Alto	828	Periférica
Los Nogales	Rancagua	160	Periférica
Valle Bicentenario	Punta Arenas	300	Periférica

Fuente: elaboración propia.

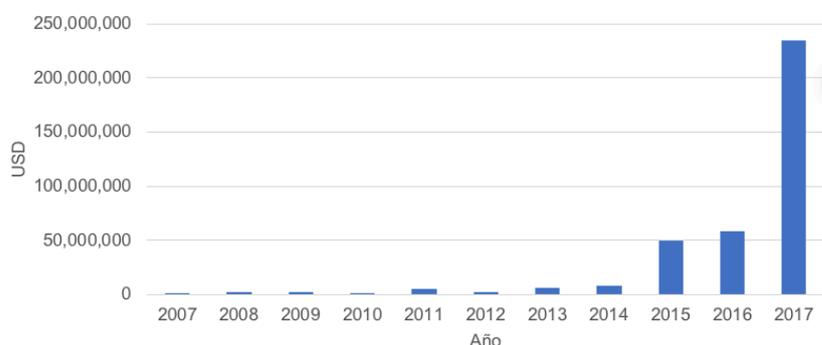
A pesar de que la mayoría de los PIS se encontraban en localización periférica, lograron instalar una nueva idea en la política de vivienda chilena: la mixtura social.

Para darle un nuevo impulso a este tipo de proyectos y hacer frente a problemas que mostraba el mercado de habitacional chileno, como los subsidios no ocupados, se creó en 2014 el “Subsidio habitacional extraordinario para proyectos de integración social” o D.S 116. Este subsidio representa la continuación de la idea de mixtura social que embrionariamente se instaló en Chile a través de los primeros PIS. Este subsidio establece mejores localizaciones y estándares de equipamientos, regula las condiciones de heterogeneidad social que deben presentar las zonas adyacentes al barrio (al menos el 50 % de los vecindarios adyacentes debe ser vivienda económica), instruye que los diseños arquitectónicos de las casas deben minimizar la diferenciación e identificación socioeconómica de las familias, establece mezclas a pequeña escala para disminuir la probabilidad de conflictos interclasistas e incentiva la construcción de espacios comunes bajo estrictos criterios de igualdad. Además, aumenta la cantidad de familias de quintiles I y II que deben albergar estos proyectos a 40 %⁸ e introduce un incremento importante en los montos otorgados para financiar la vivienda. En efecto, las familias vulnerables pueden acceder a un máximo de 27.770 USD a partir de un ahorro mínimo de 793 USD, en tanto que las familias emergentes postulan a un monto máximo de 13.885 USD, acreditando un ahorro previo de 1.984 USD. En este tipo de proyecto y ante las críticas de que el bono de integración significaba un “pago para vivir con familias pobres” se decidió ampliar este subsidio a todos quienes decidieran habitar en un PIS, el cual ahora asciende a 7.538 USD para familias vulnerables y 3.967 USD para familias de ingreso medio. A pesar de ello se creó un nuevo bono dirigido solo para familias de clase media que fue llamado “bono de captación”, el cual entrega hasta un máximo de 8.581 USD para cada beneficiario dependiendo el porcentaje de viviendas para familias en condición de pobreza que involucre el proyecto habitacional. Se ha diseñado también un crédito de enlace cuyo monto no puede exceder las 13.917 USD y que es entregado por el MINVU a las empresas que desarrollen proyectos de integración social y que así lo requieran.

Si la primera generación de PIS ya había sido bien valorada por los promotores inmobiliarios, el impacto que tuvo el D.S 116 sobre ellos fue aún más importante. Como muestra el gráfico N.º4 la cantidad de subsidios de integración otorgados en 2015, año en que comienza a operar el D.S 116, se incrementó de manera considerable.

⁸ Este cambio aplica para las ciudades de más de 40 mil habitantes.

Gráfico 4 Evolución de la inversión en subsidios PIS otorgados en Chile.



Fuente: elaboración propia.

Pero el D.S 116 era un instrumento transitorio. Este fue confeccionado para hacer frente a la gran cantidad de subsidios otorgados pero no ocupados que había en el mercado habitacional chileno, de ahí que solo haya operado entre 2014 y 2015. No obstante, debido a su éxito, el MINVU promulgó en 2016 un nuevo subsidio: el “Programa de integración social y territorial” o D.S 19. Este subsidio representa la continuidad del exitoso D.S 116 y, por tanto, la consolidación definitiva de la idea de mixtura social como eje central de la nueva política habitacional.

El D.S 19 involucró un nuevo incremento en el monto de subsidio entregado para financiar la vivienda. Con este mecanismo se espera financiar hogares de hasta 43.638 USD para las familias vulnerables con un subsidio máximo de 31.737 USD y con ahorros previos de entre 793 y 1.190 USD (montos que varían de acuerdo con la vulnerabilidad de la familia). En tanto que para familias de ingresos medios se financian casas de hasta 87.277 USD con un subsidio máximo de 10.910 USD y un ahorro previo exigible de entre 1.587 y 3.174 USD (montos que varían de acuerdo al valor de la vivienda). Al igual que los decretos anteriores, hay un “bono de captación”, “crédito de enlace” y bono de integración social variable que tiene un tope máximo de 9.521 USD para las familias vulnerables, mientras que para familias de sectores medios varía entre 3.967 y 11.901 USD dependiendo el porcentaje de familias vulnerables que se incorporen al proyecto⁹.

Los llamados del MINVU para postular proyectos para el D.S 19 han generado gran interés de parte de las inmobiliarias. Como ilustra el gráfico n.º4, el año 2017 se invirtieron 235 millones de dólares en los subsidios antes mencionados, representando el 36,3% del total de subsidios de vivienda pagados por el MINVU.

⁹ Para mayor detalle ver página 7 D.S 116 de 2016 MINVU.

Lo que comenzó con un subsidio para mejorar la localización de la vivienda social en 2006, se extendió hacia proyectos de mixtura social que han sido desarrollados de forma sistemática desde 2007 en adelante. La idea de contrarrestar los efectos nocivos que había producido la política de vivienda social en materia de segregación y cohesión se ha instalado con fuerza en la agenda nacional y parece estar asentada de manera definitiva. Así lo reflejan las declaraciones, primero, de la ex ministra de MINVU de Michelle Bachelet, Paulina Saball, quien en el encuentro Hábitat III de Quito de 2016 señaló que como Ministerio “nuestro mayor desafío hoy es que los conjuntos habitacionales garanticen mixtura social”¹⁰, y segundo, del actual presidente Sebastián Piñera quien en un reciente mensaje a señalado que:

“Existe amplio consenso respecto a la necesidad de abordar [la segregación residencial y la desigualdad en el acceso a los bienes públicos] con decisión, a fin de revertir las realidades existentes y evitar el desarrollo de nuevos barrios o sectores carentes de integración y de mixtura social”¹¹.

Sin embargo, cabe preguntar si los esfuerzos por incluir la mixtura social como un eje de las políticas de viviendas ha significado un cambio en el enfoque basal de apoyo a personas con el que ha funcionado el MINVU desde finales de los setenta hasta hoy.

¿Más que una política de apoyo a personas? Los PIS y la continuidad del sistema habitacional

Lo opuesto a una política de apoyo a personas es lo que en literatura internacional se conoce como “apoyo a lugares”. Los programas con foco en el lugar típicamente buscan revitalizar barrios intraurbanos deprimidos y así mejorar las oportunidades de sus residentes (Owen, 2017). El objetivo no es sacar a las familias desde los barrios, sino que mejorar las condiciones que ofrecen los lugares de residencia. En términos operativos, las estrategias focalizadas en el lugar suelen involucrar la construcción de nueva infraestructura y servicios en áreas deprimidas, el desarrollo de casas de alto estándar en barrios desfavorecidos, la aplicación de políticas de desarrollo comunitario, la creación de puestos de trabajos y, al mismo tiempo, la aplicación de estrategias para preservar la vivienda asequible en zonas acosadas por el negocio inmobiliario (Galster, 2017). ¿Apostó a esto la “nueva política de vivienda” en Chile?

¹⁰ Noticia publicada el 19 de Octubre de 2016. Ver en http://www.minvu.cl/opensite_det_20161019085213.aspx

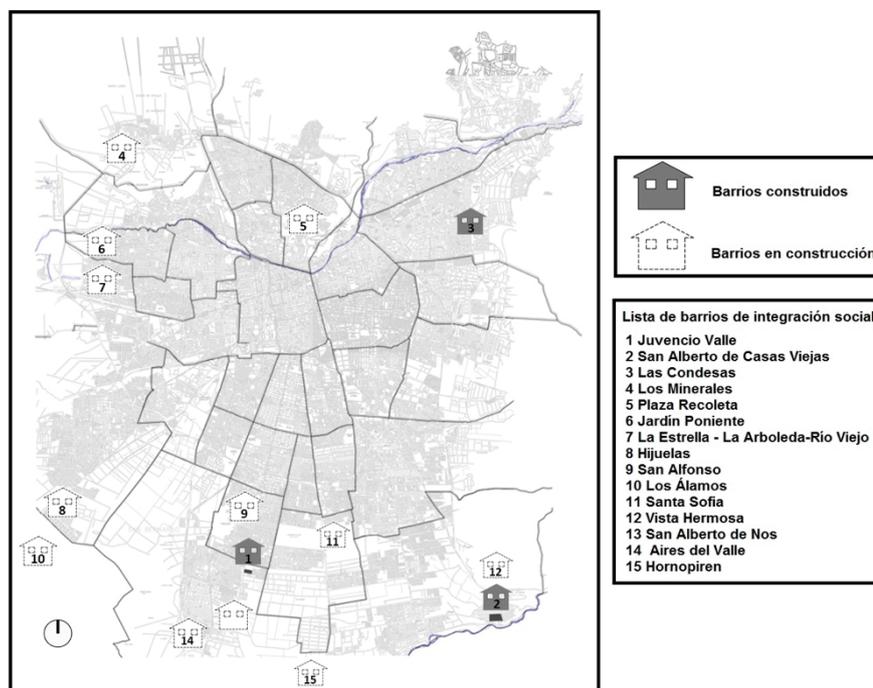
¹¹ Mensaje del 3 de diciembre de 2018. Disponible en: <https://webcache.googleusercontent.com/search?q=cache:UIZGnZdXEQkJ:https://www.camara.cl/pley/pdfpley.aspx%3FprmID%3D12596%26prmTIPO%3DINICIATIVA+%amp;cd=17&hl=es&ct=clnk&gl=cl>

Los cambios introducidos en las políticas de vivienda desde 2006 no han significado una reformulación del sistema habitacional diseñado en 1978. Se continúa con el modelo mixto de financiamiento casi intacto y solicitando ahorros previos para que las familias postulen a un hogar y complementando subsidios con créditos de entidades bancarias. La diferencia es que ahora se pueden mezclar subsidios para diferentes grupos socioeconómicos en un mismo proyecto habitacional, situación que no había sido considerada en un comienzo y que se encuentran en la base de la idea de mixtura social que ha sido impulsada en Chile. Pero la mixtura social no es un atributo específico una política de apoyo a lugares, sino que también lo es de la política de apoyo a personas (Boggs, 2017). Por ejemplo, en Estados Unidos, donde el debate entre apoyo a personas o lugares es más intenso, se reconoce que ambos enfoques de vivienda buscan construir lugares donde habiten familias de ingresos diversos. La diferencia radica en la estrategia por el cual esto se consigue: a través de subsidios para el apoyo a personas o a través de la inversión en áreas por el enfoque de lugar. Como la nueva orientación de la política habitacional chilena mantiene el subsidio como instrumento basal para obtener hogar, se puede establecer que el giro hacia la mixtura social no significa necesariamente un cambio de enfoque. El apoyo a personas sigue siendo la base sobre la cual opera la política de vivienda chilena.

La mantención del subsidio como mecanismo central de la política ha estado acompañada de otro problema: el persistente aumento en el precio de suelo. La estrategia que ha adoptado el Estado para hacer frente a esto ha sido el aumento permanente de los montos otorgados por el voucher. De hecho, entre 2007 y la actualidad los montos estatales que puede obtener una familia de los dos quintiles más bajos se ha incrementado desde USD 22.000 USD hasta 43.000 USD. En tanto que algo similar ha ocurrido con los subsidios que aplican sobre los grupos medios, desde 12.000 USD hasta 42.000 USD en el mismo periodo de tiempo.

El mapa n°3 da cuenta de la localización que han tenido los PIS construidos o en proceso de construcción en Santiago. Se podría pensar que el persistente aumento en el monto del subsidio entregado por el MINVU desde 2007 hasta la actualidad podría haber mejorado la localización de estos barrios. Sin embargo, tal como muestra el mapa aquello no parece haber ocurrido. Los proyectos de integración social erigidos en Santiago lo han hecho en su mayoría en zonas periféricas, ya que producto del persistente aumento en el precio del suelo urbano, el incremento en el monto de los subsidios no se ha traducido en una localización más cercana al centro del área metropolitana. Entonces, se podría argumentar que la retórica de la mixtura social no sería más que una estrategia del MINVU para justificar el incremento en el precio de subsidios, frente a un precio de suelo siempre en alza. Aquello implica un gasto importante que parece no ser sustentable a largo plazo, sobre todo considerando que los precios de suelo continúan la tendencia al alza.

Mapa 3 Proyectos de integración construidos en Santiago entre 2007 y 2018



Fuente: elaboración propia.

Al problema de la localización de los PIS se agrega una relativa carencia de requerimientos espaciales y de infraestructura en su construcción, que le da continuidad al enfoque a-espacial que ha mostrado la política habitacional chilena desde finales de los setenta. La normativa que desde un comienzo (2007) reguló este tipo de proyectos, establecía que los PIS sólo debían construirse en ciudades de más de 40.000 habitantes y satisfacer al menos seis de los siguientes requerimientos de localización (MINVU, 2014):

1. Estar localizados a no más de 1000 metros de un establecimiento educacional que cuente con enseñanza básica y media.
2. Estar localizados a no más de 1000 metros de un párvulo.
3. Estar localizados a no más de 2500 metros de un establecimiento de salud primaria
4. Estar localizados a no más de 500 metros de una vía en la que circule transporte público
5. Estar localizados a no más de 2500 metros de algún equipamiento comercial, deportivo o cultural.
6. Estar localizados a no más de 1000 metros de un área verde pública
7. Estar localizados a no más de 200 metros de una vía de servicio.

La satisfacción de estos criterios hoy es un piso mínimo para aprobar la construcción de los PIS. Sin embargo, esto son los mismos criterios que

aplicaban para la obtención del comentado subsidio de localización promulgado el año 2006 y que como mostraron Sabatini, Brain y Prieto (2011) aplicaba en cualquier área de la ciudad.

Las modificaciones introducidas desde 2011 en adelante han dado pie para el desarrollo de nuevos criterios, entre ellos no sólo de localización sino que también en relación al diseño de las viviendas, la composición socioeconómica del entorno, la distribución de los espacios comunes, repartición interna de las viviendas, etc:

- Que, como máximo, el 50% de los barrios adyacentes al PIS correspondan a vivienda económica (para grupos de menores ingresos).
- Que el diseño y estándar de las viviendas, equipamientos, áreas verdes y urbanización sean equivalentes para todas las viviendas del conjunto habitacional, independiente de su precio.
- Se espera que haya una localización entremezclada por cada una de las tipologías, evitando que las destinadas a familias vulnerables se ubiquen aisladas o segregadas al interior del conjunto.
- Equipamientos y áreas verdes orientados a las distintas tipologías de vivienda, con localización estratégica que contribuya a la integración de todas las familias.
- Superficie edificada de la vivienda que, como mínimo, contemple 47 m² para las casas y 57 m² para los departamentos.

Sin embargo, a pesar de que estos criterios tienen una influencia sobre el puntaje final con el cual se decide la ejecución o no del proyecto habitacional, no son obligatorios. Por lo que no se garantiza necesariamente una buena dotación y equipamiento en el área inmediata a la que rodea el PIS.

Dado lo anterior, se puede afirmar que efectivamente los PIS, aunque promoviendo la mixtura social, no podrían ser catalogados como un sistema de vivienda basado en la idea de apoyo a lugares. Es más, la estrategia de mixtura social empleada para hacer frente a los problemas de segregación y cohesión social generados por el modelo habitacional chileno no ha significado una modificación al funcionamiento de fondo del sistema de subsidios y tampoco un cambio en la forma en que opera el mercado de suelo local. Por el contrario, ha mantenido el sistema de subsidios que sostiene el apoyo individual intacto. De ahí que algunos autores cataloguen a los PIS como una nueva forma neoliberal para solucionar los problemas generados por el mismo neoliberalismo urbano (Hidalgo, Paulsen & Santana, 2016; Hidalgo, Santana & Link, 2018).

La mixtura social con apoyo a lugares: más allá de la estrategia chilena

Hasta aquí se ha mostrado a la política de mixtura social chilena como una estrategia que se preocupa de poner a vivir juntas a personas de diferentes condición socioeconómica, pero no considera la localización ni la dotación de infraestructura y servicios que tiene el barrio y su entorno como vías para promover la cohesión. Pero la mixtura social como estrategia para la construcción de vecindarios no es una idea chilena, por el contrario, esta se originó durante la posguerra en Inglaterra (Sarkissian, 1976). Desde aquel entonces este tipo de medidas se han expandido hacia otros países Europeos, Estados Unidos, Canadá y Australia. Los intentos de implementación de la mezcla social del espacio en estos países han dejado una variada y valiosa experiencia respecto a las estrategias de aplicación, que no sólo se basan en la entrega de subsidios —como en el caso chileno—, sino que en un apoyo más decidido sobre los lugares. Esto último ha tomado particular relevancia sobre la base de una discusión que avanza internacionalmente hacia el llamado nuevo urbanismo y que postula que la infraestructura y la dotación de los barrios y lo que lo rodea, juega un rol central tanto en el sentido de pertenencia como en la sociabilidad de estos lugares. En esta sección se revisan algunas estrategias para conseguir mixtura social más cercanas al “apoyo a lugares” para hacer un contrapunto con la experiencia chilena, en específico se comentan tres experiencias europeas donde este enfoque parece tener mayor desarrollo (Inglesa, Sueca y de Países bajos).

Aunque sostenida también en un sistema de subsidios individuales, la política de habitacional inglesa se diferencia del caso chileno porque allí la mixtura social de barrio no está basada en viviendas en propiedad, sino que en diferentes tipos de tenencia. En los barrios de ingreso mixtos de Inglaterra es posible encontrar casas en propiedad, viviendas de arrendamiento privado y otras destinadas para renta social que son administradas por la municipalidad o por las llamadas “asociaciones de vivienda” (Crook et al., 2016; Kleinhans, 2004). La premisa que subyace bajo esta estrategia es que en un mercado en el cual el costo de la vivienda es más alto de lo que el promedio de personas puede pagar, las únicas que tienen capacidad para comprar una casa son las clases altas quienes acceden a viviendas en propiedad. Las clases medias, en cambio, lo hacen a través de la renta privada pagando mensualmente un “council tax” o impuesto a la propiedad, ya que se entiende que ellos sí tienen la capacidad para destinar un pago mensual por hogar. Mientras que las clases bajas acceden a un hogar a través de la renta social y con ayuda de subsidios estatales (Kleinhans, 2004).

Otra diferencia con el modelo de vivienda chileno es que en Inglaterra todos los barrios se construyen, por ley, ofreciendo diferentes tipos de tenencia y, por

tanto, todos los vecindarios se levantan sobre la base de la mixtura social. Ahora bien, esto no significa que todos los lugares haya heterogeneidad socioeconómica. Aquí es donde adquiere importancia el municipio. Todos los proyectos habitacionales desarrollados por privados son presentados al gobierno local. Este tiene la facultad de exigir a la empresa inmobiliaria cuotas de vivienda asequible destinadas a renta social según las necesidades de morada que tenga cada ciudad o pueblo. Sobre la base de una negociación, los privados están obligados a tener en consideración el requerimiento del municipio a la hora de diseñar el proyecto y en caso de no hacerlo, deben pagar una multa a este. Ese dinero es reinvertido en los lugares a través de la construcción de infraestructura en barrios deteriorados o bien en la construcción de vivienda asequible en otras partes de la ciudad.

Pero el sistema de mixtura social inglés no funciona adecuadamente en todas las ciudades. En aquel país los reportes oficiales indican que en las grandes áreas urbanas los barrios de ingreso mixto no están prosperando. Resulta que dada la alta demanda de vivienda que hay en ellas por parte de clase media-alta y alta, los desarrolladores inmobiliarios prefieren pagar las asignaciones o multas que construir barrios de ingresos mixtos. A la vez, el dinero captado por el pago de multas no es suficiente como apoyo económico para asegurar el acceso de familias de ingresos medio-bajo y bajo el acceso a viviendas en renta, dado que el precio del arriendo es también alto (Tiesdell, 2004). Por esa razón la política de mixtura social en Inglaterra solo parece efectiva en ciudades más pequeñas, allí donde el precio del suelo es más barato.

Aun con esta falencia, el modelo de vivienda inglés tiene la capacidad —allí donde funciona— de construir barrios de ingresos mixtos con mayor presencia de clase media-alta y alta que el modelo habitacional chileno. Ello induce al final de cuentas una heterogeneidad social de “largo espectro” (Livingston, Kearns y Bailey, 2013) y no sólo concentrada en grupos socioeconómicos bajos, como lo hace el modelo chileno (Sabatini & Vergara, 2018).

Un apoyo más decidido a los lugares es posible de encontrar en la política de mixtura social de Suecia y Países Bajos. En ambas hay una preocupación fuerte por el espacio urbano, focalizando los esfuerzos sobre una mixtura social universal en el primer caso, y sobre nueva infraestructura pública en el barrio y sus alrededores en el caso de los países bajos.

Al igual que en Inglaterra la política de vivienda sueca está basada en un modelo controlado a nivel municipal. Los municipios tienen la capacidad de diseñar lineamientos de desarrollo urbano (como planes reguladores) que establezcan intervenciones específicas al interior de las ciudades en pos de la consecución de mayor mixtura social. Pero a diferencia del caso chileno, en Suecia esa mixtura social no es una meta de algunos vecindarios, sino que de toda la ciudad. Con esto se intenta sortear la gentrificación de algunos vecindarios, ya

que al convertir a toda la ciudad en un área mixta se evita la existencia de áreas específicas que atraigan a las clases medias-altas y que desaten procesos de expulsión de la pobreza. Para que eso funcione es fundamental concentrar la planificación urbana sobre el municipio, con estrategias que regulan equilibradamente el mix de clases sociales en cada distrito de las ciudades (Clapham, 2018).

Aunque Suecia también basa su política de mixtura social en diferentes modelos de tenencia de la vivienda, su sistema es universal. Es decir, a diferencia de Chile e Inglaterra, la política logra proveer vivienda a todos los habitantes a pesar de sus diferencias económicas (Clapham, 2018; Grander, 2017). Esto es fundamental para corregir los problemas de acceso a casas que causa la operatoria independiente del mercado de viviendas (Clapham, 2018), entre ellos la separación de los pobres de los más ricos dado el acomodo de los suelos a los mejores pagadores. Así, la mezcla de un sistema municipal fuerte con un sistema de provisión de viviendas que es universal le ha permitido a la política de vivienda sueca ser una de los casos exitosos de vivienda de inclusión social a lo largo del mundo (Clapham, 2018). Esto ha resultado en que en cerca del 75% de los municipios del país, la política de vivienda ha contribuido a crear barrios más mixtos (Bergsten y Holmqvist, 2013).

Finalmente, la política de vivienda de Países bajos ha tenido un fuerte impulso a los lugares. Al igual que Suecia e Inglaterra su sistema de vivienda se ha basado en la existencia de diferentes tipos de tenencia y un modelo de gestión descentralizado a nivel municipal, pero a diferencia de ambos países, Holanda se ha caracterizado por tener altos niveles históricos de vivienda asequible y mixtura social en un contexto en el cual la demanda por vivienda se ha mantenido baja y relativamente estable (Clapham, 2018). Ese panorama configura una situación en la que el esfuerzo de la política ha estado más orientado a la creación de funciones mixtas al interior de las ciudades que a la creación misma de mixtura social (Van Kempen y Bolt, 2009). Allí la planificación urbana sigue los principios del nuevo urbanismo que plantea que las funciones mixtas permitirán a la gente pasar mayor tiempo en su lugar de residencia, motivar mayor sociabilidad y sentido de pertenencia. La inversión en la creación de funciones mixtas se ha complementado con estrategias de movilidad que aseguren buena conectividad, permitiéndole a las personas tener un vínculo fluido con todas las áreas de la ciudad (Van Kempen y Bolt, 2009). Así, en un contexto urbano en el cual la mixtura social es un hecho, pareciera que la mixtura social simplemente no fuera tema. Allí es donde la política parece girar con más fuerza hacia el apoyo al lugar con inversión específica en infraestructura y servicios.

La experiencia de Países bajos también es relevante en términos de la habilitación de nuevos terrenos. Allí el foco ha estado también puesto sobre la inversión en infraestructura y servicios, pero no una vez construidas las

viviendas (como suele ocurrir en todos los países), sino que con anterioridad a esto (Van Kempen y Bolt, 2009). Dado los problemas que genera vivir en tierras al nivel del mar, los encargados de habilitar nueva tierra para construcción han sido históricamente los municipios y no las empresas inmobiliarias. Para ello, estos invierten importantes sumas de dinero. Una vez habilitados los terrenos, los municipios lo venden más caros a los privados con exigencias en materia de mixtura social y construcción de escuelas, centros comerciales, centros comunitarios, áreas verdes y espacios de trabajo para los futuros residentes del área. Esa infraestructura es costeadada por los desarrolladores inmobiliarios en función de la inversión que el municipio ha hecho en la habilitación del área, asegurando así la construcción de barrios de ingresos mixtos y bien dotados (un caso similar de habilitación de terreno para urbanización deteriorada es descrita en Sabatini y Vergara, 2018 en Chile con el programa de Ribera Norte).

Esta revisión muestra que tanto en Inglaterra, Suecia y Países Bajos la mixtura social no se promueve sólo con subsidios a personas que deriven en viviendas en propiedad, sino que más bien a través de la existencia de diferentes tipos de tenencia. La evidencia sugiere que una política que promueve vivienda en propiedad limita la posibilidad de crear mixtura social de largo espectro que incluya con fuerza clase media-alta y alta. En la persecución de ese objetivo, como muestra Inglaterra y especialmente Suecia, un sistema basado en diferentes tipos de tenencia aparece como más exitoso. Asimismo, parece ser que un elemento fundamental en una política que promueva la mixtura social y el apoyo a lugares es la descentralización de las decisiones en materia de vivienda. Como se mostró, en los países europeos las decisiones de donde invertir y cuántas viviendas construir son coordinadas esencialmente por la municipalidad y el sector inmobiliario debe entrar a negociar con ella. En Chile, en cambio, este tipo de decisiones las toma el MINVU de manera centralizada y el municipio tiene escasa capacidad de injerencia. Finalmente, son importantes también los retornos de la inversión en los lugares. Si bien en los casos revisados los municipios conducen las inversiones, estos también tienen capacidad para retener parte de las ganancias producida por la propia ciudad a través de los proyectos urbanos. Esto que parece ser fundamental para el autofinanciamiento de una política de vivienda sustentable, no son mecanismos contemplados en la creación de los PIS.

Conclusión

Esta sección profundizó sobre el sistema habitacional que ha sostenido la construcción de viviendas sociales en Chile desde finales de la década del setenta. Se sostuvo aquí la existencia de ciertas líneas de continuidad a lo largo de este periodo. La principal: el enfoque de apoyo a personas que pone en el núcleo del sistema la entrega de subsidios habitacionales. Un secundaria, pero complementaria a la anterior, son los débiles requerimientos de localización

que tiene el MINVU en materia habitacional y que hacen construir a la vivienda social allí donde el suelo es más barato y presenta escasa dotación de infraestructura y servicios público-privados.

Sin embargo, junto a estas líneas de continuidad ha habido un cambio en uno de los pilares del sistema: la introducción de la mixtura social. Hasta 2007 los proyectos residenciales construidos con apoyo de subsidios eran todos erigidos para un grupo socioeconómico específico. La confluencia de esto con una localización de la vivienda social en las áreas más baratas configuró un panorama en el cual la segregación estaba deteriorando la cohesión social. Es allí donde se justifica la introducción de la idea de mixtura social como una política de barrio.

A pesar de que la mixtura social es un avance, las otras dos líneas de continuidad de la política habitacional parecen estar limitando sus resultados potenciales. En efecto, la permanente alza en el precio de suelo ha hecho que el monto entregado por los subsidios habitacionales continúen creciendo. Esta alza en su valor no han permitido mejorar las localizaciones, por el contrario, los PIS —como materialización de la política de mixtura social— continúan erigiéndose en sectores periféricos de Santiago y siguiendo lineamientos espaciales laxos si se compara con la experiencia internacional. Esto, mirado desde la luz del pensamiento del nuevo urbanismo que tanto énfasis pone en la dotación del lugar, podría significar que la cohesión, tanto en su dimensión de sociabilidad como de sentido de pertenencia, sea un objetivo difícil de lograr a través de una política habitacional que promueve la mixtura social exclusivamente a través del apoyo a personas y que no se preocupe de la localización, más aún cuando el mix propuesto está basado en familias de ingreso medio-bajo y bajo.

Capítulo 4. Casos de estudio: dos PIS en entornos disímiles

Esta sección tiene por objetivo presentar los casos de estudio empleados en la tesis. Para ello se da cuenta de los criterios empleados en su selección y algunos problemas o limitaciones que los PIS tienen para el estudio de la cohesión social, como por ejemplo su escasa antigüedad, las diferencias en los criterios constructivos que hay entre ellos y los contrastes escalares que proponen las ciudades en las que se localizan. El resultado de esto fue la selección de dos casos de estudio ubicados en la ciudad de Santiago: JV y SA.

Hecho lo anterior, se presentan ambos casos de estudio. Se entregan datos respecto a su composición socioeconómica, la dinámica inmobiliaria del sector en el que se insertan, los niveles de seguridad de los mismos, la dotación de servicios y equipamientos del área y del mismo barrio como también antecedentes respecto al diseño interno y distribución de las viviendas. Sobre esta revisión, se culmina concluyendo que a pesar de que JV y SA compartan una misma localización periférica y una distribución de grupos sociales similar, tienen diferencias de diseño y están insertos en contextos socio-espacialmente diferentes. Se sostiene que estas similitudes y discrepancias serán útiles no sólo para llevar adelante reflexiones teóricas respecto a cómo estas variables influyen en la sociabilidad y el sentido de pertenencia al barrio, sino que también algunas reflexiones sobre la operatoria de la política habitacional que da origen a los PIS.

Seleccionando los casos de estudio

Los casos de estudio se enmarcan en el desarrollo de la nueva política de vivienda chilena que tiene como objetivo, además de disminuir el déficit habitacional, promover la integración y cohesión social (Brain et al., 2007). Dichos esfuerzos se han materializado en la construcción de barrios basados en la mixtura social —conocidos como PIS— incluyendo en ellos especialmente a grupos socioeconómicos medios y bajos (Sabatini & Vergara, 2018).

La construcción de los PIS es un proceso que se organiza a nivel MINVU y sus respectivos Servicios Regionales de Vivienda y Urbanismo (SERVIU) y no a nivel municipal como ocurre en otros países. Cada año el MINVU hace un llamado para que empresas inmobiliarias presenten PIS a un concurso público que los elige en base a un puntaje asignado por una comisión técnica del ministerio. Estos proyectos deben cumplir los criterios mínimos de localización a los que se hacía referencia en el final del capítulo anterior y se sugiere que también cumplan otros criterios de diseño, composición social, distribución de espacios, entre otros. De acuerdo con el nivel de cumplimiento de los criterios básicos y sugeridos, el MINVU asigna un puntaje a cada proyecto y los ordena de acuerdo a esto. La aprobación final para la ejecución depende de la

disponibilidad presupuestaria que tenga la cartera ministerial cada año. En ese contexto, el rol del municipio se restringe a fiscalizar que el proyecto acordado entre el MINVU y la empresa constructora se ajuste a los requerimientos técnicos comprometidos, pero no a negociar cuotas de vivienda asequible por proyecto como ocurre en otros países.

Pero los puntajes de aprobación de los proyectos varían significativamente en cada llamado realizado. Por ejemplo, en el año 2014, que fue uno de los años en los que más proyectos se aprobaron, el PIS adjudicado con el puntaje más bajo fue “Papa León XIII” ubicado en la comuna de San Vicente de Tagua (100 puntos), mientras que el que obtuvo la mejor evaluación fue “Villa Estero, etapa II” en Santa Cruz con 324 puntos¹². Esto significa que el primer barrio posiblemente logra satisfacer sólo los criterios básicos, pero no los sugeridos como si parece hacerlo Villa Estero. Estas diferencias en puntaje, hacen que los criterios sobre los cuales se construyen los PIS en Chile varíen de forma significativa, incluso durante el mismo año.

Más allá de las discrepancias entre proyectos, un aspecto central en la cohesión social de los vecindarios es la antigüedad de los mismos. Un cúmulo importante de investigación ha mostrado que la cohesión social tiende a ser más estable a medida que transcurre el tiempo (Dekker, 2005; Liu et al., 2016). Ciertamente que en un barrio nuevo es muy probable que los residentes no se conozcan entre ellos y tampoco desarrollen sentidos de pertenencia ni con otros habitantes ni con las características del sector en el que viven. A esto se suma el hecho de que si bien hoy la política de vivienda chilena se ha volcado con fuerza hacia el desarrollo de los PIS, la mayoría de estos barrios está en proceso de construcción o bien con residentes que han llegado a vivir hace poco tiempo a sus hogares. Es por estas razones que en esta investigación se ha decidido trabajar con aquellos PIS más antiguos, los entregados a sus habitantes previo a 2011, porque son los que ofrecen procesos asociados a la cohesión social que debieran estar más asentados y estables.

Los PIS construidos antes de 2011 no tenían un procedimiento formal de evaluación previamente definido¹³. Su aprobación estaba determinada por el cumplimiento de los criterios de localización básicos y la disponibilidad de recursos asignados por el MINVU para dichos proyectos. Por eso es que son escasos los PIS construidos en la primera generación de esta política y que cumplan con los criterios que actualmente regulan la construcción de dichos proyectos (tabla N°.3). De hecho, según Maturana, Vergara y Romano (2016) hay algunos de estos PIS que solo cumplen con un 5 % de los requerimientos

¹² Los criterios de asignación de puntaje varían en cada convocatoria que hace el MINVU. Aunque fue solicitado por la ley de transparencia, el MINVU no entregó el detalle de cómo se obtuvieron estos puntajes.

¹³ Dicha información fue solicitada vía ley de transparencia para los vecindarios indicados en la tabla 3. En la respuesta del MINVU se detalló —sorprendentemente— que estos proyectos no tenían pauta de asignación de puntajes.

que establecía la norma que los regulaba en aquella época. Por eso, aunque bajo el rótulo de la integración y mixtura social, algunos de los primeros barrios de integración construidos en Chile corrompen sus propios principios.

Tabla 3 Rendimiento de los primeros PIS sobre los criterios que actualmente regulan estos proyectos

Barrio	Máximo 50% de viviendas económicas en el entorno	Diseño y estándar de viviendas y equipamientos equitativo	Localización entremezclada de las tipologías de vivienda	Equipamientos en localización estratégica	Superficies de construcción mínimas
Villa Las Araucarias	X	X	X	✓	X
Altos de Catapilco	X	X	X	✓	✓
Juvencio Valle	X	✓	✓	✓	X
San Alberto de Casas Viejas	✓	✓	✓	✓	X
Los Nogales	X	X	X	✓	X
Valle Bicentenario	X	✓	✓	✓	X

Fuente: elaboración propia.

La tabla n°3 ofrece una evaluación de los PIS construidos antes de 2011 que fueron identificados por Romano (2014) con relación a los criterios que actualmente el MINVU sugiere para construir estos proyectos. Se observan claramente las discrepancias en términos de rendimiento que tienen los PIS. Estos datos llevan a sostener que una buena parte de los proyectos construidos antes de 2010 bajo la premisa de integración social, tenían muy pocas diferencias con los tradicionales barrios de vivienda social, en términos de criterios de diseño y localización. Sin embargo, la tabla también muestra que hay tres proyectos construidos que responden a una buena parte de los criterios que el MINVU sugiere actualmente para construir los PIS: Juvencio Valle, San Alberto de Casas Viejas y Villa Bicentenario. Todos ellos comparten, con los barrios que actualmente se están construyendo bajo el principio de mixtura social, una localización periférica (ver mapa n°3). Esto quiere decir que aunque estos vecindarios se hayan construido en la primera etapa de los PIS, representan más cercanamente a la mayoría de los barrios que se están erigiendo hoy bajo esta política de vivienda. Así, lo que ocurre en ellos podría también estar ocurriendo en los nuevos barrios de integración construidos en Chile.

Pero trabajar con estos tres vecindarios conlleva un problema de escala y de las condiciones geográficas de las ciudades en las que se insertan. Mientras que JV y SA están localizadas en Santiago, Villa Bicentenario está en Punta Arenas, al sur de Chile. Las diferencias en el tamaño, dinámicas y cantidad de población

entre ambas ciudades son abismantes: Santiago un área metropolitana con más de 7 millones de habitantes, mientras que Punta Arenas se empina levemente sobre las 120 mil. Asimismo, las diferencias climáticas son importantes: Santiago con un clima mediterráneo que presenta temperaturas agradables durante todo el año, Punta Arenas con un clima estepárico frío que dista bastante del que posee el resto del país y que durante invierno tiene pocas horas de luz, fuertes vientos y mucha nieve. Aquellas condiciones climáticas hacen sospechar que la vida urbana y social en ambos lugares se manifiesta con diferencias significativas y con particularidades propias en el caso de Punta Arenas. Visto así, una comparación entre ambas ciudades podría ser poco productiva para entender las dinámicas de cohesión social en los PIS, dado que más del 95% de este tipo de proyectos se desarrolla bajo condiciones geográficas más bien similares a las de Santiago. A esto se suman las diferencias de escala existentes entre ambas ciudades y que inclinan la balanza a favor de la opción de focalizar la mirada hacia una sola ciudad. El hecho de que Santiago posea dos potenciales caso de estudio bajo condiciones de escala y geográficas similares, impulsa la elección de Juvencio Valle y San Alberto de Casas Viejas como casos de estudio.

Pero lo anterior no significa que ambos barrios sean iguales, por el contrario, estos se localizan en distintas áreas de la ciudad y en entornos que representan bien las diferencias de segregación existentes al interior de Santiago. Por un lado, SA está en un entorno de expansión urbana, rodeado de amenidades paisajísticas (cordillera, ríos, naturaleza), inserto en un lugar con bajas tasas de delitos y apetecido por los promotores inmobiliarios y grupos de ingreso medio-alto. JV, por otro lado, se encuentra localizado en una zona consolidada de la periferia, con una serie de equipamientos y servicios cercanos, pero que concentra población de bajos ingresos, sin amenidades paisajísticas, con altos niveles de delitos y con poco interés de inversión inmobiliaria. Dichas discrepancias, le entregan riqueza a este estudio, por cuanto permitirán entender cómo las características del entorno influyen en el establecimiento de su cohesión a escala de barrio y, por tanto, revelar la importancia que tiene en el éxito o fracaso de una política de apoyo a personas que promueve la mixtura social. A continuación, se describen con mayor detalle cada uno de los casos de estudio.

Juvencio Valle

El conjunto habitacional JV se ubica en la Comuna de San Bernardo, periferia sur de Santiago. Fue entregado a sus habitantes en 2010 y cuenta con una superficie total de 8 hectáreas en la cual hay 744 casas. De estas, 241 fueron construidas con aportes del subsidio a la integración social. El proyecto fue desarrollado en tres etapas y en cada una de ellas las familias arribaron indistintamente de su condición socioeconómica. Posee una sola tipología de

vivienda (figura n°5), todas las casas son pareadas, de dos pisos y poseen los mismos colores (amarillo y naranja), por lo que no hay diferencias entre las fachadas. Las diferencias físicas entre los hogares radican en el tamaño del terreno, el que es más grande para las casas adjudicadas con subsidio de clase media.

Figura 5 Ficha de información Juvencio Valle, San Bernardo



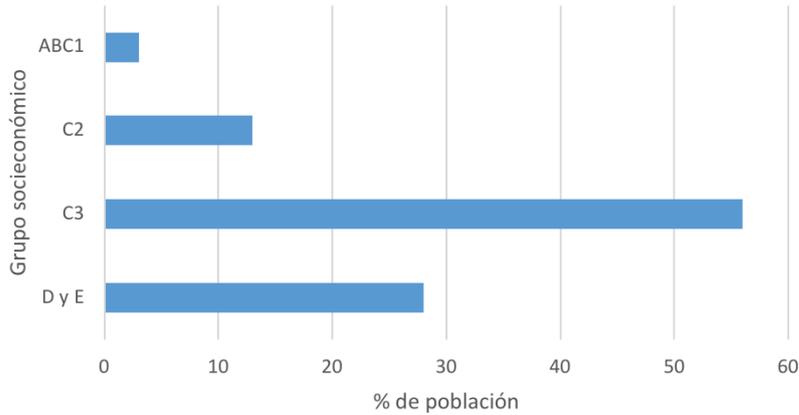
Fuente: Romano (2014) y archivo personal.

El barrio promueve una mezcla socioeconómica de tipo “pimienta” (Kearns et al., 2013), ya que las casas para familias de diferente ingreso se encuentran alternadas en la trama del lugar. No obstante, como todas las viviendas son idénticas, a simple vista no es posible reconocer cuales son los hogares de venta directa, las beneficiarias del subsidio de integración o las que se adjudicaron a través del FSV.

En términos de la distribución socioeconómica del lugar, el gráfico N.º5 muestra que el 69 % de la población del barrio puede clasificarse de clase media (C2 y C3), mientras que un 28 % corresponde a familias de bajos ingresos. También se observa que en el vecindario hay un 3 % de la población corresponde a familias de altos ingresos, pero como se observó en el trabajo de terreno, este grupo no representa necesariamente a la elite, siendo más bien parecido al grupo C1¹⁴.

¹⁴ Este es un problema típico de la clasificación social a través de la metodología de mercado (ver Espinoza & Barozet, 2009). Con todo, los antecedentes aportados por Sabatini et al., (2013b) son útiles para dar una aproximación de la distribución socioeconómica del lugar.

Gráfico 5 Población por grupo socioeconómico, Juvencio Valle



Fuente: elaboración propia a partir de Sabatini et al., 2013b.

JV está inserto en un sector homogéneo desde el punto de vista socioeconómico. Se trata de un lugar en donde hay segregación en una amplia escala espacial. Esto se observa en la fachada de los hogares que rodean al vecindario. De hecho, la mayoría de las viviendas que hay a 500 metros a la redonda del barrio son sociales. La imagen n°1 ilustra el paisaje que es posible encontrar en el entorno de JV.

Imagen 1 Barrios adyacentes a Juvencio Valle



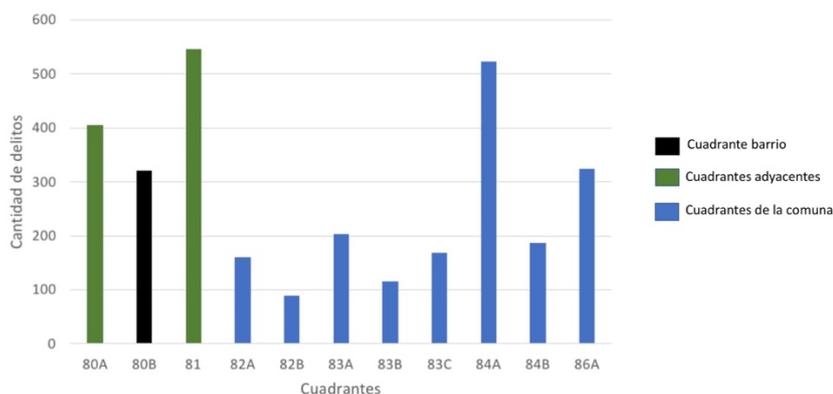
Fuente: archivo del autor.

En términos de seguridad social, la zona que rodea a JV —200 metros a la redonda— corresponde a cuadrante 80B¹⁵ el que presenta niveles de delito cercanos al promedio de la comuna. De hecho, en el primer trimestre de 2017 se registraron 320 denuncias, la mayoría de ellas fueron violencia intrafamiliar (105). Sin embargo, algunos de los cuadrantes circundantes a JV tienen tasas de delito altas para la zona. El cuadrante 81, ubicado al Este de JV (comienza a

¹⁵ Carabineros ha dividido las comunas en cuadrantes la que corresponde a una sub-división territorial para monitorear y controlar de manera más efectiva la seguridad social.

300 metros del conjunto habitacional) es la zona que más delitos registra en la comuna con 546 solo en la primera parte del año 2017. En este último cuadrante mayoría fue violencia intrafamiliar (151) y le continúan los robos con violencia (137).

Gráfico 6 Cantidad de denuncias por Cuadrante, San Bernardo, 1º trimestre 2017

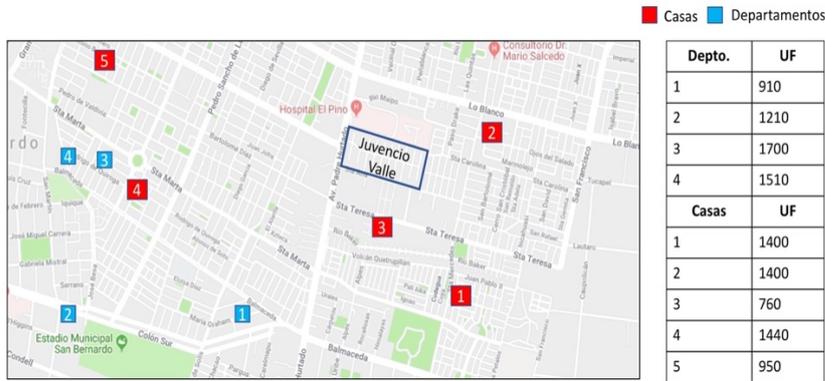


Fuente: elaboración propia en base a datos de Carabineros de Chile. http://www.carabineros.cl/images/banner/112_GLOSA_N_4_2017_1er_Trim.pdf

Hay poco dinamismo inmobiliario en el sector que rodea a JV (mapa n°4). Según registros del portal inmobiliario.cl no hay proyectos habitacionales nuevos que se estén desarrollando cercanos al barrio (800 metros a la redonda). Esto se explica por la escasa disponibilidad de suelo que hay en el sector y por algunos estigmas sociales con los que carga el lugar. De hecho, comparado con otras zonas de Santiago el precio del metro cuadrado en Juvencio Vale es relativamente bajo, alcanzando un valor que durante el segundo semestre de 2017 fue 17 UFm2 para suelo con vivienda construida¹⁶. Aun así, se registra venta de viviendas usadas en el sector. Generalmente las casas en venta son de origen social y sus valores de venta no superan los 58.674 USD (1500 UF).

¹⁶ Información obtenida desde www.toctoc.com

Mapa 4 Viviendas en venta alrededor de Juvencio Valle, 2018



Fuente: elaboración propia

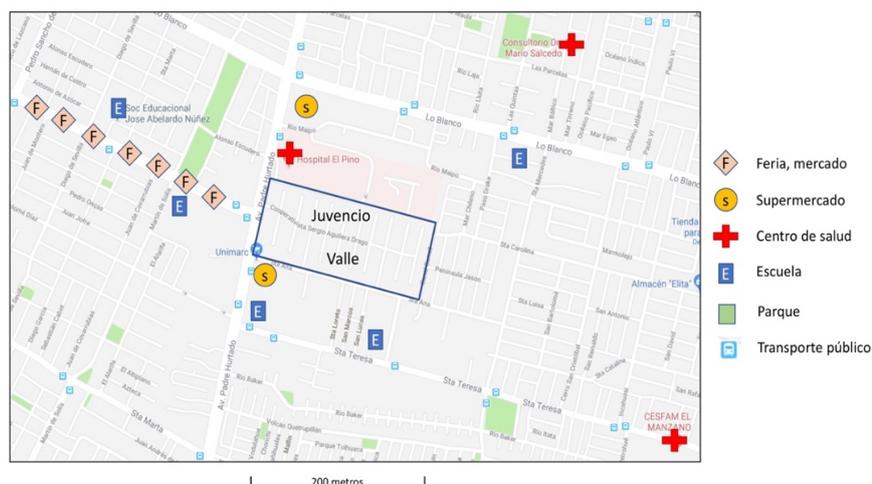
Más allá de la falta de inversión inmobiliaria, el barrio está localizado en un sector consolidado de la ciudad y se encuentra dotado con servicios esenciales. De hecho, a un costado de JV se ubica el Hospital El Pino, uno de los principales centros de salud del sector sur de Santiago, y, en un radio de 300 metros, es posible encontrar también un supermercado, un centro educacional secundario y algunas áreas verdes. Además, frente al barrio se desarrolla una de las ferias más grandes y antiguas del sur de Santiago y que es conocida popularmente como “El persa del 40”. Esta feria tiene una extensión de 1,8 km, se realiza todos los días de la semana y es posible encontrar en ella una gran variedad de productos, desde alimentos para mascotas, tecnología e incluso materiales y herramientas para la construcción.

Imagen 2 “Persa del 40”



Fuente: Archivo del autor

Mapa 5 Servicios en el entorno a Juvencio Valle



Fuente: elaboración propia.

La frecuencia de transporte público en el sector es alta, ya que el barrio se encuentra localizado a un costado de una de las principales vías de comunicación que tiene el sector sur de Santiago: la Avenida Padre Hurtado. Esta es una calle de doble vía con una pequeña bandeja central que no presenta problemas importantes de congestión durante el día. La distancia al metro, principal sistema de transporte metropolitano, es de 6 km. Con todo, el tiempo de traslado de las familias hasta el centro de Santiago es de 50 minutos, teniendo que hacer al menos tres transbordos para llegar a él: autobús-metro línea 2-metro línea 1.

El barrio cuenta con cuatro sedes comunitarias¹⁷, todas ellas ubicadas en su vía central. Además de ello, hay una iglesia protestante que también se encuentran localizadas en la vía principal y varias áreas verdes que suelen presentar una actividad social importante durante las tardes y fines de semana. También hay algunos almacenes en el sector que se constituyen como espacios de reunión entre vecinos.

¹⁷ Las sedes comunitarias tienen usos diferenciados. En una se reúnen los vecinos adultos mayores, otra está destinada para el club de fútbol que hay en el barrio, y otra ha sido entregada para la junta de vecinos. Hay una sede que está abandonada y no tiene uso.

Mapa 6 Equipamientos y servicios al interior de Juvencio Valle



Fuente: elaboración propia.

JV se estructura a partir de una calle central y una serie de pasajes que desembocan hacia ella. El barrio posee solo tres calles que lo conectan con el entorno. El ingreso principal se encuentra hacia la Avenida Padre Hurtado y hay dos hacia la Avenida San Ana por el sur. Las tres se encuentran con rejas que durante la noche son cerradas para controlar el acceso de los vecinos. Esta configuración de las calles hace que el vecindario tenga poca vinculación con los lugares que se encuentran circundantes a él, haciendo que quede aislado de su entorno.

Mapa 7 Calles de Juvencio Valle y pasajes de Salida



Fuente: elaboración propia.

Finalmente, el estado material de las viviendas al interior del barrio se observa adecuado. Una parte importante de estas cuenta con ampliación y se observa una preocupación de los vecinos por cuidar y mantener su ante jardín en buen estado. Esto es muy distinto a lo que ocurre entorno al barrio, en donde hay casas en muy mal estado, con ampliaciones irregulares y sectores eriazos que acumulan basura.

San Alberto de Casas Viejas

SA está localizado en la comuna de Puente Alto, al Sur-Este de Santiago y a un costado del río Maipo. Este proyecto tiene una extensión de 26 hectáreas y fue desarrollado en tres etapas. La primera de ellas se entregó en 2009 y contó con un total de 828 familias de las cuales 412 accedieron a través del beneficio del FSV (clase baja), 374 del programa para sectores medios y 42 por compra directa. En la segunda etapa se construyeron 1010 viviendas y en la tercera 250, ambas también estuvieron inspiradas bajo la idea de mixtura social. En cada una de las etapas, las familias de diferente condición socioeconómica arribaron de forma simultánea.

Figura 6 Ficha de información conjunto San Alberto de Casas Viejas, Puente Alto



Fuente: Romano (2014).

El barrio presenta cinco tipologías de viviendas, todas pareadas y pintadas con colores similares para intentar evitar la identificación socioeconómica de sus habitantes. Las principales diferencias en las casas radican en el tamaño construido (que varía entre los 43,84 para clase baja y 61,22 m² para venta directa) y la materialidad del techo (zinc para grupos bajos, tejas en viviendas de sector medio).

Imagen 3 Tipologías de viviendas San Alberto de Casas Viejas, Puente Alto.
Arriba: FSV; Al medio: clase media; Abajo: venta directa.



Fuente: archivo del autor

El barrio promueve una mezcla entre tipo pimienta y micro-segregada (Kearns et al., 2013), en la cual las casas para familias de diferente ingreso se encuentran alternadas en la trama del lugar. En el caso de SA, la mezcla estuvo definida *per se* por parte de la inmobiliaria, la que ubicó las viviendas beneficiarias de FSV en sectores acotados del conjunto, aunque sin segregarlas masivamente. La imagen n°4 grafica el tipo de mezcla del barrio en donde las casas de familias de ingresos medios (a la izquierda de la foto) comparten un espacio público interno con viviendas para familias de bajo ingreso (a la derecha de la foto).

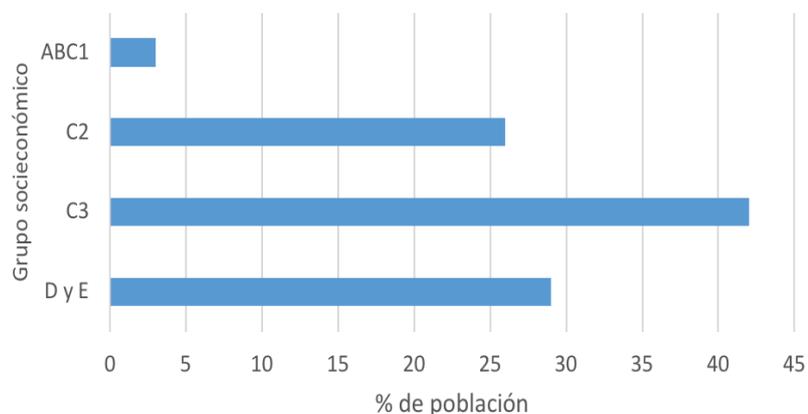
Imagen 4 Espacio público interior en San Alberto de Casas Viejas



Fuente: archivo del autor.

Según el gráfico N.º7, en SA conviven familias de diferente situación socioeconómica. El 68 % de la población corresponde a familias de clase media (C2 y C3), mientras que el 29 % a familias de bajos ingresos y solo el 3 % a familias de alto nivel socioeconómico, que como ya se ha argumentado, se parecen más al grupo C1. Tanto en JV como en SA el grupo C3, clase media emergente, es más abundante. Sin embargo, en este último barrio el grupo C3, clase media consolidada, representa una porción de los habitantes más importante (26 % de la población total).

Gráfico 7 Población por grupo socioeconómico, San Alberto de Casas Viejas



Fuente: elaboración propia a partir de Sabatini et al., 2013b.

La presencia de numerosas familias de clase media consolidada es concomitante con la dinámica inmobiliaria que presenta el sector. Como relata José Astaburuaga, SA fue construido en una zona de expansión urbana que concentra el interés de empresas constructoras por erigir viviendas para familias de clase media y alta:

“Nosotros estábamos rodeados de 15 proyectos inmobiliarios donde la casa más barata, que tenía la inmobiliaria Aconcagua, era de 1.500 a

1.800 UF¹⁸. Al frente teníamos Brisas del Maipo con casas de 2.000 UF¹⁹ en promedio y casas de 3.000 en el sector de las Vizcachas más hacia el occidente. Entonces el hecho de considerar viviendas subsidiadas del Fondo Solidario en una primera etapa era una cosa que no entendía ni siquiera el alcalde" (PROURBANA, 2010. p. 15)

El panorama inmobiliario en torno a SA que relata Astaburuaga se ha intensificado hasta hoy (mapa n°8). Actualmente hay 8 proyectos habitacionales que se están desarrollando en un radio de 800 metros al barrio. Los precios de las viviendas que se ofrecen oscilan entre los 79.850 USD (2000 UF) hasta los 199.101 USD (5090 UF), en el sector Las Vizcachas donde el valor promedio de suelo sin construir alcanza las 36 UFM²⁰. Valores que no se encuentran en condiciones de ser atendidos por familias de extracción popular. El "boom" inmobiliario de la zona no solo ha sido impulsado porque el lugar cuenta con amplios terrenos disponibles, sino que por el paisaje natural y rodeado de amenidades que ofrece el sector, en donde la cordillera de los Andes, se mezcla con el río Maipo y abundantes árboles, ofreciendo así un estilo de vida típicamente suburbano especialmente atractivo para familias de clase media (Cáceres, 2015; Hidalgo et al., 2009).

Mapa 8 Proyectos inmobiliarios nuevos desarrollados alrededor de Casas Viejas, 2018



Fuente: elaboración propia en base a datos de portalinmobiliario.cl.

Si bien el sector que rodea a SA está siendo objeto del interés de familias de ingresos medios y altos, el entorno inmediato al barrio muestra una diversidad socioeconómica importante. Por el norte y oeste del conjunto hay grandes viviendas y otras más pequeñas y de material ligero (madera fundamentalmente). Por el lado Este, hay un vecindario de viviendas sociales llamado Vista Hermosa que presenta, en general, casas pequeñas, pero en buen estado. El sector ofrece un aire de "pueblo chico", no solo porque está aislado

¹⁸ 58.674 y 58987 USD respectivamente.

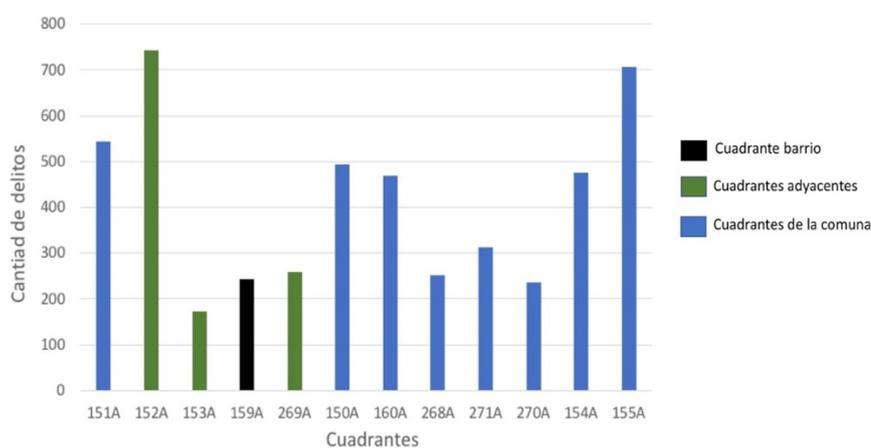
¹⁹ 78.232 USD

²⁰ Información obtenida desde www.toctoc.com

de la ciudad consolidada, sino que también por los abundantes árboles y huertas que es posible encontrar en sus jardines y alrededores.

Los indicadores de seguridad del barrio son buenos con relación a otros sectores de la comuna. SA se encuentra ubicada en la zona del plan cuadrante correspondiente a las Vizcachas como una comisaria distante a 600 metros. Según el reporte del primer semestre de 2018 en el cuadrante correspondiente a dicha zona se han registrado un total de 242 delitos, la mayoría de ellos robos con fuerza (90). Estos registros ubican a la zona en la penúltima posición del ranking de delitos en la comuna siendo el centro de Puente Alto donde más se han registrado en lo que va del año (742).

Gráfico 8 Cantidad de denuncias por cuadrante, Puente Alto, primer trimestre 2018



Fuente: elaboración propia en base a datos de Carabineros de Chile <http://www.senado.cl/site/presupuesto/2018/cumplimiento/Glosas%202018/cuarta%20subcomision/05%20Interior/24331%20Interior.pdf>.

El barrio se encuentra en un sector de la ciudad que está en proceso de expansión residencial y por ello aún no está del todo consolidado. De hecho, SA se ubica en una especie de “islote urbano” que está rodeado por todos sus costados de alrededor de 400 metros de sitios eriazos. En este islote urbano hay tres escuelas, de las cuales una cuenta con enseñanza secundaria. Además, hay dos centros de salud, pero no así supermercados u otra infraestructura comercial. Esta falta de servicios esenciales ha motivado que varias familias del sector hayan decidido construir almacenes.

Mapa 9 Servicios en el entorno a San Alberto



Fuente: elaboración propia.

Mapa 10 Servicios y equipamientos al interior de San Alberto



Fuente: elaboración propia.

La conectividad del vecindario con la ciudad presenta algunos problemas. Hay una línea de autobús que cubre el recorrido hasta el sector y que tarda alrededor de 10 a 15 minutos en pasar por el lugar. Desde SA, la micro tarda otros 30 minutos en llegar hasta la estación de metro más cercana que se encuentra a 5,3 km del barrio. A esto se debe agregar el tiempo de traslado entre el metro y los lugares de trabajo y/o estudio, lo que hace que las familias empleen alrededor de 60 minutos en llegar hasta el centro de Santiago.

Más allá de los problemas de conectividad que tiene SA, este parece ser un lugar abierto hacia los barrios que lo rodean, ya que cuenta con 10 entradas, ninguna de ellas enrejada. Llama la atención que el flujo de calles del conjunto habitacional no esté directamente conectado con el barrio de viviendas sociales que está en su costado este. Aunque esto no evita la conexión entre ambos

vecindarios, implica que el movimiento vehicular y/o peatonal deba sortear una barrera física a la hora de transitar entre ambos sectores. Internamente, se observan algunas calles que han sido cerradas con rejas alrededor de las áreas verdes, pero éstas se encuentran abiertas durante todo el día y ello no significa problemas cuando los vecinos desean ingresar a estos lugares.

Las viviendas del barrio se conservan en un muy buen estado. Algunas de ellas tienen ampliaciones que no representan una ruptura con el diseño inicial de los hogares. Además, se observa una preocupación por mantener el antejardín de las casas ordenado y decorado. En cuanto a las viviendas que rodean el vecindario, estas presentan buen aspecto material. Sin embargo, algunas poseen muros altos, por lo que no pueden ser vistas completamente desde el exterior. Vista Hermosa también tiene viviendas en un buen estado de conservación y hay preocupación de parte de los vecinos por mantener bien cuidados sus antejardines.

Conclusión: similitudes y diferencias entre los casos de estudio

En este capítulo se presentaron los criterios sobre los cuales se seleccionaron los casos de estudio. Al respecto, se mostró que dada la importancia del tiempo en la cohesión y el carácter reciente de esta política habitacional no habían muchos potenciales PIS para estudiar. Junto a este problema temporal se comentó el problema de satisfacción de criterios que tienen los primeros barrios construidos bajo esta modalidad en Chile y que hace que varios PIS no cumplan con los requerimientos necesarios para ser catalogados como tales. Aun así, se detectaron tres casos de estudio que podrían cumplir adecuadamente con los criterios de construcción y localización que regulan actualmente este tipo de vecindarios, sin embargo, se decidió excluir un caso ubicado en Punta Arenas dada las particularidades de tamaño y climáticas que presenta dicha ciudad. Así, finalmente la selección de los casos de estudio estuvo soportada sobre tres criterios: uno temporal (de los más antiguos), uno de satisfacción de requerimientos constructivos y finalmente un criterio escalar-ambiental.

La descripción de JV y SA como casos de estudio entrega algunas luces respecto a la representatividad de estos lugares en el marco de una política de vivienda de carácter más masiva. Lo primero a destacar es que ambos casos representan de buena manera la mixtura social que promueven este tipo de vecindarios: concentradas mayoritariamente sobre la clase media emergente y baja, grupos que son objeto de los subsidios de vivienda que aplican en los PIS (Sabatini y Vergara, 2018). Asimismo, son barrios que responden a un patrón de localización observado también en otros vecindarios de ingresos mixtos construidos con subsidios estatales: la periferia (Hidalgo, Santana y Link, 2018). Se puede sostener entonces que en términos de localización y

composición socioeconómica tanto JV como SA representan de buena manera la política habitacional chilena pro mixtura social. En lo referido a ambos aspectos, los resultados de esta tesis podrían mostrar dinámicas más generales en términos de lo que ocurre con la cohesión social al interior de los PIS en Chile.

Sin embargo, en ningún caso ambos barrios son iguales. Tienen al menos dos matices que son importantes en términos de la configuración de la cohesión social en ellos. La primera es que en su configuración interna los barrios son diferentes. Mientras SA sigue un modelo de micro-segregación con fachadas claramente diferenciadas según posición socioeconómica, JV tiene un modelo de pimienta que oculta las diferencias físicas entre grupos sociales. Asimismo, SA aunque abierto a su entorno tienen espacios públicos internos cerrados por los vecinos; en tanto que JV está cerrado hacia el entorno pero tiene varios espacios públicos abiertos a la reunión entre residentes. El segundo matiz proviene del entorno al barrio el cual presenta marcadas diferencias entre ambos casos de estudio. A pesar de que ambos lugares están en periferia, las dinámicas que ocurren a su alrededor discrepan bastante: bien dotado de servicios y equipamientos aunque con poco dinamismo inmobiliario e inseguro en el caso de JV; y mal dotado, seguro y muy atractivo para familias de mayor ingreso el caso de SA. Estas discrepancias son particularmente importantes dentro del estudio, dado que permiten evaluar el efecto que tiene el diseño arquitectónico de los lugares, el grado de dotación, seguridad y atractividad del entorno—todos aspectos centrales en las teóricas previamente revisadas—sobre la sociabilidad y el sentido de pertenencia al interior de los barrio.

De modo que, sobre la base de que la proximidad no es suficiente para producir cohesión social a nivel de barrio, las similitudes y diferencias entre ambos vecindarios permiten evaluar también la importancia del lugar en el cual se construyen este tipo de vecindarios. Esto permitirá a la larga no sólo conducir reflexiones de carácter teórico sobre la cohesión, sino que también reflexiones respecto a la manera en que la política de vivienda pro mixtura social chilena puede mejorar la promoción de la sociabilidad y el sentido de pertenencia a nivel de barrio.

Capítulo 5. Estrategia metodológica

Una vez desarrollado el problema de investigación, identificado los tópicos empíricos y teóricos relevantes para él y la hipótesis planteada, es menester dar cuenta de la estrategia metodológica que se desplegará para responder la interrogante inicial. El siguiente capítulo asume dicha tarea.

Se ha dividido la presentación de la metodología en seis secciones. La primera de ellas aborda temas generales del diseño de investigación como el paradigma asumido, el diseño y los alcances del trabajo, argumentando a favor de un estudio basado en una estrategia metodológica mixta de enfoque preferente, el cual permite capturar con mayor profundidad los fenómenos asociados a la cohesión de barrio. En segundo lugar, se presentan las variables cuantitativas a explorar y la técnica de recolección de datos empleada para ello, especificando el objetivo específico sobre el cual opera dicha aproximación. En una lógica similar, a continuación se revisan las variables cualitativas del estudio y el método empleado para rastrearlas. En cuarto lugar, se explica y describe el modo en que se analizaron los resultados, resaltando la coherencia de este procedimiento con las definiciones generales de la investigación. Enseguida se presentan los criterios de inclusión de los sujetos en el estudio, las muestras de cada instrumento y la forma de acceso a estas, además se dan a conocer algunos obstáculos que debieron sortearse en la aplicación de los instrumentos y el acceso a las muestras. Se cierra el capítulo presentando algunas limitantes del estudio y la capacidad de transferibilidad de sus resultados.

Paradigma, alcance y diseño de la investigación: algunas definiciones generales

La pregunta de investigación que motiva esta tesis utiliza la comparación de dos barrios de integración social con el objetivo de estudiar si una política de vivienda que promueve la mixtura social tiene la capacidad para producir cohesión y desde ahí construir comunidad de barrio. Se trata entonces de una investigación de casos de estudio comparativo. Aunque ambos vecindarios están inspirados bajo una misma intención: la mixtura social, presentan características sociales y físicas que les son peculiares. Mientras SA está inserto en un entorno de alto estándar pero mal equipado, JV hace lo mismo en un lugar bien servido pero con problemas sociales. Estas diferencias entregan riqueza y variedad al análisis de la tesis, permitiendo mostrar cómo es que las variaciones en las características físicas y equipamientos del entorno, la composición social interna o externa, y el diseño espacial de los vecindarios pueden tener efectos significativos sobre la cohesión social de los mismos.

Aunque los estudios de casos como metodología han sido criticados por presentar problemas de transferibilidad debido a que no buscan generalizar resultados (Bowen & Wiersema, 1999), estos permiten explorar temas de

estudio donde se posee poco conocimiento y en los que se necesita garantizar profundidad en los análisis, antes que replicabilidad (Martínez, 2006). En definitiva, un estudio comparativo sobre barrios de integración social es interesante por cuanto permite, en términos conceptuales, rescatar de mejor forma la diversidad de factores socioespaciales que configuran la cohesión en los lugares y conocer, en términos empíricos, algunos de los efectos sociales que está produciendo la nueva política habitacional chilena.

Cabe recordar que el objetivo general de esta tesis fue *entender la manera en que la mixtura social y las características del vecindario y el entorno en el cual se localizan los PIS impactan en la cohesión social de barrio*. Lo que interesa dilucidar con esto es básicamente si esta política habitacional está promoviendo la cohesión social como sostienen las teorías más weberianas, está incentivando conflictos entre clases sociales que acentúan sus diferencias como sostienen las teorías marxistas o bien está produciendo resultados más intermedios, como postula esta tesis. Para conseguir este objetivo, tres preguntas específicas fueron planteadas:

- ¿Qué tipo de sociabilidad socioeconómica están promoviendo los PIS y los espacios “públicos” con los que cuentan estos vecindarios?, lo que implica conocer la naturaleza socioeconómica de la mixtura social que están promoviendo los PIS.
- ¿Cómo es posible mantener la estabilidad en la convivencia social de comunidades de ingresos mixtos?, pregunta que emerge de evidencia previa que sugiere la falta de sociabilidad y conflictos al interior de estos lugares (Sabatini et al., 2013b; Maturana & Horne, 2016).
- ¿De qué manera las características territoriales de los PIS intervienen el sentido de pertenencia que los habitantes desarrollan con el barrio?, lo que conlleva estudiar las formas en que se articulan la clase y el territorio al interior de barrios de ingresos mixtos.

Dada la naturaleza de estas preguntas de investigación, este trabajo asume un carácter descriptivo y explicativo. El carácter descriptivo está vinculado especialmente al objetivo específico n°1 que busca describir la naturaleza socioeconómica de la sociabilidad que están promoviendo ambos casos de estudio. Como afirma Hernández, Fernández-Collado, & Baptista (2006), el sentido de investigaciones descriptivas es dar cuenta de tendencias de un grupo o población sobre un fenómeno particular y sus principales variables. Así es como los casos de estudios abordados por esta tesis pueden dar luces de tendencias mayores en términos de la composición socioeconómica de los PIS como también el tipo de relaciones sociales que promueven. Esto último deviene de la representatividad que tiene tanto JV como SA en términos de las mezclas sociales que promueve otros PIS como asimismo las condiciones urbanas en las que se construyen estos vecindarios. No obstante, las

investigaciones generalmente tienen más de un tipo de alcance (Hernández et al., 2006) y esta tesis no es la excepción. Su alcance también es explicativo ya que a través de los objetivos específicos n°2 y 3 se intentó comprender la manera en que la proximidad entre familias de diferente condición socioeconómica actúa sobre la cohesión de barrio. De esta forma luego de describir algunos elementos asociados a la sociabilidad, el trabajo se concentra en entender cómo es que este fenómeno se produce y se mantiene a nivel de los barrios. El alcance descriptivo y explicativo hacen que esta investigación se enmarque dentro de lo que Weber (2002) ha llamado “sociología comprensiva”. Este enfoque intenta “comprender, interpretando la acción social, para explicarla causalmente en su desarrollo” (p. 5). En el esquema de trabajo de esta tesis, la acción social se refiere a la cohesión y, por tanto, los esfuerzos estarán orientados no solo a describirla, sino que también en comprender cómo opera esta en barrios de integración social.

La naturaleza de los objetivos de esta tesis no solo induce una investigación de diferentes alcances, sino que también una cuya metodología posea cierta flexibilidad para alcanzar los propósitos aquí planteados. Estos encierran la exploración de elementos susceptibles a ser medidos objetivamente — mayoritariamente relacionados con el objetivo específico n°1— y otros que se encuentran contenidos en las experiencias, opiniones, sentimientos y percepciones de quienes habitan en los PIS, especialmente en los objetivos específicos n° 2 y 3, aunque no restringidos a estos. Por eso es que en términos globales se desplegó una estrategia metodológicamente que estuvo sustentada en la aplicación de una encuesta de vínculos sociales para abordar el objetivo n°1 y una entrevista semiestructurada que abordó el objetivo n° 2 y 3 y complementó la información recabada por la encuesta.

En relación al diseño de investigación, la literatura sugiere diferentes modalidades de aplicación para estrategias metodológicas mixtas (Hernández et al., 2006). Está el diseño de dos etapas, el diseño de enfoque dominante o principal, el diseño convergente paralelo, y el mixto complejo. En ese contexto, la pregunta a resolver es ¿cuál es de todos estos es más conveniente de emplear para los fines de esta investigación?.

Los diseños en dos etapas involucran la aplicación secuencial de las metodologías, siendo el investigador quien define a partir de los objetivos de investigación si es pertinente utilizar las técnicas cuantitativas o cualitativas primero. Los diseños de enfoque dominante se caracterizan por sustentar sus resultados ya sea en el método cualitativo o cuantitativo, quedando uno de los dos relegado para justificar situaciones específicas. El diseño convergente paralelo implica la utilización de las dos metodologías sin un orden específico, buscando a través de cada una estudiar aspectos específicos del fenómeno. Por último, los diseños mixtos complejos involucran la aplicación de los dos métodos en paralelo, lo que se apoyan mutuamente con el objetivo de triangular

información. Cada diseño conviene aplicarlo en diferentes circunstancias. El de dos etapas se usa cuando se busca estudiar un fenómeno general y luego adentrarse en resultados o dinámicas específicas. De esa forma, algunos resultados del primer instrumento de recolección de datos se profundizan con la aplicación de otro instrumento. El diseño de enfoque principal se usa cuando el fenómeno de estudio tiene un marcado carácter cualitativo o cuantitativo, aunque también los datos del otro enfoque ayudan a complementar algunos resultados. El diseño convergente paralelo es útil cuando lo que se quiere es comparar datos y el enfoque mixto cuando se quiere obtener nuevos panoramas sobre la pregunta de investigación (Stacciarini & Cook, 2015).

Nuevamente, dada la naturaleza de los objetivos de la investigación, esta se sustentó en el uso de un diseño dominante con preponderancia de un método cualitativo. Esto fue así porque al menos dos de los tres objetivos de esta tesis hacen referencia a fenómenos de carácter subjetivo. En específico, la convivencia, el contenido social de los vínculos entre personas, como también el sentido de pertenencia social y territorial que los residentes de los PIS desarrollan con el barrio son aspectos alojados más bien en la experiencia del habitar y dado que aquí se intenta analizar esto con profundidad, el método cualitativo resulta más adecuado. No ocurre lo mismo con las variables a examinar en el objetivo específico n°1 dado que, por ejemplo, la heterogeneidad socioeconómica de los vínculos sociales puede ser medida de mejor forma usando métodos cuantitativos. Sin embargo, este mismo objetivo sí incluyó aspectos subjetivos, como es el uso y experiencia de sociabilidad que los sujetos tienen en los espacios públicos del barrio y el entorno. En definitiva, el diseño adoptado estuvo basado esencialmente en métodos cualitativos, pero que requirieron también de herramientas cuantitativas para algunos aspectos específicos.

El uso de un diseño sustentado mayoritariamente en métodos cualitativos entregó flexibilidad a la investigación y particularmente en la manera de entender la relación entre las dimensiones de la cohesión social. Previamente se hizo referencia a que el uso de métodos estadísticos univariados comúnmente empleados para el estudio de este fenómeno tenía limitaciones por cuanto no reconocía el carácter dialéctico de la cohesión (Bernard, 1999; Botterman et al., 2012). En este sentido, el uso de una estrategia cualitativa permitió explorar en profundidad cada dimensión de la cohesión de manera independiente, pero asimismo, reveló conexiones entre las mismas mostrando que no actúan por separado. Junto a ello, la técnica cuantitativa fue útil para resolver preguntas asociadas a un aspecto de la cohesión social —el relacionado al nivel de heterogeneidad de la sociabilidad— pero no fue utilizado para explorar en sí misma toda la cohesión, dada las restricciones de este método para entender la relación entre sociabilidad y sentido de pertenencia.

La dimensión cuantitativa de la investigación

La dimensión cuantitativa de la investigación fue empleada particularmente para abordar un aspecto del primer objetivo específico esta tesis. Este explora el nivel de heterogeneidad socioeconómica que tiene la sociabilidad al interior de los PIS y si efectivamente la infraestructura de espacio público y servicios que hay en estos barrios tiene la capacidad de promover relaciones sociales de carácter pluriclasista. Ambos son aspectos importantes en relación al llamado efecto barrio que se sustenta en la creación de redes sociales diversas desde el punto de vista socioeconómico. En estricto rigor, la naturaleza de este objetivo indujo una aproximación metodológica mixta que exploró, por un lado, el tipo de heterogeneidad socioeconómica que promueve el barrio y, por otro lado, el uso que las personas dan de los espacios públicos con los que cuenta el vecindario y el lugar en el que se localiza, en el entendido de que desde ellos puede emanar el vínculo social. El primero de estos aspectos requirió ser medido de manera objetiva, dado que la percepción de la clase social o el estatus socioeconómico que se tiene de otras personas no siempre se condice con la posición objetiva (Castillo, Miranda y Madero, 2013). El segundo, en cambio, induce un examen cualitativo del uso que los residentes dan del espacio público, infraestructura y servicios del área. En esta sección se revisarán las variables empleadas para estudiar la dimensión objetiva de este primer propósito de investigación.

La literatura sobre análisis de sociabilidad entrega diferentes variables que ayudan a conocer el nivel de heterogeneidad socioeconómica que tienen los vínculos sociales: la condición socioeconómica de los contactos que mantienen los residentes, el tipo de relación que se mantiene con ellos, la residencia del contacto y el lugar en que se produce el contacto (Granovetter, 1973; Paugman, 2012; Lin, 2001; Link y Valenzuela, 2014; García et al., 2014; Kleit y Carnegie, 2011). Aquellas variables permitieron un acercamiento a la distribución socioeconómica y espacial de las interacciones sociales que tienen quienes habitan en los PIS. No obstante, para conseguir el objetivo propuesto no basta solo con describir el comportamiento de cada una de estas variables de manera aislada, sino que es también necesario realizar cruces entre ellas, dado que entre ellas hay relaciones teóricas. La tabla n° 4 resume las variables exploradas en el primer objetivo específico y la forma en que estas fueron operacionalizadas.

Tabla 4 Operacionalización del primer objetivo específico

Dimensión	Variables	Operacionalización	Pregunta
Sociabilidad (heterogeneidad)	Condición socioeconómica del contacto	Ocupación laboral vinculada a clase alta, media consolidada, media emergente y baja.	¿Tiene usted algún conocido que tenga la siguiente profesión ²¹ ?

²¹ Para el conjunto de profesiones exploradas ver anexo "encuesta de sociabilidad".

	Tipo o naturaleza de la relación	Amistad, familiar, laboral o servicios	¿Cómo calificaría Usted la relación con aquel conocido?
	Residencia del contacto	Barrio, entorno, Santiago, otra región, otro país.	¿Dónde reside habitualmente su conocido?
	Lugar en que ocurre el contacto	En la casa de él/ella o la mía, en casa de terceros, escuela-trabajo-universidad, en espacios abiertos del barrio, espacios abiertos fuera del barrio, en servicios públicos o institucionales.	¿En qué lugar generalmente se reúne con él o ella?

Fuente: elaboración propia.

Cada una de las variables exploradas fue operacionalizada de manera diferente. Con respecto a la condición socioeconómica del contacto, existen diferentes formas de definirla: a partir de los ingresos de las personas, según la capacidad de consumo, usando la ocupación laboral y también el nivel educacional. Cada una de estas aproximaciones presenta limitaciones. Una definición socioeconómica no pareció ser una buena opción debido a los altos niveles de desigualdad socioeconómica que tiene la sociedad chilena y que hacen, en términos socioeconómicos, muy parecidos a los grupos de ingresos bajos y medios (Espinoza & Barozet, 2011). Una definición a partir de la capacidad de consumo y que ha sido muy utilizada en estudios urbanos sobre segregación (ver por ejemplo Sabatini et al., 2010), no da cuenta de forma eficiente de las diferencias entre grupos sociales en una sociedad donde el consumo y el acceso al crédito están masificados. La definición a partir de ocupación laboral, muy usada en las aproximaciones weberianas, tiene como inconveniente que fragmenta demasiado los grupos sociales, debido a la heterogeneidad laboral existente. Y por último, una aproximación desde la escolaridad parece no ser tan provechosa en una sociedad como la chilena en la que se ha masificado el acceso a educación superior.

De estas cuatro formas de definir la condición socioeconómica, aquí se adopta un enfoque ocupacional. Esta elección se justifica, primero, porque las otras tres aproximaciones tienen problemas para representar de una manera adecuada las diferencias entre clases sociales en la sociedad chilena actual. Y segundo, porque a pesar de que el enfoque ocupacional fragmenta de sobremanera las posiciones sociales, estas se pueden reagrupar a partir de patrones de ocupación comunes. Como ha mostrado la literatura, hay ciertas ocupaciones que se vinculan a clases sociales específicas (ver por ejemplo De Mattos, et al., 2005 & Barozet & Mac-Clure, 2014). Aquí se ha decidido reagrupar la ocupación según la clasificación que realiza la Organización Mundial del Trabajo (OIT) formando así 10 grupos: Directivos de

administración pública y empresas; profesionales científicos e intelectuales; técnicos y profesionales de nivel medio; empleados de oficina; trabajadores de servicios y vendedores de comercios y mercados; agricultores y trabajadores calificados; artesanos; operadores de maquinarias; trabajadores no calificados; y fuerzas armadas. Para vincular estas actividades laborales con la clase social con especial referencia al caso de Chile, se utilizó la referencia del trabajo de Link, Valenzuela & Fuentes (2015), en donde el grupo de clase alta se vincula mayoritariamente a directivos de administración pública y empresas y algunos profesionales científicos. El grupo de clase media consolidada está compuesto por profesionales y algunos técnicos de nivel medio. El grupo de clase media emergente es el más heterogéneo y se compone de técnicos de nivel medio, empleados de oficina, trabajadores de servicios, vendedores, trabajadores calificados y algunas actividades de agricultores. Finalmente, la clase baja está constituida por algunas ocupaciones vinculadas a la operación de maquinarias, algunos trabajadores de servicios, agricultores y trabajadores no calificados (ver anexos).

Con relación a la variable “naturaleza de la relación o vínculo” se comenzó desde las definiciones de Granovether (1973) y Putnam (2000) respecto a la distinción entre vínculos fuertes y débiles. Mientras los primeros son más útiles para el apoyo emocional de los sujetos, los segundos lo serían para acceder a nuevos recursos por lo que son aquellos los que las políticas de mixtura social buscarían promover. Sin embargo, esta clasificación es demasiado ambigua ya que no establecen con claridad qué tipos de vínculos se consideran fuertes y cuales son débiles. Por eso, se decidió tomar la distinción entre vínculos sociales hecha por Paugman (2012) quien parte de las categorías empleadas por Granovether y Putnam, pero segmenta tanto las relaciones fuertes y débiles en dos. El vínculo fuerte se asocia a relaciones de amistad y de familia, mientras que el vínculo débil se expresa a través de relaciones laborales y relaciones de servicio o institucionales.

La residencia del contacto fue asumida de forma multiescalar, lo que significa que adoptó como consideración basal que los vínculos de las personas no solo están localizados en el barrio, sino que también se proyectan fuera de los límites de este (Kleit & Carnegie, 2011). Se incorporaron como escalas territoriales el barrio, el entorno, la ciudad (o Santiago metropolitano), otras regiones u otros países. La escala barrio se definió a partir de los límites espaciales de los casos de estudio. La escala entorno incorporó los vínculos que las personas mantenían fuera de los límites físicos del vecindario, pero dentro de un radio de 3 km a la redonda. La definición de esta escala adoptó una forma diferenciada para cada uno de los casos de estudio. En el caso de SA los contactos de esta escala debían habitar en Puente Alto, mientras que en el caso de JV, debido a su localización fronteriza entre tres comunas, esta escala incluyó un territorio administrativo más amplio: las comunas de San Bernardo, El Bosque y La Pintana. En la escala metropolitana fueron localizados los

contactos que habitan dentro de la región del mismo nombre, tanto en comunas urbanas como rurales. También se incluyeron los contactos que habitaban en otras regiones y en otros países. En las últimas tres escalas se les solicitó a los encuestados que indicaran la comuna y el país en el cual se encontraban sus vínculos sociales. Una aproximación multiescalar a los vínculos sociales fue de mucha utilidad para entender la relación que los PIS tienen con otras escalas territoriales, ampliando así la mirada sobre la cohesión social de los vecindarios más allá de los límites físicos de estos lugares.

El lugar de reunión examinó diferentes espacios en los que se ocurre el encuentro social. Entre las opciones están: mi casa o la de él/ella, en casa de terceros, en escuela-universidad-trabajo, en espacios abiertos del barrio (plaza, sede, cancha, calle, negocios), en espacios abiertos fuera del barrio (feria, parque, calle, mall) y en servicios públicos o instituciones (hospital, iglesia, clubes deportivos, etc.). En el fondo, cada uno de estos lugares puede ser clasificado como espacio privado o público (ver Salcedo, 2002). En la primera categoría se considera el encuentro en la casa propia o de terceros. Mientras que como espacio público entran todos los demás lugares. Por cierto, que en esta última categoría existen lugares que no son completamente públicos, pero tampoco completamente privados como la escuela, universidad y el trabajo. Esta distinción fue empleada, en principio, para reconocer en qué lugares se producen las relaciones sociales más diversas.

¿Cómo estudiar el grado de heterogeneidad socioeconómica de los vínculos sociales? Mezclando el análisis de redes sociales con el generador de posiciones.

El primer instrumento de recolección de datos abordó la dimensión descriptiva y objetiva de la investigación. Particularmente, lo que se quería conseguir con esta dimensión era explorar la heterogeneidad socioeconómica de los vínculos sociales que mantienen los residentes de los barrios de integración social.

Hay varias técnicas disponibles para el estudio de los vínculos sociales de las personas. Existe el análisis de redes sociales (ARS) que se ha desarrollado recientemente en el marco de las ciencias sociales y que busca estudiar los patrones de vínculos o lazos que establece un sujeto determinado (Sanz, 2003). Según Márques (2010) el ARS se puede hacer de dos formas. Primero, considerándose exclusivamente las relaciones directas que posee una persona. Este tipo de análisis se conoce como de redes egocéntricas, ya que se centra solamente en las redes directas en un ego y no explora los contactos que este

puede tener o hacer a partir de su red principal de alteri²². Segundo, además de los contactos directos de ego, se pueden reconstruir las relaciones que hay entre los miembros de su red de contacto. Aunque el resultado es una red más extensa, esta es más útil para emplear en análisis vinculados al capital social potencial que contiene una red, ya que parte de la base de que muchos recursos se consiguen no por los contactos directos de ego, sino que por la movilización de alteris circundantes a su red primaria de contactos. Lo que en Chile popularmente se llama “pituto” (Barozet, 2006). Esta técnica tiene dos desventajas, la primera se conoce como “efecto de memoria”, que impulsa a los encuestados a señalar a los contactos que emocionalmente son más importantes para ellos: amigos y familiares. Así, puede ser que los vínculos débiles queden subrepresentados. Como McCarty (2002) ha argumentado, una estrategia para solucionar este problema es que se soliciten al menos 40 contactos a los sujetos encuestados, aunque esto se asocia a una segunda desventaja: el tiempo que consume la encuesta. Si se quiere eliminar el “efecto de memoria” es necesario solicitar la mayor cantidad de contactos posibles. Y si además no solo se reconstruye la red primaria de ego, sino que también la red secundaria, una encuesta de redes sociales suele consumir fácilmente alrededor de 120 minutos. Esa cantidad de tiempo implica un cansancio significativo tanto para el encuestado como para el encuestador que puede afectar gravemente la recolección de datos.

Otra de las metodologías disponibles para estudiar la sociabilidad es la técnica de tarjeta o libreta. Esta técnica gráficamente es más agradable para el encuestado, ya que él es quien debe ubicar en un círculo concéntrico a sus contactos. El centro del círculo es ego, es decir, el encuestado. Dentro de ese círculo él debe ubicar a sus contactos con relación a ciertas características o variables que el investigador define previamente y que son importantes para los objetivos de su investigación. Esta técnica generalmente se emplea en investigaciones con metodologías mixtas de diseño secuencial, ya que la libreta sirve para establecer un panorama general de la red de sociabilidad, que luego debe ser complementada con entrevistas en profundidad u otros métodos cualitativos (Hein, Cárdenas, Henríquez, & Valenzuela, 2013).

Otra técnica que suele ser usada con los mismos fines es el generador de posiciones. Dicha técnica se creó para corregir los problemas de memoria asociados al ARS. Como plantean Espinoza y Durston (2012) en esta técnica la pregunta inicial sobre los contactos no es abierta (como en el análisis de redes sociales), sino que más bien está enfocada en interrogar respecto a los contactos que ego tiene y que se vinculan a ciertas posiciones sociales. Cuando lo que se busca es examinar con precisión la potencial disponibilidad de recursos que tiene una red (capital social), el generador de posiciones se puede

²² *Alteri* es la forma en que en ARS se designa al contacto de la persona (*ego*) a la cual se le está reconstruyendo la red.

complementar con un generador de nombres, en donde se examina si dentro de la red existen personas que puedan otorgar ciertos recursos a ego.

No obstante, ¿cuál es la técnica más adecuada de aplicar para los propósitos de esta investigación? Cabe recordar que específicamente lo que se quiere lograr es explorar socioeconómicamente los vínculos sociales de una persona y no examinar el capital social que está alojado en la red de quienes habitan en estos vecindarios. Esta condición descartaría la necesidad de aplicar un “generador de nombres” y asimismo la reconstrucción de la red secundaria de ego para el caso del ARS. No obstante, si es útil para el objetivo de esta tesis reconstruir la red primaria de ego, o sea, las relaciones directas que tienen las personas. Pero como se revisó, ello está mediado por el “problema de memoria”. Para sortear este inconveniente, resulta adecuado adoptar además un generador de posiciones, no solo porque permite contralar el problema de memoria, sino que también porque lo que busca esta tesis es caracterizar socioeconómicamente la sociabilidad, lo que se consigue con bastante precisión a través del uso de dicha técnica (Van der Gaag, Snijders y Flap, 2008). Por las razones que se acaban de señalar, la técnica que parece más adecuada para estudiar los vínculos sociales al interior de los PIS resulta de una mezcla entre el generador de posiciones y el análisis de las redes personales primarias de ego (ver anexos, encuesta de sociabilidad). Esta decisión implica, paralelamente, descartar el uso de la técnica de tarjeta, debido a que esta no es adecuada para el diseño de investigación con el que opera este trabajo.

La dimensión cualitativa de la investigación

Dado el diseño de enfoque dominante que asumió esta investigación y la naturaleza de sus objetivos específicos, la mayor parte de la estrategia metodológica estuvo sustentada sobre una aproximación de carácter cualitativa. Esta aproximación fue empleada parcialmente para avanzar en el objetivo específico n°1 y usada totalmente para conseguir los propósitos planteados en el objetivo específico n°2 y 3.

Junto a la estrategia cuantitativa ya comentada, el objetivo específico n° 1 involucró el análisis del rol que juega el espacio público, equipamientos y servicios con los que cuenta el barrio y su área circundante en la formación de vínculos sociales. El propósito conceptual de esto fue contrastar el contexto urbano en el cual se están construyendo los PIS con las tesis sostenidas por el llamado nuevo urbanismo. Dada la excesiva extensión de la encuesta previamente comentada, la necesidad de mayor profundización que requería el estudio de esta parte del objetivo específico y la experiencia de otras investigaciones respecto al rol del espacio en el fomento (o no) de la sociabilidad, se decidió abordar esta parte del objetivo con una aproximación

cualitativa. Así es como en lo global el objetivo n°1 resultó en una aproximación metodológicamente mixta.

En relación al segundo objetivo específico que pretendió entender cómo puede la sociabilidad mantenerse en un estado de estabilidad en contextos de diversidad socioeconómica, se prefirió desarrollar una aproximación cualitativa. Ya habían algunos antecedentes respecto a este objetivo en ambos casos de estudio que fueron recogidos por investigaciones previas a partir de la aplicación de una encuesta y que mostraba una carencia de los llamados conflictos “clasistas” en estos lugares y un general estabilidad en la convivencia vecinal (ver Sabatini et al., 2013b; Maturana & Horne, 2016). Sin embargo, por las limitaciones del enfoque cuantitativo usado en aquellas investigaciones estas no lograban explicar los mecanismos que mantenían la estabilidad de la convivencia en estos barrios como tampoco un mirada más profunda respecto las relaciones de clase que se dan en ellos. En ese panorama, una aproximación cualitativa se asomó como una mejor estrategia para conseguir los fines perseguidos en este trabajo dado que esta permitió explorar desde la percepción de los propios residentes aquello que a su juicio mantenía la estabilidad en la sociabilidad de los lugares.

Finalmente, el tercer objetivo específico que abordó el sentido de pertenencia en ambos vecindarios fue también trabajado desde una perspectiva cualitativa. Si bien hay un amplio set de estrategias metodológicas que derivan en índices o escalas para medir variables asociadas al sentido de pertenencia, como el nivel de satisfacción residencial y el grado de apego al lugar (Hidalgo y Hernandez, 2001; Vidal et al., 2013; Tester et al., 2011; Berroeta et al., 2015), entre otras, lo que se pretendía con este objetivo era específicamente entender el sentido que las características de los barrios y su entorno tenían para las personas. Se partió de la base de que aquel significado está construido social y culturalmente (Savage et al., 2005) y abordar su estudio requería una aproximación que privilegiara la profundidad por sobre la descripción. Sobre esa base y al igual que en el objetivo n°2, fue más conveniente avanzar en el diseño de una estrategia metodológica cualitativa entregando esta posibilidades de explicación de las variables asociadas al sentido de pertenencia.

La tabla n°5 da cuenta de las variables específicas que fueron examinadas por cada uno de los objetivos abordados en la aproximación cualitativa. El conjunto de estas variables fueron cuantitativamente más que las examinadas con la encuesta previamente comentada. En primer lugar y complementando el objetivo específico n°1, se analizó el uso que los residentes le dan a los espacios públicos, equipamientos y servicios localizados en el barrio y su entorno, como así mismo las prácticas cotidianas de ellos, en términos de los lugares donde compran, colegios donde envían a sus hijos, servicios de salud utilizados, etc. Estos datos fueron especialmente importantes no sólo para establecer si la sociabilidad se produce en espacios públicos, sino que también para discutir

algunas de las tesis vinculadas al llamado habitus metropolitano de ciertos grupos de población (Webber, 2007; Andreotti et al., 2013). En relación al objetivo n°2 su foco fue la convivencia al interior del vecindario. Aquí se trabajó con variables como la percepción de la relación entre vecinos, la confianza que se tiene en ellos, los conflictos de clase y de vida cotidiana alojados en el vecindario, como también la autodefinición social de los residentes y la percepción de los estilos de vida y valores que posee la gente que vive tanto en JV como en SA. Particularmente estas últimas dos variables fueron útiles para establecer nexos con el sentido de pertenencia al barrio, el cual fue el foco del tercer objetivo específico. Con este último propósito las variables examinadas fueron la trayectoria residencial de los sujetos, la reputación social del barrio, la satisfacción residencial de los vecinos, el apego, la dependencia al vecindario y la caracterización socioeconómica del barrio y del entorno.

Tabla 5 Operacionalización de variables cualitativas

Dimensión	Variabes	Preguntas	Objetivo abordado
Sociabilidad	Uso del espacio público local	- ¿Frecuenta usted los espacios públicos-comunes del barrio? ¿Por qué? (examinar la calle, la plaza, la junta de vecinos, la cancha, los negocios, la feria, iglesia). ¿Ha tenido oportunidad de conocer o establecer relación con vecinos en aquellos lugares?	Obj. n° 1
	Uso de servicios, equipamientos locales y prácticas cotidianas	- ¿Realiza usted sus compras en el barrio o en sus cercanías? ¿o en otro lugar? ¿Por qué prefiere hacerlas en aquellos lugares? - ¿Van sus hijos a colegios cercanos? ¿Por qué prefiere enviarlos allí? - ¿Utiliza usted el Hospital o CESFAM (centro de salud familiar) que está cerca del barrio? ¿Por qué prefiere usarlo o no usarlo?	Obj. n° 1
	Contacto entre vecinos	- ¿Cómo describiría usted la relación que hay entre los vecinos de su barrio? ¿Qué le hace catalogar a la relación de esa forma?	Obj. n° 2
	Confianza vecinal	- ¿Confía usted en sus vecinos más cercanos y en otros vecinos más desconocidos que viven en Juvencio Valle/San Alberto? ¿Por qué?	Obj. n° 2
	Conflictos de clase	- ¿Ha habido conflictos por discriminación socioeconómica en su barrio? ¿Podría relatarme cómo fueron los conflictos y cómo se organizaron los vecinos para resolverlos?	Obj. n° 2

	Conflictos de estilos de vida	- ¿Ha habido conflictos por ruidos molestos, de seguridad, por basura en las calles, por malas costumbres, por ampliaciones, rumores o cahuines, por delincuencia? ¿Podría relatarme cómo fueron los conflictos y cómo se organizaron los vecinos para resolverlos?	Obj. n° 2
Sociabilidad y Pertenencia	Caracterización de los estilos de vida y valores internos	- ¿Qué estilos de vida son los que prevalecen en sus vecinos? ¿podría describirlos? ¿se siente identificado tú con aquellos estilos de vida? - ¿Qué valores son los que prevalecen en sus vecinos? ¿podría describirlos? ¿Se siente usted identificado con aquellos valores?	Obj. n° 2 y 3
	Autodefinición socioeconómica	- ¿Cómo se describiría usted como persona frente a un grupo de personas desconocidas? - ¿Se siente usted más identificado con la clase baja, media o alta?, Según su percepción ¿Cuáles son las principales características de las personas del grupo social con el que se siente identificado? ¿Y de otros los otros grupos sociales?	Obj. n° 2 y 3
Pertenencia	Estrategias de distinción	¿Cómo puede una persona que no conoce el barrio identificar a las personas “diferentes” que habitan en este lugar?.	Obj. n° 2 y 3
	Trayectoria residencial previa	- ¿Dónde vivía usted antes de arribar a Juvencio Valle? - ¿Cómo caracterizaría a ese lugar?	Obj. n° 3
	Elección residencial	- ¿Por qué eligió vivir aquí?	Obj. n° 3
	Reputación social	- ¿Cómo cree usted que es la reputación social de Juvencio Valle/San Alberto y el lugar donde se ubica su barrio? ¿Está usted de acuerdo con aquella reputación? - ¿Ha sentido alguna vez vergüenza por vivir aquí o se siente contento de vivir en este lugar? ¿por qué?	Obj. n° 3
	Satisfacción residencial	- Podría relatarme, ¿Qué es lo mejor y lo peor de vivir en Juvencio Valle/San Alberto?	Obj. n° 3
	Apego al barrio	- ¿Considera que Juvencio Valle/San Alberto es un lugar mejor en comparación a su residencia anterior? ¿Por qué?	Obj. n° 3
	Dependencia territorial	- Si usted tuviera que dejar el barrio ¿Considera que esa sería una decisión difícil para usted? ¿Por qué?	Obj. n° 3

	Caracterización socioeconómica del barrio	- ¿Caracterizaría usted al barrio como un lugar donde conviven familias de diferente condición socioeconómica? ¿por qué? ¿Qué condición socioeconómica es la mayoritaria en este barrio y cómo se podrían identificar a las personas que pertenecen a esa clase social?	Obj. n° 3
	Caracterización socioeconómica del entorno	Y en relación al entorno a Juvencio Valle/San Alberto, ¿usted diría que las familias que allí viven son de mayor, menor o similar estatus económico que el suyo? ¿Qué le hace pensar eso?	Obj. n° 3

Fuente: elaboración propia.

¿Cómo estudiar la convivencia y el sentido de pertenencia al interior de los vecindarios?: la aplicación de una entrevista semiestructurada.

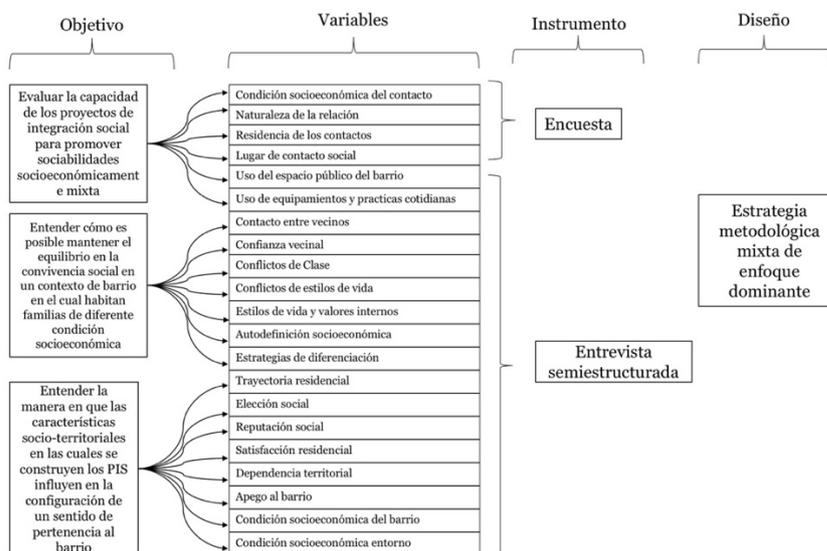
Para analizar la forma en que la convivencia social al interior de los PIS se mantiene estable y cómo las características del lugar intervienen sobre el sentido de pertenencia, fue necesario desarrollar una segunda fase de investigación soportada en metodologías que permitan adentrarse en la experiencia de los sujetos. Ya se comentó que la metodología que permite eso es la cualitativa, como asimismo se presentaron las variables a estudiar. Pero, ¿cuál es la técnica de recolección de datos más adecuada para los objetivos de esta investigación?

La técnica que pareció más adecuada para abordar los objetivos específicos n°2 y 3, como también la dimensión cualitativa del objetivo n°1, fue la entrevista semiestructurada. Dicho instrumento permitió explorar con mayor eficiencia, que por ejemplo una técnica etnográfica, variables que ya había sido definidas como claves para entender el surgimiento del sentido de pertenencia. Como ha mostrado la literatura, la etnografía —otra de las técnicas que suele usarse en aproximaciones cualitativas— a diferencia de la entrevista, es más útil para investigaciones que no parten *per se* con la definición de algunas variables de estudio, sino que contrario a lo que hace esta tesis, lo hacen desde temas macro (Hernandez, et al., 2006). Ahora bien, no solo interesaba una técnica que permitirá explorar variables ya definidas, sino que también fuera lo suficientemente abierta para dar cabida a variables emergentes que surgieran desde la propia conversación. Esto lo consigue con bastante acierto y rapidez la entrevista semiestructurada (Taylor y Bogdan, 1987), concediendo así la posibilidad de ampliar el análisis sobre elementos relevantes de la investigación que en un primer momento pudieran estar siendo excluidos. De hecho, las diferentes oleadas de trabajo de campo estuvieron acompañadas de la inclusión

de nuevas preguntas emanadas de los análisis realizados. Por último, la entrevista, a diferencia de otras técnicas de investigación cualitativa como el grupo focal, otorga la posibilidad de abordar con profundidad temas que públicamente son tomados con cautela por las personas y que son abordados por esta tesis, como el clasismo, la discriminación y formas de distinción social. En estos tópicos, la entrevista parece ser una técnica más productiva, siempre y cuando el investigador logre construir un clima de confianza con su interlocutor (Taylor y Bogdan, 1987).

La figura n°7 representa un resumen de lo expuesto hasta ahora en esta sección, dando cuenta de las variables estudiadas en cada objetivo, así como también los instrumentos que se emplearan para recolectar los datos primarios de esta tesis.

Figura 7 Resumen metodología empleada



Fuente: elaboración propia.

Análisis de los datos

Como la investigación incorporó instrumentos de recolección de datos cuantitativos y cualitativos, las técnicas de análisis fueron diferenciadas para cada una de ellas. Además, producto del diseño de esta investigación y la flexibilidad con la que se conceptualizó la relación entre objetivos y dimensiones de la cohesión, cada instrumento se aplicó de forma separada.

El primer instrumento que se aplicó en cada uno de los casos de estudio fue la encuesta de sociabilidad a través de posiciones sociales. Los datos levantados por la encuesta fueron analizados con el programa SPSS. Con la ayuda de este programa se conocieron los datos respecto a la distribución socioeconómica y espacial de las relaciones que mantenían los residentes de los PIS. Para esto se adoptó un enfoque descriptivo por lo que la principal herramienta empleada en

el SPSS fue la asociada a “estadística descriptiva-frecuencias”. Dicha forma de análisis fue complementada luego con análisis de variables cruzadas como también algunas pruebas de asociación, como chi-cuadrado, que se aplicaron para entender la relación existente entre aspectos de la sociabilidad individual y las características demográficas socio-demográficas de los entrevistados y/o contactos. Cabe destacar que a diferencia de otros trabajos que aplican ARS y que despliegan sofisticados análisis estadísticos, la forma de análisis de los datos adquirió aquí un carácter más univariado que multivariado. Esto significa que no se aplicó un análisis estructural de las redes sociales, ni tampoco se avanzó en categorizar las redes de sociabilidad como han hecho otros trabajos latinoamericanos (Link & Valenzuela, 2014; Márques, 2007). Esto ocurrió así porque el primer objetivo específico no buscaba explicaciones respecto a qué configuraba la sociabilidad, ni tampoco analizar la “red de relaciones” de ego o también conocida como la red secundaria e importante en términos de capital social (Lin, 2001; Sanz, 2003; Márques, 2010), sino que más bien sólo describir algunas de sus tendencias generales en términos de diversidad socioeconómica de los vínculos sociales que mantienen los residentes de los PIS. En ese contexto, un análisis más sofisticado —si bien entrega importante conocimiento sobre las redes de las personas— sobrepasaba el modesto objetivo específico n° 1 de esta tesis.

Una vez aplicados y analizados los resultados emanados de la encuesta, se procedió a aplicar la entrevista semiestructurada. Es importante mencionar que el análisis de los datos de instrumentos cualitativos, como la entrevista, no se hace una vez recolectado los datos (como se hizo con las encuestas), sino que la recolección y análisis ocurre en paralelo (Hernández et al., 2006). Por esa razón, a medida que se fueron obteniendo los datos, estos se fueron organizando y analizando de forma inmediata. Este procedimiento permitió incorporar nuevas preguntas en la entrevista, acomodándola así a temáticas emergentes y las necesidades propias de la investigación.

El análisis de datos generados por las entrevistas puede realizarse de diferentes formas, pero son dos las más comunes: a través de la teoría fundamentada y a través del análisis de contenido. Aunque ambas formas de análisis se sustentan en el uso de códigos que representan las variables del fenómeno que se trabaja, cada una de ellas se emplea con fines distintos. Mientras la teoría fundamentada tiene como propósito la construcción de nuevas teorías respecto a los fenómenos estudiados (Glaser & Strauss, 1967), el análisis de contenido más bien se enfoca en describir cómo cierto fenómeno se presenta en un grupo de personas específicas y como estas le entregan sentido desde un punto de vista fenomenológico (Starks y Brown, 2007). Esta distinción es importante, ya que del objetivo de la investigación depende la selección del método de análisis a emplear.

En esta tesis se decidió trabajar con el análisis de contenido y no con teoría fundamentada. Aquella determinación se tomó porque el objetivo de la tesis no es construir una nueva teoría sobre los barrios de integración, sino que más bien levantar información que permita corroborar o descartar la validez de las hipótesis de trabajo, como así mismo mostrar qué está ocurriendo con la convivencia social y el sentido de pertenencia desde la percepción de los residentes de los PIS. De manera que el análisis de codificación se empleó con el objetivo de analizar lo que está ocurriendo con la cohesión social al interior de los lugares de estudio, pero no elaborar una nueva teoría sobre la forma en que se manifiesta este fenómeno a escala de barrio. Es por esa razón que el análisis de las entrevistas no fue acompañado de una codificación axial ni selectiva, por cuanto aquellas fases tienen como objetivo central, la generación y delimitación de nuevas teorías (Glasser & Strauss, 1967).

El análisis de los resultados se condujo a partir de un enfoque de análisis que mezcló iterativamente categorías deductivas e inductivas. Esto significa que aunque el análisis de las entrevistas estuvo sustentado sobre una codificación de variables definidas previamente a partir de la revisión teórica, estuvo siempre abierta a la inclusión de nuevos códigos que emergieran desde las propias entrevistas. Aquellos nuevos códigos fueron en algunos casos comunes en ambos vecindarios analizados, mientras que en otros hacían referencias específicas a JV o SA dado que eran procesos no compartidos. En ese sentido, la elección de la entrevista semiestructurada como método de recolección de datos fue útil dada la flexibilidad que esta ofrece para incorporar tópicos emergentes (Taylor y Bogdan, 1987).

Dada la simultaneidad en la obtención de datos y análisis de los mismos la temporalidad del trabajo de campo fue de suma relevancia. La aplicación de las entrevistas en ambos vecindarios se realizó entre Septiembre de 2017 y Abril de 2018. Durante ese tiempo en ambos barrios se realizaron cuatro rondas de entrevistas. En una primera etapa se aplicaron 6 entrevistas en SA y 7 en JV que fueron transcritas y analizadas a través del programa ATLAS.ti. El análisis de estas entrevistas se realizó en función de códigos que fueron definidos previamente a partir de la revisión teórica. El análisis emergente mostró la necesidad de incorporar nuevos códigos al análisis añadiéndose preguntas sobre la trayectoria residencial, la identidad y los conflictos entre vecinos. Cada uno de estos aspectos parecía tener importancia desde el punto de vista de los entrevistados para entender la conformación del sentido de pertenencia y la convivencia social al interior de los vecindarios. Con una entrevista redefinida se procedió a realizar un nuevo trabajo de campo, aplicándose en esta ocasión 4 entrevistas en SA y 5 en JV. Enseguida, se procedió a transcribir cada entrevista y con la ayuda del programa Atlas. Ti se comenzó un nuevo proceso de codificación. Este segundo análisis mostró la necesidad de añadir nuevos códigos como seguridad, privatización de espacios comunes y percepción de diversidad, lo que se tradujo en nuevas preguntas. Luego de esta segunda ronda

de entrevistas algunos de los primeros códigos comenzaron a saturarse, como por ejemplo los asociados a satisfacción residencial, elección residencial, uso de los espacios públicos, entre otros. Sobre ellos, las opiniones dadas por los entrevistados no parecían ser divergentes. Se procedió a realizar una tercera fase de trabajo de campo en la que se desarrollaron 7 entrevistas en SA y 4 en JV. Nuevamente las entrevistas se transcribieron y se analizaron con Atlas. Ti. Finalmente, se realizó una última fase de terreno en Abril de 2018 que resultó en la aplicación de 4 entrevistas en SA y 3 en JV. En esta cuarta fase no emergieron códigos nuevos y se saturaron los códigos con los que se venía trabajando. Se decidió entonces terminar con la aplicación de entrevistas.

Criterios de inclusión, acceso a sujetos y muestras

Para ambos instrumentos se consideró que los sujetos participantes debían ser hombres y mujeres mayores de 18 años, que llevaran viviendo al menos un año en el barrio, que tuvieran como función el ser jefe/a de hogar o ser dueña/o de casa y que quisieran participar voluntariamente en la investigación. Se excluyó a los jóvenes ya que estos generalmente no manejan información sobre lo que sucede al interior del vecindario (Rasse, 2012), y además porque en ellos no recayó la responsabilidad de elegir dónde vivir, aspecto que parece fundamental en el desarrollo del sentido de pertenencia al barrio.

La encuesta que se aplicó es un instrumento que ocupa una cantidad de tiempo importante (alrededor de 40 minutos). Por ello es que, aun siendo un método cuantitativo, esta no se rigió por los criterios de definición de muestras más comunes para este tipo de metodologías, sino que lo hizo a partir de una muestra no probabilística definida por conveniencia del investigador. Otras investigaciones que han explorado las redes de sociabilidad en vecindarios latinoamericanos han trabajado de la misma forma. Por ejemplo, Link & Valenzuela (2014) desarrollaron 11 entrevistas para capturar los vínculos primarios y secundarios que poseían familias en barrios de diferente condición socioeconómica de Santiago. En un proyecto de largo aliento sobre la misma materia, Márques (2007) estudió las redes sociales en familias de cinco vecindarios de la ciudad de São Paulo que poseían distintos niveles de población y aplicó 20 ARS en cada uno de los casos de estudio. En esta investigación y dado que sólo se recolectaron los vínculos primarios de ego, se logró aplicar un total de 66 encuestas en los dos vecindarios, representando cada uno el 50% de esta cifra. Este trabajo permitió levantar información de 1658 contactos de los residentes de ambos barrios en estudio.

Dada la naturaleza del análisis de los datos cualitativos, la muestra de la entrevista semiestructurada estuvo definida por saturación teórica, de manera que se procedió a dejar de entrevistar una vez que los informantes no aportaran datos novedosos respecto a las variables que se estaban examinando. En total

se aplicaron 41 entrevistas, con una duración de 50 minutos en promedio cada una. De este total, 21 fueron realizadas en SA y 20 en JV. Hubo algunos entrevistados (4 en SA y 3 en JV) que decidieron no ser grabados, por lo que no hay registro completo de las conversaciones sostenidas con ellos. A pesar de ello, las ideas planteadas en aquellas entrevistas fueron registradas en un cuaderno de notas aunque estas no son empleadas en este documento como citas textuales.

El acceso a los participantes de esta investigación adoptó estrategias diferentes en los casos de estudio, dada las particularidades de estos. Inicialmente se intentó tomar contacto con dirigentes vecinales de JV y SA para dar a conocer el proyecto. Esta estrategia fue exitosa en el primer barrio, pero no en el segundo. Bajo la guía de los dirigentes locales, el proyecto de investigación fue presentado en varias reuniones de residentes en JV. En estas reuniones se conformó una lista de participantes voluntarios con los cuales se tomó contacto posteriormente para aplicarles la encuesta de vínculos sociales. De las 33 encuestas de JV, 18 fueron aplicadas en las casas de los residentes mientras que 15 se realizaron en las sedes vecinales con las que cuenta el lugar. Dicho trabajo fue realizado en dos etapas, entre Junio y Agosto de 2017 y en Abril de 2018. En el caso de SA y a pesar de que inicialmente se tuvo contacto con dirigentes vecinales del lugar, no fue posible presentar el proyecto en reuniones de los habitantes dado que el barrio no cuenta ni con espacios de reunión ni con instancias colectivas para presentar el proyecto. Esta situación indujo un cambio en la estrategia de acceso a la muestra en este vecindario. En efecto, se procedió a tomar contacto con residentes del lugar a través de Facebook en un grupo denominado “vende y compra en San Alberto de Casas Viejas”. En Septiembre de 2017, época en la cual comenzó el trabajo de terreno en SA, el grupo contaba con 12.535 personas inscritas de los cuales, como es de sospechar, no todas pertenecían al barrio. Comentada la investigación en esta red social, se tomó contacto inicial con residentes del lugar y a partir de ellos se desplegó una técnica de bola de nieve para incrementar los participantes en las encuestas. El uso de las redes sociales resultó de mucha utilidad para acceder a los participantes en un contexto de escasa participación social. En SA las encuestas fueron aplicadas en los hogares de los entrevistados durante Septiembre y Octubre de 2017 y Abril de 2018. La siguiente tabla sintetiza las características sociales, económicas y demográficas de los encuestados y entrevistados en ambos barrios.

Tabla 6 Caracterización de la muestra de encuestas y entrevistas aplicadas en Juvencio Valle y San Alberto de Casas Viejas

	Categorías	Encuesta		Entrevista semiestructurada	
		JV	SA	JV	SA
Sexo	Hombre	11	14	6	6
	Mujer	22	19	14	15
Edad	18-26	1	0	0	0
	26-40	19	18	11	12
	40-50	5	8	5	6
	50-65	6	5	3	2
	65	2	2	1	1
Escolaridad	Básica incompleta	3	0	2	0
	Básica completa	2	1	1	0
	Media incompleta	7	5	3	1
	Media completa	15	10	10	9
	Técnica superior	5	10	3	7
	Universitaria	3	7	1	4
	Postgrado	0	0	0	0
Clase social	Clase baja	21	11	13	7
	Clase media emergente	7	14	5	9
	Clase media consolidada	5	8	2	5
	Clase alta	0	0	0	0
Dependencia laboral	Dependiente	14	15	8	9
	Independiente	7	9	5	4
	Jubilado	1	0	1	0

	Cesante	2	2	2	3
	Dueña de casa	9	7	4	5
Tipo de propiedad	Fondo solidario	14	14	9	8
	Subsidio clase media	13	13	7	9
	Compra directa	1	1	1	1
	Arrendamiento	2	3	2	1
	Allegado	3	2	1	2
Estado Civil	Soltero	10	10	6	6
	Casado	12	18	9	11
	Viudo	0	2	0	1
	Conviviente	11	3	5	3
Pertenencia cultural	Chileno	29	31	18	20
	Pueblo originario	4	1	2	1
	Extranjero	0	0	0	0
	Ninguna	0	1	0	1

Fuente: elaboración propia.

La aplicación de las encuestas fue útil para conformar una lista de personas que voluntariamente quisieran participar en la investigación. Sobre esa base, se procedió luego a aplicar la entrevista semiestructurada. Para ello en Septiembre de 2017 —una vez terminada la aplicación de la primera ronda de encuestas— se tomó contacto con residentes de ambos vecindarios previamente encuestados para sugerir la aplicación de la entrevista, pero no todos quisieron participar. De los encuestados hasta ese entonces en cada barrio, 13 aceptaron ser entrevistados en JV mientras que 8 hicieron lo propio en SA. Sin embargo, estas cantidades no fueron suficientes para saturar completamente las variables examinadas en las entrevistas, por lo que se procedió a desplegar en ambos vecindarios nuevamente una técnica de bola de nueve para acceder a nuevos entrevistados una vez agotados los contactos previos. Finalmente, las entrevistas fueron aplicadas en ambos vecindarios entre Septiembre de 2017 y Abril de 2018.

Figura 8 Temporalidad del trabajo de campo y alternación de estrategias



Fuente: elaboración propia.

La heterogeneidad de la muestra fue más fácil de controlar en JV que en SA dado que allí los dirigentes vecinales tenían amplio conocimiento respecto a las características socio-demográficas de los vecinos. Dada la amplitud de variables de este tipo consideradas en esta tesis, se decidió por cubrir de mejor manera la diversidad de unas más que otras: tipos de tenencia y condición socioeconómica fueron las más relevantes ya que ambas son importantes indicadores de la mixtura social del barrio, que es el tópico de análisis de la tesis. A pesar de que la heterogeneidad de ambas variables están bien cubiertas en los dos casos de estudio, la tabla n°6 muestra algunos desequilibrios en la muestra que son comunes para ambos barrios y que son necesarios de especificar. Una de ellas es la edad donde la mayor parte de la muestra fue recogida en el grupo entre 26 y 40 años y otra es la pertenencia cultural en la que la mayor parte de los participantes se declaró chileno. Al respecto, los recientes datos del censo 2017 han permitido corroborar que aquellos desequilibrios no se deben a un problema muestral, sino que más bien a la composición demográfica de ambos vecindarios. En efecto, en las manzanas que componen SA como JV hay una preponderancia de personas adultas entre 26 y 40 años dado que ellas representan el principal grupo objeto de los subsidios habitacionales. Asimismo, debido a que los migrantes no eran un

grupo objeto de subsidios cuando se construyeron estos barrios, aparecen casi ausentes de estos lugares, representando el 0,4% de la población en SA y el 1,2% en JV. Donde sí existe un desequilibrio en términos muestrales es en la categoría sexo del participante, ya que el porcentaje de hombres involucrados en el estudio es menor a los arrojados por el CENSO 2017 para ambos casos de estudio (tanto en SA como en JV representan el 48,6%). Este desequilibrio fue particularmente fuerte en las primeras etapas de la investigación, dado que las mujeres mostraron más interés en participar voluntariamente. Es bien probable que este desequilibrio se deba al método que fue empleado inicialmente para acceder a la muestra: la búsqueda en lugares con participación social. Hay varias investigaciones que han mostrado que en Chile aquellos espacios —especialmente los voluntarios como las organizaciones vecinales— suelen ser ocupados más bien por mujeres que por hombres (Herrmann y Van Klaveren, 2016). Sin embargo, hacia el final de la aplicación de los instrumentos y dado el acceso a la muestra se reorientó hacia un método de bola de nieve, la representatividad de los hombres en la muestra aumentó. En cualquier caso, este desequilibrio no afectó la saturación de los datos, ya que los hombres presentaron opiniones similares a las de las mujeres en términos del sentido de pertenencia y sociabilidad.

Conclusión: limitantes y posibilidades de transferibilidad de los resultados

Este estudio debió sortear una limitante existente con los datos sociodemográficos actualmente disponibles para los barrios que se van a examinar. Como los casos de estudio se han construido con posterioridad a la aplicación del CENSO 2012, la información secundaria desagregada a nivel de manzana, que es la que permite conocer los detalles internos de los lugares de estudio, son escasos. Asimismo, el reciente CENSO 2017 tampoco proporciona información en relación a las ocupaciones de los residentes de SA ni JV, lo que habría sido útil para un acercamiento más certero a la composición socioeconómica de estos lugares. Por estas razones es que cada uno de los instrumentos a aplicar va acompañado de una primera parte que caracteriza socioeconómicamente al entrevistado (ver anexos). Además, para caracterizar el entorno al barrio este trabajo de investigación se nutrió de información secundaria proveniente de diversas fuentes como portal inmobiliario, municipalidades, empresas constructoras y otras investigaciones académicas en marcha sobre los lugares en examen. La suma de dichas estrategias permitió mostrar un panorama muy general respecto a la composición social del barrio y del entorno.

Otra limitante es la antigüedad de los barrios. Esta es una variable que poco se puede controlar, sobre todo porque se estudian lugares construidos a partir de la política habitacional de integración social que solo posee diez años de

desarrollo. Aunque los casos de estudio corresponden a los primeros barrios contruidos por esta política en Santiago, no cuentan con un recorrido histórico importante. Esto puede ser importante, por cuanto hay estudios que concluyen que la cantidad de años de un vecindario es un factor trascendental en el sentido de pertenencia que tienen los sujetos con el lugar en donde habitan (Dekker, 2005; Liu et al., 2016).

Finalmente, como la naturaleza de la investigación es de estudio de caso que involucra la aplicación de instrumentos cualitativos, los resultados de esta no pueden ser representativos de la situación en materia de cohesión social que experimenta la sociedad chilena actual y tampoco sus espacios urbanos por completo. Si bien la elección de casos de estudios en entornos geográficos aunque periféricos diferenciados en términos de su equipamiento y servicios de entorno, entrega una mayor grado de transferibilidad geográfica de los resultados, hay que tener en cuenta las condiciones socio-demográficas de los mismos. En efecto, estas hacen que la transferibilidad de los resultados sean sólo para vecindarios que se construyan bajo una idea de mixtura social sustentada mayoritariamente en clase baja y media baja, y en donde las familias de distinta condición socioeconómica tengan conocimiento que forman parte de un mismo proyecto residencial. Es decir, sólo hacia otros PIS localizados en contextos urbanos consolidados —como JV— o en expansión —como es el caso de SA. La transferibilidad directa de estos resultados hacia otras formas de mixtura social que se erigen en la ciudad chilena actual, por ejemplo, barrios populares colonizados por clases medias o grupos de alto ingreso, o hacia lugares en proceso de gentrificación, debe tomarse con ciertas precauciones dado que la composición social que promueven estas vías de diversidad es distinta, como también la manera en que arriban los vecinos que no es mezclada desde un comienzo como ocurren en los PIS. Ahora bien, esto no quita relevancia a los resultados, como ya se mencionó, la forma de producir mixtura social a través de los PIS es hoy una política de estado que concentra una parte relevante de los esfuerzos económicos que realiza el MINVU no sólo en Santiago, sino que en todo Chile.

**Capítulo 6. Mixtura social y sociabilidad:
¿inducen los PIS vínculos
socioeconómicamente diversos?**

En esta primera sección se presentan resultados tendientes a responder el primer objetivo específico de esta tesis. Es decir, se discute si la política de mixtura social chilena tiene la capacidad de inducir sociabilidades más diversas desde el punto de vista socioeconómico, sea esto a través de la proximidad de clases sociales o a través de la dotación del barrio y el entorno donde estas iniciativas se construyen. Lo que se busca a través de esto es levantar evidencia en relación al efecto que tienen las políticas de mixtura social chilenas sobre la heterogeneidad de la sociabilidad de los residentes de estos lugares.

Resolver esto es fundamental por cuanto el efecto barrio, que sustenta teóricamente la construcción de este tipo de vecindarios, toma como una de sus premisas base la necesidad de que existan sociabilidades más diversas desde el punto de vista socioeconómico (Forrest & Kearns, 1999; Briggs, 1998; Putnam, 2000; 2007). Sin embargo, esto no significa que se va a evaluar directamente el efecto de la proximidad sobre el desarrollo de vida de las personas. Como lo han mostrado investigaciones internacionales, el efecto barrio requiere tiempo de desarrollo, por lo que solo puede ser evaluado en lugares consolidados y de largo desarrollo (Curley, 2010; Tunstall y Lupton, 2010). Dada la juventud de los PIS, lo que se busca aquí es ver si en estos lugares se están creando las condiciones de sociabilidad necesarias para que en el largo plazo opere el llamado efecto barrio. Por eso, estos resultados deben tomarse con cautela: no ser vistos como un rechazo o confirmación tajante de este fenómeno, sino que más bien como una evaluación de si en estos vecindarios hay o no condiciones de sociabilidad para que el efecto barrio operen en el largo plazo.

Para resolver lo anterior, en esta sección se discute información referida a tres aspectos claves en la sociabilidad de los residentes de los PIS, los que se traducen en tres secciones. El primer aspecto a estudiar es el nivel de homofilia/heterofilia de los vínculos sociales de quienes los habitan. Como se discutió en el capítulo nº2 el efecto barrio funciona en contextos marcados por la heterofilia, pero como muestra críticamente la investigación, este es un fenómeno difícil de hallar en barrios de ingreso mixto dado que las relaciones sociales se suelen sostener en aquellos percibidos como semejantes (McPherson et al., 2001; Putnam, 2007). En ese sentido, vale la pena preguntarse si la tendencia homofílica de los vínculos puede ser también posible de corroborar en los PIS chilenos. De ser así, esto podría ser una condicionante futura para el efecto barrio.

Enseguida, se examina la distribución territorial de la sociabilidad que mantienen los residentes de los PIS con el fin de determinar si efectivamente el barrio es la escala que explica las tendencias homofílicas/heterofílicas de la población, o más bien estos son fenómenos que se configuran a partir de otras escalas geográficas. Los resultados de esta sección permitirán evaluar

concretamente el efecto del vecindario sobre la heterogeneidad de los vínculos que mantienen las personas.

Finalmente, un tercer aspecto a revisar se asocia al llamado nuevo urbanismo, que acepta que la proximidad no es suficiente para producir sociabilidad y atribuye un rol crucial en esto a los espacios de encuentro y la infraestructura y servicios con los que cuenta el barrio y su entorno. Específicamente se revisa cómo usan las personas los espacios públicos del barrio y su entorno, como también la capacidad de estos lugares para crear vínculos socioeconómicamente diversos. Dada las diferencias que los PIS presentan en relación a su dotación, será posible entregar luces respecto a si efectivamente vivir en un lugar bien dotado (como JV) se asocia a mayor niveles de sociabilidad diversa.

En términos metodológicos, las dos primeras secciones se nutren de información levantada en la encuesta, mientras que la tercera lo hace mezclando datos de ambos instrumentos aplicados.

¿Hay homofilia socioeconómica en las relaciones sociales de los residentes de PIS?

La tendencia a reunirse con los similares, o también llamada homofilia, ha sido tratada como uno de los principales factores de la segregación social de la población en las ciudades. La mixtura social, como vía para el combate de la segregación, viene justamente a revertir la homofilia, especialmente la de naturaleza socioeconómica. Esta primera sección del capítulo va a examinar cómo es la distribución socioeconómica de los vínculos sociales que mantienen los residentes de PIS, con el objetivo de saber si su sociabilidad se organiza o no bajo una tendencia homofílica. Estos resultados se contrastarán con la tesis que ha sostenido una buena parte de la investigación en este campo: que al interior de este tipo de vecindarios, la sociabilidad se organiza sobre aquellos que pertenecen a la misma clase social (Butler y Robson, 2001; 2003; McPherson et al., 2001; Putnam, 2007).

Tabla 7 Distribución socioeconómica de la sociabilidad de los residentes de PIS.

Grupo social del contacto	% Ambos barrios	% SA	% JV
Clase Alta	7.3%	9%	4.6%
Clase media consolidada	26.7%	31.8%	18.4%
Clase media emergente	33%	31.1%	36.1%
Clase baja	33%	28%	40.9%

Fuente: elaboración propia.

La tabla n°7 entrega información de la distribución socioeconómica de la sociabilidad de los residentes de los PIS analizados. Ella indica que los vínculos de los habitantes de estos lugares se soportan mayormente (66%) en miembros de clase baja y media emergente, le siguen la clase media consolidada y, finalmente, los contactos de clase alta. Estos resultados incluyen a todo el universo de contactos de los 66 encuestados, sin referirse específicamente a una escala geográfica y son concomitantes con la distribución socioeconómica de la población chilena: concentrados mayoritariamente en segmentos bajos y medios bajos y con escasa participación de la clase alta (Asociación de Investigadores de Mercado, 2018). Pero la tabla muestra también que hay diferencias entre SA y JV. Mientras que en el primer vecindario la sociabilidad se sustenta en un 62.9% sobre contactos de clase media consolidada o emergente, en JV la tendencia es hacia clases más bajas, específicamente soportada en clase baja y media emergente, las que en conjunto representan el 77% de la sociabilidad. Asimismo, en los habitantes de SA los contactos de clase alta corresponden a una porción importante si se compara con JV, aun cuando en ninguno de los dos vecindarios el vínculo con este grupo social alcanza el 12% que representa dentro del área metropolitana de Santiago (Asociación de Investigadores de Mercado, 2018). Se puede sostener entonces, que las clases altas aparecen relativamente ausentes de los contactos que mantienen los residentes de los PIS.

Tabla 8 Análisis de asociación entre grupos social del contacto y variables demográficas²³

Variable	Sexo		Grupo social del entrevistado		Estado civil		Edad	
	χ^2	Phi	χ^2	Phi	χ^2	Phi	χ^2	Phi
Indicadores								
Grupo social de los contactos	0,078	0,064	0,000	0,17	0,263	0,082	0,000	0,171
Variables	Dependencia laboral		Nivel de escolaridad		Tipo de subsidio			
	χ^2	Phi	χ^2	Phi	χ^2	Phi		
Indicadores								
Grupo social de los contactos	0,000	0,174	0,000	0,23	0,654	0,064		

Fuente: elaboración propia.

¿Qué características demográficas podrían estar influyendo en esta distribución socioeconómica de la sociabilidad en los PIS? Las pruebas de asociación (tabla n°8) muestran que la distribución socioeconómica de los contactos y las características demográficas son significativas con el nivel de escolaridad, la clase social, la dependencia laboral y la edad. De estos, es el grado de

²³ χ^2 corresponde al valor de chi-cuadrado que indica si existe o no relación entre dos variables, mientras que Phi es un indicador del grado de asociación entre ellas. Ambos varían entre 0 y 1, aunque con relaciones diferentes. En el caso de χ^2 el valor 0 indica asociación, en cambio en el caso de Phi mientras mas cercano a 1 es el valor, más fuerte es la relación.

escolaridad del entrevistado el factor que más explica la distribución socioeconómica de los vínculos, especialmente en términos de promover contactos con sujetos en posiciones sociales más altas. Sin embargo, se observa también que los extremos educacionales (básica y media incompleta y básica completa) que representan conjuntamente el 45,7% de la muestra total de la encuesta aplicada, tienden a poseer sociabilidades socioeconómicamente más homogéneas y concentradas específicamente sobre clase media baja y baja.

La dependencia laboral —otra de las variables que mayor influencia tiene sobre la distribución socioeconómica de la sociabilidad— muestra que los jubilados y cesantes son quienes más concentran su sociabilidad sobre grupos de clase baja, con un 62,5% y 30,6% respectivamente, aunque este grupo de personas represente sólo el 8,4% de la muestra. Las personas con trabajo, ya sea de forma dependiente o independiente, que en conjunto representan el 77,2% de la muestra, presentan mayor heterogeneidad en su sociabilidad, teniendo más contactos con grupos de clase media consolidada y alta. En el caso de la edad, los extremos (entre 18 y 26 y +65 años) que son el 6,2% de la muestra, también aparecen con vínculos que tienden a estar concentrados en clase media emergente y clase baja. Mientras que las sociabilidades de los encuestados entre 26 y 65 años son más diversas desde el punto de vista socioeconómico.

Los resultados anteriores permiten sostener la idea de que la sociabilidad de los residentes de PIS sigue la tendencia ya observada por otros estudios, en relación a que la distribución socioeconómica de los vínculos está determinada en algún grado por la posición social de las personas (Lin, 1999; 2000), así como también por el nivel de escolaridad que ellos poseen y si acaso trabajan o no lo hacen (Paugman, 2012; Wormald y Trebilcock, 2015). La evidencia muestra entonces que trabajar, tener mayor escolaridad y estar en una mejor posición social operarían como mecanismos que podrían colaborar a incrementar la heterogeneidad socioeconómica de los vínculos.

Tabla 9 Relación entre clase social del entrevistado, con la clase social de sus contactos en los PIS

Clase social de los contactos	Clase social de los entrevistados		
	Clase media consolidada	Clase media emergente	Clase baja
Clase Alta	11,2%	6,8%	4,9%
Clase media consolidada	32,4%	29,2%	20,7%
Clase media emergente	30,1%	32,7%	35,3%
Clase baja	26,3%	31,2%	39,00%

Fuente: elaboración propia.

En función del resultado anterior es importante preguntarse si el hecho de que los vínculos sociales estén determinados por la condición socioeconómica de las

personas implica necesariamente la existencia de homofilia socioeconómica como un fenómeno generalizado al interior de la sociedad. La tabla n°9 entrega evidencia que permite dudar de esa relación. Aunque en todas las clases sociales los vínculos se concentran mayoritariamente en sujetos de la misma condición socioeconómica, dicho valor no marca diferencias significativas con los lazos que se mantienen con personas en otras posiciones sociales. Por el contrario, en todos los casos los encuestados presentan contactos de todas las condiciones socioeconómicas con valores relativamente equilibrados. Esto entrega indicios de que quienes habitan en estos barrios tienen, en términos prácticos, vínculos con sujetos en distintas posiciones de la escala social, lo que en términos teóricos podría cuestionar la hipótesis de la homofilia socioeconómica como un fenómeno generalizado.

Pero dentro de los PIS hay algunos matices. Si se considera aisladamente a los entrevistados ubicados en los extremos educacionales (con educación básica y media incompletas), a los pertenecientes a grupos etarios de extremo (18-26 y +65) y a los jubilados o cesantes, sí aparecen en ellos antecedentes que sugieren cierto grado de homofilia socioeconómica en sus vínculos. Por ejemplo, quienes están en extremos etarios tienen el 70,6% de sus vínculos soportados sólo sobre contactos de clase baja, mientras que aquellos con bajos niveles educativos lo hacen en un 61% y los jubilados y cesantes en un 62,5% sobre esta misma clase social. Esto quiere decir que la sociabilidad de las personas que poseen baja escolaridad y se encuentran cesantes o bien jubilados —quienes usualmente son clasificados como grupos sociales de bajos ingresos— tienen una sociabilidad soportada en miembros de su misma clase social. La homofilia socioeconómica parece ser también un aspecto a considerar en personas con estudios universitarios y postgrados. Aunque dichos sujetos, considerados aquí como clase media consolidada, representan sólo el 15,1% de la muestra, concentran el 50,9% de su sociabilidad sobre contactos de su misma clase social.

Ahora bien, ¿qué ocurre en términos de la distribución socioeconómica de la sociabilidad en cada uno de los casos de estudio? ¿habrá alguna tendencia de homofilia socioeconómica mas marcada en alguno de estos lugares?. Hay que decir primero que contrario a lo planteado por Sabatini et al., (2013b) respecto a la composición socioeconómica de estos lugares (p. 110 y 117 de esta tesis), en ninguno de los barrios se logró encuestar ni entrevistar a población que desarrolle trabajos asociados a clase alta. Esto significa que aquel grupo social no es considerado como un integrante de los barrios analizados²⁴ y, por lo tanto, en el transcurso de esta investigación no fue posible profundizar en las tendencias homofilicas de esta clase social.

²⁴ Este problema se explica por las limitantes que tiene la metodología de mercado para clasificar las clases sociales en una sociedad como la chilena en la que el consumo se encuentra masificado (p. 129).

Tabla 10 Relación entre clase social del entrevistado, con la clase social de sus contactos por barrio

San Alberto		Clase social de los entrevistados		
		Clase media consolidada	Clase media emergente	Clase baja
Clase social de los contactos	Clase Alta	12.80%	6.90%	7.60%
	Clase media consolidada	34.10%	32.30%	28.50%
	Clase media emergente	29.10%	31.80%	32.60%
	Clase baja	24.00%	29.00%	31.30%
Total		100.00%	100.00%	100.00%
Juvencio Valle		Clase media consolidada	Clase media emergente	Clase baja
Clase social de los contactos	Clase Alta	7.40%	6.70%	2.90%
	Clase media consolidada	28.10%	19.20%	14.70%
	Clase media emergente	32.60%	35.80%	37.40%
	Clase baja	31.90%	38.30%	45.00%
Total		100.00%	100.00%	100.00%

Una primera apreciación de la tabla n°10 es que los residentes de SA de clase baja y media emergente, como también los residentes de clase media consolidada de JV, mantienen una distribución socioeconómica de sus vínculos sociales que está organizada en torno al 30-30-30-10. Para estos grupos, la sociabilidad tiende a estar repartida —en términos generales— de manera equilibrada sobre diferentes clases sociales (con excepción de la clase alta), lo que refuerza la tesis de que no hay una tendencia de homofilia socioeconómica generalizada en los residentes de los PIS. Sin embargo, para la clase baja que reside en JV si es posible observar una importante concentración de la sociabilidad sobre contactos de similar condición socioeconómica. En efecto, en este barrio los entrevistados de clase baja concentran el 45% de su sociabilidad sobre otros miembros de su misma clase social. Se podría pensar entonces que para las personas de clase baja de JV sí existe algún grado de homofilia socioeconómica, por cuanto una parte importante de su sociabilidad se soporta en individuos de su misma posición social o muy similar.

Los datos de la tabla n°10 permiten confirmar también la relación existente entre posición social y heterogeneidad socioeconómica de los vínculos mencionada párrafos más arriba. Esto es determinante también porque marca tendencias diferentes en los casos de estudio. Mientras en SA la distribución socioeconómica de la sociabilidad tiende a estar “nivelada hacia arriba”, en JV

la red tiende a estar sostenida sobre personas en la misma categoría socioeconómica, lo que la hace más homofílica. Ejemplo de esto es que la presencia de clases más altas (sean estas media consolidada o alta) se incrementa a medida que aumenta la categoría social del entrevistado, a la vez que disminuye la presencia de clases más bajas (clase baja y emergente) en la sociabilidad de los residentes.

A la luz de estos resultados se puede confirmar que en términos generales las relaciones sociales de los residentes de PIS no están estructuradas a partir de la homofilia socioeconómica. Aunque la sociabilidad en estos barrios está determinada por factores sociodemográficos, especialmente el grado de escolaridad y la condición socioeconómica, la mayoría de los residentes de estos lugares mantiene relaciones sociales con personas de diferente posición social. La distribución general de la sociabilidad está organizada en una lógica del 30-30-30 con respecto a los contactos de clase baja, media emergente y consolidada, mientras que suele rondar el 10% con contactos de clase alta. Esto dibuja un panorama en que la homofilia no es tendencia general, como lo han sostenido diversos estudios aplicados a sujetos residentes de barrios de mixtura social (Kleit, 2001). Ahora bien, se encontró también la existencia de un grupo específico que reside en los PIS y que sí mantiene un nivel de homofilia socioeconómica importante. En este grupo están incluidos los jubilados y cesantes, los menores de 24 años, también los mayores de 65 años y aquellos que no alcanzaron a finalizar su educación obligatoria. Todos ellos pertenecen a clase baja y suelen soportar más del 60% de su sociabilidad en sujetos de la misma condición socioeconómica. Asimismo, parece haber una tendencia más homofílica en las redes de los residentes de JV que en los de SA, por cuanto estas últimas suelen aparecer más balanceadas socioeconómicamente hablando.

Los resultados de esta sección no hacen discriminación territorial. Es decir, no se sabe si en general la ausencia de homofilia socioeconómica se debe a la mixtura social que inducen los PIS o más bien no tiene relación con esto. Si la respuesta fuera positiva, los PIS estarían cumpliendo con su promesa de promover relaciones sociales más heterogéneas desde el punto de vista socioeconómico y creando las bases para los llamados efectos de barrio. En caso contrario, la estrategia de mixtura social en el barrio no estaría cumpliendo con uno de sus objetivos fundamentales. Para resolver esta duda, la siguiente sección examinará desde cuál escala territorial está emergiendo la diversidad socioeconómica de los vínculos.

¿Es el barrio un promotor del contacto pluriclasista?

Como se estableció en el marco teórico, las políticas pro mixtura residencial trabajan sobre la premisa de que en contextos de proximidad entre clases

sociales habrá mayor contacto entre ellas, generando así mayor diversidad en los vínculos sociales. En un movimiento exploratorio, el foco de esta sección es determinar si los PIS operan o no como productores de sociabilidades más diversas desde el punto de vista socioeconómico. Para ello, se analizarán por separado las diferentes escalas territoriales, estimando cuál de ellas tiene mayor capacidad para producir contactos pluriclasistas.

Tabla 11 Distribución territorial de las relaciones sociales en los PIS

		% Ambos barrios	% SA	% JV
Residencia de los contactos	En el barrio	23.1%	20.3%	27.6%
	Entorno al barrio	38%	35.7%	41.7%
	En otro lugar de Santiago	33%	37.6%	25.7%
	Otra región	5.8%	6.4%	4.9%
	En el extranjero	0.1%	0.1%	0.2%

Fuente: elaboración propia.

La tabla nº11 indica que la mayoría de los contactos que poseen los habitantes de los PIS se localizan en el entorno al barrio (23,1%), le sigue la escala metropolitana y luego la escala barrio. Aunque no hay investigaciones disponibles para comparar la distribución de los contactos en la escala entorno, metropolitana, región y extranjero, sí se puede afirmar que la porción de contactos alojados en la escala barrio se asemeja bastante lo encontrado por otros trabajos realizados en Chile (García et al., 2014; Link y Valenzuela, 2014), Brasil (Marques et al., 2008) y Norte América (Kleit, 2011).

Pero la tendencia de distribución espacial de la sociabilidad cambia levemente cuando se analiza por caso de estudio. Mientras el entorno es la escala que mayor volumen de sociabilidad concentra para los residentes de JV, la escala metropolitana lo es para los habitantes de SA. También, el barrio concentra una mayor porción de contactos en los residentes de JV que en los de SA. Se registra además que en el primero de estos casos, la escala barrio junto al entorno concentran mas del 68% de los contactos totales, mientras que en SA la cifra alcanza el 55%. Estos antecedentes permite argumentar que los vínculos sociales de los residentes de JV tienden a ser más locales, mientras que los de SA están más extendidas espacialmente hablando. Las relaciones sociales que se mantienen en regiones diferentes a la metropolitana no tiene trascendencia estadística en ninguno de los casos de estudio, así mismo las relaciones en el extranjero. Esto último podría relacionarse con la falta de población inmigrante que fue documentada en ambos vecindarios (p. 143-144).

Tabla 12 Distribución socioeconómica de los contactos al interior del barrio²⁵

TOTAL		Ambos barrios	SA	JV
Clase social de los contactos en el barrio	Clase Alta	0.50%	1.00%	0.00%
	Clase media consolidada	13.90%	20.30%	6.30%
	Clase media emergente	39.80%	40.60%	38.80%
	Clase baja	45.80%	38.10%	54.90%

Fuente: elaboración propia.

Pero, ¿qué tan diverso socioeconómicamente hablando es el contacto en cada una de estas escalas?. Los resultados contenidos en la tabla n°12 confirman la ya mencionada ausencia de clases altas en ambos vecindarios. El único contacto de clase alta detectado dentro la sociabilidad de los entrevistados fue registrado en SA y se trató de un integrante del consejo municipal local, por lo que su posición social podría ser incluso temporal. La falta de clases altas en los PIS pueden ser uno de los principales obstáculos para los objetivos que persiguen estos barrios y da soporte a la idea de que estos lugares sólo promueven una mixtura social confinada en clases medias bajas y bajas. De hecho, en promedio el 85,6% de los vínculos localizadas en ambos vecindarios son con personas de estos grupos.

Los resultados de la escala barrio no parecen tan alentadores en términos de promover sociabilidades más diversas, porque aunque estos PIS rompan con la antigua homogeneidad socio-espacial derivada de la construcción de barrios con un solo tipo de subsidio, parece aún insuficiente en términos de promover relaciones sociales diversas desde el punto de vista socioeconómico. La lógica de integración de subsidios para clase baja y media baja, sumada a venta directa para clase alta consolidada y alta, no parece rendir buenos frutos en términos de fomentar sociabilidades más diversas a nivel de barrio.

Aunque ambos barrios tienen problemas para conseguir mixtura social completa, la tabla n°12 indica que en este aspecto SA es más exitoso que JV. De hecho, el 20% de la sociabilidad promovida por el primer barrio se sustenta en grupos de clase media consolidada, mientras que JV lo hace sólo en un 6,3%. La base de la sociabilidad en este último vecindario se encuentra soportada sobre la clase baja. Esto da otro apoyo a la idea planteada en la sección anterior en relación que así como las relaciones sociales en SA están niveladas hacia arriba, en JV parecen estar niveladas hacia abajo en términos socioeconómicos.

²⁵ La escala territorial "Extranjero" fue suprimida de esta tabla por considerarse como irrelevante para los datos analizados

Un aspecto determinante en las tendencias señaladas es la composición social del vecindario. Las pruebas de correspondencia entre la distribución socioeconómica de los barrios y la distribución socioeconómica de la sociabilidad lo confirman no sólo en términos generales (como se revisó en la sección anterior), sino que también en cada uno de los vecindarios (SA: χ^2 0.015 y Phi 0.222; JV χ^2 0.002 y Phi: 0,77). De hecho, como se observa en la tabla n°12 la distribución socioeconómica de la sociabilidad sigue un patrón similar respecto a la composición social de estos lugares (ver p. 110 y p. 117). Es pertinente plantear entonces que la diversidad de las relaciones existentes en los PIS está restringida en buena medida de la composición social de los mismos. Aquí hay un desafío para el MINVU, ya que si el objetivo de una política habitacional de mixtura social es producir relaciones sociales más heterogéneas desde el punto de vista socioeconómico, es trascendental que los barrios logren incorporar más familias de clase media consolidada y clase alta, grupos que aparecen relativamente ausentes en ambos casos de estudio, especialmente en JV.

Ahora bien, ¿estarán las relaciones sociales segmentadas socioeconómicamente al interior del barrio como sostienen, por ejemplo, los vínculos de la homofilia con la teoría de tectónica social?. La tabla n°13 rechaza cuantitativamente esta idea para ambos vecindarios. Sin embargo, muestra una mayor porción de endogeneidad en los residentes de clase baja de JV, grupo que concentra casi el 60% de sus contactos en el barrio con personas son su misma condición socioeconómica. Este dato no es menor, por cuanto este grupo social representa el 59,8% de la muestra recogida en JV. Es factible argumentar entonces que los individuos pobres de JV se relacionan mayormente en el barrio con otros individuos en su misma situación socioeconómica. Ahora bien, la tabla n° 13 muestra también que el resto de grupos sociales que habitan en ambos vecindarios mantienen relaciones sociales con familias de otras condiciones que también residen en el lugar. De hecho, destacan los altos porcentajes de interacción que familias de clase media consolidada tienen con otros grupos sociales al interior de los barrios. Así, la tesis de “tectónica social” (Butler y Robson, 2003) que basa su planteamiento en la existencia de la homofilia socioeconómica de los vínculos sociales, no aplicaría de forma generalizada al interior de los PIS, aunque sí podría tener alguna influencia para explicar la situación de sujetos de clase baja que residen en JV. La tabla confirma también la asociación positiva que hay en SA en relación a que las sociabilidades ancladas en el vecindario tienden a ser más diversas al incluir en una mayor porción a la clase media consolidada, con algo más de independencia respecto a la posición social del encuestado.

Tabla 13 Distribución socioeconómicas de las relaciones sociales de los residentes de PIS según su posición social

Barrio	Grupo social del entrevistado	Clase social de los contactos al interior del barrio			
		Clase baja	Clase media emergente	Clase media consolidada	Clase alta
Juvencio Valle	Clase baja	56,2%	38%	5,8%	0%
	Clase media emergente	53,8%	38,5%	7,7%	0%
	Clase media consolidada	41,7%	50%	8,3%	0%
San Alberto	Clase baja	28,6%	51,0%	20,4%	0%
	Clase media emergente	42,6%	30,9%	24,5%	2,1%
	Clase media consolidada	39,1%	46,9%	14,1%	0%

Fuente: elaboración propia.

La diversidad en las redes socioeconómicas depende en buena medida de la disponibilidad de grupos sociales con los que se tenga contacto en proximidad. Eso explicaría las diferencias observadas entre SA y JV. Se podría sostener entonces que un barrio más diverso socioeconómicamente hablando (como SA), podría estar acompañado de una sociabilidad de barrio más heterogénea. Esto avala el efecto positivo que puede tener una política habitacional de mixtura social en términos de la diversidad de los contactos. Pero a la vez pone en duda el efecto específico que tiene la política habitacional chilena sobre la diversidad socioeconómica de la sociabilidad, debido a lo restringida que es la mixtura que propone (especialmente en JV).

Tabla 14 Distribución socioeconómica de los contactos en el entorno y “otro lugar” de Santiago.

		Ambos barrios		SA		JV	
		Entorno al barrio	En otro lugar de Santiago	Entorno al barrio	En otro lugar de Santiago	Entorno al barrio	En otro lugar de Santiago
Clase social de los contactos	Clase Alta	4.50%	15.70%	4.90%	17.70%	3.80%	11.00%
	Clase media consolidada	25.40%	34.70%	31.60%	34.60%	17.00%	35.00%
	Clase media emergente	33.20%	30.00%	31.30%	28.90%	35.80%	32.50%
	Clase baja	36.90%	19.60%	32.20%	18.80%	43.40%	21.50%

Fuente: elaboración propia.

La tabla n°14 muestra la distribución socioeconómica de los PIS en escalas diferentes del barrio. De ella se desprende que a medida que los contactos se alejan del barrio la diversidad de la sociabilidad tiende a aumentar. El patrón de distribución socioeconómica de los vínculos comienza a cambiar en el entorno. Allí, los contactos de clase baja que poseen los habitantes de JV y SA

disminuyen su proporción en comparación al barrio, y esa tendencia continúa hasta la escala metropolitana. Ocurre lo mismo con los contactos de clase media emergente en ambos casos de estudio. Simultáneamente, los contactos con sujetos de clase media consolidada se incrementan en la escala entorno mientras que los de clase alta irrumpen notablemente en la escala metropolitana en los dos vecindarios. Por consiguiente, es esta última escala en donde es posible encontrar mayor equilibrio en la distribución socioeconómica de la sociabilidad.

Una posible explicación a esta tendencia es que a medida que nos alejamos del barrio encontramos, casi naturalmente, mayor disponibilidad de clases sociales debido a que la población incrementa y, por tanto, hay más probabilidad de contacto pluriclasista en esa escala territorial que en el barrio. Sin embargo, aunque esto sea válido, hay que hacer notar que la diversidad socioeconómica inducida en la escala metropolitana se encuentra segmentada espacialmente. Tal como muestran los gráficos nº9 y nº10, la clase alta y media consolidada suele encontrarse en comunas alejadas de los PIS en estudio, fundamentalmente de JV (Vitacura, Las Condes, La Reina, Providencia, Santiago, Pirque, La Florida), a la vez que concentradas —especialmente la primera— ya sea en el llamado “cono de alta renta de la ciudad” o bien en comunas periféricas con atributos naturales y paisajísticos. El factor naturaleza parece estar dispersando a estos grupos sociales hacia zonas piemontinas y rurales cercanas a SA, de ahí que los lazos con clases altas aparezcan con mayor presencia en comunas cercanas a este lugar. Por el lado de los contactos de clase media baja y media baja, estos aparecen más dispersos en toda el área metropolitana, pero la tendencia en ambos vecindarios parece clara: localizados en comunas periféricas y que tradicionalmente han albergado vivienda social (Quilicura, La Cisterna, La Granja, La Pintana, Pedro Aguirre Cerda, San Ramón, Cerro Navia, etc.). Esto configuran un mapa de sociabilidad segregado, que tiende a limitar el desarrollo de sociabilidades diversas en escalas más locales, especialmente en JV.

Este último resultado viene a cuestionar la localización de los PIS. ¿Cómo conseguir sociabilidades más diversas si el barrio no lo es y si la ciudad presenta patrones de segregación —aunque en ruptura— aún importantes?. Aquí es donde podría tomar importancia el entorno. No obstante, en este aspecto los PIS se enfrentan a otro problema. Como se describió en la presentación de los casos de estudio, estos barrios tienden a estar localizados en zonas periféricas y cercanas a barrios segregados. SA es un caso atípico, ya que se localiza en área de desarrollo inmobiliario de alto estándar y eso podría estar actuando para promover una sociabilidad de entorno con mayor presencia de clase media consolidada, como indica la tabla nº14. De hecho, se corroboró que los propios residentes del barrio perciben el entorno como un lugar de ingresos mixtos, cuestión que a su entender es clave en el desarrollo de sociabilidades más diversas.

LV: ¿Usted diría que en este barrio hay familias de diferentes niveles de ingreso? **EN:** Claro, de gente de trabajadora de distintas cosas, porque ya hay municipalidad, hay del hospital, hay profesores, hay gente que trabaja en casas particulares, pero es gente que se gana la plata trabajando. **LV:** Y en relación al entorno al barrio ¿diría usted que es diverso? **EN:** Hay de todo. Aquí hay sectores con casas grandes, bonitas, pero también hay sectores así que se han hecho como pequeños grupos como donde vive gente pobre (Carlos, clase media emergente, SA).

Sin embargo, JV, que es un caso más representativo de la localización de los PIS, se ubica en una zona compuesta mayoritariamente por vivienda social construida durante la década del noventa. Como indica la tabla nº14, el entorno de este barrio, aunque proveyendo de sociabilidades socioeconómicamente más diversas que el barrio, aún sostiene su sociabilidad en una porción importante sobre la clase baja y media emergente. Esa falta de diversidad social en el entorno es también un aspecto señalado en las entrevistas con los residentes:

LV: los barrios que están alrededor de Juvencio Valle, por ejemplo aquí el, eh bueno todos los barrios que están aquí al lado ¿usted diría que son de clase más alta o más baja?. **EN:** Más baja, más baja que nosotros, tienen más necesidades, por lo menos uno duerme abrigadito, no se moja, tiene su buen baño, tiene su ducha, anda limpiecito, tiene adonde tender, donde secar, en qué lavar, yo por eso digo más acomodadita no más que los demás. Pero por afuera del barrio son todos más bajos (Fabiola, clase baja, JV).

Parece nuevamente mas adecuado seguir la línea de SA, al menos para conseguir sociabilidad algo más diversa en el entorno. Eso significa que no sólo se debiese mejorar la mixtura interna del barrio, sino que también que estos se encuentren insertos en entornos más diversos desde el punto de vista socioeconómico.

Gráfico 9 Distribución por comuna de los vínculos según clase social, JV

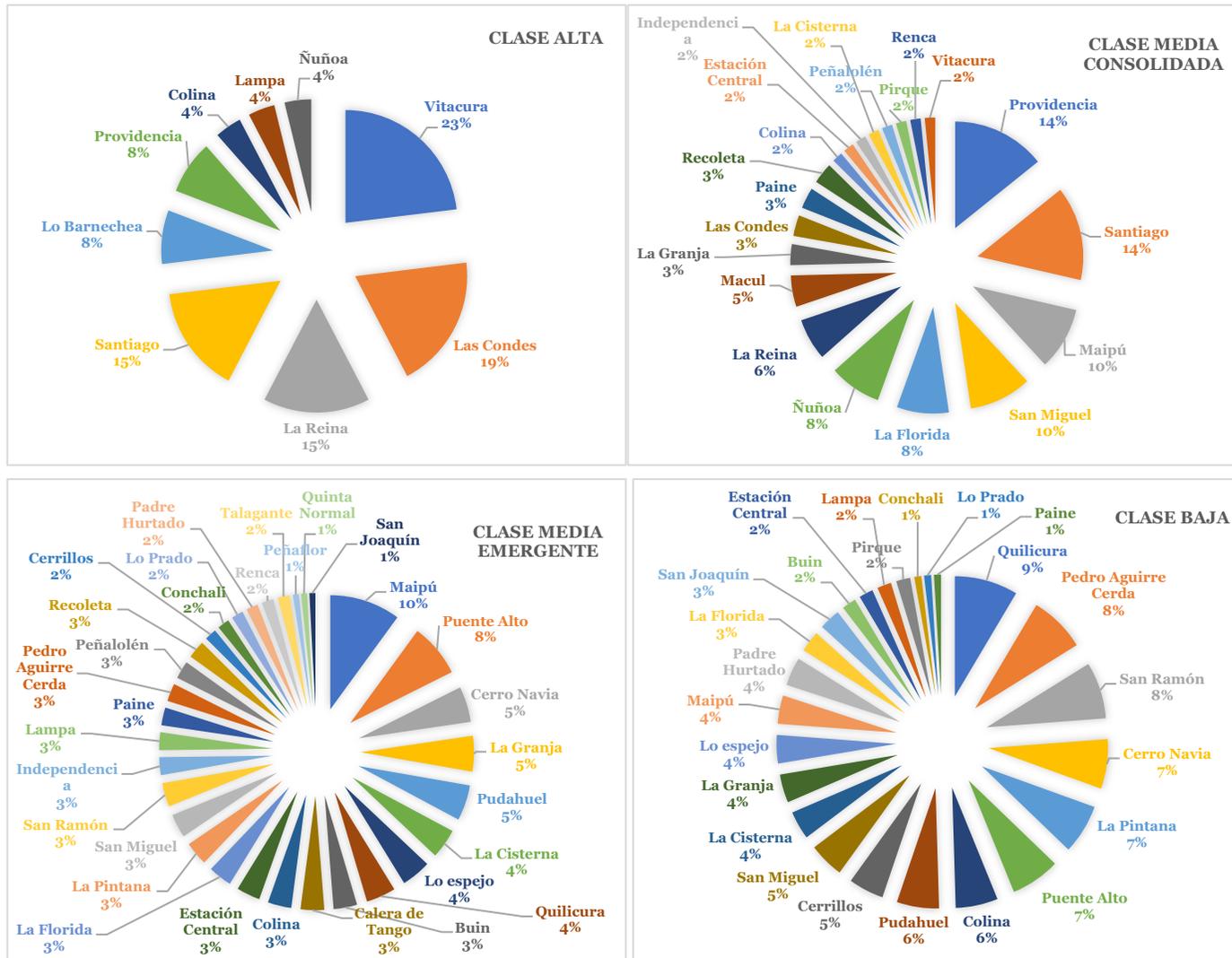
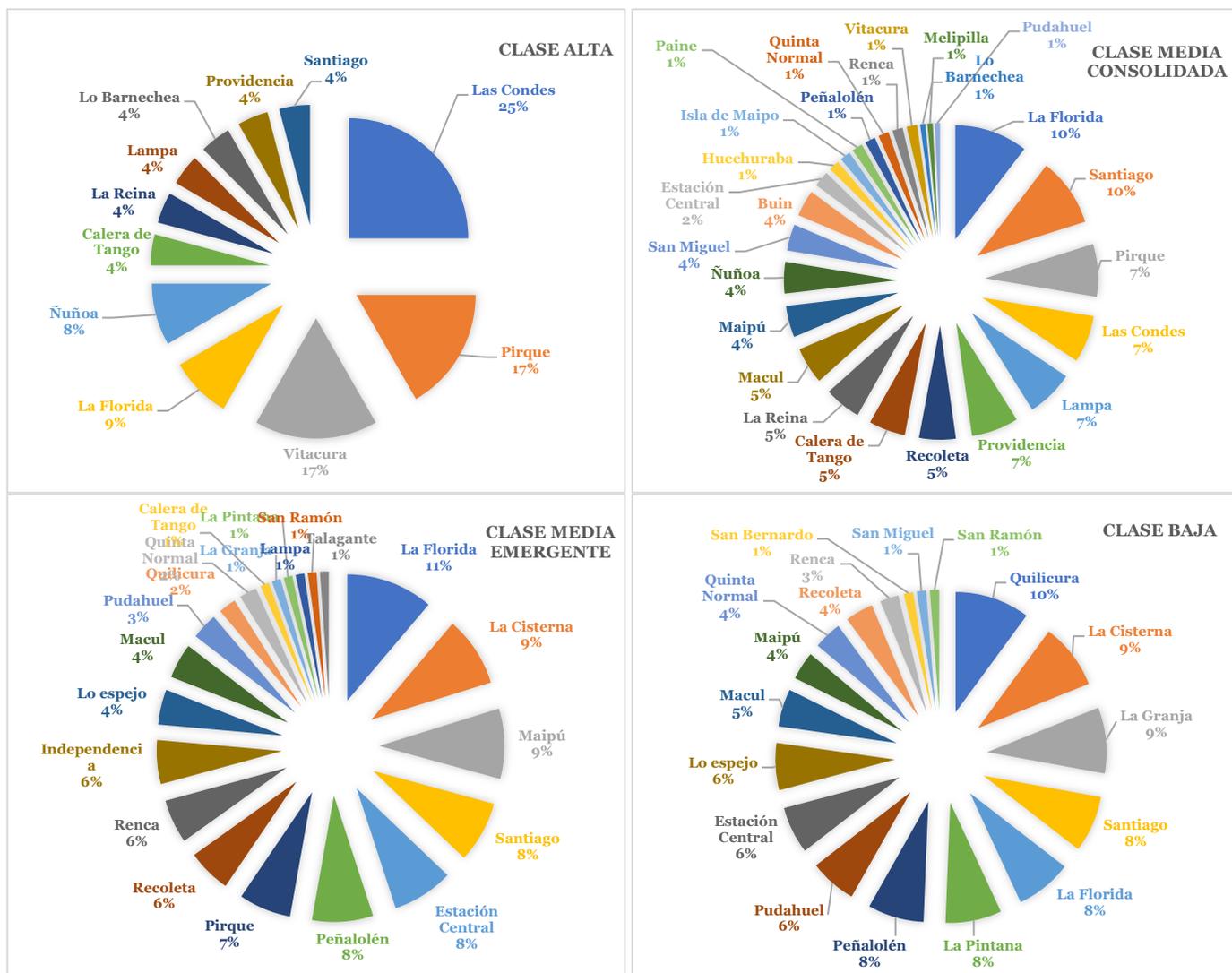


Gráfico 10 Distribución por comuna de los vínculos según clase social, SA.



En resumen, los resultados muestran que el barrio no se constituye como un motor o generador de relaciones pluriclasista, por eso, se puede argumentar que la falta general de homofilia socioeconómica que fue reconocida en la sección anterior no se explica necesariamente por la mixtura social inducida por los PIS. Los casos analizados aquí muestran que la capacidad que tiene la política habitacional chilena pro mixtura social para producir sociabilidades pluriclasistas es limitada. Hay dos aspectos que influyen en esto, el primero es el propio grado de mixtura social que proveen los vecindarios y que se limita mayoritariamente a clase media emergente y clase baja. Esto impulsa el desafío de cómo integrar más familias de clase media consolidada y clase alta en estos lugares. Mientras que el segundo aspecto guarda relación con la localización del barrio en una ciudad segregada como Santiago. Parece trascendental que para acercar la diversidad al barrio y su entorno, se logre construir PIS en lugares socioeconómicamente más heterogéneos, como lo efectivamente lo hace SA. Pero sobre este último aspecto no sólo es importante por la diversidad social del área, sino que también podría estar jugando un rol la dotación de servicios e infraestructura que este posee para fomentar sociabilidades socioeconómicamente más heterogéneas. Este tema es lo que abordará la siguiente sección.

La importancia de lo espacial ¿pueden la dotación de los PIS y su entorno puede promover relaciones sociales pluriclasistas?.

Durante las últimas décadas, una buena parte de la literatura como también las políticas urbanas —especialmente en países europeos— han asumido que una buena dotación de servicios y equipamientos urbanos tiene capacidad para producir una mayor volumen de sociabilidad entre sujetos (Dempsey, 2009; Mulgan et al., 2006; Raman, 2010; Tunstall, 2010). Dicho planteamiento, a favor de una “ciudad compacta” y de usos mixtos, tiene su fundamento en el tipo de relaciones sociales que se inducen en estos lugares: relaciones débiles. Estas relaciones no sólo poseen la capacidad para producir mayor contacto entre sujetos, sino que también un contacto más pluriclasista (Paugman 2012 ; Putnam, 2009, 2007; Wellman, 2001; Lozares et al., 2011). En este apartado se examinan estas ideas que vinculan la sociabilidad a la dotación de los lugares, contrastando SA y JV, barrios ubicados en entornos no solo socialmente diferentes, sino que también opuestos en términos de su dotación.

La revisión teórica sugiere que en la sociedad contemporánea los vínculos débiles son numéricamente más abundantes que los fuertes (Putnam, 2009, 2007; Wellman, 2001). Pero los resultados recogidos muestran que en los PIS estos últimos aún tienen una importancia notable. Como ilustra la tabla n°15 en ambos casos de estudio la sociabilidad de sus residentes se encuentra sostenida en relaciones fuertes, sean estas de amistad o relaciones familiares.

Las relaciones débiles sólo representan el 28,3% de los contactos que mantienen los habitantes de ambos barrios y no se observan diferencias o modificaciones de esta tendencia en ninguno de los dos casos de estudio.

Tabla 15 Distribución socioeconómica de la sociabilidad según tipo de relación en los PIS

		% Ambos barrios	% SA	% JV	Clase baja	Media emergente	Media consolidada	Alta
Tipo de relación	Amistad	36,3%	37,3%	34,6%	31,9%	38,8%	23,1%	6,2%
	Familiar	35,4%	34,9%	36,4%	44,3%	32,2%	22,1%	1,4%
	Laboral o profesional	21,4%	21,9%	20,5%	24%	30,5%	30,8%	14,7%
	De servicios públicos o institucionales	6,9%	5,9%	8,5%	7,9%	14,9%	56,1%	21,1%

Fuente: elaboración propia.

Las investigaciones también han sugerido la existencia de una relación entre el tipo de vínculo que se mantiene y la diversidad socioeconómica (Putnam, 2007). Esta relación es estadísticamente significativa en ambos casos de estudio (chi cuadrado: 0.000) y presenta un grado de asociación importante (Phi: 0.351), lo que significa que la distribución socioeconómica de la sociabilidad de los residentes de los PIS está ligada en buena parte al tipo de relaciones que la sustenta. Se hace necesario establecer cuál de todos los tipos de relaciones sociales tiende a ser más diversa. La tabla n°15 entrega antecedentes al respecto, mostrando que en general los vínculos fuertes se sostienen en personas de condición social media emergente y baja. Dicha tendencia pudo ser corroborada tanto en SA como en JV, aunque en el segundo de ellos la cantidad de relaciones de amistad y familiares en condición de clase baja es superior, al menos en un 10%, a la de SA. Asimismo, los residentes de SA tienen mayor presencia de clase media consolidada y clase alta en sus vínculos fuertes, corroborando la tendencia “hacia arriba” que tienen los vínculos de los residentes de este barrio y dando cuenta, probablemente, de una situación familiar de mejor condición social. Llama la atención la poca cantidad de vínculos fuertes que hay con la clase alta, situación que es especialmente clara en JV donde sólo el 0,4% de sus contactos familiares fueron clasificados en esta categoría social, lo que equivale a 1 contacto de una muestra total de 635. Hipotéticamente, esto podría ser un indicador de la dificultad que tienen particularmente los miembros de familias que soportan su sociabilidad en vínculos fuertes de clase baja y media, de poder ascender socialmente hasta clase alta²⁶.

²⁶ Hay varios estudios que investigan los mecanismos de clausura de la clase alta en Chile y sugieren lo difícil que es ingresar a ella a través de la tradicional “movilidad social” (ver por ejemplo, Méndez y Gayo, 2018).

La tabla nº15 muestra también que las relaciones débiles se asocian a vínculos más diversos en términos socioeconómicos. La presencia de la clase baja en contactos laborales y de servicios disminuye de manera importante si se compara con su presencia en los vínculos fuertes, lo mismo que ocurre con la clase media emergente. Dicha tendencia tienen magnitudes similares para los residentes de ambos casos de estudio. Simultáneamente, la presencia de contactos de clase media consolidada y clase alta se incrementa en los vínculos débiles. Se observa también que los vínculos laborales o profesionales son los que inducen sociabilidades más equilibradas socioeconómicamente hablando, confirmando lo previamente comentado acerca de la importancia del trabajo en la heterogeneidad de la sociedad (Paugman, 2012). Sin embargo, los resultados muestran un resultado inesperado: la capacidad que tienen los contactos asociados a servicios para promover relaciones sociales más pluriclasistas, especialmente induciendo vínculos con clase media consolidada. Este fenómeno podría estar asociado a que históricamente dicho grupo social ha estado relacionado a la prestación de servicios institucionales (Barozet, 2006), situación que es suma importancia en la consecución de sociabilidades más diversas, más allá de que el lazo resultante no sea emocionalmente trascendente.

Si bien la heterogeneidad de la sociabilidad es importante en términos de la promoción de una cohesión social pluriclasista, su valor también debe ser interpretado en perspectiva territorial. Esto significa que hay una conexión entre los tipos de relaciones sociales y los lugares en que estas se desarrollan, los cuales podrían estar diferenciados o bien integradas en diferentes escalas del espacio urbano. La lectura de esta relación es particularmente importante en el caso de los PIS, por cuanto a través de ella se puede estimar si la localización y dotación de estos barrios tiene capacidad o no para producir sociabilidades más diversas. La idea preponderante en la literatura es que un barrio y entorno dotado de una diversidad de actividades laborales y de servicios (uso residencial mixto), tendría mayor capacidad para producir sociabilidades diversas (Dempsey, 2009; Mulgan et al., 2006; Raman, 2010; Tunstall, 2010; Tunstall, 2010).

Tabla 16 Lugar de reunión por tipo de relación

	Lugar de reunión					
	En casa de el o la mía	En casa de terceros	Escuela-Trabajo-Universidad	Espacios abiertos del barrio ²⁷	Espacios abiertos fuera del barrio ²⁸	Servicios públicos e institucionales ²⁹
Amistad o conocidos	60,6%	6,0%	9,7%	16,0%	3,0%	4,8%
Familiar	85,0%	7,8%	1,5%	2,6%	1,2%	1,9%

²⁷ Se consideraron: plaza, sede, cancha y negocios.

²⁸ Se consideraron: feria, parque, calle, mall.

²⁹ Se consideraron: hospital, iglesia, clubes deportivos, municipalidad u otros gubernamentales.

Laboral o profesional	13,0%	0,8%	64,1%	13,6%	6,8%	1,7%
De servicios públicos o institucionales	5,3%	1,8%	12,3%	11,4%	8,8%	60,5%

Fuente: elaboración propia.

La tabla n°16 comienza a entregar pistas respecto a la dimensión territorial de las relaciones sociales sostenidas por residentes de PIS. Los resultados confirman lo sostenido por Link y Valenzuela (2014) como también García et al., (2014) respecto a que la casa es el lugar más importante en términos de sostener las relaciones sociales en Chile. Sin embargo, muestran que esta idea se soporta solo en términos de las relaciones fuertes, ya que los vínculos débiles se desarrollan mayoritariamente en espacios públicos o semi-públicos y no tanto en espacios privados. Dado esto último y tomando las premisas del Nuevo Urbanismo, se podría sostener que la existencia de estos espacios en el barrio y en el entorno resultarían claves en la promoción no sólo de la sociabilidad, sino que también harían esta más diversa desde el punto de vista socioeconómico. Sin embargo, ¿ocurre así en los PIS?

Antes de responder si los PIS inducen sociabilidades socioeconómicamente más diversas, se hace oportuno considerar brevemente dos aspectos. El primero es que entre ambos barrios existe una diferencia en términos de la sociabilidad anclada en ellos. Mientras que las encuestas aplicadas en JV mostraron que allí el barrio concentra el 27,6% del total de relaciones que mantienen las personas, en SA la cifra alcanza el 20,3% del total de los vínculos (tabla n° 11). El segundo aspecto a considerar son los espacios públicos (de servicio y laborales) con los que cuentan SA y JV, tanto en su interior como en el entorno. Ambos lugares fueron pensados a partir de una función residencial, por lo que el principal lugar diseñado para el encuentro son las pequeñas plazas. Mientras SA cuenta con 25 plazas interiores, cerradas y con acceso controlado por los propios vecinos, JV posee una sola gran área verde abierta que se extiende a ambos costados de la principal calle del vecindario. Este último barrio posee también 4 sedes vecinales, empleadas para distintos propósitos y por organizaciones sociales específicas. A esto se suman las diferencias en términos del entorno. Mientras en SA sólo es posible encontrar un colegio y un centro de salud familiar (CESFAM), en JV hay al menos dos supermercados, un hospital y una de las más grandes ferias populares que funciona diariamente en el sur de Santiago. Ambos barrios y sus entornos presentan entonces diferencias en términos de dotación de espacios públicos, siendo JV el que más espacios públicos o semi-públicos tiene. Ahora bien, ¿cómo usan esos lugares los residentes y cómo estos pueden influir en términos de que los residentes de los PIS obtengan una sociabilidad más diversa?

En términos de la dotación intrabarrío, las plazas cumplen un rol esencial, pero a la vez distintivo en ambos PIS. En SA, estos lugares funcionan como espacios de encuentro exclusivos. Como las plazas se encuentran rodeadas de viviendas

y con acceso controlado por un portón, no todos los vecinos las ocupan de igual manera. Quienes habitan alrededor de las plazas o en su frontis, reconocen que este lugar les ha servido como espacio de encuentro y conocimiento entre vecinos. En algunas de estas plazas organizan incluso actividades para los niños, por ejemplo en Navidad, o actividades físicas y reuniones para los residentes. Pero la interacción que estimulan estos espacios públicos tiende a estar concentrada en los residentes que las rodean y no se extienden más allá de los límites del portón. El hecho de que las plazas hayan sido pensadas como lugares comunes internos y con un solo acceso, ha posibilitado su apropiación física y simbólica de parte de algunos residentes, a la vez que ha restringido que estas funcionen como espacios de encuentro entre toda la comunidad de barrio.

LV: ¿Frecuenta usted los espacios públicos del barrio? **EN:** Sí. **LV:** En que ocasiones la ocupa? **EN:** Bueno la plaza la ocupa más mi hija, ella sale a jugar con sus amigos y todo. Yo, salgo a ver cuando ella está afuera, de repente con alguna amiga me siento en la plaza a conversar. **LV:** ¿Y has tenido la oportunidad de conocer vecinos en esta plaza por ejemplo? **EN:** En esta plaza sí, porque también hacen reuniones. Hace un tiempo atrás hacíamos fiesta para los niños y entonces ahí nos conocíamos todos. **LV:** ¿Pero la fiesta era para todos o solo para quienes viven alrededor de la plaza? **EN:** Claro, *solamente alrededor de la plaza*, hacíamos una fiesta de navidad y poníamos una mesa y todo para celebrarlos, traíamos al Viejo Pascuero y todo. Entonces, ahí daba la oportunidad de conocer más a los vecinos. (Celia, clase baja, SA).

En JV las plazas también han estimulado el encuentro entre residentes del barrio, pero en este caso de una manera más inclusiva. La localización de estos espacios públicos ha sido esencial, por cuanto están presentes desde que los residentes ingresan al vecindario hasta que arriban a sus respectivos pasajes o calles. Además, a diferencia de lo que ocurre en SA, el diseño del acceso a estos lugares impide que su acceso de controle o se cierre con rejas. Esto ha dado pie para que en las áreas verdes se desarrollen actividades de todo tipo, intervenciones de vecinos, iniciativas municipales y el permanente juego de los niños. Todas estas actividades han aportado a que todos los vecinos interactúen mutuamente.

Imagen 5 Espacios públicos de los PIS. Arriba, plazas en JV (espacio abierto).
Abajo, plaza en SA (espacio cerrado).



Fuente: archivo del autor.

LV: ¿Se juntan regularmente con otras personas en las plazas?. **EN:** Sí, yo al menos como tengo a mi hijo ahora, porque antes igual yo era así del trabajo a la casa y de la casa a ver a mi mamá y en la calle nada. Hola y chao con los vecinos no más. Pero ahora como ya tengo mi hijo él sale un ratito en la tarde ahí a jugar, entonces ahí ya uno como que sociabiliza más con los vecinos, yo por lo menos (...) Además yo soy dirigente, así que igual así he conocido un montón de gente (Celia, clase baja, JV).

La cita anterior toca tangencialmente un aspecto no menor: la participación, como actividad de encuentro entre vecinos. Mientras la participación vecinal ha tomado particular fuerza en JV, en SA es prácticamente inexistente. En ese contexto, las sedes vecinales diseñadas en JV han sido claves. Cada una de ellas se utiliza con fines específicos: una para las reuniones del club de ancianos, otra para las reuniones del club deportivo del lugar, también hay una para la junta de vecinos y otra para actividades en general. Como sostuvieron casi todos los entrevistados y también fue observado en los trabajos de terreno, estas sedes suelen estar ocupadas por los residentes, especialmente en las tarde durante la semana y todo el día durante el fin de semana, por lo que ellas efectivamente funcionan como lugares que promueven el contacto entre residentes. El caso de

SA es opuesto. Se registró que en el barrio no hay organizaciones comunitarias, ni siquiera una junta de vecinos. Aún cuando el proyecto residencial contemplaba la construcción de un espacio común para reuniones, este no fue realizado por la constructora a cargo de su ejecución. Por eso, cuando los vecinos se reúnen a tratar temas esporádicos, no tiene un lugar físico para hacerlo en el barrio, por lo que solicitan una sede vecinal de algún barrio adyacente o se reúnen en alguna vivienda de SA con las restricciones físicas que ello implica.

A pesar de que las plazas y las organizaciones locales son importantes en términos de contacto, durante el trabajo en terreno se comprobó que los negocios locales a pequeña escala también se han constituido de forma espontánea como puntos de encuentro claves entre vecinos. Así lo ilustran sus residentes:

LV: ¿Qué ocurre con los almacenes? **EN:** Tenemos acá un almacén que es súper surtido, grande, la carnicería de la esquina ahí, una carnicería, es un poquito cara, pero está ahí y el almacén de unos acá atrás, que tienen caja vecina. **LV:** Y ¿funcionan cómo espacios de encuentro? **EN:** Sí, uno se junta ahí con los vecinos a veces, los saludas y conversas un poco (Mario, clase media emergente, JV).

LV: ¿En qué ocasiones usted en el barrio ha tenido la oportunidad de conocer a los nuevos vecinos? **EN:** Bueno, tuve la oportunidad de conocerlos cuando tuve el almacén, ahí es una gran posibilidad de conocer a los vecinos y hay muchos negocios aquí (...) **LV:** ¿por qué cree usted que se dio eso?, ¿por que colocaron muchos almacenes? **EN:** Porque aquí estamos lejos de todo, es como eh, todo lo que nosotros quisiéramos tenemos que salir al centro de Puente Alto entonces se da mucho en los barrios que la gente llega y abre un almacén porque ven la posibilidad de no moverse de la casa, de no tener que salir, desplazarse a lugares lejanos a trabajar y tener un ingreso dentro de la misma casa (Francisca, clase media consolidada, SA).

Los almacenes como punto de encuentro son muy importantes en SA, dada la carencia de espacios públicos y los problemas de dotación que tiene el barrio y su entorno. Para satisfacer sus necesidades cotidianas, muchos vecinos han optado por crear pequeños almacenes, tal como lo sostiene Francisca. Ellos han tomado los problemas de dotación como una oportunidad, a la vez que los vecinos valoran estos espacios tanto porque le acercan servicios al barrio y como también porque promueven la interacción entre residentes.

Imagen 6 Almacenes en SA



Fuente: archivo del autor.

En JV hay también almacenes, pero estos cumplen una función secundaria dado que el grueso de la sociabilidad se fomenta a través de los espacios públicos y la participación social. Llama la atención, la capacidad que tienen algunos pequeños emprendimientos de comida rápida (carro de comida) y frutas y verduras que se han localizado permanentemente en las plazas del vecindario, de articular y hacer fluir información relacionada con el barrio, como reuniones y actividades. La localización es clave, por cuanto al ubicarse en la vía de entrada a JV, buena parte de los residentes los ve e interactúa con sus dueños o personas que encuentran comprando allí.

Pero no sólo lo que ocurre al interior del barrio es importante para la sociabilidad, el entorno también aunque en un sentido espacialmente más amplio. El entorno no sólo puede albergar el contacto entre algunos residentes de los PIS, sino que también puede inducir sociabilidades con personas que rodean el vecindario, permitiendo la integración del PIS con barrios adyacentes. En este aspecto, hay un buen cúmulo de literatura que establece que los colegios son infraestructuras estratégicas para sociabilidades más

diversas, a la vez que articulan diferentes escalas territoriales y barrios (ver por ejemplo Méndez & Gayo, 2018).

Aunque localizado en un sector con débil dotación de servicios, SA tiene una escuela en la que muchos residentes se han conocido. Durante la investigación, varias entrevistas fueron aplicadas al interior o en el patio del colegio comprobando que ella impulsa sociabilidades entre vecinos y también con personas que habitan más allá de los límites del barrio y que llevan o van a buscar a sus pupilos a la escuela. Quizás la actividad que mejor representa la influencia de la escuela en la sociabilidad del barrio y entorno es el desfile de carros alegóricos que desarrolla cada año durante Octubre. Esta es una oportunidad para que los familiares de los niños que ahí estudian y que habitan en la zona, trabajen en conjunto reforzando así sus vínculos. De hecho, como lo relata Andrea el establecimiento educacional ha forjado varias relaciones de amistad entre residentes de SA y además con personas que habitan en el sector de Casas Viejas.

LV: ¿Se mezclan generalmente con otros habitantes de SA? **EN:** No mucho, a menos que por ejemplo tengamos hijos en el mismo curso del colegio de acá, porque casi todos los niños de aquí están en el colegio de acá. **LV:** ¿El Tierra Andina?. **EN:** En el Tierra Andina, entonces ahí te vas a dar cuenta tú entrevistando gente. A menos que coincidas por ser apoderado del curso y te lleves bien con esa persona, claro sí, ahí sí no me importa si vive en la avenida o si vive en el pasaje o que tu hijo vaya o que tu hijo venga (...) O sea mis mejores amigas ahí en El Parrón con las Brisas del Maipo, la otra vive allá en el Llano y la otra vive aquí también en El Maitén, pero pasando las Brisas en el primer pasaje. **LV:** ¿Y a ellas las conociste en el colegio? **EN:** Las conocí por el colegio (...) Ahora, en Octubre hacen la comparsa que es un desfile de carros alegóricos que pasan por todo San Alberto desfilando y todos los vecinos esperan la comparsa y salen a sacarse fotos. (Andrea, clase media consolidada, SA)

Las escuelas ubicadas en el entorno de JV no producen el mismo efecto en los residentes en términos de fomentar sus sociabilidades. Los entrevistados que indicaron que sus hijos estudiaban en el sector señalaron que lo hacían más bien porque la educación allí no tenía costo. Aún así, si ellos tuvieran una mejor condición socioeconómica cambiarían a sus hijos de las escuelas. Concomitante con lo anterior, se detectó también que muchos padres enviaban a sus hijos a colegios localizados fuera del entorno del vecindario, aun cuando esto significara mayores costos económicos y temporales en movilización. Existe la idea de que los colegios localizados en el entorno tienen malos rendimientos académicos y también que hay problemas en términos de la disciplina, pudiendo esto tener malas consecuencias en la formación personal de los estudiantes. Ese peligro está dado no sólo por malos rendimientos, sino que

también por el temor a que los hijos copien los modelos y modales establecidos como normales en algunos barrios que rodean JV y que se perciben por los entrevistados como peligrosos. Por esa razón, prefieren evitar el entorno en términos educacionales, disminuyendo así la capacidad de este espacio para producir sociabilidades.

EN: “A él (hijo) lo tengo en un colegio aquí cerca, este año y yo ya le estoy buscando colegios para Providencia. Mi mamá me dice que estoy loca, que es un pique increíble, pero que lo vea, vea si se siente cómodo, y si es así, bueno, en la vida todos tenemos que hacer cambios, si a él le gusta, me lo llevo al colegio Providencia” (Yenny, clase media consolidada, JV)

Pero JV posee otros espacios públicos de encuentro en el entorno: los supermercados, centros de salud y el persa. De estos, el primero no induce sociabilidades, por cuanto se utiliza para compras rápidas que nada tienen que ver con una búsqueda de interacción social. Los centros de salud sí producen una mayor interacción entre residentes y profesionales de mejor condición socioeconómica como médicos, enfermeras, cirujanos, etc. Además, los entrevistados señalan que los largos tiempos de espera por atención (que ciertamente no son deseados por ellos) dan la posibilidad de interactuar con gente conocida, sea esta residente del barrio, familiares o conocidos que se atienden en el lugar. Ahora bien, al igual como ocurre con los colegios, algunos residentes señalaron evitar el uso del hospital, por cuanto se sienten más cómodos y con mejor atención en centros privados de salud. Ambos espacios (colegios y centros de salud) entregan evidencia para apoyar la teoría de tectónica social y, como plantean las palabras de Yenny, la existencia de habitus metropolitanos al interior del barrio que privilegian la exclusividad de los lugares por sobre la cercanía de los servicios. Sin embargo, esas fuerzas segregadoras están matizadas por la existencia de un espacio de encuentro común que trasciende diferencias socioeconómicas: la feria. La feria es el lugar de encuentro más trascendental en el entorno, ya que todos concurren a ella al menos una vez por semana. Allí los residentes de JV se reúnen con familiares, amigos y conocidos que viven tanto fuera como dentro del barrio. Asimismo, establecen amistades o relaciones sociales con los vendedores del lugar, quienes en su mayoría también residen en el entorno y, en algunos casos, en el mismo JV. Por lo tanto, el persa se constituye como un espacio público con capacidad de articular y promover sociabilidades entre el entorno y el barrio e incluso, aunque localizado fuera de JV, también inducir sociabilidades entre vecinos.

Estos resultados dan cuenta de que el espacio público, expresado en infraestructura y servicios localizados tanto fuera como dentro de los PIS, juega un papel clave en la articulación de las sociabilidades entre vecinos y también entre diferentes escalas territoriales. La tendencia en términos de magnitud de contacto en el área local que fue revelada para ambos casos de estudio, se

explicaría en alguna medida por las diferencias en términos de la dotación que tienen JV y SA. Se puede confirmar entonces preliminarmente la relación positiva entre cantidad de sociabilidad e infraestructura y que inclina al “nuevo urbanismo” a favor de ciudades más diversas en términos de su uso residencial. Por lo tanto, un PIS dotado de más y mejores espacios públicos, como así mismo localizado en un entorno de uso residencial mixto, como es el caso de JV, tendría mayores posibilidades de producir sociabilidades ancladas localmente. Las fuerzas segregadoras conducidas por habitus metropolitanos, aunque fueron identificadas en algunas entrevistas aplicadas en JV en materia educacional y en servicios de salud, están matizadas también por la diversidad de servicios que se encuentran en el sector y que ofrecen alternativas para el encuentro. En ese contexto, la feria parece ser un espacio de reunión en diversidad de suma relevancia.

Ahora bien, las sociabilidades que se configuran a partir de los espacios públicos o semipúblicos del barrio y del entorno no podrían ser catalogadas como diversas socioeconómicamente hablando. Dada las características de la composición socioeconómica de los vecindarios y de sus entornos, la sociabilidad que emerge desde ellas se restringe mayoritariamente a personas de clase media emergente y clase baja, tal como se mostró en la sección anterior. Probablemente es el contacto en servicios como el hospital en el caso de JV y el colegio en el caso de SA los que impulsan sociabilidad escasamente más heterogénea con profesionales de clase media. Sin embargo, el efecto que estos dos lugares tienen sobre el volumen general de sociabilidad no parece ser tan importante. Por lo tanto, aunque el barrio y el entorno tengan buena dotación y equipamientos, si no existe diversidad en el barrio y en el entorno, pareciera ser difícil que los PIS impulsen vínculos socioeconómicamente más diversos.

Capítulo 7. Extraños pero “buenos vecinos”: convivencia y conflictos aspiracionales en los PIS.

Este capítulo aborda el segundo objetivo específico de la investigación, por lo que busca *entender cómo es posible mantener el equilibrio en la convivencia social en un contexto de barrio en el cual habitan familias de diferente condición socioeconómica*. Este propósito se construye sobre la base de investigaciones previas que han mostrado que la convivencia al interior de SA y JV no se caracterizan por la conflictividad en términos socioeconómicos, sino que más bien por conflictos de cotidianidad que no afectan la convivencia general (Sabatini et al., 2013b; Maturana y Horne, 2016). Conceptualmente este capítulo pone en discusión algunas teorías que explican la sociabilidad en barrios diversos y que centran a la clase social en el medio del debate, entre ellas la individualización, desidentificación, la tectónica social y, por cierto, el clasismo.

El capítulo está organizado en cuatro secciones. La primera de ellas aborda la manera en que los residentes de los PIS perciben la relación al interior de los vecindarios. A través de eso se cuestiona la idea de que la falta de sociabilidad que caracteriza a estos lugares sea necesariamente mala en términos de convivencia. La segunda sección examina si los residentes de los SA y JV adhieren o no a alguna clase social en específico. Aquí es relevante dilucidar si efectivamente la diversidad de clases en el barrio se traduce en diferentes conciencias de clase o más bien hay una individualización que lleva a negar el rol de la clase como articulador de una identidad social. Sobre esta base, la tercera sección analiza algunos conflictos detectados al interior de los PIS que tienen intrínsecamente asociada una dimensión de clase, y que aquí son denominados como conflictos aspiracionales, los que reflejan la necesidad de afirmar una cierta identidad social al interior de estos barrios. Finalmente, se presentan los mecanismos que permiten mantener en equilibrio en las relaciones sociales al interior de los PIS conformando así un panorama en el cual la convivencia en un contexto marcado por la diversidad socioeconómica —especialmente de clase baja y media-baja— se hace posible y viable.

Metodológicamente el capítulo se nutre de la información levantada en las entrevistas semiestructuradas. Asimismo y al igual que en el capítulo anterior, el análisis de los resultados se conduce a través de una mirada global, utilizando ejemplos de los casos específicos solo cuando se hace necesario.

Entre extraños-extraños y extraños-conocidos: la importancia del “buen vecino” en los PIS

¿Cómo es la relación entre los residentes que habitan en los PIS?. Responder esta pregunta es un aspecto clave para entender cómo una política de vivienda

que impulsa la proximidad de familias de diferente ingreso en escala de barrio está influyendo sobre una de las dimensiones de la cohesión social. ¿Será que los residentes de los PIS se consideran amigos?; ¿será que no existen relaciones entre ellos y cada uno vive “su mundo”?; o ¿será que las relaciones sociales están más bien marcadas por el conflicto y la separación de clases como sostiene la teoría de tectónica social?. Esta sección dará respuesta a estas interrogantes. Para ello, uno de los primeros aspectos que se solicitó en la entrevista fue que los habitantes de SA y JV describieran cómo es la relación entre residentes al interior del vecindario. La respuesta en ambos barrios fueron un tanto diferentes:

LV: ¿Cómo describirías tú la relación que hay entre los vecinos del barrio? **EN:** “Yo con mis vecinas soy el “Buenos Días” “Buenas Tardes” y una cosa por educación, pero nunca ando metida en [las] casa[s]. Entonces no sé qué más hay allá.” (Paula, clase media consolidada, SA).

EN: Ahí nomás. La gente se saluda de cortesía. Por ser, yo tengo una amiga aquí y con esa amiga yo llevo de años conociéndonos antes de llegar aquí. Entonces, yo salgo; va a estar el vecino de al frente... “hola vecino”, “hola vecina”, y la relación no pasa de ahí. Con el vecino de allá también y con todos. Y yo lo veo en todas las casas igual. Todos nos saludamos, pero la relación no pasa de ahí (Carolina, clase media emergente, SA).

LV: Cuando conversan con los vecinos, ¿cómo es la relación?, así como ¿"hola vecino y chao"? o ¿es más profunda? **EN:** Ah no, no es más profunda, de repente el 18 de Septiembre hacemos juegos allá afuera, su asado, "hola vecino, ¿está enfermo?, ¿vamos al velorio del vecino?", bueno y en torno así, "Hola vecina, ¿cómo está, cómo amaneció?" "bien, tengo tal problema" "pucha pero solucionémoslo acá" y tratamos de dar la solución. Y por eso es que la gente, netamente, no sale a pedir auxilio afuera de la villa, porque acá tratan de tener todo. Por ejemplo, "pucha a mi hijo le está yendo mal en matemática" "pero vaya a la sede vecina, es gratis, integre a su hijo", "oiga vecina a mi hijo le está yendo mejor, a veces las clases" "vaya" y entonces ella le dice le dice a otro, y a otro y así se va dando. (Mario, clase media emergente, JV).

LV: ¿Cómo es la relación con los vecinos? **EN:** Saludo y conversación, sí. Pero... **LV:** ¿Pasa más allá del saludo y la conversación?. **EN:** Sí, conversamos, dialogamos, temas si de lo que es del pasaje, cosas así de los arreglos, de las actividades que se quieren realizar, personales no, [las] personales son mías. (Elisa, clase baja, JV).

En SA los entrevistados declaran que la relación entre ellos generalmente no va más allá del saludo cordial y los contactos esporádicos. La mayoría de las

relaciones sociales se circunscriben a los vecinos de proximidad y son escasos los entrevistados que tienen relaciones familiares, de amistad y laborales en el mismo vecindario. Por lo que al interior de SA existe una relación cordial entre vecinos, pero sin mayor vínculo emocional. Por esa razón es que los coterráneos son considerados como *extraños*, es decir, como sujetos desconocidos y con los cuales no se establecen relaciones sociales más profundas.

Algo un tanto distinto fue encontrado en JV. Allí los residentes se conocen, interactúan y dialogan no sólo en relación a temas comunes del lugar, sino que también en términos más personales. Conocen sus problemas, sus enfermedades y, si alguien necesita ayuda, hay siempre vecinos dispuestos a prestar auxilio. Así lo reconocen la mayoría de los entrevistados. Sin embargo, ellos al igual que los residentes de SA coinciden en que los vecinos no son amigos, sino que conocidos, por lo que existe también un cierto carácter de extrañeza en la atmósfera social de JV.

Se puede sostener entonces que al interior de los PIS se configuran relaciones sociales que se mueve entre los “extraños-extraños”, como mayoritariamente ocurre en SA, y entre los “extraños-conocidos”, como sucede en JV. Los entrevistados que escapan a estas tendencias, en ambos lugares, son aquellos que actúan en posiciones de dirigente vecinal. Así relata Liliana, dirigente de SA, la manera en percibe ella la relación entre los residentes:

EN: “Hay mucha gente que uno no sabe lo que piensa, lo que quiere, no se comunican (...) No les gusta comunicarse con nadie. Tampoco somos así de amistosos de meternos a las otras casas con los vecinos, yo soy una de las pocas personas que conoce más casas, porque yo siempre estoy ahí para apoyar a todos. Me consigo los teléfonos, los llamo, me preocupan esas cosas. (...) Como que nadie se mete mucho en la vida de los demás, yo creo que soy una de las pocas que les sabe, bueno no me sé los nombres de todos, se me olvidan los nombres. Me sé hasta los nombres de los perros (risas) y a los niños. Y a veces cuando se le citaba a reunión a la gente, el día domingo a las 6 de la tarde, unos ratitos ahí en la plaza, se quedaban viendo televisión o tomando once y no iban (...) es que no se... hay mucha gente que uno no sabe lo que piensa, lo que quiere, no se comunican. (Liliana, clase baja, SA).

Liliana apunta a uno de los aspectos centrales para entender las diferencia entre extraños-extraños y extraños-conocidos: la participación. Ya se hizo mención a que la participación tiene un volumen diferente en cada uno de los barrios analizados. Eso parece clave en el tipo de relaciones que hay en ambos barrios, por cuanto la participación, al promover la interacción entre residentes, hace que estos se conozcan mutuamente y se desdibujen así los límites de la extrañeza. Así ocurre en JV. Este vecindario ha avanzado a un sistema de organización social más “descentralizado” que SA, impulsando el contacto de

residentes en proximidad. De hecho, la Junta de vecinos actúa ramificadamente en cada pasaje o calle del barrio a través de delegados de pasajes, elegidos por los propios habitantes de estos lugares. Los delegados tienen por objetivo articular a los vecinos de proximidad, recogiendo sus necesidades y proponiendo soluciones, además de fomentar el contacto entre ellos. En las entrevistas se pudo corroborar que los residentes conocían a buena parte de quienes habitaban en sus mismos pasajes, sostenían conversaciones con ellos y, en muchos casos, también conocían los problemas que los aquejaban. Eso, sin duda, es una señal de que la relación entre los residentes de JV pasa más allá de la simple extrañeza, extendiendo el vínculo hacia una relación más cercana pero que no es necesariamente catalogada como de amistad.

LV: ¿Y usted como catalogaría la relación que hay con sus vecinos? ¿Cómo amigos, familiares, conocidos? **EN:** No, una buena relación. Amigos no, porque no visito sus casas, ni voy a tomar tecito, ni voy a un asado a su casa, sino que una relación de un buen vecino nomás. “Hola vecino, ¿cómo está?, ¿tiene un desatornillador que me preste?”, y eso. Más que eso no. De repente a la pasada, una talla, cosas así. Pero en general no tengo vecinos que son mis amigos. Buenos vecinos nomás (Alejandro, clase media emergente, JV).

Además de la participación, otro aspecto que explica las diferencias entre los extraños-extraños y los extraños-conocidos para los residentes de SA es el poco tiempo que los habitantes pasan en el barrio. Así lo exponen residentes del lugar:

LV: ¿Por qué crees tú que no se genera un vínculo más fuerte entre los vecinos?. **EN:** “Por el tiempo. Imagínate, yo acá me levanto a las 5:20am para llegar a mi trabajo y a esa hora no hay nadie afuera y yo salgo a las 20:00pm de mi trabajo y llegó acá como a las 22:15 de la noche, tampoco hay nada. Solamente el vínculo cuando los fines de semanas estamos afuera” (Diva, clase media emergente, SA)

EN: “Hay algunos que los ves la pura noche, cuando llegan en su auto, lo meten a la casa, te saludan y se entran. Entonces no saben mucho de lo que pasa acá porque trabajan todo el día” (Karina, clase baja, SA)

En estas declaraciones aparece otro aspecto sobre el cual ya se he hecho mención: la falta de espacios de trabajo o equipamiento cercanos al barrio. Los vecinos pasan gran parte del día fuera del vecindario porque los trabajos a los que concurren se encuentran lejos de SA, o bien porque a los servicios a los que asisten están a una distancia considerable del barrio. La localización periférica y la falta de equipamiento cercano se constituye así en un obstáculo si se ve desde la necesidad de fomentar la sociabilidad entre vecinos. No obstante, aunque los entrevistados evalúen las relaciones sociales de manera superficial, eso no significa una total falta de interacción al interior de SA. Como

sostuvieron algunos entrevistados, el contacto entre vecinos sino es presencial, es virtual:

EN: “Nosotros tenemos un WhatsApp y cualquier cosa...” necesito tal cosa” o “ise me enfermo mi hija!” (Karina, clase baja, SA).

EN: “oye ¿de quién es [esto]?, entró un auto azul...” esa misma persona [un vecino] habló altiro por WhatsApp “sabes que detrás mío entró un auto azul, ¿dónde va?, ¿alguien sabe?” (Luis, clase baja, SA).

La comunicación a través de redes sociales es bastante común en ambos vecindarios y dada la falta de contacto cara a cara, juega un papel central en términos de las relaciones sociales que hay en SA. A pesar de esto, la escasa personificación de este medio de contacto no permite romper el estado de extrañeza que caracteriza las relaciones sociales en SA, aunque eso no significa que no sea útil para los residentes. Como señalan los entrevistados, el “*Whatsapp comunitario*” es utilizado para protección y ayuda mutua, convirtiéndose en una práctica relevante entre los habitantes del lugar, especialmente para quienes habitan rodeando las plazas interiores del lugar.

La condición de extrañeza en las relaciones sociales intrabarrío ha sido también uno de los resultados obtenidos por Maturana & Horne (2016) en su trabajo referido a SA y, como se revisó en el capítulo nº3, en un buen número de estudios extranjeros que han evaluado la efectividad de políticas de mixtura social. Los resultados de esta tesis confirman aquellos hallazgos, aunque muestran la existencia de un matiz en la condición de extrañeza. Así como pueden existir relaciones sociales entre extraños que poco se conocen (caso mayoritario en SA), pueden también haber relaciones sociales entre extraños que tienen algún grado de mutuo conocimiento (caso mayoritario en JV). Aquellas formas de relación conviven al interior de ambos barrios sin necesariamente entrar en conflicto, aunque cada uno de ellos esté marcado por una tendencia que, como revelan los resultados, está influenciada por la participación de los residentes en actividades y el tiempo que los mismos pasan en el lugar.

El punto polémico de estos resultados está en su interpretación. En la mayoría de la literatura que estudia la sociabilidad en barrios de ingresos mixtos, la extrañeza es vista como un fracaso, por cuanto el propósito de estas medidas es justamente producir mayor sociabilidad. Visto desde la óptica de los efectos de barrio, la falta de sociabilidad en el vecindario sería incluso un problema, dado que limitaría el efecto positivo de la proximidad. Sin embargo, cabe preguntarse si este panorama es necesariamente un revés (Allen et al., 2007). Esta pregunta es válida, ya que desde hace un buen tiempo, la tendencia, en términos de la sociabilidad, han sido las relaciones entre extraños. Incluso la extrañeza no parece ser una condición aislada, sino que más bien preponderante al interior de todo tipo de barrio, sean estos mixtos o no (Morgan, 2009), la ciudad

(Senett, 2011; Asher, 2004), e incluso, la sociedad en general (Durkheim, 1987). Un aspecto que comienza a dilucidar si la extrañeza en las relaciones sociales debe necesariamente ser considerada como algo negativo, es el examen de la confianza que emerge desde este tipo de vínculos.

Aunque considerados como extraños, las entrevistas reportan una buena sensación de la confianza entre quienes habitan en los PIS. A pesar de que el contacto entre vecinos sea más o menos esporádico, los residentes perciben cierta reciprocidad en términos de la confianza que se brindan mutuamente. Aquella reciprocidad va más allá del saludo cotidiano, manifestándose en actividades como el mutuo cuidado de las viviendas —especialmente durante ausencias vacacionales, la preocupación respecto del estado emocional o de salud de sus coterráneos, e incluso, el cuidado de los hijos.

LV: ¿Hay confianza entre los vecinos?. **EN:** Sí. **LV:** ¿En qué se ve esa confianza? Tú sientes cuando saben que estás enferma y te vienen a preguntar “pucha negrita ¿cómo estay?, ¿cómo sigues?, ¿cómo está la tos? o ¿cómo están los niños? No sé, yo creo que ahí se ve” (Karina, clase baja, SA).

EN: El hecho de que tú puedas contar con alguien eh... en momentos que yo lo necesitaba y en momentos que ellos mismos han necesitado. Por ejemplo, acá hubo un problema de una niña o de un niño que había chocado, que había tenido problema con su vehículo, que es su fuente de trabajo, hicieron algo, se hizo algo para eso. Hubo otro vecino que tuvo que viajar, se tuvo que ir, también se le ayudó y se le dio la despedida para que él se fuera tranquilo y todo” (Diva, clase media emergente, SA).

LV: ¿Cómo se manifiesta la confianza entre vecinos?. **EN:** Por ejemplo, yo con mi vecina de acá al lado, al costado, no sé, me voy de vacaciones “¿te puedo dejar las llaves?, para que me prendas la luz, me riegues las plantas”, “no hay problema”; pucha “Maga”, mi vecina Maga, “Sabes que necesito urgente si me puedes prestar dinero y te lo devuelvo en la tarde”, “Sí, no hay problema ahí está” y en la tarde el dinero está de vuelta. Ese tipo de confianza. ¿cachay?. “Me puedes ver a la niña un ratito”, “Sí, déjame aquí no hay problema” o yo “¿te puedo dejar al Agustín un ratito?, que voy a llegar un poco más tarde” “sí, no hay problema, déjalo”. Uno no le confía un hijo a cualquiera ¿te fijas?. Hay confianza, pero no es con todos (Magaly, clase baja, JV).

Como afirma Magaly al final de su respuesta, la confianza al interior de los PIS tiene un límite espacial. Ese borde está dado por la proximidad. Los vecinos confían más en quienes habitan en sus cercanías, en las casas que rodean su hogar, pero no así en quienes viven más allá de su residencia, a menos que estos sean familiares o hayan sido amigos por largo tiempo. De hecho, se observó que

aquel límite en SA está articulado entre quienes habitan alrededor de las plazas, mientras que en JV se circunscribe a quienes cohabitan en los mismos pasajes.

Un aspecto a discutir en barrios de ingresos mixtos es si la confianza tiene algún componente de clase. El resultado de las entrevistas muestra que en JV hay poco reconocimiento de las diferencias socioeconómicas entre los residentes, debido a que las casas no tenían diferencias al comienzo. La similitud de las fachadas ha limitado la posibilidad de que las personas identifiquen y conecten a los vecinos con una clase social específica. Pero más allá de eso, los entrevistados suelen sostener que la condición socioeconómica de las personas no tiene relevancia en términos de la confianza que les puedan tener. La misma percepción fue recogida en SA, aún cuando en ese vecindario el modelo segmentado bajo el cual se organizó la distribución de viviendas, permitía a los residentes identificar diferencias socioeconómicas entre ellos. Así lo plantea Marcelo, un habitante de este último barrio:

LV: ¿Confías más en tus vecinos de tu misma clase social o los de más baja o alta? **EN:** No, no creo que sea por clase. Yo creo que toda la gente tiene valores diferentes, yo creo que depende de cómo te eduquen en casa. Entonces, eso no va con la clase. Entonces los valores dependen más que nada de los valores que te entreguen en tu casa y yo guío la confianza por esos valores (Marcelo, clase media consolidada, SA)

La confianza parece, al menos en los PIS estudiados, no estar distribuida según la condición socioeconómica, sino que más bien por los valores y comportamientos que los residentes pueden observar del otro. Este parece un punto clave en los PIS, porque alienta la proximidad entre familias de diferente condición socioeconómica y hace poner en duda la existencia generalizada de conflictos de clase en estos lugares. Ahora bien, esto no significa que la confianza sea un atributo generalizado en los PIS, sino que sólo que esta no aparenta tener conexión directa con la posición social. Parece ser, en cambio, que la confianza entre vecinos está mediada más por los comportamientos de los residentes y problemas que hayan habido entre ellos, que por la clase social. Por eso, justamente, la falta de confianza entre vecinos se explica por conflictos cotidianos y no clasistas. Esto lo ratifican Francisca y Andrea, residentes que manifiestan no tener confianza con sus vecinos:

EN: “Yo no tengo vecinos. Como que intento ver que no hay más casas. Entonces, me identifico, pero como que no estuviera con nadie alrededor mío. Llego a mi casa y mi mundo es mi casa y mi familia (...) hemos tenido algunos problemas acá y por eso no confío en ellos, pero no por clase como tú preguntas, sino que problemas de vecinos” (Francisca, clase media consolidada, SA).

LV: ¿Y cuál es su impresión de los vecinos en general? ¿Confías en ellos?

EN: Ay no! son como el forro, no de verdad, no me gustan. Te dicen una cosa y das vuelta la espalda y te cambian la versión de la historia. No, no me gustan las cosas así. ¿Cómo te lo puedo explicar?, es que yo no soy, como te digo, tan sociable. Entonces, lo justo y necesario (...). así me evito confortamientos. No me gustan los pelambres, entonces aquí, pucha, yo he observado que, como dicen, lavan la ropa sucia al aire libre y a mí eso no me gusta, o sea, para mí, mi casa, mi intimidad es mía. Lo que haga la vecina o deje de hacer, no me importa (Alejandra, clase media emergente, JV).

Estos resultados confirman, preliminarmente, el argumento esgrimido por Méndez (2008) —para barrios en proceso de gentrificación en Chile— y Sabatini et al., (2013b) —para PIS— respecto a que la sociabilidad y aspectos como la confianza en el otro, están más bien articulados en las prácticas y conflictos cotidianos y no determinados *per se* por la clase social.

Contrario al ideal del barrio cohesionado donde todos interactúan, la mayoría de los residentes entrevistados sostienen que les acomoda tener una relación basada en la extrañeza y cierta lejanía. En efecto, en ambos PIS existe satisfacción respecto a la forma en que se desarrolla el vínculo social, especialmente porque el poco contacto permite conocer “lo justo y necesario” de los vecinos. Aquella “indiferencia” establece un límite imaginario que impide que las personas con las que se cohabita se entrometan en aspectos de la vida personal y privada, como lo plantea Alejandra. Se puede aducir así, que la extrañeza se vuelve un mecanismo fundamental para mantener las relaciones sociales dentro del barrio en una forma balanceada, evitando a la vez los conflictos que puedan emerger desde relaciones más cercanas.

LV: ¿Consideras tú que tus vecinos son tus amigos? **EN:** “Algunos, algunos sí son amigos, pero siempre me han dicho que uno tiene que tener buenos vecinos, no amigos. Entonces, por ejemplo, yo lo vi en otros vecinos de acá, bueno, ellos todos se fueron, pero la mayoría se fue, pero por ejemplo aquí había un grupo de vecinos que se juntaban a tomar y hacer fiestas y al final, terminaron como todos peleados. Entonces, yo prefiero mantener una relación de bien, pero no tan cercanos” (Carolina, clase media emergente, SA).

Hasta aquí, en diferentes citas expresadas por los entrevistados de SA y JV se suele repetir una palabra: el “*buen vecino*”. Pero, ¿qué es el buen vecino?. Así lo definieron dos residentes de PIS:

EN: Para mi significa apoyarse, que es lo principal. Apoyarse como vecinos, no solamente que “hola vecino”. No se, tener comunicación, hacer cosas juntos, en común y ayudar, en el sentido de que “vecino,

sabe, que me falta esto"; "aquí hay vecino" (...) "vecina Celeste, me presta otra cosita" y así nos llevamos. Con la vecina de acá es igual, y son todos buen vecinos, todos buenos. (María José, clase media consolidada, JV).

EN: "Amigos no, porque no visito sus casas, ni voy a tomar tecito, ni voy a un asado a su casa, sino que una relación de un buen vecino nomás. Así como cada uno por su lado. Así como "Hola vecino, ¿cómo está?, ¿tiene un desatornillador que me preste?, y eso. (Ana María, clase media consolidada, SA).

El buen vecino vendría siendo entonces una persona con la cual se mantiene una relación próxima y lejana a la vez. La proximidad está dada no sólo por la cercanía espacial, sino que también por una disposición permanente a ayudar a los coterráneos cuando estos lo requieran. De ahí el énfasis que los entrevistados hacen respecto a que los buenos vecinos son aquellos que ayudan a solucionar problemas. Sin embargo, en el otro polo, el buen vecino está marcado también por una cierta lejanía, la cual está dada por el respeto de la privacidad. Así visto, un vecino que tiene la costumbre de meterse en la vida de los demás, no sería buen vecino aun cuando este cooperara permanentemente con sus coterráneos. Por eso mismo, el copuchenteo y los rumores son prácticas que se declaran abiertamente molestas tanto en SA como en JV, debido a que estas hacen a la gente entrometerse en la vida de los demás. En el otro extremo, el vecino no cooperador y que no saluda a quienes habitan a su alrededor, fue descrito por los residentes como una persona lejana, no deseada y vinculado con prácticas de arribismo y siutiquería (ver pg. 197 en adelante). Pero más allá de estas prácticas particulares, parece haber una convergencia al interior de los PIS respecto a lo que significa el buen vecino y también un respeto a los principios de proximidad y distancia que este implica. Aquello, al igual que la extrañeza, parece ser un mecanismo elemental en el mantenimiento de la sociabilidad al interior del barrio.

Miradas bajo la óptica del buen vecino, las políticas de vivienda pro mixtura social, aun cuando no promuevan sociabilidad (menos sociabilidad socioeconómicamente diversas como en el caso de Chile), no necesariamente deben ser entendidas como un fracaso. La extrañeza probablemente limita los efectos de barrio en el largo plazo, sin embargo, y como han sostenido previamente Crow et al., (2002), esta misma condición es necesaria para mantener el orden en comunidades de barrio, de ahí que sea una práctica socialmente valorada por los propios residentes. Incluso, si se extiende el argumento, la lógica del buen vecino explicaría también sociabilidades extrañas pero balanceadas que suelen ser encontradas no sólo en barrios de ingresos mixtos, sino que también en lugares homogéneos. Esto podría dar sentido a una de las tendencias de la vida urbana contemporánea: el compartir con personas percibidas como extrañas sin que ello signifique poner en riesgo la estabilidad de la comunidad en el tiempo. Asimismo, un significado común del buen vecino

junto al respeto compartido de sus límites serían aspectos claves para entender cómo comunidades de barrio diversos, desde el punto de vista económico, social y cultural pueden perdurar sin que las diferencias entre sus residentes puedan afectar la convivencia. Esta condición, sumada a la extrañeza, parecen conducir las fuerzas de lo que Mann (1970) ha llamado la “aceptación pragmática del otro” y que cuestiona la idea de que la heterogeneidad debe estar asociada a conflictos destructivos, como sostiene la tesis del clasismo y la tectónica social.

Somos de clase media o como todos!: el sentido de similitud como articulador de pertenencia social común

Como fue discutido en el marco conceptual, actualmente hay una disputa en torno a si la posición social de los sujetos estructura o no las identidades sociales. Hay tres grandes tendencias explicativas. Primero, aquellas marxistas que sostienen que la clase sí puede derivar en formación de identidades específicas (Devine, 1992; Harvey, 1996; Lukacs, 1971; Butler y Robson, 2001, 2003) y, por tanto, esta categoría estructural produciría diferentes sentidos de pertenencia. Esta idea sociológica se ha reflejado en los estudios urbanos, específicamente en barrios de ingresos mixtos, concluyendo que en ellos el desarrollo de un sentido de pertenencia de clase común sería difícil. Por el contrario, habría en estos lugares diferentes sentidos de pertenencia o identidades de clase, que entrarían en conflicto o bien simplemente no interactuarían (Butler y Robson, 2001, 2003). Esto a sido discutido por estudios que muestran un desanclaje de la identidad de los sujetos con respecto a su posición de clase (Beck, 1998; 2002, Bauman, 2003). Esta segunda corriente argumenta que la gente hoy no se identificaría con ninguna clase social, dado que esto podría ser visto como una actitud clasista (Savage et al., 2001). Hay una tercera aproximación que pone énfasis en el desacople de la clase objetiva y subjetiva, pero que sostiene que esta no ha eliminado totalmente su potencial para estructurar identidades (Bourdieu, 1980; 1991; 2000). Particularmente los sentidos de pertenencia de clase se impulsarían a través de la ambigüedad y el sentido de mismicidad, los que no necesariamente serían congruentes con las posiciones sociales objetivas de los sujetos (Savage et al., 2001; Allen et al., 2007). Esto último podría ser beneficio para la construcción de comunidades de ingresos mixtos, dado que las diferencias de clase no operaría como obstáculo en términos de la producción de una identidad de barrio común.

Las entrevistas realizadas en los PIS muestran que la clase social sí tiene importancia en términos de la definición social de las personas. Similar a la evidencia levantada por otros estudios en Chile (ver Castillo et al., 2013; Pérez-Ahumada, 2017), es la clase media el grupo con el cual se identificó prácticamente el 90% de las personas entrevistadas, más allá de que sus

posiciones objetivas incluyeran también a personas de clase baja. Tanto en SA como en JV, aunque con una tendencia mayor en el primero, la mayoría de los entrevistados se auto clasificó como clase media. Los pocos que no lo hicieron, se autodefinieron como “clase baja acomodada”, que dentro de la jerga técnica podría vincularse a la llamada “clase media emergente”. Este resultado, por lo tanto, no apoyaría tesis de Beck (2002) respecto a la muerte total de la clase social como organizador de identidades sociales.

Ahora bien, ¿qué aspectos son, según los entrevistados, los que definen su pertenencia a la clase media?

LV: Usted cómo se describiría, ¿de qué situación socioeconómica?. **EN:** Bueno metida en media, clase media **LV:** Y cómo qué caracteriza a la gente de la clase media. **EN:** Es más que nada por el sueldo, cosas así la clase media. **LV:** ¿Qué nivel de sueldo usted diría que tiene la clase media? **EN:** No como lo cataloga el municipio más que nada, como de 500 para arriba (Liliana, clase baja, SA).

Hay un grupo de personas que define su pertenencia a la clase media a partir del salario mensual que reciben. Como sostiene Liliana ella se define como perteneciente a esta clase social porque percibe alrededor de \$500.000 CLP por mes, un valor que supera el sueldo mínimo mensual (asociado a clase baja) pero a la vez no es tan alto para ser asociado con los grupos de alto ingreso. En esta misma línea, hubo algunos entrevistados que además del sueldo, utilizaron algunos bienes materiales para definirse como clase media, entre ellos destacan la posesión de un auto y de una casa.

Pero hay otras dos formas a partir de las cuales los entrevistados definen su pertenencia a la clase media y que fueron más comunes de encontrar a lo largo de esta investigación. Alejandro hace referencia a una de ellas: la falta de apoyo del Estado.

LV: ¿cómo usted caracterizaría a la clase media?. **EN:** Somos clase media por el hecho de que nosotros trabajamos y pagamos lo que debemos, o sea pagamos nuestra casa. El gobierno a nosotros no nos ayuda. Por ejemplo, en mi parte, nosotros somos 3 adultos, a mí me habían ofrecido el bono mujer trabajadora, jamás me lo gané, ¿por qué?, porque no soy vulnerable y no tengo idea qué es lo que es vulnerable, si yo no entro en esa etapa, no soy vulnerable, no gano ni un subsidio para el agua ni un subsidio para nada. A mí el gobierno nunca me ha dado nada, ni siquiera recibo familiar, entonces por eso yo me siento clase media (Alejandro, clase media emergente, JV)

Las palabras de Alejandro muestran un cambio, o al menos un desafe, entre el sentido subjetivo que las personas le otorgan a la clase media y el sentido

histórico de este grupo. Mientras la clase media nació al alero del Estado (Barozet, 2006), hoy este grupo se define a partir de la desprotección del mismo. De esta manera, la cita da cuenta de que el apoyo que la población recibe desde instituciones públicas es usado para definir el límite inferior de clase. Esta percepción la confirma otra entrevistada de SA, quien se define como “clase baja acomodada” debido a que “*no puedo considerarme totalmente como clase media porque recibo varios subsidios*” (Valeria, clase baja, SA).

Finalmente, hay otro mecanismo a través del cual la gente se define como clase media que es más usual de encontrar que los dos anteriores: los valores individuales. Como ilustran las siguientes citas, los residentes de los PIS asocian la clase media a valores específicos: personas trabajadoras, esforzadas y que aspiran permanentemente a “*ser mas*” en la vida.

LV: ¿Cuáles crees tú que son los valores personales que tiene la clase media? **EN:** Eh, yo creo que el valor principal es aspirar a tu trabajo, o sea tener constantemente un trabajo, tener idea, estar claro de lo que haces, yo creo que la clase media como que aspira algo siempre tiene algo en que hacerlo, lo que la clase baja, a veces es baja no tanto por la condición, por los estudios tal vez o cómo se inició, yo creo que va más en el desempeño y las aspiraciones que tome, porque puede. Yo tengo amigos que son de clase muy baja, sus familias, sus padres y ellos igual han logrado por alguno u otro motivo dejar de ser clase baja a través de sus estudios y todo eso y salen de ahí, porque ahora no necesariamente tienes que tener lucas, a lo mejor te puedes conseguir los créditos que hay y logras salir de ahí, pero necesitas la fuerza, las ganas de hacerlo. (Alejandra, clase media emergente, SA).

LV: ¿De qué situación socioeconómica te definirías tú? **EN:** Media. **LV:** ¿Y cómo carac... **EN:** Promedio normal. **LV:** ¿cómo describirías tú a la gente que es de clase media? **EN:** Trabajadora, muy trabajadora, (...) esa es como la característica para mi de la persona de clase media, o sea que, que se ha esforzado mucho para avanzar un poco. (Magaly, clase baja, JV).

La pertenencia de clase a partir de aspectos valóricos, al igual que la existencia de un sentimiento de desprotección del Estado, ponen en primer plano al individuo como “constructor” de la identidad de clase media. Las características económicas individuales o posesión de bienes —aspectos que suelen usarse para definir la clase en términos marxistas— aun cuando también son usados como un elemento para definir pertenencia social, ocupan más bien un papel secundario y no necesariamente atan a un sujeto a una identidad de clase específica. Hay una concepción compartida y bastante común respecto a que con esfuerzo y aspiración las personas pueden ascender socialmente. Se puede sostener entonces que tanto la actitud con la que los sujetos enfrentan

individualmente la cotidianeidad, como así mismo su condición de desprotección, son los aspectos que definen mayoritariamente la pertenencia a la clase social en los PIS. El hecho de que estos dos mecanismos sean los principales para definir la identidad de clase media, confirma que las clases sociales no se definen necesariamente según la posición objetiva de los sujetos como arguye la aproximación marxista, sino que más bien por cuestiones subjetivas y valóricas.

Ahora bien, ¿significa lo anterior que las identidades de la clase no se desarrollan y lo que prima es una individualización total?. El hecho de que la idea de “clase media” aparezca casi espontáneamente en la autodefinición social de las personas hace sospechar que la clase aún juega un papel en las identidades individuales. Contrario a lo que Savage et al., (2001) ha registrado en el caso Inglés, hubo sólo un entrevistado que reusó definirse socialmente a partir de una clase específica. Por lo tanto, la tesis de que la identidad social hoy se define a partir de elementos que excluyen complemente la clase, no parece ser confirmada por esta investigación. Dado esto, cabe preguntarse entonces si el hecho de que una clase social esté inscrita dentro de la autodefinición de las personas, significa necesariamente que en estos barrios convivan diferentes sentidos de pertenencias o identidades de clase, como sostiene —según se revisó— la aproximación marxista.

El hecho de que todos se definan como clase media a pesar de que objetivamente no lo sean y confluyan todos además bajo un criterio de definición de este grupo social parecido, configura un contexto en el cual los residentes se perciben a ellos mismos como iguales. Incluso, en las entrevistas hubo residentes de ambos barrios que aún cuando sabían que se trataban de vecindarios de integración social, plantearon no reconocer que en ellos habitaban personas de bajos niveles socioeconómicos ni tampoco de altos ingresos. Probablemente ello se deba a, como sugieren los resultados, porque los valores de conocidos y de quienes residen en el vecindario tienden a ser homogéneos, pero también por las escasas diferencias socioeconómicas que hay entre residentes y que han sido comentadas previamente. Pero más allá de las razones, parece configurarse en los PIS una definición compartida de clase media que trasciende las diferencias de posición social que puedan haber internamente. Esto crea un sentido de similitud entre los residentes que es beneficioso en términos de la cohesión social del lugar, por cuanto minimiza las diferencias económicas objetivas que puedan convivir en un mismo vecindario.

La autodefinición de clase media expresada por los residentes está también soportada sobre una ambigüedad tal como ha sido documentado por Savage et al., (2001). Cualquier persona podría definirse como clase media, sólo si cumple ciertos requisitos valóricos, trascendiendo así las fronteras que impone una definición social a partir de la posición social objetiva. Eso, podría ser un mecanismo que la gente emplea para no ser catalogada como clasista,

alternativo al desclasamiento total de la identidad comentado en el capítulo 3 de la tesis (Savage, 2016; Skeggs, 2016). La ambigüedad es además una estrategia que ayuda a afirmar la normalidad. Esto es lo que Allen et al., (2007) llama “*ordinaries*” o, en palabras simples, la percepción de que quienes viven en el barrio son mayoritariamente iguales más allá de sus diferencias de clase social objetiva. Por eso, este sentido de similitud imposibilita que las diferencias socioeconómicas existentes entre los residentes induzcan procesos de diferenciación social fuertes, o bien varios sentidos de pertenencia que entren en conflicto como sugieren que ocurren en los barrios de mixtura social algunos estudios (Butler y Robson, 2003; Ruiz-Tagle, 2016). Lo que ocurre en los PIS es más bien lo opuesto: que “el otro” o “el vecino” es percibido como un par, como alguien con el cual se comparte algo, en específico, la pertenencia subjetiva a una misma clase social. Esto podría ser clave para organizar la construcción de un sentido de pertenencia común al barrio, basado en la mismicidad.

En resumen, los resultados dan cuenta de que los residentes de los PIS emplean el recurso retórico de la clase social para definirse socialmente. Pero eso no significa que las la definición común vaya a dar mecánicamente en conciencias de clase congruentes con la clase objetiva. El desanclaje entre la posición objetiva y subjetiva configuran una definición de clase ambigua que está basada en un sentido de similitud. Eso crea un sentido de pertenencia de clase amplio que envuelve la atmosfera de los PIS y crea condiciones para que en ellos se pueda conformar una comunidad que trasciende sus diferencias económicas. Esto lleva a concluir, en términos teóricos, que no es ni la aproximación Marxista ni Weberiana lo que explica completamente el sentido de identificación social que manifiestan los residentes de los PIS. Pareciera ser más adecuada la aproximación bourdesiana, que pone énfasis en la similitud y ambigüedad, procesos socio-culturales claves dentro de la cohesión social de los barrios estudiados.

Los conflictos aspiracionales y la articulación de clase y convivencia en los PIS

¿Significa necesariamente el sentido de mismicidad registrado en la sección anterior que no existen conflictos o distinciones sociales al interior de los PIS?. En esta sección se intenta responder aquella interrogante a través de una revisión de los conflictos a escala micro-social que aquejan la convivencia cotidiana de quienes habitan en SA y JV. Se asume como base que la manera en que se articula la sociabilidad tendría relación con los tipos de conflictos que se desarrollan en los PIS, por eso es que el estudio de estos entregaría evidencia para resolver que tipo de aproximación teórica (marxista, weberiana o bourdieana) explicaría de mejor forma las relaciones sociales en estos lugares. Hay que advertir eso si, que como ha sido planteado por investigaciones previas

(Sabatini et al., 2013b; Maturana y Horne, 2016) y corroborado por esta tesis, los conflictos no marcan la tónica general de las relaciones sociales entre los residentes de los PIS. En estos vecindarios priman más bien las relaciones cordiales basadas en la ya comentada idea del buen vecino.

La discusión en esta sección estará orientada básicamente a entender si los conflictos existentes en los PIS derivan naturalmente de la mixtura social; se configuran a partir de la vida cotidiana de los residentes; o representan una mezcla de ambos. Esta disyuntiva toma particular fuerza en un país autodefinido como clasista (Contardo, 2009) y en donde las políticas de mixtura social van al alza. Si se asume una aproximación marxista se podría pensar que las relaciones sociales en estos lugares podrían segmentarse por condición socioeconómica, como sugiere la teoría de tectónica social (Butler y Robson, 2001; 2003) y crear conflictos entre residentes. Sin embargo, hay antecedentes preliminares para dudar respecto a ello. Particularmente resultan interesantes los recientes estudios de Sabatini et al., (2013b) y del Centro de Políticas Públicas UC (2017) que sostienen que en los PIS “cuando existe rechazo o censura a los vecinos, no es por su nivel de ingresos o su origen social, sino por su estilo de vida, hábitos y costumbres” (p. 23 informe UC, 2017). Ahora bien, contrario a estas investigaciones previas, los resultados de esta tesis parecen mostrar que la clase no está completamente ausente en estos conflictos. Sobre esta base se argumenta aquí que los conflictos cotidianos observados en los PIS, aun cuando son expresados a través de los estilos de vida de los residentes, están acompañados también por algunos conflictos vinculados a la clase que mezclan procesos como las aspiraciones de movilidad social que tienen los residentes con la estigmatización de la clase baja. Aquí es donde emergen los llamados “conflictos aspiracionales” que articulan adecuadamente la vida cotidiana con la clase social y que surgen de la necesidad de consolidar la identidad de clase media que expresan los residentes de estos lugares. Sin embargo, estos últimos no son generalizados y se han ido controlando por el acomodo de la diversidad que ha ocurrido a medida que se asientan las relaciones sociales. Por eso, se sostiene que al final de cuentas la mixtura social que promueven los PIS no es un aspecto que necesariamente derive en clasismo y que ponga bajo amenaza la convivencia en el lugar.

¿Conflictos de estilo de vida o clase social?: entre la “clase media picante” y la “clase media normal”

Ya se ha comentado que los residentes de los PIS definen su vecindario como un lugar de clase media con una mixtura social restringida y concentrada sobre este mismo grupo social. En este contexto se podría preliminarmente sospechar que en estos barrios los estilos de vida de los residentes tienden a ser homogéneos. Sin embargo, como han manifestado una serie de investigaciones locales, aun cuando se perciba a un grupo social determinado como similar, los

estilos de vida albergados entre ellos pueden ser perfectamente diferentes (Salcedo y Rasse, 2012), impulsando así procesos de distinción interna (Méndez, 2008; Castillo, 2016).

Para testear lo anterior, se procedió a preguntar a los residentes de ambos PIS, si se percibían diferencias en términos de los estilos de vida. La respuesta la ilustra de buena forma uno de los entrevistados de SA que se define como clase media:

EN: Nosotros, cuando recién llegamos acá al barrio, nosotros (...) salíamos a caminar por las tardes por el barrio, no sé, uno anda mirando las casas o me gustaría que a mí casa ponerle esto, ser como esa casa de allá. Uno va mirando las casas y nosotros pasamos por una calle de acá de San Alberto y se notaba: la gente estaba tomando afuera, estaban a guata pela, estaban –¿cómo se llama esto? – tienen la música más fuerte a lo mejor, no sé, pero son, estaban como todos en la calle, así como –no sé– haciendo como unas fiestas así entre ellos, no sé” (Francisca, clase media consolidada, SA).

Beber en la calle, escuchar música fuerte, hacer fiestas, etc. confirman los resultados obtenidos por Sabatini et al., (2013b) y el Centro de estudios Públicos UC (2017) respecto a que los principales conflictos que albergan los PIS están asociados a la vida cotidiana de sus residentes. Pero hay más. En un contexto en el que todos se definen como de clase media y se percibe al barrio como un lugar de clase media, algunos vecinos comienzan a establecer una frontera interna a partir del comportamiento público que tienen los habitantes del lugar. Ese límite interno, entre un “ellos” y “nosotros”, está configurado por los estilos de vida que conviven al interior de los PIS. ¿Cómo podría alguien que no conoce el barrio darse cuenta de aquellas diferencias? Hubo múltiples respuestas a esta pregunta:

EN: “La suciedad, la decoración que no es muy armoniosa en muchos casos (...) estas son más silenciosas. El ruido es como de aquí para allá (Carolina, clase media emergente, SA)

EN: “Por la ropa que usan yo creo, por sus vehículos, (...) por su vestimenta, que es una nike o una Reebok. Yo me he fijado que son muy buenos para el carrete, bien buenos para el asado (Karina, clase baja, SA)

EN: “Uno nota altiro el hecho de muchas veces la forma de hablar (Paula, clase media consolidada, SA)

EN: “Por la ropa. Por la vestimenta. Porque, por ejemplo, mi marido es de Bajos de Mena. En Bajos de Mena hay casi puros con ropa desgastada,

las zapatillas son de marca, las formas de caminar tienen como su estilo propio” (Francisca, clase media consolidada, SA).

Por un lado, aparecen quienes escuchan música fuerte, beben o consumen drogas en la calle, no limpian sus veredas, no cuidan sus casas ni mascotas, discuten en cualquier lugar, etc. Y por otro lado, están quienes evitan discutir, responden adecuadamente, hablan de otra forma, se visten bien y no ocupan espacios públicos para en actos ilegales. Ambos grupos dibujan sus límites sobre la concepción que los residentes tienen del “buen vecino”, ya que mientras el primero lo transgrede, el segundo es sinónimo de él. Surge así una diferenciación interna entre, como dice Elisa, la “*clase media normal*” y la “*clase media picante*”.

EN: “Mire, la clase media normal es como nosotros, no mal hablados, no le digo que andamos bien vestidos, pero andamos limpios. La clase media picante es como el chigüa, el que anda con el garabato a flor de piel, el que se saca la polera, el que se cree choro. Esos para mí son los picantes, aunque no vivan mal, aunque no vivan mal (Elisa, clase baja, JV)

Ahora bien, ¿tiene esta distinción una dimensión de clase social incluida?, es decir, ¿están aquellas “clase media picante” y “clase media normal”, como la llama Elisa, vinculada a un grupo con un nivel socioeconómico particular?. Dado que, como se comentó en la anterior sección, la clase social se tiende a definir por los valores y no por la posesión de bienes, la mayoría de los entrevistados en ambos vecindarios rechazó aquella relación. En efecto, sostuvieron que el estilo de vida no se asocia a una posición o clase social específica, sino que más bien depende de los “valores” que se hayan transmitido a través de la enseñanza familiar. En ese contexto, una persona considerada como clase baja, no necesariamente debe ser una persona vinculada a lo que ellos llaman “clase media picante”. Incluso, Elisa señala hacia el final de su respuesta que aquella clase media picante —como ella la llama— presenta un comportamiento determinado “aunque no vivan mal”, es decir, a pesar de tener una condición socioeconómica como la del resto de los residentes del vecindario. Sin embargo, hubo algunas excepciones que plantearon abiertamente una respuesta afirmativa a la pregunta planteada.

EN: Si, pero esa gente que tiene como mala, mal cuidado de los espacios que son públicos, que son comunes, ¿tú dirías que tiene un perfil socioeconómico específico?. **EN:** Más bajo **LV:** ¿Más bajo? **EN:** Sí, más bajo **LV:** Y ¿por qué crees tú que ellos tienen ese tipo de actitudes? **EN:** Porque no sé, vendrán de esas partes y se acostumbraron a lo más fácil, a botar la basura aunque tengan el basurero, no sé, se acostumbraron, ya es la facilidad, porque acá se les da harto la facilidad, siempre hay

container, hay basureros, siempre están arreglando y al gente no hace nada (Eduardo, clase media emergente, JV).

Quienes reconocen la conexión entre estilos de vida y clase social, aseguran que dicho vínculo tiene una expresión territorial específica, ya que quienes fueron sindicados como responsables de estos comportamientos eran personas que provenían desde campamentos o barrios “periféricos”.

EN: “Los de acá, sé que venían de una población de la periferia, no de campamentos, pero si de una población de la periferia” (Alejandra, clase media emergente, SA)

LV: Y cómo se pueden reconocer ellos (“clase media picante”)? **EN:** Ah porque ellos dijeron, no que nosotros digamos, ellos son de campamento
LV: Pero las casas igual son iguales... **EN:** Sí, son todas iguales, pero ellos dijeron **LV:** Pero ¿tienen como una forma de vida distinta? **EN:** Si, entre ellos manejan otras como otras jergas, en algún momento fue balacera y todo eso, pero en su idioma digamos tienen otro tipo de expresión (Rose, clase media consolidada, JV).

Las citas anteriores parecen dar cuenta de un proceso de estigmatización de la clase baja que sostiene la tesis de que la clase social aún parece tener una influencia sobre las distinciones y conflictos al interior de los PIS. Para algunos residentes, la clase baja estaría incluso asociada a la idea del “mal vecino”, entendiendo a estos como una persona que transgrede las normas de convivencia del lugar. En ese contexto es donde se entiende la expresión de “*clase baja acomodada*” que expresó un residente como manera de definirse socialmente (p. 187). Si se siguen los resultados de Skeggs (1997), sobre mujeres de clase baja británicas que se definían como de clase media para evitar la estigmatización, la clasificación de “clase baja acomodada” podría ser interpretada como una estrategia más bien defensiva frente a ciertas actitudes clasistas que —aun cuando no son mayoría— habitan en los PIS.

Pero hay que poner este resultado en contexto. Las entrevistas sugieren que la mayoría de las personas tanto en JV como en SA no asocian los conflictos a una posición social específica. Para ellos, los problemas de convivencia al interior del barrio se dibujan mayoritariamente sobre las concepciones de lo que en la sección anterior se llamó “el buen vecino”, lo que significa que están anclados en las prácticas cotidianas del lugar. Aunque lo cotidiano suele ser vinculado a algo común y con cierto grado de normalidad, esto no necesariamente es así. La transgresión de la idea del buen vecino puede inducir formas de diferenciación social, como la distinción entre “clase media picante” y “clase media normal”, que potencialmente podrían escalar de forma negativa. Incluso esto, para algunos, tiene connotaciones clasistas claras.

Más allá de la magnitud e importancia de cada uno de estos conflictos, lo concreto es que las disputas de convivencia en los PIS no son sólo de naturaleza cotidiana como expresan Sabatini et al., (2013b) y Centros de Estudios Públicos (2017), sino que también incluyen a la clase social. A continuación se analizan otros tres conflictos específicos identificados en los barrios bajo análisis y que articulan en ellos tanto la vida cotidiana y como la clase.

De barrio a condominio: las rejas y la búsqueda de status social

Las rejas dominan parte del paisaje de JV y SA. Sin embargo, en este último lugar han desatado un conflicto que da cuenta, según los entrevistados, de un ánimo aspiracional de parte de un grupo de residentes. En efecto, quienes habitan alrededor de las plazas interiores del lugar han cerrado su acceso con rejas, apropiándose simbólicamente de estos lugares. Dicha situación les permite dar otro significado social al sector en el que habitan, convirtiendo al “barrio” en un “condominio”.

La instalación de rejas fue una idea planteada por los vecinos que residían rodeando las plazas de SA. No obstante, esta desató pugnas con quienes habitaban en esquinas ya que aun cuando su salida principal fuera hacia calles abiertas, usualmente el costado o la parte trasera de su propiedad confluía con el pasaje en el cual se instalaron las rejas (Imagen n°7). Incluso hubo casos en que quienes vivían alrededor de las plazas solicitaron a las personas que lo hacían en el borde que pagaran una parte de la instalación de la reja. Aquello molestó a los “vecinos de borde” debido a que la reja, o bien no era agradable a la vista, o bien no los incluía dentro del cierre perimetral. Por esa razón varios de estos vecinos no apoyaron la instalación de las rejas, oponiéndose a los deseos de quienes vivían alrededor de las plazas:

EN: Si quería reja, pero no podían cerrar mi casa, mi casa quedaba afuera. Entonces yo no iba a pagar algo donde mi casa iba a estar afuera. La reja iba a ser ahí y mi casa quedaba totalmente afuera. Y querían que yo pagara... no, no. Ah pero que esto es libre... no, no. Y hubo otros más que también se negaron (Alejandra, clase media emergente, SA).

LV: “¿Por qué él (un vecino de borde) no quería poner el portón?. **EN:** Porque el portón daba perpendicular con el muro lateral de su casa, entonces él decía, primero que se veía rasca y segundo, que los ladrones se iban a encaramar en el portón para meterse a su casa. O sea, nosotros les ofrecimos que le íbamos a poner puntas extras para el lado de su casa y todo, pero la verdad es que no sé si será solo él, pero él es puro problema. (Rose, clase media consolidada, SA).

Imagen 7 "Vecinos de borde", SA



Fuente: archivo del autor.

La instalación de la reja generó también conflictos entre quienes habitaban alrededor de las plazas, es decir, dentro del perímetro de instalación de las rejas. Algunos de estos vecinos no querían que se instalaran portones, ya que sostenían que al no tener auto, un potencial cierre no les beneficiaría en términos de obtener mayor seguridad. Asimismo, algunos se negaban a la reja porque no estaban de acuerdo con lo que esta simboliza, por cuanto privatiza el acceso a espacios comunes de todo el vecindario.

Como era de esperar, la instalación de la reja trascendió a los vecinos de borde y a quienes vivían rodeando las plazas interiores, extendiéndose también hacia los residentes de calles abiertas. Hay un reclamo permanente de estos habitantes respecto a que ellos no pueden usar las plazas del sector, las que están todas dentro de pasajes cerrados. Los entrevistados relatan varias historias en las que sus hijos han tenido problemas para entrar a estos lugares o han sido discriminados por estar jugando en ellos.

EN: “Y la gente de afuera no está conforme (...) porque los de adentro echan a los niños. A mí me pasó que cuando yo llegué con mis hijos que estaban en la plaza de aquí de la vuelta y los sacaron por no pertenecer a ese cierre y nada po, como yo soy muy justiciera para todo, fuí y les dije que no, que yo trabajaba incluso en la municipalidad, que estos no eran barrios privados y que no podían cerrarle el acceso a nadie y que de hecho una persona que estuviera desconforme y hacían que le sacaran ese portón” (Paula, clase media consolidada, SA).

Los vecinos del interior de las rejas se defienden señalando que los portones se encuentran abiertos durante todo el día y que se puede transitar libremente

hacia las plazas. Dicha situación está regulada por una Ordenanza Municipal que impide que las rejas estén cerradas entre las 7 am y 10 pm. En el trabajo de campo se pudo corroborar que aquella normativa se respeta. Sin embargo, también se identificó que el historial de conflictos ha hecho que muchos vecinos opten por no usar las plazas, sólo para evitar pugnias. Además, cuando se ingresa a las plazas hay una atmósfera de vigilancia permanente que inhibe “simbólicamente” el desenvolvimiento con plena confianza.

Ha habido también una apropiación simbólica de las plazas por parte de los vecinos que habitan dentro del perímetro de las rejas. Ellos perciben que son las únicas personas del barrio que cuidan las plazas y se organizan para “hermosearlas”. En ese sentido, quienes viven afuera del portón son catalogados como personas que no necesariamente sienten apego por el lugar y, por tanto, nada garantiza que ellos lo cuiden con la misma prolijidad.

EN: “Es que esa es la diferencia a lo mejor, porque por ejemplo por sus calles todos pasan en cambio acá si no eres de acá no tiene a qué entrar. Por ejemplo, no viene a jugar una persona que venga o que viva en la otra calle, no, porque esto es de acá, es de la gente de acá, la gente de acá lo cuidamos, la gente de acá lo regamos, la gente de acá cortamos el pasto, cortamos los arboles nos preocupamos de la plaza para mantenerla así, entonces yo creo que eso también se hace enemistad y se hace un grupo como para cuidar el lugar donde tú vives, porque hay gente que viene a... no es como una plaza que este en una avenida o en un lugar público, cualquiera puede entrar y las plazas no duran nada en 6 meses ya están todas rayadas, todas quebradas, sin pasto. (Marcelo, clase media consolidada, SA).

Hasta aquí parece que la instalación de las rejas ha configurado un conflicto que aunque difícil de resolver, no es más que uno derivado de la propia convivencia, es decir, un conflicto cotidiano. Sin embargo, los vecinos de las calles que solían ocupar las plazas no lo ven así. Para ellos este es un conflicto que surge del afán por conseguir mayor estatus social. Ellos aseguran que la reja no fue construida como un mecanismo para resguardar la seguridad de los autos o de la misma plaza, como argumentan los que viven al interior, sino que más bien es empleada como un elemento que permite elevar el estatus social de sus residentes. La reja transforma el barrio en un condominio y con ello reafirma una identidad de clase superior de quienes habitan dentro de sus límites con respecto a quienes residen fuera.

LV: ¿Ocupas tú los espacios públicos? Por ejemplo, ¿las plazas que ahora están enrejadas? **EN:** No **LV:** ¿por qué no las ocupan?. **EN:** Porque ellos se creen dueños de los espacios. Es como un mundo aparte adentro de las plazas. De partida ellos creen que es un condominio. Ellos juran de guata que esta cuestión es condominio,

porque tienen una reja afuera, ellos piensan que es un condominio.
(Andrea, clase media consolidada, SA).

Consultado Héctor, quien es residente de las plazas interiores, respecto a si él creía que las rejas convertían a esos lugares en mini-condominios, respondió lo siguiente:

LV: ¿Qué te gusta de tu barrio?. **EN:** “que es muy tranquilo, en realidad parece un condominio esta cosa (...) Imagínate tenemos portón eléctrico. El portón te da otro caché. **LV:** ¿En qué sentido el portón, por ejemplo, le da otro caché al barrio? **EN:** En el mismo sentido de que una, tú tienes que abrirlo con el teléfono, que no es cualquier cosa, entonces eléctrico, tú tienes que abrirlo con un teléfono. Entonces, no podemos llegar y abrir la puerta, el portón a cualquier persona. **LV:** ¿Cómo más exclusivo o no? **EN:** Es como más exclusivo, claro. Entonces eso le da, como decía, el parecido al condominio. (Héctor, clase media emergente, SA).

Tal como manifiesta Héctor, el portón le da otro “caché” al lugar creándole una imagen de exclusividad al sector. Eso es lo que les asegura un sentido de diferencia con respecto a lo que se encuentra fuera del portón. Así es como en el fondo la reja opera más como un mecanismo de distinción social que asegura un estatus diferente para quienes viven en su interior, separándolos y diferenciándolos de aquellos que viven en calles o pasajes abiertos. Esto explica la importancia social que le atribuyen los miembros de las comunidades que rodean la plaza a los portones y, en términos de lo que Watt (2009) propone, podría ser interpretado como un sentido de pertenencia selectiva, donde la frontera física es la reja.

El problema derivado de la reja se trata de un conflicto de estatus y de naturaleza más aspiracional que clasista propiamente tal. Las rejas impulsan un proceso de diferenciación en base a la búsqueda de un sentido de superioridad, pero esa diferenciación no discrimina por clase social. Debido a la configuración segmentada de SA, en el interior de los denominados mini-condominios es posible encontrar conviviendo a familias de diferente condición socioeconómica. Situación que también ocurre con quienes viven fuera de las rejas y que se ven afectados, sin distinción socioeconómica, por la decisión de cerrar el acceso a estas.

¿Los siúticos?: iesen que no conversan con nadie!

Otro conflicto al interior de los PIS se configura en torno a ciertas personas que tienden a aislarse del resto de los miembros del vecindario. Esto ocurre tanto en SA como en JV donde residen personas que, según los entrevistados, “se

creen más” que los que allí habitan. Este fenómeno, que suele actuar de forma soterrada y con pocos conflictos explícitos (a excepción de lo que ocurre con la reja en SA), pone en una posición social distinta a sujetos que intentan distinguirse de sus coterráneos a través de elementos materiales o la exposición social de sus logros. Ellos son catalogados como siúuticos por los habitantes de los PIS, es decir, personas que presumen pertenecer a un estatus superior del que realmente son:

LV: ¿Hay alguien que se crea más que los demás aquí? **EN:** “El vecino de al frente es súper siúutico. Creo que tiene una constructora. Él se cree superior a nosotros. Bueno, su casa se destaca, siempre es más bonita y todo. Pero él no saluda. Entonces nosotros como vecindario, como pasaje, pensamos que de repente los estudios no sirven de nada mucho. ¿De qué vale tener tantas lucas si no es tan humano y no se fija quienes tiene a su alrededor?. Entonces nosotros mismos lo mirábamos a él como raro, en vez de él mirarnos a nosotros como raros. **LV:** Y cuál sería la forma para reconocer a la gente que de repente como que es más... **EN:** Claro, como que se aísla, como que no sé po, todos "buenos días vecina" "buenos días" y él con suerte sale a mirar, a barrer la calle, a veces, casi nunca. Entonces cuando a su señora le pasa algo, nosotros igual salimos a la ayuda de ella ¿cachay? pero él siempre así, como dándole el ejemplo que, mire si a nosotros no es necesario que andemos tomados de la mano, pero tenemos que mirar siempre quien está al rededor. (Mario, clase media emergente, JV)

Las personas utilizan al menos tres formas de reconocer a un siúutico en los PIS: la casa, el auto y la manera en que se relaciona con sus vecinos. Según relató un residente de SA, en su cuadra existe, en el “boca a boca”, un ranking de la casa más bonita. Aquel ranking es particularmente importante para algunos residentes que compiten por embellecer su morada. Según comentó, si un vecino arregla algo de su hogar, al poco tiempo algunos residentes mejoran la fachada de los propios sin que eso necesariamente sea una necesidad. Aunque los entrevistados reconocen que aquello permite embellecer el vecindario, señalan también que es una actitud que denota los intentos por diferenciarse que tienen algunos de los habitantes del lugar. Con respecto al auto, parece ser de opinión común que es un mecanismo que marca también diferencias entre los residentes. Hay vecinos que cambian autos con cierta regularidad, sin que ello implique, nuevamente, una necesidad. Ellos también son descritos por los residentes de los PIS como personas con afán de aparentar una mejor situación socioeconómica.

Tanto la casa como los autos representan símbolos de estatus en los barrios, que están apoyados sobre el significado cultural que tiene la adquisición de ciertos bienes materiales. La fachada de la casa y los autos le muestran a los

coterráneos cuán bien les ha ido a cada individuo en la vida y, para muchos, son símbolos de esfuerzo individual. Sin embargo, estos elementos materiales no son capaces por sí solos de definir a un siútico, ya que es la manera en que estos se relacionan con los vecinos es lo que los determina por esencia. Como plantea Mario, los “siúticos” se identifican porque están aislados de su entorno, porque no tienen contacto con los vecinos. Entonces, se puede sostener que más allá de lo que simbolizan ciertos elementos materiales, lo que delimita a un siútico es la transgresión de los límites del buen vecino, por cuanto se espera que todos los residentes del lugar, aunque en una condición de extraños, al menos saluden cordialmente y estén dispuestos a colaborar con los vecinos. Una persona puede arreglar su casa, como también tener un auto último modelo y remplazarlo regularmente sin que ello necesariamente sea interpretado por sus coterráneos como señales de aspiracionismo o de búsqueda de status. Lo que cierra el círculo, es la falta de interacción social. Pero, ¿por qué estos individuos evitan el contacto?. Yenny, una entrevistada que se auto reconoce como siútica lo plantea de esta forma:

LV: ¿Tú sientes, por ejemplo, como bicho raro en el barrio? **EN:** ¡Ay sí! (risa) Sí, me siento como bicho raro. **LV:** ¿Y en qué sentido te sientes rara? **EN:** Como que no pertenezco aquí, una cosa así, y será porque donde arriendo, o sea, debe ser esa sensación que como la casa no es mía, puede ser que uno también siente que el sector, el barrio no es el de uno. **LV:** Pero más allá de la propiedad... **EN:** Ay sí, a veces me siento como, como extraterrestre aquí, no, no te sabría explicar por qué, pero no, no me siento así como, como de aquí. **LV:** Por ejemplo, tu ya bueno te sientes diferente, pero qué es lo que tú crees que, en qué es diferente la gente que aquí vive a ti. **EN:** Es que son más bochincheros, yo no. Yo ponte tú a ellos (los hijos) los invitan a cumpleaños (y) yo no los mando, pero no los mando porque, es que a ver... ¿cómo te explico?. Él tiene compañeros de acá, entonces él me dice mamá, a mí no me gusta como se comportan, no me gusta como son, no me gusta la música que escuchan, no me gustan como hablan, entonces si no le gusta cómo se comportan, ¿para qué lo voy a mandar? (...) y la verdad es que como te digo, yo tampoco soy mucho de compartir, de sociabilizar, pucha aquí no (Yenny, clase media consolidada, JV).

Quienes se auto reconocen como siúticos sienten como si estuvieran viviendo en el lugar equivocado, como si el barrio no les correspondiera. Por eso, desarrollan prácticas de desafiliación donde tienden a evitar el contacto con sus vecinos. Sin embargo, estos últimos lo ven de una forma diferente:

LV: Y usted ¿cree que, por ejemplo, acá hay gente que se cree más que el resto? **EN:** Ah si pues, esta misma niñita que me llamó, mijito. Ella no anda sin auto, puede comer papas cocidas pero el auto es del último

modelo, entonces... **LV:** Y ¿por qué cree que esas personas son así? **EN:** Cuando uno no ha tenido nunca nada, yo creo que cuando uno tiene. El piojo resucitao pica más fuerte que el vivo po' hijo. Es como la gente que ha tenido siempre, la ven tan normal, como una silla igual que la otra silla. Esta (gente) no, porque hay gente así que la mira a uno por sobre el hombre (Fabiola, clase baja, JV).

Para los residentes de los PIS los siúuticos generalmente son personas que están en proceso de movilidad social. Como refiere Fabiola, ese proceso de movilidad crea expectativas en la gente, a la vez que impulsa la necesidad de diferenciarse de aquellos que va dejando atrás. Es en esa dinámica donde las cosas materiales, como la casa y el auto, además de las interacciones sociales adquieren relevancia para aquellos individuos. Sabatini, et al., (2013c) ya han observado este fenómeno en otros barrios de Santiago, denominándolo “adolescencia urbana”. Para los siúuticos, la necesidad de diferenciarse emerge de la búsqueda por adscribirse a una nueva identidad. Para conseguir ese objetivo es importante mostrarle al resto ciertas prácticas, opiniones o cosas materiales representativas del nuevo grupo al cual se están integrando.

El problema de la adolescencia urbana y las actitudes siúuticas de residentes, está en que en algunos casos deriva en prácticas de discriminación hacia las personas percibidas como de menor clase social. La frase “*el piojo resucitao pica más fuerte que el vivo*” expresada por Fabiola da cuenta de un fenómeno interesante. Existe la percepción de que aquellos que han tenido una posición social más alta por largo tiempo, no tienen necesidad de diferenciarse del resto. Eso sería, hipotéticamente, favorable para una mezcla social más extendida desde el punto de vista socioeconómico. Sin embargo, la frase lleva también implícita la noción de que aquellos sujetos que ascienden socialmente y que aspiran a diferenciarse del resto, tienden a crear conflictos de discriminación. Así relatan algunos entrevistados los conflictos con personas catalogadas como siúuticas:

LV: Y por ejemplo ¿ha habido casos de discriminación de parte de ella hacia algunos vecinos **EN:** Si, a los niños **LV:** ¿Y qué les dice? **EN:** Prefiero no repetir las palabras, son fuerte igual (...) yo te voy a presentar mi caso. Mi hija era bien amiga de su niña, tuvieron sus roces, sus discusiones y todo eso al cabo de que ella le prohibió a su hija juntarse con la mía. Entonces, ella empezó a calificar a la mía, que era una niña mala, que no servía para nada, que ella estaba gorda, que ella era ahomburada porque andaba con puros amigos hombres, que por loca, por tonta ella no tenía amigas. Mi hija llegó prácticamente hasta cortarse, llegó a ese extremo el año pasado. Yo la sufrí caleta con mi hija. Mi hija estuvo con psicólogo, estuvo con un orientador, yo hice de todo y ahora yo incluso yo le dije: “sabes, si te habla esta señora, sí te dice alguna cosa, no la pesques, no la pesques, no le contestes. Pero siempre que la veía le

decía cosas, le gritaba cosas de su casa hacia fuera **LV:** Pero, ¿siempre de forma despectiva? **EN:** Sí, y a varios niños igual los trataba de ladrones, de chico, gordo, feo, y esas son palabras suaves (Eduardo, clase media emergente, JV).

Más allá de lo cruel que resulta este relato, la adolescencia urbana y las prácticas de discriminación identificadas al interior de los PIS corresponden a hechos aislados que pocas veces ven la luz. La discriminación derivada de los intereses aspiraciones de algunos residentes, es un fenómeno que actúa soterradamente y a nivel de rumor, debido al amplio rechazo social que genera. Por eso, aunque hay varias formas a través de las que se manifiestan estas actitudes, los conflictos que derivan de ellas son cuantitativamente escasos. En la siguiente sección se revisará otra manera a través de la cual se impulsan conflictos aspiracionistas en los PIS, pero que no han generado prácticas de discriminación explícitas en ninguno de los dos casos de estudio.

¿La participación?: ¡eso es para los pobres!. Una mirada “desde barrios de clase media”

La participación que otrora parecía ser un aspecto clave para asegurar la cohesión de las comunidades, en SA opera más bien como un mecanismo que induce distinciones sociales entre la clase media y clase baja. Existe la percepción entre los entrevistados de que la participación es inútil para su proyecto de movilidad social, debido a que es mucho más rápido el ascenso a partir del esfuerzo individual. Esto hace que la mayoría de las personas del barrio no se incluya en actividades locales, minando así la posibilidad de esta actividad para producir mayor sociabilidad.

LV: Por ejemplo ¿Tú crees que es más válido para ascender socialmente (para movilizarse hacia arriba) hacerlo a través del esfuerzo personal o a través de la organización? Juntarse entre los vecinos...**EN:** No, yo creo que eso es individual, yo creo que para eso los vecinos no tienen nada que ver, los vecinos no te van a venir a ayudar para que tú puedas crecer, yo creo que tiene que nacer de ti, de tu grupo familiar. (Marcelo, clase media consolidada, SA).

LV: ¿Y para ascender socialmente... crees que es más fácil lograrlo a través de la organización o de forma individual? **EN:** No, de forma individual, absolutamente, con trabajo ahorro e inversión. Nada más po. (Carolina, clase media emergente, SA).

Pero algunos residentes de clase media van más allá y sostienen derechamente que la participación social está exclusivamente “diseñada” para las personas de bajos ingresos. Consideran que si ellos quisieran participar, tendrían dos

grandes problemas: el trabajo y el no poder acceder a los beneficios. Plantean que la participación en organizaciones de barrio requiere tiempo y eso hipotéticamente les impediría trabajar. Igualmente, en su condición de clase media, el acceso a los beneficios de la participación les estaría negado. Estos últimos sólo estarían disponibles para personas de bajos ingresos. Por eso es que algunas personas autodefinidas como clase media perciben que quienes participan u optan por la participación como vía de ascenso social, son personas que tienen tiempo y que son de clase baja. De esta forma es como la participación no sólo juega un rol en términos funcionales, sino que también en términos simbólicos, estableciendo un límite entre la clase media y la clase baja.

LV: Entonces, ¿crees tú que el esfuerzo de la clase media es más individual que el de la clase baja? **EN:** Es más golpeada (la clase media), no tenemos bonos, no tenemos apoyo, no tenemos nada. Y la clase baja si están mal, le dan mercadería. A una señora de allí le dieron camarotes, mercadería, ropa de cama. Chuta y si yo no tengo Lucas...¿qué me dan? (Diva, clase media emergente, SA).

“LV: ¿Crees que hay ciertos valores característicos de la clase media?
EN: Si, el esfuerzo y el querer superarte **LV:** ¿Esfuerzo colectivo o individual? **EN:** Individual. El país se ha vuelto muy individualista. **LV:** ¿Crees tú que hoy hay algún grupo social que tenga esfuerzo colectivo más que individual? **EN:** Los de economía baja creo yo, porque lamentablemente cuando tú necesitas algo, las organizaciones gubernamentales no te escuchas individualmente. Entonces, ¿que tienes que haces? Masa. A ver si es que en una de esas a las masas las pueden escuchar. Por ejemplo, el asunto de las viviendas. La gente está organizada, porque por uno solo no sirve, no los toman en cuenta, entonces ahí si se ve la división económica... ahí si se nota a cabalidad... en quien participa y quien no participa. La clase más baja participa generalmente y los otros (clase media) son más individuales. Además, tú ves, no se po, la asociación de abuelitos o las bandas, son todas más o menos de la misma clase social: más baja. Porque la gente que tiene un poquito mas no va a esas cosas... tiene otras cosas que hacer, se va de shopping, entonces es distinto. **LV:** ¿Pero porque la gente de clase media no quiere participar? **EN:** Porque está estereotipado, que los grupos que participan son de clase baja. Ya tienes una ficha. Hay personas que no quieren ser confundidos con la clase baja (Andrea, clase media consolidada, SA)

Andrea y Diva plantean un aspecto bastante común entre la clase media chilena: el sentimiento de desprotección de parte del Estado elemento que, como fue comentado previamente, parece estar en el núcleo de su definición de clase. Es en este contexto como el esfuerzo individual parece ser la única vía para impulsar procesos de movilidad social. Paralelamente, existe la percepción

de que para la clase baja la movilidad ascendente se consigue a través de la organización. Esta diferenciación es, en algunos entrevistados, también valórica por cuanto el esfuerzo individual es un atributo que define a la clase media, mientras que la “flojera” y “pereza” lo haría con la clase baja. Se puede argumentar así que algunos residentes de SA asocian a la clase baja a una situación de relativa comodidad, debido al permanente apoyo que reciben de parte del Estado.

Pero hay otro aspecto que menciona Andrea: muchos miembros de la clase media (o que se definen como tal) deciden no participar debido a que se les puede confundir socialmente con algún integrante de la clase baja. Eso lo confirma también un residente de vivienda social en SA y que asiste continuamente a actividades comunitarias:

LV: ¿Por qué crees que no llega tanta gente? **EN:** Uno, yo creo que por tiempo o por horario, que a veces no le coinciden con sus trabajos y otra simplemente porque le da flojera o no les interesa el tema y dice: “ah mi casa la amplio solo”. También he escuchado esas cosas. He escuchado decir “ah que voy a ir a meterme a esa wea si puedo ampliar yo mi casa” (...) también porque les va a bajar el pelo. Puede ser algo así. **LV:** Eso en alguna parte es como un poco de clasismo también ¿o no? **EN:** Si po, “cómo el vecino me va a ver que yo estoy yendo a una reunión donde voy a pagar menos por mi ampliación, no po hueón”. **LV:** ¿En parte eso es por (en parte no totalmente) porque la gente no se quiere confundir? **EN:** Sí, yo creo que también ese pequeño porcentaje de gente más levantada de raja yo cacho que entra ahí. (Luis, clase baja, SA).

Parece haber una cierta contradicción en aquellos que se definen como clase media. Por un lado, están quienes reclaman la desprotección del Estado argumentando que aquella es la razón por la cual no participan. Por otro lado, están quienes más bien evitan participar para no ser confundidos con personas de menor estatus socioeconómico. Aquellas contradicciones pueden perfectamente convivir, incluso en una misma persona, y parecen ser una de las principales maneras a través de las cuales se manifiestan los conflictos aspiracionales en materia de participación en SA.

Balanceando la sociabilidad: ¿por qué los conflictos no escalan?

Hasta aquí el capítulo ha abordado dos aspectos de la sociabilidad en los PIS que parecen tener dinámicas contradictorias y problemáticas si se miran desde una óptica lineal. Por un lado está la sociabilidad que, aunque satisfaga a los residentes, está caracterizada por las relaciones sociales débiles y esporádicas.

Y por otro lado están los conflictos cotidianos y de clase que se articulan a partir de las ansias aspiracionales que se manifiestan con relativa intensidad al interior de SA y JV. Siguiendo las teorías del conflicto más clásicas (Durkheim, 1987; Parsons, 1968), se podría pensar que en este contexto las disputas entre vecinos tendrían el potencial de desestabilizar las relaciones sociales, no sólo por las diferencias entre los residentes, sino que también porque estos lugares, dada su falta de vínculos, se encontrarían relativamente desprovistos de mecanismos de auto control. Sin embargo, en los PIS estudiados ocurre todo lo contrario: los conflictos se mantienen relativamente ausentes de la cotidianeidad, aflorando de manera esporádica y sin poner en riesgo la estabilidad de la convivencia. La pregunta que viene entonces de cajón: ¿por qué los conflictos no escalan?. Las entrevistas permitieron identificar varios mecanismos que explican esto, la mayoría erigidos sobre normas más tácitas que explícitas.

Los principales mecanismos para controlar y solucionar los conflictos asociados a la vida cotidiana son la extrañeza y una concepción común del buen vecino. Ya se ha dicho que vivir entre extraños permite conservar un nivel de distancia social adecuada entre sujetos que desean mantener ciertos grados de privacidad. Hay acuerdos tácitos entre los habitantes de los PIS respecto a los límites del buen vecino. Dichos acuerdos actúan de forma latente y se activan frente a cada actividad disruptiva que ocurre al interior del barrio. Por ejemplo, con respecto a la música. Tanto los residentes de SA como de JV sostienen que escuchar la música fuerte cada cierto tiempo o a horas prudentes no genera disgusto, ya que eso no transgrede los límites del buen vecino. Incluso, cuando ocurre en las noches ignoran los ruidos, aunque les signifiquen cierto grado de molestia. Sin embargo, cuando la actitud es repetitiva, sí produce conflicto, por cuanto la permanente transgresión del límite del buen vecino puede estirar el borde hasta convertirla en una práctica normal. Otro ejemplo es la violencia en el hogar. Las discusiones familiares, aunque incómodas, son toleradas con cierto grado de extrañeza o no intervención hasta cuando aparece la violencia, que es cuando el límite aceptable del buen vecino se traspasa. Durante las entrevistas varios residentes contaron experiencias de hombres que golpeaban a sus esposas, situaciones en donde los residentes actuaron de manera conjunta en su defensa. Ambos ejemplos muestran, primero, que los límites de la convivencia al interior del barrio son flexibles y se construyen localmente sin la necesidad de la existencia de un manual o normas explícitas. Y segundo, que los vínculos de extrañeza no necesariamente implican pasividad frente a los conflictos locales. La extrañeza representa más bien una condición flexible para los residentes, pero que puede ser modificada cuando es necesario intervenir en los problemas entre habitantes.

La extrañeza está acompañada por otro mecanismo que opera igualmente de manera tácita: el hacer conducta. Algunos entrevistados de ambos vecindarios, especialmente beneficiarios del subsidio de clase media, manifestaron que en

un comienzo la diversidad socioeconómica de los PIS significó el arribo de diferentes estilos de vida, lo que produjo algunos conflictos. Para ellos fue particularmente difícil aceptar el estilo de vida de personas que provenían de campamentos, como así mismo hoy lo está siendo con arrendatarios que está arribando tanto a SA como a JV. Entre sus reclamos hacia ellos están el escuchar música fuerte con las puertas y ventanas abiertas, instalar talleres mecánicos en sus casas, colgar la ropa en el jardín de las viviendas, no limpiar el frontis de sus hogares, etc. Más allá del trasfondo social de estos reclamos, el punto es que hoy en día los mismos residentes señalan que estos ocurren con menor frecuencia. ¿Qué sucedió para que ello ocurriera? Andrea, residente de SA, lo relata de la siguiente manera:

EN: “Lamentablemente suena feo, pero las personas somos animales de costumbre. Entonces, si de chiquito a ti te acostumbraron de que vivías en un campamento y tu forma de vocabulario tenía que ser una determinada, porque frente a tus pares tenías que ser igual, para no ser molestado o pasado a llevar... también yo creo que la gente puede adaptarse y darse cuenta de que pueden cambiar el switch, como te decía delante, y subir quizás tu mentalidad un poquito y a lo mejor, en unos pocos años mas quizás, ser pares con los demás. Los humanos somos animales de costumbre y si tienes que acostumbrarte a un entorno donde no encajas de cierta manera, o no te viste de cierta manera o andas peleando. Tienes que darte cuenta de que hay algo más. Y yo creo que eso es lo que está pasando de a poco. (...)” entonces hay de todo. Acá venían de campamento, pero por estar aquí, tenían que hacer conducta, por lo tanto, sus actitudes y sus formas de pensar y de hablar cambio. Aunque vinieran de afuera. Tienen que hacer conducta. Los vecinos te marcan con la pura mirada y no es que se crean más, sino que hay una forma de vivir” (Andrea, clase media consolidada, SA)

La entrevistada señala que aquellos residentes que criticaba en un comienzo por su forma de vivir han comenzado a hacer conducta. Sus prácticas cotidianas —o *habitus* como suelen ser tratado por la teoría bourdiana— se han comenzado a acomodar y a acostumbrar a la idea del buen vecino que se tiene en el vecindario. Dicho cambio de conducta no se produjo, como apunta Andrea, a partir de códigos explícitos o imposición de normas, sino que más bien por mecanismos tácitos como las miradas.

La manera en que cambian las culturas populares cuando se insertan en un barrio donde habitan familias de mayores ingresos, ha sido un aspecto cuestionado por la literatura sobre políticas de mixtura social, siendo visto incluso como un intento de integración forzada (Chaskin & Joseph, 2013). Sin embargo, se encontró que aquel cambio, al menos en los PIS analizados, es reconocido por familias provenientes desde campamentos y la periferia de Santiago como algo positivo. Dos habitantes provenientes de Bajos de Mena y

actuales residentes de SA declararon que valoraban positivamente el cambio de cultura que le significó llegar a este lugar. La transformación más positiva la observaban en sus hijos, los que comenzaron lentamente a tener conductas, a su juicio, menos disruptivas. Incluso, este proceso de adaptación ha requerido una auto-negociación con su habitus. Como declararon los aludidos residentes, dicha situación fue vivida con un cierto incomodo al comienzo asociando, por ejemplo el uso de nuevo vocabulario por parte de sus hijos, a actitudes siúticas. No obstante, con el paso del tiempo las comenzaron a ver de forma más natural y la incomodidad desapareció. Aquel proceso tomo eso sí mucho tiempo, por lo que el ritmo en el cual se produce el acomodo parece ser fundamental en la auto-negociación que llevan internamente los sujetos cuando se insertan en un contexto diferente. Como ha sostenido Friedman (2015) cuando el proceso de acomodo es lento, se pueden evitar procesos como la Hysteresis que tienden a llevar a las personas al aislamiento social.

Ahora bien, cuando los mecanismos tácticos envueltos en la extrañeza y el hacer conducta no solucionan como mecanismos para solucionar los conflictos, aparece una manera más ortodoxa pero poco común en los PIS: llamar a la policía. Con todo, estos tres mecanismos permiten mantener a raya los conflictos cotidianos que ocurren tanto en SA y JV.

Algo más complejo es el control de los conflictos aspiracionales y clasistas. Como ya se ha dicho, estos conflictos no son usuales en ninguno de los dos barrios, ya que son públicamente repudiados y mal vistos. Es más, fue difícil encontrarlos a lo largo de las entrevistas porque actúan soterradamente y más a nivel de rumor. Justamente es esa misma naturaleza oculta es lo que los mantiene a raya e impide que se extiendan o bien fracturen la sociabilidad de los PIS.

Capítulo 8. La clase en clave territorial: el sentido de pertenencia al barrio en los PIS

Esta sección tiene por objetivo entender la manera en que las características socio-territoriales en las cuales se construyen los PIS influyen en la configuración de un sentido de pertenencia al barrio. Esta pregunta emerge a la luz de la teoría que sostiene que las características físicas y sociales del territorio son fundamentales en el surgimiento de comunidades vecinales, pudiendo este a ayudar a cohesionar estas más allá de las diferencias socioeconómicas que puedan tener.

Resolver lo anterior no sólo es importante para evaluar las posibilidad de cohesión social pluriclasista que poseen los barrios de integración de Chile, sino que también ayuda, en términos teóricos a entender el rol que tiene la clase sobre el sentido de pertenencia territorial. Según se comentó en el marco teórico, hay dos formas de ver esto. Una primera que pone énfasis en que el sentido de pertenencia al barrio se articula a través de la clase e induce a que potencialmente los residentes entren en conflicto o se constituyan esferas de pertenencia separadas. La segunda plantea que en barrios de ingreso mixto las diferencias en la composición socioeconómica de sus residentes no serían necesariamente un obstáculo en la formación de un sentido de pertenencia compartido. Esto ocurriría especialmente cuando las personas eligen su residencia y cuando las características del lugar donde viven se acoplan adecuadamente a sus aspiraciones de clase. Este capítulo contribuye así en el debate respecto a la espacialización de la clase social, particularmente a través del examen del sentido de pertenencia al barrio.

En la primera sección se examina la satisfacción territorial que las personas tienen con los PIS. De una manera inductiva, se reconocen algunos elementos de estos barrios que son importantes para la población que reside en ellos. También se examina la reputación social de SA y JV y se entrega evidencia sobre lo que ha ocurrido con la plusvalía de las viviendas en estos lugares. El análisis de estos resultados ponen en relevancia el significado cultural que tienen los PIS en sus residentes, marcando estos un quiebre con el imaginario de la tradicional vivienda social. Esto crea una base de valoración común que trasciende las diferencias objetivas entre clases sociales que existen en su interior.

En la segunda sección se analiza el nivel de apego que las personas desarrollan con los PIS. Aquí se ponen en discusión algunos conceptos centrales que explican la relación entre clase social y sentido de pertenencia, como por ejemplo el de pertenencia electiva. Sobre la base de una valoración común de los vecindarios, se describen dos sentidos de pertenencia que representan diferentes maneras en los que la clase se acopla con las características socio-espaciales del barrio. Se muestra también cómo esos dos sentidos de pertenencia, que aunque no entran en conflicto, se expresan con diferentes

intensidades en los vecindarios analizados y varían según la condición socioeconómica y aspiración de movilidad social de sus residentes.

En la tercera sección se da cuenta de la manera en que el sentido de pertenencia en los PIS se articula con el entorno. En una mirada comparada a los casos, se da cuenta que el área que rodea a SA y JV cumple un rol disímil sobre la pertenencia, ya que así como puede articular identidades territoriales más grandes, puede también inducir procesos de desafiliación territorial. Con estos resultados se discute y cuestiona la tesis del nuevo urbanismo con respecto al efecto que una buena dotación tiene sobre el sentido de pertenencia al barrio.

La cuarta sección examina como los conflictos aspiracionales detectados en el capítulo anterior se expresan en clave territorial al interior de los PIS. Aquí la discusión toca aspectos como la importancia la estética de los barrios y la ampliación de las casas, elementos que materializan en el hogar ciertas ansias de clase media asociadas a las ideas de ser alguien mejor en la vida. Asimismo, se discute la manera en que esas aspiraciones se reflejan también sobre los campamentos que están localizados en las cercanías de SA y JV impulsando ciertos procesos de exclusión social.

Satisfacción residencial y reputación social del área: ¿rompiendo el estigma de la vivienda social guetificada?

Como se revisó en el marco teórico los problemas de vivienda acaecidos durante los noventa e inicios del nuevo milenio, fueron configurando una opinión negativa respecto a la vivienda social. Dicha opinión no sólo encontró acogida en los círculos académicos, sino que también en la sociedad completa dada la mediática exposición de algunos eventos acaecidos con este tipo de residencias. En Chile son popularmente conocidas las filtraciones de agua que presentaron las llamadas “casas COPEVA” en el invierno de 1997, o las conexiones que permanentemente los noticiarios hacen entre delincuencia, narco-tráfico y drogadicción con algunos barrios de vivienda social en procesos de guetificación. Aquellos acontecimientos —relacionados también con las tendencias segregadoras de la política habitacional y el funcionamiento del mercado de suelo— terminaron dándole una dimensión espacial y material, a través de la vivienda social y los campamentos (Cornejo, 2012; Lindón, 2005; Kaztman, 2010; Sabatini et al., 2013c), a un proceso más general de estigmatización de los pobres (Skeggs, 2005). Pero los PIS analizados aquí comienzan a mostrar un proceso diferente. En esta sección se argumenta que la nueva política de mixtura social parece estar haciendo retroceder el estigma asociado a las viviendas construidas con el apoyo del Estado. Sin embargo, se especifica también que aquel cambio está estrechamente asociado a las

condiciones de entorno, por lo que podría adquirir intensidades variables en cada caso de estudio dada las diferencias existentes entre ellos.

La mayoría de los entrevistados en SA y JV sostuvieron que antes de arribar al barrio vivían de allegados en casa de familiares o bien arrendando algún lugar. A pesar de que la primera alternativa era más económica, les significaba menor privacidad dado que al ser en su mayoría matrimonios jóvenes —algunos con hijos— les era relativamente incomodo estar aún bajo el mismo techo de los padres. Quienes arrendaban manifestaron, en cambio, no tener problemas de privacidad. Sin embargo, el arriendo para ellos no era del todo adecuado ya que sentían que el pago mensual era un desperdicio de dinero. Además para estos últimos su estancia en un lugar fijo no estaba completamente asegurada porque eso dependía de las decisiones que adoptaran los dueños de las propiedades. La incertidumbre de los arrendatarios les motivaba, paralelamente, el deseo de residir de manera permanente en un lugar. Pero las diferencias entre allegados y arrendatarios estaban asentadas sobre una base territorial común: el habitar en “poblaciones”. En efecto, la mayoría de los entrevistados describieron sus vecindarios previos a JV y SA como barrios de vivienda social, peligrosos y donde vivían familias de menor ingreso, si se les compara con su actual residencia.

LV: ¿Dónde vivía usted antes? **EN:** yo ya viví en una población con mis papas y no compartía mucho con los vecinos ni con gente del barrio. Estaba como aislado dentro de mi casa. Mi vida era mi trabajo y mi casa. No compartía mucho porque ahí había niños que donde tu salías afuera, sentías olor a marihuana, olor a droga, y en las noches sentías balazos, entonces no me sentía cómodo y yo quería darle otra calidad de vida a mi hija. A lo mejor me tardé, porque mi hija era muy grande cuando ya me cambie. Pero quería salir de allí, entonces no me sentía cómodo, por eso me vine a un lugar mucho más acorde a lo que yo soy. (Eduardo, clase media emergente, SA)

LV: ¿Dónde vivías antes de llegar acá? **EN:** En Villa Azapa, acá en San Bernardo y con mi mamá. **LV:** ¿Alguna vez sentiste vergüenza por el lugar donde vivías antes? **EN:** Sí, era demasiado, como decirlo, no era como muy, a mi mamá no le gustaba, era pésimo el lugar, siempre estaba lleno de basura, la gente no tiene esa costumbre del basurero que está la basura, no, era un caos, por donde, siempre que te levantabas y estaba lleno de basura por más que uno limpiara, no, era horrible el lugar (Nataly, clase baja, JV).

A pesar de vivir en barrios percibidos como problemáticos, tanto quienes estaban de allegados como los arrendatarios permanecían allí. Dos razones sustentaban su permanencia. La primera eran las escasas posibilidades de elegir una casa en un buen barrio, confirmando así lo sostenido por estudios

recientes que han dado cuenta de la escasa capacidad de grupos de ingreso medio y medio-bajo para elegir donde vivir³⁰. La segunda razón era el estigma con el que cargaba la “vivienda social”, que en aquel entonces era su única posibilidad para acceder a un hogar. Así lo explican Liliana y Alejandra:

EN: “Durante mucho tiempo la gente nos dijo: “oye, pero en vez de estar pagando arriendo ¿Por qué no sacan un subsidio? Por 280 mil pesos se van a otra parte”, pero también nos preocupaba el hecho de la seguridad. Podríamos, 15 años atrás, haber sacado una casa en la Villa Chiloé, en esos sectores (Bajos de Mena), pero eran muy peligrosos. Entonces, preferimos aguantarnos hasta que apareciera una opción más, que estuviera dentro de los rangos que nosotros queríamos, donde nos sintiéramos más seguros. Hasta que apareció, apareció San Alberto y feliz de la vida con la casa” (Liliana, clase baja, SA).

EN: Y antes de que saliera Pinochet, empezó a entregar casas por montones a la gente. Y yo le decía a mi marido (...) pucha postulemos a casa, yo quiero casa, pero no quiero casas que está dando él (Pinochet), porque eran todas en la periferia, y eran puros departamentos, así como con la escalera en cruces. Y yo las miraba, y miraba todo el entorno y decía: yo no quiero que mis hijos crezcan en un lugar así. Y nunca postulé. Yo quería casa, pero no quería esa. Pero fue la casa, fue una casa completa, aunque sea chica, pero casa. No todos juntos, así como donde cuelgan ropa, no” (Alejandra, clase media emergente, SA).

La vivienda social, o la que era entregada a través de subsidios, está dentro del imaginario de los entrevistados, cargada de aspectos negativos: delincuencia, hacinamiento, drogadicción, falta de espacios públicos, etc. En ese contexto, acceder a una propiedad usando subsidios que les permitiese abandonar su situación de allegados o arrendatarios no era una opción deseada. Sin embargo, la evidencia levantada permite sostener que los PIS estarían siendo bien recibidos por los beneficiarios, por cuanto —al menos en SA y JV— los residentes postulan que les permitió acceder a un hogar construido en un lugar con características que discrepan de la tradicional vivienda social.

Se identificó también que el rótulo “*integración social*”, con el cual el MINVU caracteriza y entrega los subsidios para estos barrios, está actuando culturalmente como un eliminador de los prejuicios asociados a la segregación de la *vivienda social*. Esta diferencia se expresa en un cambio de denominación genérica del lugar de residencia: si antes vivían en “*poblaciones*”, ahora lo hacen —como mínimo— en “*Villas*”, “*Barrios*” o, como expresa Eduardo, en lugares con “otro caché”. Incluso el hecho de estos vecindarios sean construidos

³⁰ Ver estudio publicado en diario La Tercera, publicado el 14 de Mayo de 2018. Disponible en <https://www.latercera.com/nacional/noticia/la-mitad-los-hogares-santiago-no-puede-comprar-viviendas-nuevas/163705/>

sobre la base de diversidad socioeconómica fue visto por algunos entrevistados como un plus en la imagen del barrio:

LV: ¿Qué opinas de que este sea un barrio donde viven familias de diferente situación económica? **EN:** Igual es bueno, porque como viven personas de varios niveles de ingresos y eso como que le da otro caché al barrio. **LV:** ¿En qué sentido?. **EN:** Como los barrios antiguos, esos donde vivían mezclados, los típicos de clase media (Eduardo, clase media emergente, JV)

Todo lo anterior configura un panorama en el cual los residentes que habitan en los PIS tienen buenos niveles de satisfacción residencial. Este resultado es concomitante con investigaciones desarrolladas previamente por Maturana y Horne (2016) en SA y Sabatini et al, (2013b) en SA y JV, quienes también encontraron altos niveles de satisfacción residencial en estos barrios.

Sin embargo, cabe preguntar: ¿por qué para los residentes de SA y JV es importante que estos vecindarios tengan “*otro caché*” y rompan con el estigma de la vivienda social de antaño?. La evidencia de esta tesis sugiere que esto no tiene que ver tanto por elementos racionales, sino que más bien con el significado cultural que el barrio tiene para los residentes. Este proceso está conectado con el hecho de que el subsidio de integración social les permitió a los habitantes de los PIS en estudio ascender socialmente en términos de su condición residencial. Esto es, pasaron de ser arrendatarios o allegados en barrios relativamente peligrosos y pobres, a propietarios de una vivienda en un buen barrio o un vecindario de clase media, como sostiene Eduardo. El ánimo aspiracional que manifestaron una buena parte de los entrevistados impulsa en ellos la necesidad de consolidar y reforzar una identidad de clase media. Esto los hace emprender diferentes acciones para no ser confundidos o catalogados como personas de clase baja y es allí es donde las características del lugar en el que se reside adquieren importancia.

El barrio actúa como un mecanismo para que las personas logren adscribirse o afirmar culturalmente su pertenencia de clase. Por eso es que para los entrevistados no es lo mismo habitar en una población de “vivienda social”, que suele asociarse a grupos de bajos ingresos y a estigmatización, a hacerlo en un barrio de “integración social” que se vincula más a la condición de clase media. Es plausible argumentar entonces que, en general, los PIS analizados logran alinear de buena forma las aspiraciones de pertenencia social de sus habitantes con algunas de las características residenciales que culturalmente se asocian a los barrios de clase media.

La valoración cultural del barrio que poseen los habitantes de SA y JV está constituida también por la opinión que reciben de personas que no habitan en el lugar, pero que sí lo conocen o tienen algún vínculo con este. Las opiniones

sobre la “reputación social del barrio” reflejan el quiebre con respecto a los tradicionales barrios de vivienda social que significan los PIS estudiados.

EN: “En general, cuando viene alguien por primera vez, su primera como impresión “oh que lindas son estas casas, yo pensé que eran más penca” (...) las casas como del gobierno cachai, como las casas básicas son harto más penca que esto. Entonces la gente que me conoce, claro, sabe que me compre la casa con ese subsidio y todo, entonces llegan aquí y me dicen “oye, pero tú casa es bien bonita po, como para haberte ayudado tanto el gobierno con la plata para comprarla” (...) Entonces, la única impresión es que “que lindas son” “que bien tenido está el barrio” (Rose, clase media consolidada, SA).

LV: ¿Cómo cree usted que la gente que vive en otros lugares de Santiago percibe a Juvencio Valle **EN:** Excelente **LV:** ¿Por qué?, ¿qué comentario le han hecho?. **EN:** Porque yo, por ejemplo yo me he venido, me han venido a dejar mi, mi familia que no es de aquí, pastores que yo trabajo en una iglesia evangélica y me dicen oh que es tranquilita esta villa, porque tú vienes a las 10 de la noche y es muy tranquilo (Elisa, clase baja, JV).

Un aspecto asociado a la reputación social del barrio es la plusvalía. Como documentan Sabatini & Brain (2008) este ha sido un aspecto crucial para quienes están en contra de las políticas de mixtura social residencial en Chile. En específico, se ha dicho que la construcción de viviendas sociales mezcladas y en proximidad con hogares de mayor valor podría significar un desmedro en el precio de estas últimas. No obstante, los resultados de esta investigación no confirman dicha tendencia. Por el contrario, según el testimonio de los entrevistados, el precio de todas las casas en SA y JV se ha incrementado de forma considerable desde su entrega hasta 2017. Incluso en los alrededores de SA se continúan desarrollando iniciativas inmobiliarias de alto estándar (ver también mapa n°8)

EN: “Igual se ha urbanizado ene (mucho) en el sector y los proyectos que se están haciendo igual son bonitos, entonces, yo creo que la plusvalía encanta a la gente... la gente igual encuentra que es un buen sector. De hecho, las mismas lucas (el mismo dinero) de en cuanto se está vendiendo la casa lo dicen. Mi casa, más o menos, se está vendiendo en 45 millones de pesos (Francisca, clase media consolidada, SA).

EN: “Es que todos quieren este barrio. Por eso te digo, me la han querido comprar (la casa) todas estas veces. Punto uno, la plusvalía es excelente. Estoy al lado del Cajón, de las Vizcachas y todo para allá” (Andrea, clase media consolidada, SA).

LV: ¿Hay gente que esté vendiendo sus casas? **EN:** Claro, y ¿sabe en cuánto la están vendiendo las casas aquí?, en 45 millones y nos costaron 16 millones, subió bastante **LV:** Si, ¿subió mucho? **EN:** Harto (...) y yo pienso que cuando vean que el metro ya está funcionando va a subir más (Alejandro, clase media emergente, JV).

Entonces, ambos barrios rompen con el imaginario de la vivienda social; tienen buena reputación social; y están incrementando el valor de sus viviendas. Sin embargo, las declaraciones de Francisca y Andrea para el caso de SA y el de Alejandro en el caso de JV, muestran que aparentemente los aspectos que la población valora de ambos barrios son diferentes. Mientras que en las primeras declaraciones aparece la naturaleza, el paisaje y la existencia de amenidades como elemento estructurador de la reputación del barrio y de la plusvalía del lugar, en el segundo el núcleo está en la conectividad que el barrio ofrece con las cercanías y el resto de Santiago. Estos aspectos comienzan a entregar algunas pistas en relación la importancia del entorno en la valoración social de los PIS, más allá de las características internas que posee cada uno de ellos.

Acoplamiento entre el barrio-entorno y la clase: entre la pertenencia tangencial y la permanente

La sección anterior mostró que en general hay una buena satisfacción residencial de los PIS, dado que rompen el estigma de la vivienda social y construyen una imagen de barrio de clase media que se acopla adecuadamente con la necesidad de adscripción social que poseen los residentes de estos lugares. Así mismo, se planteó —aunque muy tíbicamente—, que el entorno pareciera estar jugando un rol en la formación de la imagen social de SA y JV y en la misma satisfacción que hay para con estos lugares.

En esta sección se analiza el sentido de pertenencia que los habitantes de los PIS desarrollan con el lugar en el que viven. La discusión de los resultados se conduce a través de diferentes conceptos que “espacializan la identidad de clase” de los sujetos: “pertenencia electiva”, “nostalgia” (Savage et al., 2005) y “dwelling” (Allen 2008; Savage, 2010). Los resultados sugieren que la manera en que se acoplan la clase —a través de las diferentes aspiraciones de movilidad y adscripción social— y las características socio-espaciales del barrio y el entorno, dan origen a dos sentidos de pertenencia territorial.

Un aspecto clave en el desarrollo de la pertenencia electiva según Savage et al., (2005) es la capacidad de elegir donde vivir. Pero, ¿tuvieron realmente capacidad de elegir las familias de estos dos barrios? O en términos más sociológicos, ¿tuvieron capacidad de agencia los habitantes de los PIS para

seleccionar su residencia en una ciudad con precios de vivienda y suelo cada vez más altos?. Estas fueron algunas respuestas de los entrevistados:

LV: ¿Cómo llegó usted a vivir acá? **EN:** Me compré esta casa porque empecé a buscar lugares y no me agradaba ninguno, y un compañero de trabajo vendía su casa. De repente en una conversación X yo le dije ando buscando casa para cambiarme y él me dijo: yo vendo la mía. ¿Enserio? , le dije, y ¿dónde vives? ¿en tal lado? ¡O que rico! ¿puedo ir a tu casa? Bueno. La vinimos a ver, me encantó el lugar por la seguridad, el barrio era bonito, era un mejor clima, un aire mucho más fresco, porque era ya más cerca de la cordillera, entonces me encanto, pero más que nada por la seguridad (Ana María, clase media consolidada, SA).

LV: Por favor, cuénteme. ¿Cómo llego a vivir a San Alberto? **EN:** Porque había postulado al subsidio, había sido aprobado y me llego una oferta a mi domicilio anterior. Lo vinimos a ver, lo encontramos súper lejos, pero era lo que me alcanzaba en ese minuto. No estaba casada, no tenía más lucas [dinero] y entonces era como justo. **LV:** Había visto otra opción. **EN:** Si, de hecho, acá mismo en unas casas un poco más grandes y no me alcanzaba ni para 100 pesos. Tenía que comprar esta o nada. Y aproveché (Carolina, clase media emergente, SA).

LV: Y ¿en qué lugar había visto usted, en qué parte de Santiago? **EN:** Había visto para Renca, había visto allá mismo en Independencia en un sector conflictivo, y había visto en Recoleta también que quedaba cerca del trabajo de mi esposo igual, pero también es conflictivo. Había visto para Colina pero también era para un lado donde hay campamentos, habían balazos todo eso porque tengo amigos viviendo por allá, entonces no me favorecía mucho si no que yo quería algo nuevo, propio, mío, no que me lo traspasara una persona a mis manos, si no que quería algo para nosotros. **LV:** Y Conavicop (empresa constructora) le ofreció esta oportunidad o también tenía varias opciones. **EN:** No, eh la, cuando fuimos a ver la opción era para San Bernardo, casa nueva de dos pisos, dos dormitorios, baño, living, cocina, con patio delantero y patio trasero y como somos una familia chica, así que era la mejor opción, quedaba lejos no más pero no importa (Celia, clase baja, JV)

La capacidad de elección de la residencia depende mucho de la condición socioeconómica de las familias y, dada la estructura de distribución que tienen ambos barrios, hay pocas personas en ellos que realmente eligieron donde vivir. Las palabras de Ana María, cuya posición social fue asociada a clase media consolidada, representan el único grupo social con real capacidad de elegir donde habitar que fue registrado en esta tesis.

La mayoría de los residentes de SA y JV (especialmente en este último barrio) accedieron a sus hogares a través de subsidios y manifestaron ciertas restricciones a la hora de elegir su vivienda. En el caso de Carolina la restricción fue el valor total a pagar por el hogar. En el caso de Celia la principal limitante fue la localización, que los suele inducir a vivir en la periferia urbana. Estos resultados reflejan lo sostenido ya por varias investigaciones locales: que el subsidio, sea de clase media o baja y aun cuando significa una ayuda sustancial para la compra de una vivienda, no les permite elegir a las personas libremente dentro del mercado habitacional (Brain y Sabatini, 2006; Zunino y Hidalgo, 2009).

A los grupos de clase media emergente y clase baja se suman algunas personas provenientes de campamentos que fueron relocalizadas en JV y que no tuvieron opción de elegir donde vivir, por cuanto ello fue una decisión del gobierno municipal. Estas últimas personas fueron, como ha sostenido Allen (2008), prácticamente “arrojadas al lugar”. Dado que la capacidad de elegir donde vivir está determinada fundamentalmente por la situación socioeconómica de los residentes, vale la pena entonces cuestionar la dimensión electiva del concepto de pertenencia de Savage et al., (2005) especialmente en barrios compuestos mayoritariamente por clase media emergente y clase baja, como los PIS.

Pero, ¿se puede configurar un sentido de pertenencia al barrio en un contexto donde la mayoría de los residentes tenían restringida su capacidad de elección?. Lo que sugieren los resultados es que aquellos procesos no son necesariamente contradictorios. Es decir, el sentido de pertenencia territorial puede perfectamente ocurrir en contextos de escasa elección residencial. La existencia de altos niveles de satisfacción residencial en SA y JV muestran que el sentido de pertenencia depende más bien del nivel de acoplamiento entre las características del lugar y la necesidad que tenga la gente de definir su posición social a través de ellas. De hecho, ese proceso de acoplamiento tiene, en los casos analizados, ritmos distintos, dando lugar a diferentes sentidos de pertenencia al interior de los vecindarios. Se identificaron personas que, por un lado, si han *echado raíces* profundas en el barrio y, por otro lado, otras cuyas raíces son sólo temporales. Estas manifestaciones de la permanencia territorial son posibles de encontrar en ambos barrios, aunque con magnitudes y perfiles socioeconómicos disímiles.

En SA la mayoría de las personas muestra una pertenencia al barrio de carácter permanente, por lo se deduce que allí el acoplamiento entre aspiraciones de movilidad social y características del barrio es fuerte. La temporalidad de la permanencia sale a la luz cuando se le pregunta a las personas acerca de si cambiarían su residencia en el corto plazo. En SA la respuesta típica fue:

EN: “Es que en el fondo eso, la vida aquí es muy tranquila, o sea no sé cómo serán los otros pasajes ni vivir en avenida, cachai, pero la vida aquí la que nos tocó a nosotros es súper tranquila... o sea mis niños se les

queda el fin de semana la bicicleta en la plaza y yo de repente voy el martes o miércoles a buscar a alguno, o no sé, a barrer la plaza, y encuentro la bicicleta que se quedó el fin de semana (...) Yo no sé si esta calidad de vida se podrá lograr en otra parte de Santiago” (Rose, clase media consolidada, SA).

En cambio, en JV las respuestas mostraron una pertenencia diferente:

LV: si tu vieras que dejar en barrio ¿sería una decisión difícil para ti?

EN: No, pero me iría a algo más tranquilo, aspiramos a tener un terreno o una casa con un portón cerrado donde nuestra hija esté abajo nuestras, nuestras costumbres (...) siempre decimos, algún día nos vamos de aquí, nos vamos a ir a un terreno, donde podamos construir a nuestra manera, y hacerlas, nuestras cosas a nuestra manera (Cristian, clase media emergente, JV)

En SA la mayor parte de los entrevistados mostró una *pertenencia permanente* al lugar porque el barrio y su entorno son evaluados como difíciles de encontrar en otras partes de Santiago. Esta pertenencia permanente fue más intensa y común de encontrar entre quienes residían rodeando las plazas internas del lugar, aunque no estaba circunscrita a estos. Por lo tanto, para la mayoría de los habitantes de SA las aspiraciones residenciales necesarias para afirmar su posición de clase media están cubiertas por el lugar en el que viven actualmente. Por eso el vecindario se reconoce como adecuado para ellos y no es necesario mudarse de él. Todo aquello ocurre aun cuando hayan habido ciertas restricciones en la elección de la residencia.

Diferente fue la tendencia de JV. Allí las respuestas mostraron que una buena parte de los residentes no echan raíces permanente en el lugar. Es decir, el barrio es un espacio que aun cuando produce satisfacción, puede potencialmente ser abandonado con el paso del tiempo. El acoplamiento entre las características residenciales y la necesidad de afirmar su posición social a través de estas no parece ser del todo exitosa en JV y está restringida por — como se verá luego— la permeabilidad del sector y por la inseguridad que emana desde los barrios adyacentes, ambas características del entorno. De hecho, varios entrevistados observan que el abandono del lugar no es tan lejano, ya que el futuro arribo de una línea de Metro ha impulsado las posibilidades de venta de casas a precios que les podrían permitir acceder a lo que los residentes consideran un mejor barrio.

Pero las tendencias descritas no significan que todos los habitantes de estos barrios desarrollen al unísono el mismo sentido de pertenencia territorial. De hecho, en SA también fue posible identificar a personas que manifestaron su deseo de migrar del barrio. Dos fueron las razones que justificaban esa decisión. Primero, por nostalgia de lugares ubicados en regiones en los que habían

residido previamente y con los cuales aún mantenían contacto, generalmente familiar. La nostalgia también ha sido descrita como una fuente de pertenencia territorial en barrios gentrificados (Savage, 2010; Allen, 2010; Paton, 2013), pero en SA tiene un sentido diferente: no es por la transformación del barrio sino que por cierta idealización de la vida en regiones. Una segunda razón para mudarse es, según describe Andrea, para “*no quedarse estancados*”:

EN: “Fue difícil, para mí fue difícil porque es mi casa, es mi primera casa. Nos sacamos la cresta para tener eso. Pero a la vez pensamos que igual somos jóvenes y podemos optar a algo mejor y eso es lo que queremos aprovechar. No queremos tener 50 años y seguir aquí, estancados” (Andrea, clase media consolidada, SA).

Esta última cita refuerza la relación entre aspiración de movilidad y la pertenencia al barrio comentada, como asimismo da cuenta de una actitud que, al menos en SA, es frecuente de encontrar en jóvenes que desempeñan profesiones de clase media consolidada: la de mudarse del barrio. Aunque estas personas no están insatisfechas con las características residenciales del vecindario, pareciera ser que esperan continuar en proceso de movilidad social ascendente en el futuro y eso debiera traducirse en una residencia de mayor estándar. En su opinión las posiciones sociales están conectadas a tipos específicos de barrios, por lo que un ascenso social tendría que estar acompañado de un cambio hacia una mejor residencia. La estética ideal de ese hogar futuro, según plantearon los entrevistados que asumían esa opción, no suele alejarse mucho de lo que ya les ofrece SA: una parcela de agrado que combinara naturaleza, privacidad y espacio.

Asimismo, en el caso de JV hubo también entrevistados que manifestaron un sentido de pertenencia permanente con el vecindario. A diferencia del perfil de quienes desean moverse de SA, la idea de mudarse de JV fue rechazada por las personas autodefinidas como “*clase baja acomodada*” y algunos beneficiarios del FSV provenientes de campamentos o barrios estigmatizados. Pareciera ser que estas personas encontraron en JV un lugar adecuado a sus aspiraciones sociales y residenciales.

LV: Por ejemplo, si tuviera que irse de acá. **EN:** Uh-lalá (risa) mmm **LV:** ¿Sería una decisión difícil? **EN:** No, yo digo que aquí voy a morir, en mi casita, la que Dios me dio, aquí voy a quedarme. **LV:** ¿Qué es lo que la, la, le hace como sentirse más orgullosa de acá del barrio? **EN:** ¿del barrio o de mi casita? **LV:** ¿Del barrio? **EN:** Del barrio, bueno la gente es tranquila, no, que yo sepa no hay problemas, y estoy segura de mi hogar (Luis, clase baja, JV)

Así, la pertenencia territorial no sólo tiene una conexión con las características del barrio y entorno en el cual se vive, sino que también con la posición social

de las personas y el proceso de movilidad social que estas experimentan. Aunque los PIS tienen una buena valoración entre todos sus residentes, no todos desarrollan una pertenencia de largo plazo. Esa diferencia emana entre quienes interpretan el quedarse en el lugar como estar socialmente “*estancados*”, y otros que ya se encuentran satisfechos con su posición social actual y que por ahora no tienen dentro de sus planes cambiar de residencia, ya que el lugar en el que viven es “*lo mejor a lo que podrían acceder*”. La manera en que confluyen las características del barrio, la posición social actual y la deseada marca entonces diferentes actitudes respecto a la idea de echar raíces en el barrio, no sólo ahora, sino que también en el futuro.

¿Configurando identidades territoriales en los PIS?: entre el acoplamiento y la desafiliación con el entorno.

El sentido de pertenencia al barrio suele ser tratado como un fenómeno encapsulado dentro de las demarcaciones físicas del vecindario. Sin embargo, como se sostuvo en el marco teórico, la cohesión no se juega sólo allí, sino que también fuera de las fronteras del barrio. Ya lo proponía Massey (1994) con su concepto de “sentido global del lugar”. Mas recientemente los estudios de Savage et al., (2005), Watt (2009) —desde aspectos más culturales— y la corriente del nuevo urbanismo —desde aspectos funcionales— han vuelto a poner en importancia el rol del entorno al barrio, específicamente, en la definición del sentido de pertenencia. Por eso, en esta sección se analiza el rol del entorno al barrio en el sentido de pertenencia territorial que los residentes de los PIS desarrollan. A través de los casos de estudio, se argumenta que así como las características socio-espaciales del entorno puede proveer la base para construir un sentido de pertenencia territorial más amplio, estas pueden derivar también en un proceso de desafiliación que a la vez que cohesionaba la comunidad de barrio, la aísla del entorno en el que se encuentra.

Consultadas respecto a que es lo que les produce apego al barrio, dos entrevistadas de SA señalaron lo siguiente:

EN: “A mí me gusta, pero la gente no lo entiende, pero a mí me gusta la vista de acá. Ver los cerros a los lados cuando cae nieve, bueno nos llueve primero que todo el resto de Santiago, pero también corre el Raco y se lleva toda la contaminación para Pudahuel (...) la tranquilidad, que no hay tanto ruido, gente gritando, peleando. Se vive tranquilo. (Liliana, clase baja, SA).

EN: “El aire, las personas, un poco la lejanía también de cómo tanto el bullicio de ciudad digamos, como para estar, buscar un lugar como más tranquilo, como donde las niñas crecieran pudiendo salir a la calle, pudiendo salir a andar en bicicleta sin tener que andar con tanto susto,

que disfrutaran de mirar la montaña, que estuvieran como en un lugar más sano también. Bueno, sobre todo yo cacho (pienso) el hecho de que fuera lo más alejado posible [de la ciudad]” (Karina, clase baja, SA).

Las palabras de Liliana y Karina reflejan la opinión de cerca del 90% de los entrevistados de SA respecto a que los elementos que les producen mayor sentido de pertenencia al lugar son el viento, las montañas y el “entorno campestre”. Es decir, una buena parte de la pertenencia al barrio emana específicamente desde el entorno. La existencia de amenidades paisajísticas podrían explicar la paradoja de la satisfacción residencial que fue descrita por Maturana & Horne (2016) en su estudio sobre el vecindario. Para ellos, la mala localización y falta de equipamientos en el entorno hacían esperar una mala valoración del mismo de parte de los residentes. Sin embargo, aquello no fue comprobado ni por ese trabajo, ni por esta tesis.

LV: ¿Te sientes como estando fuera de la ciudad? **EN:** De repente sí.

LV: ¿En qué se nota eso, por ejemplo? **EN:** En el aire, en que acá es como igual la gente más tranquila que, o sea tú llegas a la plaza de Puente, por ejemplo, y ya te das cuenta del ir y venir, del bocinazo y cosa que no es tan así acá. Entonces, por eso no podría vivir tan cerca de la plaza, por ejemplo” (Marcelo, clase media consolidada, SA).

Las condiciones de amenidad del entorno de SA, sumadas a la seguridad y tranquilidad que caracterizan la vida social al interior del barrio, son percibidos como elementos distintivos del lugar y, en consecuencia, difíciles de hallar en otras partes de Santiago. El sentido de pertenencia al barrio y la buena valoración del mismo se construyen así de la mano de un sentido de autenticidad del lugar que, aún cuando localizado en un área metropolitana, lo aísla simbólicamente de esta, desprovoyéndolo de los “*males urbanos*” y las “*amenazas*” de la ciudad, como la delincuencia o el ruido del transporte.

Estas características de entorno hacen que los residentes distingan a SA no sólo como un barrio de integración social de clase media, sino que más específicamente como un barrio de integración alineado con los principios suburbanos de la ciudad jardín. Esto es particularmente relevante desde el punto de vista de su necesidad de adscripción a la idea de clase media, ya que durante las últimas décadas se ha observado que una parte de este grupo social en Chile a comenzado a optar por vivir en barrios residenciales suburbanos o bien parcelas de agrado (Ariztía, 2009; Cáceres, 2015; Hidalgo, Borsdorf y Plaza, 2009). Es plausible argumentar entonces que las características del barrio y, especialmente, las del entorno, son útiles para los residentes de SA en términos de que les ayudan a consolidar su identidad de clase media, más allá de que eso les signifique habitar relativamente desprovistos de servicios y equipamientos cercanos. El acoplamiento entre las características residenciales del lugar y las aspiraciones de adscripción social es tan fuerte, que configura

una identidad territorial que los residentes de SA caracterizan de la siguiente manera:

EN: “Si lo tiramos un poco para el chiste, y no es mentira, tú dices que vives en casas viejas y la gente te imagina con chupalla! y alrededor de las vacas” (Marcelo, clase media consolidada, SA).

Esa identidad territorial se define a partir de la percepción de que el entorno mezcla características típicamente rurales con algunas urbanas. El vivir en un entorno pie-montino les ofrece a los residentes naturaleza, seguridad y buenas vistas del entorno, aspectos típicamente rurales. A la vez, esos elementos se acompañan de algunos servicios no muy especializados pero típicamente de la ciudad: transporte, minimarkets, internet, etc. Esto es interpretado por los entrevistados como vivir en la comodidad de la ciudad, pero con la tranquilidad del campo.

LV: O sea como que se sienten distintos, no son como santiaguinos...

EN: No, nosotros somos como pueblerinos, como una cosa así. Y eso, yo me incluyo y eso que yo llegue hace eh... dos años, porque estas casas tienen como 5 años más menos, llegue como 2 años y algo acá, pero aún, así me siento ya de acá po” (Diva, clase media emergente, SA).

Pero los límites físicos de la identidad territorial a la cual suscriben con orgullo prácticamente todos los entrevistados de SA, no están en el mismo barrio. Se extienden físicamente a todo el sector de Casas Viejas, esto es, al entorno inmediato que rodea el vecindario. Eso significa que incorporan dentro de su identidad territorial a los barrios adyacentes, por lo que en estricto rigor no existe una identidad particular de SA como barrio, sino que más bien, estos se circunscriben a una identidad de sector o entorno:

LV: ¿Te sientes identificada también con el barrio? **EN:** Sí, yo me siento casaviejina (Valeria, clase baja, SA).

Las entrevistas sugieren que la identidad de “Casas Viejas” parece estar más consolidada ya que trasciende temporalmente y recubre los símbolos de apego de quienes habitan en SA. De ahí que los vecinos se adscriban a esta. No es sólo el barrio el que se entiende como un lugar semi-campestre, sino que es el área completa que lo rodea.

Se puede argüir así que a pesar de que SA no tiene su identidad propia, los vecinos sí están suscritos a una identidad mayor, la de “Casaviejinos”, que se construye a partir de los elementos distintivos del entorno. Los residentes de este barrio están en un proceso de acoplamiento simbólico con el mismo, definiendo su pertenencia territorial a partir de las características de aquello que los rodea, lo que se constituye como la base de lo que Diva denomina la

“*identidad pueblerina*”. Esta amplia y transversal valoración de las características del entorno de parte de los habitantes, podría explicar el hecho de que SA sea un lugar donde hayan más sentidos de pertenencia permanentes que tangenciales.

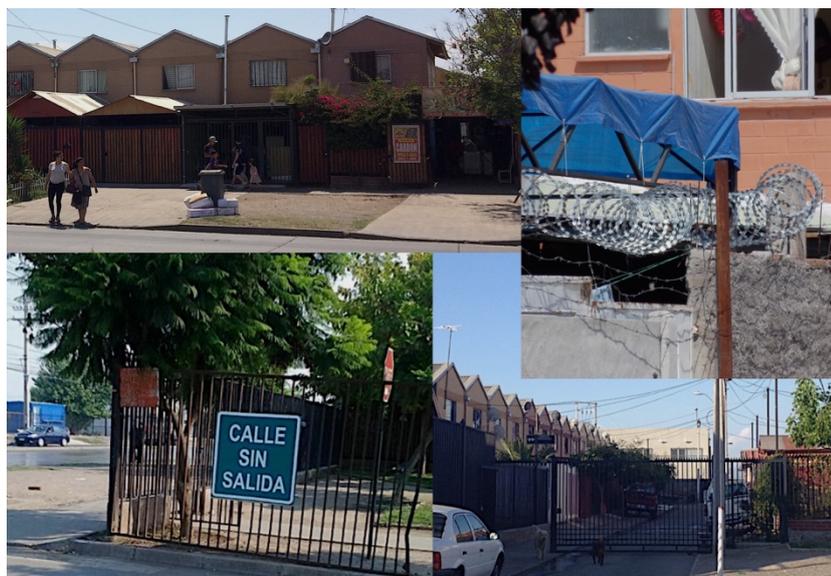
Los resultados de SA abren un cuestionamiento sobre los planteamientos provenientes del nuevo urbanismo, por cuanto muestran que el sentido de pertenencia territorial puede desarrollarse allí donde no hay buena dotación del entorno. Asimismo, sugieren que lo que rodea al barrio puede tener un rol más simbólico sobre la pertenencia, en el sentido dado por Savage et al., (2005). Por eso es trascendental la manera en que las características sociales y físicas del entorno se acoplan con los deseos de identidad de clase de la población. Si dentro de la identidad de clase que se quiere consolidar no es necesario la existencia de equipamientos y servicios, y sí lo es una conexión más cercana con la naturaleza, el sentido de pertenencia al barrio y a lo que lo rodea puede emerger sin inconvenientes.

Pero en JV el panorama es algo diferente. Consultada sobre lo que definía la relación con el entorno un residente señala:

EN: Ay no, a mí me da cosa, yo sabes que de repente por fuerza mayor he pasado por, por atrás, acá de la villa y no, me da nervio, no puedo andar por ahí sola, a mí me da miedo, porque tu vez las casas por atrás del fondo de la villa y pucha, los vecinos tienen que tener prácticamente vidrios antibalas, porque se ven hoyos de balazos, rejas así, de estas que parecen como rollos como con espinas, no me da... y en parte es muy feo ese sector, no sé si has ido para allá, pero bueno a mí no me gusta (Yenny, clase media consolidada, JV).

Yenny hace referencia a algunos aspectos estéticos de las viviendas que están en el límite sur del barrio, pero que pertenecen a JV. Ella caracteriza esa estética a partir de elementos que buscan proteger el hogar de lo que se encuentra afuera, como las rejas o rollos de espinas en los muros. Asimismo, expresa una sensación bastante recurrente entre los entrevistados respecto al entorno: el miedo. En efecto, los residentes perciben los alrededores como lugares peligrosos y, por tanto, un espacio que tratan de evitar. Hay varios barrios del entorno que son caracterizados como “tomados por la droga” —“El Manzano”, “Santa Ana”, “Lo Blanco”— por lo que la sensación de inseguridad es especialmente fuerte en los residentes que viven en los límites externos de JV. Esta sensación es concomitante con las estadísticas de delitos que ocurren en el cuadrante en el cual se encuentra el barrio, el cual registra una de las tasas de denuncias más altas de San Bernardo (gráfico nº6).

Imagen 8 La reja como paisaje típico de JV



Fuente: archivo del autor.

A la sensación de inseguridad se suma otro problema, la permeabilidad del barrio dada su localización en un lugar consolidado:

LV: ¿Y qué puede ser lo negativo, por ejemplo, de vivir cerca de todo?

EN: lo que es incómodo, por motivo del Persa, la gente que viene desde otros sectores, y viene en vehículo, estacionan acá adentro, adentro de la villa nuestra. Bueno, algunos se opusieron, acomodaron para que no lo hicieran, pero estaban estacionando incluso en las plazas ¿te fijas?. Ubicaban los vehículos arriba de las plazas y la suciedad que queda en ese, en el sector. Si tú te fijas el día lunes en la mañana, tu pasas a las ocho, nueve de la mañana y afuera de la villa hay así un cerro de basura, y en las plazas hay restos de, no sé; me comí un helado, boté el papel; me tomé una bebida, boté la botella y ahí quedó en la plaza. Porque la gente que viene de otros sectores también utiliza las primeras placitas ¿cachay? para tomar la sombrita, para servirse la bebida o lo que sea y ahí queda sucio. Eso es lo negativo para mí del Persa, el que se ensucie el sector, de que utilizan espacios que no corresponden para estacionamiento (Magaly, clase baja, JV).

De todos los servicios y equipamientos que hay en el lugar, el Persa es el que más produce sensación de inseguridad entre los vecinos de JV. Es común, relatan los residentes, que el día sábado y domingo las plazas del barrio estén ocupadas por desconocidos y foráneos. Además, existe la percepción de que el Persa atrae delincuencia dado que luego de que los individuos cometen robos en este lugar, se van a ocultar en JV o bien pasan a través del vecindario arrancando hacia otros barrios:

LV: ¿Por qué sientes que el entorno es inseguro?. **EN:** Porque la delincuencia y la misma cosa del Persa, la gente roba en el Persa y arranca para adentro de las casas, entonces igual es fome, porque de repente tú, por eso todos los pasajes son cerrados, porque los fin de semana Sergio Aguilera, es la calle principal que tenemos, de repente pasan Los Chorros que le dicen y gallos que han robado y salen corriendo para adentro y claro, a la calle sin salida que de, por ley la tenemos que tener abierta los fin de semana, arrancan al Manzano, entonces ahí se forma la tole tole, porque ni Dios lo quiera alguien persiguiendo al ladrón, les puede pasar algo a nuestros chicocos... (Mario, clase media emergente, JV).

Lo cierto es que la permeabilidad asociada a la buena localización de JV termina amenazando la construcción de una imagen de barrio como lugar de clase media, especialmente por la delincuencia asociada al Persa. Una localización central y bien equipada podría estar detonando un cierto desfase entre la pertenencia social y la manera en que el entorno del barrio aporta en eso, lo que podría explicar la existencia de mas pertenencias tangenciales que permanentes en el lugar.

Los resultados en JV muestran que aun cuando la ciudad compacta induzca mayores niveles de sociabilidad, eso no derivaría mecánicamente en el desarrollo de un sentido de pertenencia al lugar como suele sugerir el nuevo urbanismo. La permeabilidad del lugar parece clave, ya que podría jugar en contra de la privacidad y la exclusividad del mismo. Con este último propósito en mente, parece esencial el diseño de espacios públicos y vías de circulación que controlen la permeabilidad de los lugares y garanticen también cierto grado de privacidad a los residentes.

Paradójicamente el hecho de estar en un entorno percibido como peligroso, impulsa un sentido de estatus en los residentes de JV. De hecho en el transcurso de las entrevistas, varios residentes caracterizaron al lugar como el “*barrio alto*” del sector.

LV: Y por ejemplo la reputación social de Juvencio Valle, así como afuera cómo lo ve la gente **EN:** Como el barrio alto **LV:** ¿Si? **EN:** Si **LV:** Y ¿por qué lo ve así como el barrio alto?, ¿piensas que es como el barrio alto de la zona no? **EN:** Sí, dicen que es el barrio, dicen que es el barrio alto porque es como cerrado, como limpio, no se ve, no se ve gente no sé, como si salieras afuera que se ve como la gente como canera con la polera arriba, no sé, peleándose y cosas por el estilo, acá no se ve eso todavía gracias a dios, hasta ahora no se ve (Carolina, clase media emergente, JV).

La mezcla entre el sentimiento de inseguridad que inspira el entorno, y un sentido de superioridad que los residentes atribuyen al barrio, configuran una relación con el entorno que es diferente a la observada en SA: una desafiliación simbólica con lo que los rodea.

EN: Es el como el barrio alto del entorno. Yo creo que quedó mal adaptado, quedó en un lugar súper mal adaptado la Juvencio Valle, porque si querían hacerla como en un lugar residencial, con gente que si está más tranquila, tiene una economía más alta, algunos como te digo hay gente que sí tiene plata y otros que se sacan la ñoña trabajando que igual la tienen pero estamos ahí, estamos dentro de... **LV:** ¿Te hubiese gustado el barrio en otro lugar a ti, en otro entorno **EN:** Eh, si pero yo creo que igual nos favorece porque nos queda como todo más cercano, pero igual de repente uno [dice]: oye te tocó en un barrio como más conflictivo, porque atrás también tenemos está lo blanco que también es como más, más peligroso, siempre hay si te das cuenta está alrededor de como, de mucho conflicto **LV:** ¿Es como una comunidad aislada? ¿no?, así como ... **EN:** Si, tú entras aquí y de repente eso pasa, no te das cuenta lo que pasa afuera. Oye, ¿viste lo que pasó?, no tengo ni idea. Como que estás acá y te aíslas de todo (Eduardo, clase media emergente, JV).

Una buena porción de los entrevistados sienten que el barrio quedó localizado en un mal entorno. Por esa razón, simbólicamente definen a JV como un vecindario “diferente”. Algunos residentes incluso lo caracterizan como un “oasis” o una “burbuja”, lo que denotaría también la existencia de cierto sentido de autenticidad en el lugar, pero en este caso contenido sólo al barrio y excluyendo al entorno.

Los resultados de JV confirman la relación que Watt (2009) ha descrito para aquellos lugares que aun cuando producen sentido de pertenencia al barrio, están acompañados de procesos de desafiliación del entorno. La diferencia entre aquel estudio y esta tesis guarda relación con la composición social de las personas que habitan en estos lugares. Watt (2009) estudió uno de clase media alta, mientras aquí se está examinando uno de mixtura social sostenido especialmente en clase media emergente (o marginal en la terminología de Watt) y clase baja. Por eso, la idea de pertenencia selectiva podría aplicar de buena forma en los barrios de ingresos mixtos chilenos que estén localizados en entornos percibidos como inseguros.

Sin embargo, a diferencia de Watt (2009) los resultados de esta tesis muestran que la desafiliación simbólica en JV no se traduce necesariamente en prácticas cotidianas desancladas del entorno, como él lo sostiene basado en la teoría de tectónica social y habitus metropolitano. Como menciona Eduardo, las personas sienten satisfacción por los servicios y equipamientos que hay en las cercanías, los que son efectivamente ocupados por los residentes. A pesar de

que como se revisó previamente hay habitantes que rechazan el uso de algunos servicios públicos localizados en el sector (p. 173), especialmente escuelas y hospital, la mayoría los emplea. La buena dotación del entorno estaría así influyendo para que no se produzca una desafiliación funcional respecto al área, sino que más bien ciertas “salidas parciales” (Andreotti et al., 2013) de determinadas personas que dejan de ocupar sólo algunos servicios del área.

Las diferentes dinámicas que ocurren en SA y JV confirman la importancia que tiene el entorno en la definición de los sentidos de pertenencia a los barrios en Chile, sugerida al inicio de la sección. Además, revelan al menos tres aspectos de esa relación. El primero es que la disponibilidad de buenos equipamientos no necesariamente se traduce en un mayor sentido de pertenencia al mismo. De hecho, la concentración de equipamientos en el área puede ser un aspecto que culmine aumentando el sentimiento de inseguridad cuando los barrios son demasiado abiertos al entorno. Segundo, que la pertenencia depende mucho de la percepción de inseguridad que se tiene con respecto a las áreas que rodean al barrio. JV lo demuestra de buena forma. Allí se origina un sentido de pertenencia con el barrio, pero no a aquello que está fuera de este dado lo inseguro que resulta. Eso hace que las personas cataloguen a este lugar como un oasis y lo definan a partir de una completa oposición respecto a lo que lo rodea. Tercero, que las amenidades del entorno pueden tener una capacidad excepcional para producir sentido de pertenencia al barrio, más allá de que estas no estén acompañadas de buena dotación. Esto parece ser particularmente importante en un ambiente social que comienza a valorar crecientemente lo natural como una fuente de calidad residencial.

En definitiva, estos resultados sugieren que la disponibilidad de equipamientos, la seguridad y las amenidades paisajísticas del entorno, son determinantes en el sentido de pertenencia al barrio. Asimismo, la manera en que estos aspectos se mezclan en cada lugar pueden producir procesos de desafiliación con el entorno o bien integrar al vecindario bajo un mismo sentido de pertenencia con aquello que lo rodea.

Llevando la aspiración al barrio y su entorno: los límites territoriales del sentido de pertenencia

La percepción del entorno no sólo desata diferentes dinámicas de pertenencia al barrio, sino que también es el reflejo de las distinciones y conflictos que operan socialmente. En el capítulo precedente se revisó que los conflictos en ambos casos de estudio se organizaban en torno a distinciones que fueron llamadas aspiracionales, por cuanto su fuente era la necesidad de afirmar una posición de clase media. Es en ese contexto donde emergen algunos síntomas clasistas que estigmatizaban particularmente a personas en condición de pobreza, fenómeno similar a los descritos por Seekg (1997) y que Cortina (2017)

ha denominado recientemente como aporofobia. Pues bien, la pregunta que intenta resolver esta sección es cómo esas distinciones se manifiestan en clave territorial tanto al interior como en el entorno de los PIS.

Uno de los aspectos críticos en términos de las distinciones sociales al interior de barrios de ingresos mixtos parece ser las distintas tipologías de vivienda que estos albergan. Según la literatura aquellas diferencias crean distinciones sociales que fracturan la comunidad por clase social. Los resultados de esta investigación, muestran eso sí un panorama un poco más complejo, especialmente en SA donde se contempló la construcción de distintos modelos de viviendas dirigidas a familias de diferente condición socioeconómica. Según muestran los resultados, es cierto que las diferencias *per se* en la fachada de las viviendas pueden dar señales de la situación económica objetiva de las personas, no obstante, estas no se traducen necesariamente en distinciones sociales internas. Así lo expresa Carolina:

EN: Yo he tratado de cómo ir viendo... ¿me pregunto si serán solo los de las casas de zinc los que son como más cochinos? ¿los que tienen más falta de educación? en algunos casos sí... pero no en todos. O sea, yo igual veo a gente que ensucia y bien, con mal vivir, que estaciona arriba en la vereda, que se cruza arriba de las ciclovías, que no tiene un antejardín, no tiene nada, tiene mugre... y son de estas casas (con tejas). Ahí por la avenida principal, cuando nosotros llegamos estaba precioso, todo con pastito, lindo y ahora... de la esquina para acá mugre y de la esquina para allá lindo... y son las mismas casas (con tejas). (Carolina, clase media emergente, SA).

Las palabras de Carolina sugieren que en un barrio donde la mayoría de los residentes define la pertenencia a una clase social a partir de valores (capítulo n^o7), los límites de pertenencia no se definen *per se* por la forma de la casa (ej. si el techo tiene tejas o zinc), sino que más bien, y como también ha sostenido Ariztía (2009) en un estudio previo, por las ampliaciones y por lo ordenado/desordenado que está el frontis de la casa.

EN: Si tú te fijas en esta casa, esta casa no es básica cachai, es básica entre comillas, porque el subsidio es básico [FSV] y todo, pero esta casa está ampliada entera, tiene dos baños, la cocina no es el pedacito es todo el patio de atrás que esta con cocina. Lo mínimo que puedes hacer por una casa básica es arreglarla, porque no estoy pagando dividendo, no estoy. Alguna gente no tiene ese concepto, la gente se queda pegada en la pobreza en seguir viviendo como toda la vida han vivido teniendo posibilidades de poder surgir, bueno, eso te lo da el trabajo (Paula, clase media consolidada, SA).

LV: ¿en la clase media la gente se preocupa de las casas? **EN:** Sí. **EN:** ¿Y por qué creen ustedes que se preocupan? **EN:** por ser una mejor persona, mejor familia, mejor tira parar arriba, le gusta a las personas, que les gusta surgir, no quedarse pegado...tener proyectos en la vida. Por ejemplo, a nosotros nos costó cerrar ahí, pero salió ¿cachay? y eso, eso para qué lo hicimos. Y todo lo que hemos hecho, lo hemos hecho con esfuerzo y más encima de que lo hemos hecho porque, para tener algo mejor y más lindo, y yo creo que toda la gente de aquí piensa lo mismo cuando arregla su casa (Mario, clase media emergente, JV)

LV: ¿tú podrías catalogar este barrio de clase media? **EN:** si. **LV:** Es por lo que tú visualmente puedes observar. (...) **EN:** O sea, aquí si tú te fijas aquí adentro tú miras y es como armonioso, no ves, por ejemplo, dos, tres casas así bien, no sé la rejita bien pinta, el patio barrido y a la tercera tú ves la casa descuidada con el pasto hasta aquí arriba, o no sé po la ropa, la cortina rota, no, no se ve, es como armonioso (...) el desorden, el, el, no sé po, el zapato botado en la calle, cosas así, se ve po (Magaly, clase baja, JV).

EN: “De hecho, cuando llegamos acá, Osea antes que llegara porque no me vine altiro, venía a visitar mi casa, y los vecinos se acusaron solos de donde venía: en las panderetas de atrás, tendían ropa”. (Alejandra, clase media emergente, SA)

Desde las citas anteriores se puede argumentar que quien no arregla su casa corre el riesgo de ser visto como una persona que no adscribe completamente a los valores de clase media y, por tanto, podría ser excluida. La buena noticia, en este sentido, es que tanto en SA como en JV la mayoría de las personas han modificado físicamente sus viviendas. De hecho, el ampliar el hogar es una práctica bastante generalizada en los barrios chilenos y, como ha sostenido Ariztía (2009), a la vez que también lo confirma esta tesis, dicha acción no tendría sólo un sentido espacial (conseguir más espacio), sino que también su sentido cultural: remarcar frente a los residentes los valores de trabajo, esfuerzo y el deseo por “ser mejores”. Es decir, dar luces de su pertenencia valórica a la clase media. Así es como las ampliaciones son leídas por los residentes como una expresión material de la clase social de adscripción y los deseos de movilidad social que poseen las personas.

Tomando en cuenta las citas anteriores es también posible sostener que el límite material de pertenencia social está dado por prácticas cotidianas, como el nivel de limpieza que tiene el frontis de la casa, como así mismo si cuelgan o no ropa en los muros. Tanto las ampliaciones como la estética del frontis de la vivienda son importantes para algunos residentes en términos de definir su pertenencia simbólica al barrio a partir de la aspiración.

Es cierto que la estética de las casas depende de la posición social de las personas. La posibilidad de hacer o no una ampliación no está brindada solo por las “ganas”, sino que también objetivamente supeditada a la posibilidad de invertir en compra de materiales, contratación de servicios, etc. Por eso es que un barrio de ingresos mixtos evidentemente no todas las familias tienen esas capacidades. Sin embargo, la forma en que se han distribuido las viviendas parece clave. El hecho de que estas se encuentren intercaladas en SA y no tengan diferencias en JV ha permitido que ciertas áreas del barrio no sean estigmatizadas, como ocurre en modelos de distribución interna segregados, según sugieren diferentes investigaciones (Groves et al., 2003; Kearns et al., 2013; Roberts, 2007). En un rápido recorrido por ambos lugares es posible notar algunas diferencias en la estéticas de las viviendas, sin embargo, más allá de eso no hay un área específica del barrio que las concentre. Por eso es que la exclusión simbólica de aquellas viviendas no ampliadas o bien con frontis sucios no es tan fuerte en ninguno de los dos casos bajo estudio. El modelo de distribución integrado parece ser más efectivo evitando la exclusión social de familias más vulnerables que no tengan capacidad económica para arreglar la casa, en un contexto cultural donde esta práctica adquiere relevancia social.

La estética también es importante para definir los límites de pertenencia a aquello que está fuera del barrio. En esta escala, y como ocurre en ambos vecindarios, la pertenencia social tiene un aterrizaje territorial de exclusión muy específico: el campamento.

LV: ¿cómo puedes caracterizar una villa que no sea de clase media?

EN: Yo creo que se nota más en el cuidado de la villa, en el cuidado, en el aseo, en cómo están los niños también porque tú te vas a meter a otro lado y todos los niños sucios, no están bien vestidos, yo creo que ahí se nota, no sé en mi parecer, no sé acaso estaré equivocado pero

LV: No, no, claro, y hay por acá alguna villa así como de las que relatas tú

EN: Sí, los campamentos, los campamentos para el manzano siempre los niños están todos a pata pelá, con barro, con los mocos colgando entonces tú los notas así, pero a esa gente sí se les ayuda solamente que ellos quieren vivir más fácil, les gusta, por qué, porque no pagan luz, no pagan agua, entonces ellos varias veces han erradicarlo es la palabra, erradicarlos, sacarlos de ahí, pero ellos vuelven por la facilidad (Eduardo, clase media emergente, JV).

LV: ¿Cómo es la gente que viven en Vista hermosa? **EN:** Flojos, que quieren que le den todos, muchos no quieren hacer nada. Y ladrones, porque muchos roban, mucha droga, ellos debieran trabajar (Francisca A., clase media baja, SA).

Varios entrevistados plantearon que los campamentos son lugares donde reside gente con bajos ingresos, pero que además viven en una relativa comodidad

dado el apoyo que reciben del Estado. Estos son percibidos como lugares donde la gente “*no aspira a nada*” y son asociados, en el imaginario del lugar, a clase baja. Por eso, son barrios que cargan con estigma.

Los entrevistados no hacen ningún tipo de distinción respecto a los campamentos ni a las personas que habitan en ellos, por el contrario, sostienen que todos quienes viven en esos lugares son personas faltos de aspiración. En el caso de JV algunos entrevistados lo ejemplifican con 16 familias que llegaron a vivir allí provenientes de un campamento que sufrió un incendio en La Florida y de las cuales solo quedan 2 en el sector. La mayoría de quienes se refirió a estas familias, sostuvieron que aquellas que abandonaron el barrio lo hacían porque para vivir en JV tenían que trabajar. Esta opinión fue compartida incluso, por uno de los residentes que llegó proveniente del campamento pero que permanece viviendo en JV.

Tanto SA como JV se ubican cerca de campamentos y, en ambos vecindarios, los entrevistados hacen constante referencia a que la inseguridad de estos lugares se vincula a personas delinquentes y provienen desde estos barrios. En el caso de SA, el campamento cercano lleva por nombre Vista Hermosa. Este vecindario se localiza dentro del sector de Casas Viejas, pero es permanentemente mostrado por parte de los entrevistados como un lugar que carga con un aura diferente. En el caso de JV, el campamento se llama el Manzano y recae sobre él una opinión similar.

LV: ¿Y hay como una estigmatización de ese lugar? **EN:** Sí. **LV:** ¿Acá? **EN:** Sí, si porque una vez yo, había llegado recién, y una señora dijo “no es que yo voy para allá”, “no” le dijo el colectivo, “yo no voy para allá yo la puedo dejar acá”, “oiga pero” “no si para allá no entramos” y yo dije pero por qué, qué onda y ahí después la señora se bajó y yo le dije qué paso, qué onda y me dijo “no, es que ese es el barrio chino” “y no para allá es peligroso” y todo. (Diva, clase media emergente, SA).

LV: ¿Y aquí hay algún barrio que esté estigmatizado? **P2:** Sí **P1:** ¿Cuál sería ese? **EN:** Nosotros tenemos, detrás de nosotros un sector que se llama El Manzano, que está conocido por el tráfico de drogas, por ser un barrio, un sector de peleas, de disparos y se escuchan si tú estás aquí de repente se escuchan disparos, los típicos fuego artificial cuando se supone que le llegó la droga y están avisando, no sé esas cosas se escuchan acá (Magaly, clase baja, JV).

En términos físicos, quienes viven SA y en JV no tienen ninguna necesidad de establecer un mecanismo que los diferencie de Vista Hermosa o El Manzano. Ambos lugares, aunque próximos, poseen un diseño urbano y una estética diferente, aspectos que facilitan su reconocimiento y, por cierto, su estigmatización.

No obstante, los campamentos y la estigmatización asociada a ellos no sólo sirve para establecer el límite de pertenencia al barrio, sino que también refuerza la identidad de los mismo. Esta lógica dialéctica entre inclusión-exclusión que adquiere la construcción del sentido de pertenencia territorial, fue documentado claramente en SA. Cuando se entregaron las primeras viviendas de este barrio, algunos vecinos no las ocuparon inmediatamente. Fue ahí cuando comenzaron a ocurrir algunas tomas de casas cuyos responsables, a juicio de entrevistados, eran residentes de Vista Hermosa. Aunque este conflicto fracturó las relaciones entre ambos barrios e intensificó la barrera simbólica que existe entre ellos, ofreció una oportunidad de organización para SA. Según relata una entrevistada, cuando comenzaron a ocurrir las tomas los vecinos se coordinaron en conjunto, estableciendo rondas diurnas y nocturnas en orden de evitar nuevas tomas de viviendas. Fue así como muchos vecinos se conocieron y comenzaron a entablar relaciones entre ellos:

EN: Entonces, por eso te digo, el problema que hubo es que hubo casas sociales que estuvieron solas 6-7 meses porque hay gente que no las necesitaba y el problema que hubo, que, de vista hermosa, al fondo, hay un campamento ahí al fondo, no sé si tú lo sabes, esa gente estuvo peleando y querían venir a tomarse esas casas porque ellos han peleado por años por una vivienda social y aquí a la gente que se les entrego la vivienda social que ellos quieren, la gente no las aprovecho y no quería venirse. Entonces, ese fue el conflicto que hubo. Yo estoy aquí desde el principio. A el día 6 de junio me entraron la casa y el 9 de junio nos cambiamos para acá. Y estuve en los famosos tiempos que se querían venir a tomar las casas, nosotros nos juntábamos afuera de la cuadra para vigilar, todos los días. (Andrea, clase media consolidada, SA).

El conflicto por las viviendas que ocurrió entre SA y Vista Hermosa no sólo cohesionó a toda la comunidad bajo un mismo objetivo: la defensa de las casas. Sino que también, hasta hoy es recordado por muchos miembros de la comunidad como un reflejo de lo que ellos no quieren ser: como los de Vista Hermosa, sirviendo así para definir los límites simbólicos de su pertenencia socio-territorial.

Capítulo 9. Conclusiones

Esta tesis doctoral ha abordado un tema que comienza a capturar creciente interés en América Latina: la mixtura social del espacio. Cuando se comenzó con esta investigación en 2015, este parecía ser un tema emergente, hoy al finalizarla, ha tomado una inesperada fuerza, especialmente porque se ha consolidado como un objetivo de política pública. Y aquello no sólo ha ocurrido en Chile —donde esta política se ha institucionalizado de manera permanente a nivel nacional— sino que también en otros países de la región: a través de algunas medidas que capturan plusvalías, como las Zonas Especiales de Interés Social en Brasil; usando el establecimiento de cuotas de vivienda social a cambio de exenciones tributarias a las empresas inmobiliarias, como ocurre en Uruguay; o proyectos de renovación urbana que se acompañan de la mezcla social del espacio como en Colombia. Aquella consolidación ha surgido de un diagnóstico compartido que, como en pocas ocasiones, ha hecho converger a la academia, las diferentes corrientes políticas y al sector inmobiliario: la necesidad de derrotar la segregación socio-residencial.

Sin embargo y más allá del diagnóstico común, pareciera ser que estos tres actores están cruzados por una mirada polarizada respecto a los efectos sociales de las políticas habitacionales pro mixtura social. Por un lado, hay quienes —tanto en la política, academia y negocios— critican *per se* este tipo de medidas por cuanto podrían inducir conflictos sociales de carácter clasista, dada las características de la cultura urbana latinoamericana y especialmente la chilena. Esta idea tiene implicancias peligrosas, ya que bajo ella subyace la tesis de que es difícil construir comunidades de barrio en contextos de diversidad socioeconómica. Vale entonces preguntarse: ¿qué nos queda para construir ciudad?, ¿homogeneidad?, ¿segregación?. Por otro lado están quienes apoyan la aplicación de políticas de mixtura social. Mientras los académicos de esta vertiente han postulado su opinión sobre la base del efecto barrio y las teorías de individualización, el interés político y empresarial a estas medidas ha corrido por un carril diferente: la mixtura social hoy se ha convertido para ellos en un negocio “redondo”. Tal como se revisó en el tercer capítulo, los dineros entregados por los subsidios habitacionales de integración se han incrementado de manera importante en la última década, especialmente desde el D.S 116 en adelante. Sin embargo, parece ser también que la retórica que políticos y empresarios expresan respecto a la mixtura social deposita demasiada confianza en esta como estrategia para transformar la sociedad. En palabras de Lefebvre (1976) pareciera primar en ellos una “ideología del barrio” que ha sido sumamente útil para el desarrollo del negocio inmobiliario.

En estas circunstancias el objetivo académico de esta tesis fue darle una vuelta de tuerca a los argumentos académicos, políticos y empresariales respecto a los efectos sociales de la mixtura social, tratando de entender la relación entre estos de una manera más compleja. En principio no parecía ser que este tipo de medidas estuviera produciendo ni conflictos clasistas ni tampoco

transformando la sociedad, sino que estaba generando resultados más intermedios. Sin embargo, para ello se hizo necesario poner en contexto socio-espacial la política de mixtura social que estaba desarrollando el MINVU: una mixtura social restringida localizada en sectores periféricos de la ciudad. La duda inicial fue si bajo estas características específicas se estaba consiguiendo (o no) generar cohesión social a nivel de barrio. De ahí que el objetivo de esta tesis haya sido: entender la manera en que la mixtura social y las características del vecindario y el entorno en el cual se localizan los PIS impactan en la cohesión social de barrio.

El concepto de cohesión social permitió aglutinar diferentes procesos sociales que estaban experimentando estos vecindarios y, aunque con un tratamiento amplio, fue restringido aquí al estudio de dos dimensiones: la sociabilidad entre residentes y el sentido de pertenencia que ellos desarrollaban con el lugar en que residían. Por esa razón es que el objetivo general de esta tesis fue abordado desde tres preguntas específicas:

- ¿Qué tipo de sociabilidad socioeconómica están promoviendo los PIS y los espacios “públicos” con los que cuentan estos vecindarios?
- ¿Cómo es posible mantener la estabilidad en la convivencia social de comunidades de ingresos mixtos?.
- ¿De qué manera las características territoriales de los PIS intervienen en el sentido de pertenencia que los habitantes desarrollan con el barrio?

En la primera parte de esta conclusión se revisan y sintetizan las respuestas a estas preguntas de investigación.

Reflexión 1: “La mixtura social a la chilena”, una restricción para sociabilidades socioeconómicamente más diversas.

La primera parte de los resultados de esta tesis tuvo por objetivo evaluar si los proyectos de integración social están teniendo la capacidad para promover sociabilidades socioeconómicamente mixtas en el entendido de que esto es importante para el despliegue de efectos de barrio positivos en el largo plazo. Sin embargo, la evidencia levantada en ambos PIS sugiere un bajo impacto de estos en términos de diversificar el contenido socioeconómico de los vínculos que mantienen sus residentes.

Los resultados muestran que aunque la heterogeneidad socioeconómica de los contactos de quienes viven en los PIS está influenciada por la posición social de las personas, esta no está completamente estructurada por aquello. A pesar de que hay grupos específicos en donde la homofilia parece organizar sus vínculos

sociales, como los cesantes, jubilados y personas de baja escolaridad, el grueso de la población encuestada mostró sociabilidades que no están completamente organizadas a partir de un principio de homofilia socioeconómica. Eso abre un espacio para que las políticas de mixtura social puedan operar positivamente y lleva a criticar algunas aproximaciones estructuralistas que sostienen que estas no funcionarían por el hecho de que las relaciones sociales entre las personas se disponen de manera generalizada a partir de la condición socioeconómica de los contactos (Putnam, 2007; Butler y Robson, 2003; Slater, 2013).

En relación a la distribución de la sociabilidad y su nivel de heterogeneidad socioeconómica en diferentes escalas territoriales, se logró estimar objetivamente si era el barrio la escala que estaba impulsando la falta general de homofilia socioeconómica comentada en el párrafo anterior. Sin embargo, los resultados fueron desalentadores en términos de apoyar esta política de mixtura social. La heterogeneidad de los vínculos sociales en ambos barrios proviene mayoritariamente de la escala metropolitana, lugar que por lo demás concentra los vínculos débiles de las personas. El barrio, en cambio, aglomera relaciones sociales soportadas especialmente en clase baja y media emergente, es decir y dada las características de la estructura social chilena, en grupos sociales que no tienen grandes diferencias socioeconómicas entre ellos. Si bien SA tiene un mejor rendimiento que JV en promover vínculos con clase media consolidada, la dimensión cuantitativa de estas es aún baja si se compara con lo que representa este grupo a nivel nacional. A esto se suma que en ambos lugares el contacto con clases altas es prácticamente inexistente, lo que permite sostener la idea de que los PIS sólo promueven internamente una mezcla social restringida.

Los resultados permiten concluir también que la dotación y composición social de los entornos en los que se están construyendo los PIS, limitan la capacidad de una política pro mixtura social para crear sociabilidades pluriclasistas. La evidencia sugiere la confirmación de la tesis sostenida por el Nuevo Urbanismo en relación a que la dotación y equipamientos de los lugares tiene un rol central en el fomento de la sociabilidad. De hecho, es probablemente en las diferencias de espacio público y semi-público que presentan SA y JV, tanto en su interior como en el entorno, donde se expliquen parcialmente los disímiles volúmenes de sociabilidad anclados al interior de estos lugares. No obstante, si se asume que el objetivo de los PIS es promover sociabilidades socioeconómicamente diversas, hay dos problemas. El primero corresponde a lo referenciado en el párrafo anterior. El segundo, se refiere a la composición social del área en el que se insertan los PIS: entornos relativamente homogéneos y, nuevamente, que concentran población de clase media emergente y baja. Esto afecta también la posibilidad de que el entorno induzca indirectamente sociabilidades pluriclasistas, aun cuando este cuente con lugares de encuentro y reunión.

Se podría sostener entonces que los vínculos sociales que está promoviendo la política de mixtura social chilena no son lo suficientemente mixtos socioeconómicamente hablando. Aunque no parece haber una tendencia de homofilia socioeconómica en los vínculos, la heterogeneidad de estos sí se encuentra influenciada por las oportunidades que las personas tienen para entrar en contacto con miembros de otros grupos sociales. Allí es donde las políticas de mixtura social —en términos genéricos— parecen avanzar en la vía correcta. Sin embargo, la política chilena de mixtura parece demasiado restrictiva en términos de la composición social intrabarrío que promueve. Se necesita incorporar en estos lugares diversidades socioeconómicas más balanceadas, que incluyan también más clase media consolidada y, por supuesto, clase alta. A lo anterior se suma una estructura de distribución socioeconómica de la ciudad de Santiago que también pone restricciones para alcanzar mixtura social a través de los entornos de estos barrios. En estas condiciones, pareciera ser que un “efecto barrio positivo”, como el documentado por trabajos chilenos en vecindarios que promueven mixtura entre clase baja-emergente y clase alta-media consolidada (Salcedo & Torres, 2004; Sabatini & Salcedo, 2007; Rasse, 2015), podría tener limitaciones para desarrollarse en el largo plazo dado lo restrictiva de la mixtura social que inducen los PIS, tanto en su interior como en el entorno. Así, la política de mixtura social actual parece una estrategia que aunque continúa entregando viviendas, no garantiza avances en términos del fomento de la sociabilidad pluriclasista.

Reflexión 2: la importancia del “buen vecino” y la identidad de clase en la convivencia social de los PIS

El segundo objetivo específico de esta tesis fue *entender cómo es posible mantener el equilibrio en la convivencia social en un contexto de barrio en el cual habitan familias de diferente condición socioeconómica*. La discusión desarrollada en el marco teórico entregó luces respecto a tres formas de entender esto. Primero, la tesis de tectónica social que sugiere que la sociabilidad al interior de estos lugares se organiza según clase, lo que desataría conflictos clasistas al interior de los mismos. Segundo, la tesis de que el vínculo social en estos barrios no se desarrolla y, en ese contexto, los conflictos serían escasos y estarían más bien anclados en la cotidianidad. Y tercero, la tesis de que la clase está intrínsecamente ligada a los conflictos de cotidianidad, sin que eso necesariamente derive en sociabilidades de clase al interior de los vecindarios. La evidencia levantada por investigaciones previas en JV y SA han entregado apoyo empírico a la segunda tesis mencionada (Sabatini et al., 2013b; Maturana y Horne, 2016).

Los resultados de esta tesis se inclinaron inicialmente por apoyar la falta de sociabilidad al interior de los PIS. En efecto, se detectó que en estos lugares las

relaciones sociales suelen desarrollarse entre extraños que tienen un mínimo de conocimiento entre ellos. Hasta este punto, los resultados confirmaban los resultados de otros estudios, tanto en Chile como en el extranjero, en relación a la sociabilidad en barrios de ingresos mixtos. Sin embargo, los hallazgos sugirieron también que aquella falta de sociabilidad no era consecuencia *per se* de la existencia de diferentes clases sociales en el lugar —como sugieren aproximaciones más marxistas— y, mucho menos, era una condición que incomodara a la población. Se mostró, en cambio, cómo aquella extrañeza es fundamental dentro de la concepción de “buen vecino” que las personas poseen (Crow et al., 2002): una persona que aunque dispuesta a ayudar a sus coterráneos, no se entromete en la vida de los demás. Aunque la falta de sociabilidad parece ser una condición común al interior de los barrios de ingreso mixto, esta no es concebida como un problema por los residentes y tampoco guarda relación directa con la diversidad de clases sociales que conviven en el lugar.

Se halló que la idea del buen vecino, como norma estructuradora de las relaciones sociales en los PIS, es fundamental en el mantenimiento de la estabilidad de la convivencia social. Los resultados apoyan la idea de que en un contexto donde las relaciones sociales entre los residentes no van más allá del saludo cordial y hay una concepción compartida de lo que significa buen vecino, junto a un acuerdo tácito por el respeto de los límites que este implica, los conflictos tienen poco espacio para escalar. Sin embargo, eso no significa que estos estén ausentes de la vida social de barrio.

Se mostró que los conflictos de vecindad existentes en los PIS no apoyan ni la teoría de tectónica social ni tampoco las teorías de individualización. La evidencia sugiere que la naturaleza de los conflictos tiene componentes de ambas líneas argumentativas, lo que quiere decir que la clase y la vida cotidiana estarían intrínsecamente ligadas en las disputas entre residentes. Se levantó evidencia de un tipo de conflicto que articuló bien ambas dimensiones: los aspiracionales. El funcionamiento de estos podría explicar la abstracta idea de clasismo que se maneja en la literatura, como también lo que Cortina (2017) ha llamado recientemente como Aporofobia. Ahora bien, estos conflictos tampoco escalan al interior de los PIS dado que existen más bien a nivel de rumor y rara vez emergen a luz pública debido a la cuestionable carga moral que implican.

La evidencia levantada permite argumentar que los conflictos aspiracionales tienen su raíz en dos procesos asociados a dinámicas de clase que están interrelacionados. El primero de ellos es la estigmatización de la clase baja, tesis planteada por Skeeg (1997) y que también parece estar operando al interior de los PIS. Esta estigmatización, aunque difícil de observar por las connotaciones clasistas que tiene implícita, se refleja, por ejemplo, en entrevistados que sugieren que la transgresión del límite del buen vecino se asocia a personas de clase baja que provienen de campamentos. El segundo proceso, es la manera en

que los residentes de SA y JV definen su identidad de clase. Aun cuando objetivamente los PIS analizados están compuestos mayoritariamente de clase baja y media, la mayoría de los habitantes se define como miembros de esta última clase dada sus aspiraciones de movilidad social. En ese contexto, emprenden prácticas que sostienen su proceso de adscripción simbólica, excluyendo de paso a quienes parecen pobres o auto-relegándose de actividades y prácticas asociadas a aquel grupo social. Por eso, por ejemplo, muchos deciden no participar en actividades locales. A diferencia de las investigaciones previas (Sabatini et al., 2013b; Centro de Estudios Públicos, 2017; Maturana y Horne, 2016), estas dinámicas permiten argüir que los conflictos al interior de los PIS no sólo están asociados a la cotidianidad de vivir en un determinado lugar, sino que también tienen un componente de clase, a pesar de que esto último no amenace el equilibrio de la convivencia entre vecinos.

Pero la identidad de clase va más allá, constituyéndose en un mecanismo que permite también crear un aire de similitud al interior vecindario. En ese sentido toman importancia las prácticas simbólicas y valores asociados a la clase media, grupo con el cual se identifica la mayor parte de la población que reside en los PIS. El hecho de que la mayoría de los residentes se sientan identificados subjetivamente por aquel grupo y definan al mismo a partir de cuestiones más bien comportamentales y moralistas que son compartidas transversalmente, tiene la capacidad de aplacar el efecto separador que las diferencias económicas objetivas puedan tener en términos de la sociabilidad y convivencia social. En ese sentido, el hecho de vivir juntos en el espacio puede actuar creando una idea de similitud que es favorable para la buena convivencia e identificación social mutua.

Sobre la base de estos resultados, la evidencia permiten cuestionar los análisis que la teoría Marxista y Weberiana, como también las aproximaciones de la academia y círculos políticos y empresariales locales hacen sobre la manera en que se articula la sociabilidad y los conflictos al interior de barrios de ingresos mixtos. Se sugiere que entre ambas dimensiones se configuran relaciones más complejas y contradictorias: “sin sociabilidad, pero basadas en el buen vecino”; “conflictos cotidianos, pero con clase incluida”. En ese sentido, las teorías bourdeanas parecen explicar de mejor manera la dialéctica que es posible observar en la convivencia social al interior de los PIS.

Reflexión 3. La clase y el entorno acoplados: articulando la pertenencia al barrio

El tercer objetivo fue entender la manera en que las características socio-territoriales en las cuales se construyen los PIS influyen en la configuración de un sentido de pertenencia al barrio. El foco estuvo particularmente puesto sobre la manera en que la clase y el territorio se articulan en cada uno de los

vecindarios estudiados. Al respecto, los resultados permiten concluir que la clase juega un rol relevante no sólo marcando el sentido de pertenencia, sino que también delineando los límites de este. Pero para ello la clase no actúa sola, sino que lo hace a través de dos mediadores: las aspiraciones de movilidad social y las características socio-espaciales que tienen los vecindarios y sus entornos.

Los resultados mostraron como es que, sobre la base de una estigmatización de la clase baja y la vivienda social tradicional, los barrios de integración social están siendo asociados por los propios residentes a vecindarios con una nueva imagen social: un hábitat de clase media. Estos resultados sugieren que las características socio-espaciales de los PIS son fundamentales en la conformación de una valoración común de los mismos que trasciende las diferencias objetivas de clase al interior de estos. Esa valoración emana de la identidad de clase que las personas quieren consolidar tanto en SA y JV, y dado que esa aspiración es la clase media, el barrio es útil para apuntalar su adscripción simbólica. El adecuado acoplamiento entre clase y características residenciales explica los buenos niveles de satisfacción residencial que fueron detectados en ambos casos de estudio. Estos resultados apoyan las tesis que sugieren que el barrio tiene gran importancia cultural en la identificación social de las personas (Savage et al., 2005).

Lo anterior introduce un nuevo elemento en la discusión sobre el sentido de pertenencia territorial de los PIS: las aspiraciones de movilidad de sus residentes. En efecto, se reveló la existencia de dos sentidos de pertenencia al barrio en los PIS: la *pertenencia permanente*, que ocurre allí cuando las aspiraciones de clase están completamente saciadas a través del lugar en que se reside; y la *pertenencia tangencial*, que implica un acoplamiento temporal entre la clase y las características del barrio, dado que perdura una aspiración de movilidad social ascendente que debiera materializarse en el futuro en un cambio de hogar hacia un mejor vecindario. Como era de esperar, ambos sentidos de pertenencia tienen perfiles socioeconómicos disímiles, sin embargo, no están estructuradas por esto, sino que están mayormente influenciadas por las mismas características sociales y espaciales del lugar en el que se reside.

La introducción de las aspiraciones de movilidad en el sentido de pertenencia territorial hace necesaria una aproximación más temporal y flexible sobre este fenómeno. Con esto se introduce una crítica al concepto de pertenencia electiva (Savage et al., 2005) y permite explicar casos en los que las personas, aun cuando se sienten satisfechas con el lugar de residencia, pretenden en el mediano o largo plazo mudarse de sus barrios. Asimismo, esto sugiere que la pertenencia al barrio funcionaría de manera similar a las llamadas identidades de guardarrope que sugiere Bauman (2003). Finalmente, la dimensión temporal de la pertenencia territorial ayuda a entender más adecuadamente la

manera en que opera el sentido de pertenencia en lugares de ingresos mixtos, donde no toda la población tiene capacidad para elegir su residencia.

Los resultados mostraron también la importancia del entorno en el sentido de pertenencia al barrio. Esto es particularmente importante, dado que los análisis de pertenencia territorial usualmente no asumen una mirada más interescalar de este fenómeno, como tampoco lo hacen las políticas de mixtura. Contrario a aquello, la evidencia levantada indica que las características del entorno son trascendentales. Mientras en JV el entorno impulsaba un proceso de desafiliación, especialmente simbólico, en SA esta escala es fundamental en la conformación de una identidad territorial más amplia. Estas dinámicas disímiles respecto a la relación con el entorno vienen a explicar también las diferentes temporalidades que la pertenencia territorial manifiesta en ambos casos de estudio.

La evidencia levantada permite desarrollar además una crítica a las teorías de nuevo urbanismo que asumen que la mayor densidad de servicios y equipamientos se traduce en un mayor sentido de pertenencia, a pesar de que —como se comentó previamente— parece positivo en términos del fomento de la sociabilidad. Los contrastes entre SA y JV son claros. El primero, mal dotado pero con características de entorno claves en una pertenencia más permanente. El segundo, bien dotado, pero con un entorno que produce inseguridad en los residentes y que lleva a los mismos a aislarse a través de rejas. Se puede argumentar así, que no existe una relación lineal entre dotación y pertenencia como parece pregonar el nuevo urbanismo. Si bien la densidad induce contacto entre residentes, esta debe ser diseñada con criterios que permitan mantener la privacidad de los residentes ya que la masividad puede ser destructiva en términos de sentido de pertenencia.

Los resultados mostraron también cómo las distinciones sociales se expresan en clave territorial, tanto al interior como al exterior de los barrios. La evidencia revelan tres aspectos importantes en el sentido de pertenencia al vecindario: el valor de la estética de las casas y la importancia de algunas prácticas, como la de ampliación, para definir pertenencia social al interior de los PIS; la importancia del modelo de pimiento para evitar la exclusión y estigmatización de las familias más vulnerables al interior de los barrios de ingreso mixto; y la manera en cómo espacialmente personas autodefinidas como de clase media construyen y fortalecen su sentido de pertenencia territorial a partir de la exclusión de aquello que pertenece al “campamento”. Estos resultados muestran que la clase no sólo puede posibilitar el sentido de pertenencia territorial en barrios de ingresos mixtos, sino que también producir prácticas de pertenencia selectiva importantes (Watt, 2009; Sabatini et al, 2013c), pero que no ponen necesariamente bajo amenaza la formación de un sentido de pertenencia común al lugar.

Dinámicas de cohesión: entre la comunidad de extraños y la asociación flotante. Reflexiones sobre la dialéctica de la cohesión social de barrio.

Uno de los grandes desafíos teóricos de esta tesis fue definir la cohesión social. Como se revisó en el primer capítulo son muchas las formas de estudiar este fenómeno y diferentes las maneras para definirlo. Sin embargo, se detectó la existencia de problema común en ellas: una aproximación mecanicista respecto a las relaciones entre sus dimensiones. Como se sostuvo, es en esa aproximación que se fundaba además aquella crítica tan común que se hace a la cohesión respecto al carácter romántico que posee. Sobre esa base, se desarrolló una aproximación dialéctica al concepto tomando dos dimensiones de este que parecían relevantes para los estudios en escala de barrio: la sociabilidad y el sentido de pertenencia. De la dialéctica entre dimensiones surgieron dos formas o estados de cohesión que parecen explicar de mejor manera la dinámicas que ocurren en los casos de estudios analizados por esta tesis: la “asociación flotante” y la “comunidad de extraños”.

Los resultados de la tesis han sugerido que SA podría ser caracterizado como una “comunidad de extraños”. Esto quiere decir que las dinámicas de cohesión social allí se mueven entre una falta de sociabilidad y un fuerte sentido de pertenencia al barrio. Según se registró, aquella falta de sociabilidad se explica por diferentes factores: falta de espacio de encuentro, desinterés por la participación social, pero sobre todo, porque el poco contacto no es valorado socialmente dado que aquello forma parte fundamental del concepto de buen vecino que manejan los residentes del lugar. En el caso del sentido de pertenencia, este emana esencialmente de un adecuado acoplamiento entre las necesidad de identificación social de las personas y la estética del lugar. Esta condición paradójica en la manera en que se expresa la sociabilidad y la pertenencia delimitan lo que aquí se ha denominado comunidad de extraños.

Los resultados de JV confirman también la naturaleza dialéctica que adquieren las dinámicas de cohesión social al interior de los PIS. Sin embargo, muestran que en este barrio las dinámicas se acercan más bien a lo que aquí se ha sido denominado “asociación flotante”. Esto quiere decir que la sociabilidad allí está activada. Una buena parte de los residentes se conocen e interactúan entre ellos y participan en diversas actividades locales. Probablemente aquello se debe también a la relativa amenaza simbólica que representa el entorno y que ha obligado a los habitantes a tomar contacto entre ellos para organizarse en la “defensa” de su hábitat. Lo llamativo es la flexibilidad que adquieren esos vínculos sociales, ya que no son profundos ni emocionalmente importantes por lo que esa superficialidad permite respetar los límites de privacidad que involucra la concepción de “buen vecino”. Sin embargo, JV muestra que la sociabilidad no implica necesariamente pertenencia al territorio. El sentido de

pertenencia en este vecindario es débil, de ahí que una buena parte de la muestra exprese deseos de marcharse del lugar en el mediano o largo plazo. Nuevamente lo que ocurre en el entorno, así como activa el vínculo social, influye fuertemente en la pertenencia temporal que allí se despliega.

Los conceptos de “asociación flotante” y “comunidad de extraños” han permitido despolarizar la discusión respecto a la cohesión social de barrio y entregarle salidas intermedias a este fenómeno que dan cuenta de su complejidad y el carácter paradójico con el cual se expresa en ocasiones. Estas condiciones son justamente las que suelen omitirse en los debates académicos y políticos sobre las medidas de mixtura social. Los resultados de las dinámicas de sociabilidad y conflictos observados en ambos vecindarios sugieren que estos son estados que permiten mantener estable la cohesión social de los lugares. Las políticas de mixtura social, al menos en los casos analizados, pueden construir comunidades de barrio estables muy lejos de la idea de conflictos clasistas que pregonan las perspectivas más críticas de estas políticas. Asimismo la búsqueda de la comunidad ideal —noción que pareciera inspirar, al menos en el discurso, especialmente a círculos políticos— podría ser considerada un idealismo que no necesariamente sea traiga mayores beneficios para la población, especialmente cuando la mixtura social del lugar es tan restringida, como la ofrecida por los PIS.

La comunidad de extraños, la asociación flotante, como también las otras formas de cohesión social deben ser entendidas como estados de cohesión social de un momento determinado y no algo definitivo. Es probable que SA no siempre sea una comunidad de extraños y tampoco JV mantenga su condición en el tiempo. Aquí es donde toman relevancia las políticas territoriales que se desarrollan en los lugares y que *siempre* tienen impactos en términos de cohesión social. Algunos antecedentes respecto a transformaciones del entorno de los barrios analizados se dieron a conocer en esta tesis. Mientras la construcción del metro entrega nuevas posibilidades para salir del lugar a los residentes de JV y con ello el ingreso de nueva población que de seguro transformará las dinámicas de comunidad del vecindario, la consolidación del área de Casas Viejas como un lugar de desarrollo inmobiliario de alto estándar parece consolidar la comunidad de extraños en SA. Pero no son sólo las intervenciones urbanas las que cambian la comunidad, el tiempo también lo hace. Este puede crear vínculos más fuertes y permanentes entre residentes dado el contacto cotidiano entre ellos, como también inducir un sentido de pertenencia más intenso con el lugar. En todo caso, los estados de cohesión social son transitorios y sumamente sensibles a los cambios que ocurren en el barrio como asimismo en sus entornos.

Los resultados sugieren que el carácter dialéctico con el cual fue abordada la cohesión social de barrio debe ser también considerado en algunas teorías que suelen ser usadas para estudiar este fenómeno en vecindarios de mixtura social.

Hay algunos de origen marxista que deben ser atendidos: tectónica social y habitus metropolitano. Si bien se detectó durante la investigación que las personas de clase media tenían vínculos territorialmente más amplios y estos decidían no usar los servicios cercanos al barrio —especialmente en JV— (p. 173 y 223), este fenómeno no fue masivo y sólo estuvo limitado al ámbito escolar y de salud pública. La salida del barrio o des-adscripción del mismo de parte de personas de clase media son entonces procesos más bien incompletos que totales. Por eso el concepto de “salida parcial” (Andreotti, Galés y Moreno, 2013) parece más adecuado y flexible para explicar lo que ocurre en términos de sociabilidad y pertenencia los casos de estudio analizados, dado que rescata el carácter dialéctico de estos fenómenos. Pero también los resultados permiten criticar las tesis del nuevo urbanismo, más vinculadas a las corrientes weberianas. Según se revisó, la mayor disponibilidad de espacios de encuentro y dinámica social del barrio y del área circundante (tesis que apoyan la idea de la ciudad compacta) aunque puede producir más contacto social, no son del todo compatibles con mejores niveles de pertenencia territorial. Se necesita flexibilizar aquella aproximación y tomar en consideración que el diseño urbano debe asumir un rol protagonista cuidando la privacidad de las áreas y no inundándolas de infraestructura simplemente porque sí, dado que esto último le quita el carácter residencial al barrio, aspecto que tanto valoran las personas a la hora de evaluar la satisfacción residencial del hábitat.

La evidencia levantada por la tesis otorga luces respecto a dos aspectos que ayudan a superar la polarización con la que se ha abordado la posibilidad de inducir cohesión social y construir comunidades en entornos de ingresos mixtos. Primero, que la cohesión social no es un fenómeno socioeconómicamente estructurado, como lo afirman las teorías más marxistas. Esto es importante, por cuanto permite afirmar que la cohesión sí puede ocurrir en contextos de heterogeneidad de ingresos. Segundo, que no es tan fácil construir comunidad en barrios mixtos, como argumentan las teorías basadas en la individualización y ciertos grupos político-empresariales. Más bien, parece ser que como sostiene la hipótesis de esta tesis, la construcción de la comunidad de barrio es un proceso más complejo y contradictorio, que se mueven entre ambos polos. En aquel proceso, la clase y las características del lugar en donde se localizan los barrios cumplen papeles protagónicos. Aunque la diversidad de clases no es un obstáculo *per se*, sí juega un rol central en la definición de los conflictos cotidianos además de hacerlo en la identidad social de los residentes. Así también, la clase junto a las características espaciales del barrio y del entorno, delinean en conjunto el sentido de pertenencia que desarrollan las personas con el lugar en el que residen. Estos resultados dan soporte a la idea de que la convivencia y sociabilidad al interior del vecindario, junto al sentido de pertenencia hacia el mismo son fenómenos que se dibujan al calor de dinámicas socio-culturales particulares, lo que en último término inclina la balanza teórica a favor de las herramientas conceptuales que entrega

el enfoque bourdeano, para interpretar la manera en que se conforman la comunidades en barrios de ingresos mixtos.

Finalmente, la dialéctica de la cohesión social debe ser un punto en consideración a la hora de evaluar los efectos sociales de políticas territoriales, como el caso de aquella que inspira los PIS. Este no es un desafío menor en términos académicos, ya que se tiende a sacar conclusiones más generales a partir de casos específicos. Esto fue particularmente difícil de comprender en el transcurso de esta tesis, dado que así como se encontraban estudios que apoyaban las políticas de mixtura, otros las rechazaban de manera tajante. ¿Cómo explicar aquellos resultados disímiles?. Aquí es donde, nuevamente, adquiere relevancia la dialéctica. Una política habitacional no tiene los mismos efectos en todos los lugares y aunque esto parece obvio, no siempre se asume así. Una aproximación dialéctica a las dimensiones de la cohesión social resultó adecuada para hacer notar aquellas diferencias entre barrios. Lo que reveló esta tesis es que aquellos resultados discrepantes se explican por múltiples factores, aunque el más importante pareciera ser el entorno al barrio. No basta entonces sólo con entregar una vivienda en un lugar de ingresos mixtos, eso no garantiza la cohesión social ni tampoco la construcción de una comunidad, importa de sobre manera, el entorno.

Desde el apoyo a personas con mixtura social al apoyo a lugares con mixtura social: algunas recomendaciones para la política pública.

En términos de política pública, los resultados sugieren la necesidad de avanzar en una estrategia que promueva una *composición social de "largo espectro"*, cuestión que los PIS no parecen conseguir exitosamente. Si uno de los objetivos de las políticas de mixtura social es mejorar las oportunidades de vida de la población, como lo han sostenido en repetidas oportunidades los ministros MINVU, y hacer operar positivamente los llamados efectos de barrio especialmente para los residentes más pobres de este tipo de vecindarios, incluir en la composición socioeconómica de los lugares un mayor número de familias de clase media consolidada y alta se vuelve una necesidad imperiosa. Incluso invertir la lógica de composición social de los proyectos, promoviendo barrios cuya base mayoritaria sea la clase alta y media alta parece ser una opción más adecuada para alcanzar dicho propósito. Asimismo, se debe cuidar la composición social del área circundante, en el entendido de que las relaciones sociales de la personas también emanan desde ella. Por eso es que en términos de efectos de barrio, el área de la ciudad en la cual se localiza un vecindario socioeconómicamente mixto no da lo mismo.

Como sugiere la experiencia internacional, una buena medida para conseguir sociabilidades más mixtas desde el punto de vista socioeconómico es

complementar las políticas de PIS con *cuotas de vivienda social en proyectos inmobiliarios* destinados para segmentos socioeconómicamente más altos. Aún cuando aquello pueda desatar algunas actitudes discriminatorias en grupos minoritarios —como ocurrió recientemente en el caso de Rotonda Atenas en Las Condes— la homofilia en los vínculos, al menos en el plano socioeconómico, parece estar más bien influenciadas por las posibilidades de encuentro que por el interés en el encuentro (ver estudio reciente de Urrutia-Mosquera et al., 2017). Con todo, esas actitudes discriminatorias derivadas de conflictos aspiracionales no impiden que la convivencia en contextos de mixtura social sea, en la práctica, posible. En esas circunstancias y en línea con lo planteado previamente, una ampliación de la composición social del barrio podría ser viable y no amenazaría la estabilidad de la convivencia del mismo.

Otra recomendación emana de la idea de que en un contexto sociocultural marcado por una amplia autodefinición de clase media y la estigmatización de la clase baja, los conflictos aspiracionales suelen estar presentes. Por eso, las políticas deben intentar *controlar las diferenciaciones internas y malas distribuciones que pueden crear conflictos clasistas* entre los residentes. Ya hay experiencias de PIS que sugieren que cuando hay diferenciaciones materiales entre las viviendas, desigual distribución en los espacios públicos o modelos de distribución de barrio segregados, los conflictos entre residentes predominan (ver Maturana, Vergara y Romano, 2016). Si bien, como se revisó en el capítulo cuatro, estos son aspectos que el MINVU evalúa cuando los PIS se presentan como proyectos inmobiliarios, estos son criterios de carácter voluntario. Dado esto, hay muchos PIS que se están construyendo en Chile bajo modelos segregados. La recomendación aquí es que estas *medidas* sean consideradas *obligatorias* en la construcción de nuevos barrios en pos de asegurar la buena convivencia entre los residentes.

La experiencia internacional muestra que estas medidas podrían generar rechazo en las empresas inmobiliarias (Tiesdell, 2004). Recientemente Greene et al., (2017) han mostrado que esto es especialmente fuerte en Chile, donde la estrategia más valorada por parte de las entidades constructoras para promover la mixtura social es la entrega de bonos extras al comprador —tal como se ha hecho hasta ahora— lo que ciertamente no ayuda a diversificar las formas vías para producir mixtura. Esto ocurre a pesar de que la experiencia internacional está plagada de otros caminos (Calavita y Mallach, 2010), entre ellas, tal como ocurre en Inglaterra, Suecia y Países Bajos (capítulo 3), la reinversión de ganancias en el espacio público.

Esto último es particularmente importante, porque los resultados de la tesis permiten sugerir también que sí el área en la cual se localiza el barrio se complementa con buena infraestructura y servicios para los residentes, que promueva contacto funcional y a la vez cuide la privacidad de los residentes, la sociabilidad pluriclasista puede fomentarse. Esto impulsa la necesidad de

avanzar desde una política de vivienda que pone a vivir a familias de diferente condición socioeconómica en un mismo vecindario, a una que *apoya activamente la creación de espacios de encuentro social en el barrio y entorno*.

Una medida que podría constituirse en un aporte en aquella dirección es la reciente promulgación de la ley de “Aportes al Espacio Público” (AEP) o conocida también como Ley de mitigaciones urbanas (República de Chile, 2018). Esta medida obliga a las empresas inmobiliarias que desarrollen proyectos habitacionales a ceder directamente una superficie de terreno o bien pagar un aporte monetario al municipio en el cual se está construyendo que no puede exceder el 44% del avalúo fiscal del terreno donde se erige la obra. Sin embargo, hay dos aspectos que parecen críticos en esta iniciativa y que merman su capacidad para inducir cohesión social. Lo primero es que su foco está en la movilidad, de hecho se establece que el 70% de la inversión debe realizarse en la movilidad y no en la creación necesariamente de espacios públicos de encuentro social. E incluso, en términos de movilidad no establece una medida concreta, por lo que aquella inversión se podría materializar en estacionamientos privados, ensanchamiento de calles para vehículos, etc. cuestión que depende del Plan de Inversiones en Infraestructura de Movilidad y espacio público que posea cada municipio. Segundo, esta ley no incluye política de distribución territorial, dado que los impuestos deben pagarse en los municipios donde se construyen los proyectos. Aquello probablemente funcione de buena manera en ciudades intermedias o pequeñas, pero no en áreas metropolitanas que incluyen diferentes municipios y que están marcados por la desigualdad en términos de los recursos disponibles, como Santiago. Lo más probable es que con esta medida los municipios ricos acumulen más dineros para inversión en infraestructura vial, mientras que aquellos periféricos y mal dotados donde se desarrollan menos proyectos y el precio de suelo es más barato —como es el caso de los que albergan en su mayoría los PIS— no logren capturar mucho dinero. Por esa razón aquella medida, en vez de venir a solucionar la segregación urbana, podría incrementar la brecha de infraestructura entre comunas. Asimismo, la ley AEP parece ser insuficiente para avanzar en la creación de nuevos espacios públicos de encuentro que favorezcan la integración pluriclasista y en definitiva la cohesión social a nivel de barrio.

La poca capacidad para producir lugares bien equipados que tienen las medidas basadas en el apoyo a personas que están sostenidas en la entrega de subsidios habitacionales, choca de frente con otro obstáculo: la incapacidad de esta estrategia para conseguir buenas localizaciones. Esto último es especialmente importante dado que los resultados obtenidos por esta tesis muestran que los factores de entorno son claves en el sentido de pertenencia territorial. Esto último permite argumentar a favor de la necesidad de un cambio más profundo en la política de mixtura social desarrollada hasta ahora en Chile.

A pesar de que ambos vecindarios presentan buenos niveles de satisfacción residencial entre sus habitantes, las diferencias en términos de las temporalidades de la pertenencia territorial que promueven tienen implicancias en materia de la política de vivienda. Los resultados sugieren que las pertenencias permanentes se configuran allí donde las características del vecindario satisfacen las ansias de movilidad social e identidad de clase de la población. Como bien muestra SA —donde la pertenencia permanente fue identificada con mayor frecuencia— aquello se logra con ciertos atributos espaciales localizados principalmente en el entorno al barrio: naturaleza, tranquilidad, paisaje, seguridad y diversidad socioeconómica. La importancia de las características físicas y sociales del entorno la ratifican también los resultados de JV. En ese contexto, la localización del barrio toma importancia. Localizar el PIS en periferia mal servida pero dotada de amenidades paisajísticas no es lo mismo que localizarlo en periferia bien servida pero en un área que produce sensación de inseguridad. El primer contexto parece tener un mejor rendimiento a la luz de la pertenencia permanente. Por eso, si es esto lo que se quiere desarrollar desde la política habitacional pro mixtura social, la composición social del área en la que se localiza el barrio como también las amenidades paisajísticas, infraestructura y servicios de la misma debieran ser criterios más rigurosos en la selección de los proyectos a desarrollar.

Pero esto tiene una implicancia más profunda sobre el financiamiento de la política de vivienda de mixtura social desarrollada en Chile. Las buenas localizaciones dentro de la ciudad se consiguen con atributos que tienen un valor en el mercado de tierras. Dado el carácter segregado que tiene Santiago, aquellos atributos tienden a concentrarse allí donde el valor por el precio de suelo es más alto. El problema está en que los precios de suelo están subiendo en toda la ciudad consolidada, siendo este proceso incluso más fuerte en zonas periféricas y pericentrales dada la colonización de parte de la clase media alta y alta hacia estos lugares (Sabatini, Sarella y Vásquez, 2009). Esto implica también que los atributos socio-territoriales desde los cuales emana el sentido de pertenencia se encarecen. Este contexto ofrece un obstáculo para una política de vivienda basada exclusivamente en el apoyo a personas vía subsidio, ya que este mecanismo no parece ser sustentable en términos económicos para conseguir buenas localizaciones. Hasta ahora el costo del alza en el precio de suelo como también de los atributos que producen pertenencia los asumido principalmente el Estado, de ahí que el valor entregado por el subsidio haya tenido que incrementar en varias oportunidades durante los últimos años. Dada la importancia que el entorno tiene para el sentido de pertenencia, urge buscar fórmulas alternativas de financiamiento que aseguren buenas localizaciones en los PIS. Para hacer frente a ello, parece adecuado complementar estrategias de apoyo a personas con vías de captura de plusvalía que le den más sustentabilidad económica a la política de mixtura social.

Una de las pocas medidas con la que cuenta la institucionalidad urbana chilena para lo anterior es la llamada Ley de financiamiento Urbano Compartido que data de 2003. Esta fomenta el traspaso de terrenos públicos a privados para que estos últimos desarrollen proyectos habitacionales definidos previamente por el MINVU, los que suelen estar basados en la mixtura social y equipados con diferentes espacios de encuentro, servicios e incluso puestos de trabajos para los residentes. El traspaso puede realizarse a través de una venta de terrenos públicos condicionada al desarrollo de proyectos habitacionales, venta de acuerdo de reinversión dirigida en infraestructura y/o a través de una dación de pago que establece que los recursos obtenidos del traspaso de propiedades públicas se reinviertan en la zona para ejecución de obras contenidas en el Plan Maestro previo. Estos tres instrumentos son mecanismos de captura de plusvalías, ya que el valor de venta, reinversión o ejecución de obras puede variar de acuerdo a los cambios en precio de suelo que deriven de las inversiones que se están realizando en el sector. Incluso, los pocos proyectos habitacionales desarrollados a partir de este mecanismo han mostrado buenos resultados en términos del fomento de la cohesión social, especialmente en su dimensión de sentido de pertenencia (ver trabajos de Pérez (2015) para el caso de La Chimba, y Sabatini y Vergara (2018) para el caso de Ribera Norte). Sin embargo, en la práctica y probablemente por la escasa y lenta rentabilidad de estos proyectos comparados con los erigidos sobre la base del subsidio de integración, muy pocas iniciativas se han desarrollado, además de ser escaso lo que sabemos sobre ellos aún.

En resumidas cuentas, pareciera ser que el enfoque de apoyo a personas con mixtura social que ha sustentado el desarrollo de los PIS en Chile tiene varios problemas severos: su composición social, su dotación de servicios y equipamiento urbano y la localización dentro de la ciudad. Todos ellos son factores que tienen relevancia para la cohesión social de los vecindarios. De estos tres problemas, al menos el primero puede ser abordado con medidas específicas que no cambian mucho el enfoque de fondo, pero si se quiere mejorar la localización y el equipamiento de los lugares, el enfoque actual no parece suficiente, especialmente por las dinámicas que tiene el mercado de suelo en Santiago. Se deben entonces buscar alternativas que hagan avanzar la política habitacional hacia el apoyo a lugares socialmente mezclados, bien localizados y dotados de infraestructura, servicios y amenidades. Así también, el foco de la investigación futura debiera estar puesto en aquellas iniciativas que permitan acumular más conocimiento respecto a políticas de mixtura social desarrolladas sobre la base de un financiamiento compartido y apoyo concreto a los lugares, con el objetivo de perfeccionarlas y fomentarlas.

Bibliografía

- Allen, C. (2008). *Housing Market Renewal and Social Class*. London: Routledge.
- Allen, C. (2010). Housing research, housing policy and the politics of dwelling. *Housing, Theory and Society*, 27(2), 136-143
- Allen, C. (2012). *Social class and housing*. In encyclopedia. Elsevier.
- Allen, C., Powell, R., Casey, R., & Coward, S. (2007). Ordinary, the Same as Anywhere Else Notes on the Management of Spoiled Identity in Marginal Middle-Class Neighbourhoods. *Sociology*, 41(2), 239-258.
- Álvaro, D. (2010). Los conceptos de 'comunidad' y 'sociedad' de Ferdinand Tönnies. *Papeles del CEIC*, (1), 8.
- Andreotti, A., Le Galès, P., & Fuentes, F. (2013). Controlling the Urban Fabric: The Complex Game of Distance and Proximity in European Upper-Middle-Class Residential Strategies. *International Journal of Urban and Regional Research*, 37(2), 576-597.
- Angelcos, N., & Méndez, M. (2017). Struggles against territorial disqualification: Mobilization for dignified housing and defense of heritage in Santiago. *Latin American Perspectives*, 44(3), 100-112.
- Aristóteles (1988). *Política*. Madrid: Gredos.
- Ariztía, T. (2009). Arreglando la casa. La cultura de la movilidad en Chile. En Pérez, F. & Tironi, M. *Espacios, prácticas y cultura urbana* (pp. 222-240). Santiago: Arq.
- Ariztía, T. (2009). *Moving home: the everyday making of the Chilean middle class*. PhD Thesis. London School of Economics.
- Aronson, P. (2006). Del individualismo inequívoco a la difusividad del individuo. En Aronson, P. & Weisz, E. *Ensayos sobre racionalización occidental. La sociología de la religión de Max Weber*. Buenos Aires: Prometeo.
- Asociación Investigadores de Mercado (2018). *Nuevos grupos socioeconómicos 2018*. Disponible en <http://www.aimchile.cl/wp-content/uploads/Nuevos-Grupos-Socioeconomicos-AIM-febrero-2018-FINAL-2.pdf>
- Atkinson, R. (2006). Padding the bunker: strategies of middle-class disaffiliation and colonisation in the city. *Urban Studies*, 43(4), 819-832.
- Atkinson, W. (2007). Beck, individualization and the death of class: a critique 1. *The British journal of sociology*, 58(3), 349-366.
- Baker, W. (2005). *America's crisis of values: Reality and perception*. Princeton: Princeton University Press.
- Barone, C. (1998). The political economy of classism: Towards a more integrated multilevel view. *Review of Radical Political Economics*, 30(2), 1-30.

- Barone, C. (2000). The economic foundations of class and classism. Unpublished Manuscript. Disponible en <http://users.dickinson.edu/~barone/ClassFoundations>.
- Barozet, E. (2002). Comentario: Nan Lin, Social capital. A theory of social structure and action. *Revista de ciencia política*, 22(2), 131–133.
- Barozet, E. (2006). El valor histórico del pituto: clase media, integración y diferenciación social en Chile. *Revista de Sociología*, (20), 69–96.
- Barozet, E., & Mac-Clure, O. (2014). Nombrar y clasificar: aproximación a una epistemología de las clases sociales. *Cinta de moebio*, (51), 197-215.
- Bauman, Z. (2003). *Comunidad. En busca de seguridad en un mundo hostil*. Madrid: Siglo XXI.
- Beauvais, C., & Jenson, J. (2002). *Social Cohesion: Updating the State of the Research*. Ottawa: Canadian Policy Research Networks.
- Beck, U. (1998). *La sociedad del riesgo. Hacia una nueva modernidad*. Barcelona: Paidós.
- Beck, U. (2002). Zombie categories: An interview with Ulrich Beck. In: Beck U and Beck-Gernsheim E, *Individualization: Institutionalized Individualism and Its Social and Political Consequences* (pp. 202-213). London: Sage.
- Beck, U., & Grande, E. (2010). Varieties of second modernity: The cosmopolitan turn in social and political theory and research. *The British journal of sociology*, 61(3), 409-443.
- Bennet, T., Savage, M., Silva, E., Warde, A., Gayo-Cal, M. & Wright, D. (2009). *Culture, class, distinction*. London: Routledge.
- Benson, M. (2014). Trajectories of middle-class belonging: The dynamics of place attachment and classed identities. *Urban Studies*, 51(14), 3097-3112.
- Beresnevičaitė, V. (2003). Dimensions of Social Integration: Appraisal of Theoretical Approaches. *Ethnicity studies*, 96–108.
- Bergsten, Z., & Holmqvist, E. (2013). Possibilities of building a mixed city—evidence from Swedish cities. *International Journal of Housing Policy*, 13(3), 288-311
- Bernard, P. (1999). La cohésion sociale: critique dialectique d'un quasi-concept. *Lien social et Politiques*, (41), 47-59.
- Berroeta, H., Ramoneda, A., Rodriguez, V., Di Masso, A., & Vidal, T. (2015). Apego de lugar, identidad de lugar, sentido de comunidad y participación cívica en personas desplazadas de la ciudad de Chaitén. *Magallania*, 43(3), 51-63.
- Boggs, E. (2017). People and Place in Low-Income Housing Policy—Unwinding Segregation in Connecticut. *Housing Policy Debate*, 27(2), 320-326.
- Bolt, G., Phillips, D., & Van Kempen, R. (2010). Housing policy, (de)segregation and social mixing: An international perspective. *Housing Studies*, 25(2), 129–135.
- Botterman, S., Hooghe, M., & Reeskens, T. (2012). 'One Size Fits All'? An Empirical Study into the Multidimensionality of Social Cohesion

- Indicators in Belgian Local Communities. *Urban Studies*, 49(1), 185-202.
- Bourdieu, B. (2001). *Las estructuras sociales de la economía*. Buenos Aires: Manantial.
- Bourdieu, P. (1980). *El sentido práctico*. Madrid: Taurus.
- Bourdieu, P. (1999). Efectos de Lugar. En Bourdieu, P. *La miseria del mundo* (pp.119-124). Buenos Aires: Fondo de Cultura económica.
- Bourdieu, P. (2000). ¿Cómo se hace una clase social? Sobre la existencia teórica y práctica de los grupos. En Bourdieu, P. *Poder, Derecho y Clases Sociales* (pp. 101-130). Bilbao: Editorial Desclée de Brouwer.
- Bourdieu, P. (2002). *La distinción. Criterio y bases sociales del gusto*. México D.F: Taurus.
- Bourdieu, P. (2010). *El sentido social del gusto. Elementos para una sociología de la cultura*. Buenos Aires: Siglo XXI editores.
- Bourdieu, P. & Wacquant, L., (1992). *An Invitation to Reflexive Sociology*. Oxford: Polity Press.
- Bourdieu, P. & Passeron, J. C., (1977). *Reproduction in Education, Society and Culture*. London: Sage.
- Bourdieu, P., (1998). *The State Nobility: Elite Schools in the Field of Power*. Stanford: Stanford University Press.
- Bowen, H., & Wiersema, M. (1999). Matching Method to Paradigm In Strategy Research: Limitations of Cross-sectional Analysis and Some Methodological Alternatives. *Strategic Management*, 20, 625-636.
- Brain, I. & Sabatini, F. (2006). Los precios del suelo en alza carcomen el subsidio habitacional, contribuyendo al deterioro en la calidad y localización de la vivienda social. *ProUrbana*, 4, 2-13.
- Brain, I., Cubillos, G., & Sabatini, F. (2007). *Integración social urbana en la nueva política habitacional*. Santiago: Pontificia Universidad Católica.
- Briggs, X. (1998). Brown kids in white suburbs: Housing mobility and the many faces of social capital. *Housing policy debate*, 9(1), 177-221.
- Butler, T., & Robson, G. (2001). Social capital, gentrification and neighbourhood change in London: a comparison of three south London neighbourhoods. *Urban studies*, 38(12), 2145-2162
- Butler, T., & Robson, G. (2003). *London Calling: The Middle Classes and the Remaking of Inner London*. Oxford: Berg Publishers.
- Cáceres, C. (2015). Ciudades satélites periurbanas en Santiago de Chile: paradojas entre la satisfacción residencial y precariedad económica del periurbanita de clase media. *INVI*, 30(85), 83-110.
- Calavita, N. & Mallach, A. (2010) *Inclusionary Housing in International Perspective*. Cambridge: Lincoln Institute of Land Policy.
- Canclini, N. (1995). *Consumidores y ciudadanos. Conflictos multiculturales de la globalización*. México D.F: Grijaldo.

- Capdevielle, J. (2011). El concepto de habitus: “con Bourdieu y contra Bourdieu”. *ANDULI, Revista Andaluza de Ciencias Sociales*, (10), 31-45.
- Casgrain, A. (2010). La apuesta del endeudamiento en la política habitacional chilena. *INVI*, 25(68), 155–182.
- Cassiers, T., & Kesteloot, C. (2012). Socio-spatial inequalities and social cohesion in European cities. *Urban Studies*, 49(9), 1909–1924.
- Castells, M. (1973). Movimiento de pobladores y lucha de clases en Chile. *Eure*, 3(7), 9-35.
- Castells, M. (1974). *La cuestión urbana*. Madrid: Siglo XXI editores.
- Castells, M. (1998). *La era de la información. El poder de la identidad*. Madrid: Siglo XXI editores.
- Castells, M. (1999). *Globalización, identidad y estado en América Latina*. Santiago de Chile: PNUD.
- Castillo, J., Miranda, D., & Cabib, I. (2013). Todos somos de clase media: Sobre el estatus social subjetivo en Chile. *Latin American Research Review*, 155-173.
- Castillo, M. (2016). Fronteras simbólicas y clases medias. Movilidad social en Chile. *Perfiles latinoamericanos*, 24(48), 213-241
- Castillo, M., Forray, R., & Sepúlveda, C. (2008). Más allá de los resultados cuantitativos, los desafíos de la política de vivienda chilena. *Quorum*, 20, 14–29.
- CEPAL. (2007). *Cohesión social. Inclusión y sentido de pertenencia en América Latina y el Caribe*. Santiago: Naciones Unidas.
- Chan, J., To, H.-P., & Chan, E. (2006). Reconsidering Social Cohesion: Developing a Definition and Analytical Framework for Empirical Research. *Social Indicators Research*, 75(2), 273–302.
- Chaskin, R. & Joseph, M. (2013). ‘Positive’ Gentrification, Social Control and the ‘Right to the City’ in Mixed-Income Communities: Uses and Expectations of Space and Place. *International Journal of Urban and Regional Research*, 37(2), 480-502.
- Clampet-Lundquist, S. (2004). HOPE VI relocation: Moving to new neighborhoods and building new ties. *Housing policy debate*, 15(2), 415-447.
- Clapham, D. (2018). *Remaking Housing Policy. An international Study*. Oxon: Routledge.
- Clark, W., & Ledwith, V. (2006). Mobility, housing stress, and neighborhood contexts: evidence from Los Angeles. *Environment and Planning A*, 38(6), 1077-1093.
- Cole, I., & Goodchild, B. (2000). Social Mix and the Balanced Community' in British housing policy—a tale of two epochs. *GeoJournal*, 51(4), 351-360.
- COMITTE, E. (2004). *The Future of EU Cohesion Policy*. Brussels: European Economic and Social Committee.

- Contardo, O. (2008). *Siútico: arribismo, abajismo y vida social en Chile*. Santiago: Editorial planeta chilena.
- Cornejo, C. (2012). Estigma territorial como forma de violencia barrial: El caso del sector El Castillo. *INVI*, 27(76), 177-20.
- Coser, L. (1961). *Las funciones del conflicto social*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Crook, T., Bibby, P., Ferrari, E., Monk, S., Tang, C., & Whitehead, C. (2016). New housing association development and its potential to reduce concentrations of deprivation: An English case study. *Urban Studies*, 53(16), 3388-3404.
- Crow, G., Allan, G., & Summers, M. (2002). Neither busybodies nor nobodies: managing proximity and distance in neighbourly relations. *Sociology*, 36(1), 127-145.
- Curley, A. (2010). Relocating the poor: Social capital and neighborhood resources. *Journal of urban affairs*, 32(1), 79-103.
- De Mattos, C., Riffo, L., Yáñez, G. & Salas, X. (2005). *Reestructuración del mercado metropolitano de trabajo y cambios socio territoriales en el gran Santiago*. Informe Final Fondecyt 1040838.
- Dekker, K. (2005). Social Capital, Neighbourhood Attachment and Participation in Distressed Urban Areas. A Case Study in The Hague and Utrecht, the Netherlands. *Housing Studies*, 22(3), 355-379.
- Dekker, K., & Bolt, G. (2005). Social Cohesion in Post-war Estates in the Netherlands: Differences between Socioeconomic and Ethnic Groups. *Urban Studies*, 42(13), 2447-2470.
- Dempsey, N. (2009). Are good-quality environments socially cohesive?: Measuring quality and cohesion in urban neighbourhoods. *Town Planning Review*, 80(3), 315-345
- Devine, F. (1992). Social identities, class identity and political perspectives. *The Sociological Review*, 40(2), 229-252
- Donoso, F., & Sabatini, F. (1980). Santiago: empresa inmobiliaria compra terrenos. *Eure*, 7(20), 25-51.
- Donzelot, J. (2006). Refonder la cohésion sociale. *Esprit*, 5-23.
- Dragolov, G., Ignácz, S., Lorenz, J., Delhey, J., & Boehnke, K. (2004). *Radar gesellschaftlicher Zusammenhalt. Messen was verbindet. Gesellschaftlicher Zusammenhalt in Deutschland*. Gutersloh. Germany: Bertelsmann Foundation.
- Ducci, M. (1997). Chile: el lado oscuro de una política de vivienda exitosa. *Eure*, 23(69), 99-115.
- Durkheim, E. (1987). *La división social del trabajo*. Madrid: Akal.
- Engels, F. (1975). *The Housing Question*. Moscow: Progress Publishers. [1872].
- Espinoza, V. & Durston, J. (2013). Análisis de Redes Interculturales: capital social y mediación institucional. En Durston, J. (Ed.) *Pueblos originarios y sociedad nacional en Chile: la interculturalidad en las prácticas sociales* (pp. 274-288). Santiago: PNUD.

- Espinoza, V., & Barozet, E. (2009). ¿De qué hablamos cuando decimos “clase media”? Perspectivas sobre el caso chileno. *El arte de clasificar a los chilenos. Enfoques sobre los modelos de clasificación en Chile* (pp. 103-130). Santiago: Ediciones Universidad Diego Portales.
- Fadda, G., & Ducci, M. (1993). Políticas de desarrollo urbano y vivienda en Chile: Interrelaciones y efectos. En L. Bravo y C. Martínez (Eds.), *Chile: 50 años de vivienda social, 1943-1993* (pp. 77-112). Valparaíso: Universidad de Valparaíso.
- Fariás, I. (2014). Improvising a market, making a model: social housing policy in Chile. *Economy and Society*, 43(3), 346–369.
- Forrest, R. (2008). Who cares about neighbourhoods?. *International Social Science Journal*, 59(191), 129-141
- Forrest, R., & Kearns, A. (1999). *Joined-up places?: Social cohesion and neighbourhood regeneration*. York: YPS for the Joseph Rowntree Foundation.
- Friedkin, N. (2004). Social cohesion. *Annu. Rev. Sociol.*, 30, 409-425.
- Friedman, S. (2016). Habitus clivé and the emotional imprint of social mobility. *The Sociological Review*, 64(1), 129-147.
- Fuentes, L. (2010). Competitividad urbana y cohesión social en Santiago de Chile: ¿dos caras de la misma moneda?. *Scripta Nova: revista electrónica de geografía y ciencias sociales*, 14. Obtenido desde <http://revistes.ub.edu/index.php/ScriptaNova/article/view/1719>
- Galster, G. (2017). People Versus Place, People and Place, or More? New Directions for Housing Policy. *Housing Policy Debate* 27(2), 261-265.
- García, C., Carrasco, J. & Rojas, C. (2014). El contexto urbano y las interacciones sociales: dualidad del espacio de actividades de sectores de ingresos altos y bajos en Concepción, Chile. *Eure*, 40(121), 75-90.
- García, J. (2016). Los problemas teóricos y metodológicos del concepto de exclusión social. Una revisión neofuncionalista. *RIS*, 74(2), 1–13.
- Général-du-Plan, P. (1997). *Cohésion sociale et territoires*. Paris: La Documentation Française.
- Giddens, A. (2003), *La constitución de la sociedad. Bases para la teoría de la estructuración*. Buenos Aires: Amorrortu editores.
- Gilbert, A. (2004). Helping the poor through housing subsidies: lessons from Chile, Colombia and South Africa. *Habitat international*, 28(1), 13-40.
- Gordon, D. Edwards, R. & Reich, R. (1982). *Segmented Work, Divided Workers: The Historical Transformation of Labor in the United States*. New York: Cambridge University Press
- Grander, M. (2017). New public housing: a selective model disguised as universal? Implications of the market adaptation of Swedish public housing. *International Journal of Housing Policy*, 17(3), 335-352.
- Granovetter, M. (1973). The strength of weak ties. *American Journal of Sociology*, 78(6), 1360–1380.
- Greene, M., Mora, R., Figueroa, C., Waintrub, N., & Ortúzar, J. (2017). Towards a sustainable city: Applying urban renewal incentives according to the

- social and urban characteristics of the area. *Habitat International*, 68, 15-23.
- Grossman, Z. 2005. Unlikely alliances: treaty conflicts and environmental cooperation between Native American and rural white communities. *American Indian culture and research journal*, 29(4), 21-43.
- Groves, R., Middleton, A., Murie, A., & Broughton, K. (2003). *Neighbourhoods that work. A study of the Bournville estate, Birmingham*. Bristol: The policy Press.
- Gubbay, J. (1997). A Marxist critique of Weberian Class Analyses. *Sociology*, 31(1), 73-89.
- Gurovich, A. (1990). La Pintana: la ciudad interminable. *INVI*, 9, 5-19.
- Haramoto, E. (1987). *Vivienda social. Tipología de desarrollo progresivo*. Santiago de Chile: Instituto de la vivienda Universidad de Chile y Centro de Estudio de la Vivienda Universidad Central.
- Harvey, D. (1989). *The condition of Posmodernity. An enquiry into the Origins of Cultural Change*. Cambridge: Blackwell Publishers.
- Harvey, D. (1996). *Justice, Nature & the Geography of difference*. Cambridge: Blackwell Publishers.
- Harvey, D. (2012). *Rebel cities. From the Right to the city to the Urban Revolution*. London: Verso.
- Hein, K., Cárdenas, A., Henríquez, K., & Valenzuela, S. (2013). Aproximación al análisis cualitativo de redes sociales. Experiencias en el estudio de redes personales mediante Ego.Net.QF. *Revista hispánica para el Análisis de redes sociales*, 24(2), 58-80.
- Hernández, R., Fernández-Collado, C., & Baptista, P. (2006). *Metodología de la Investigación*. México D.F: McGraw-Hill.
- Herrmann, M., & Van Klaveren, A. (2016). Disminución de la participación de la población en organizaciones sociales durante los últimos trece años en Chile e implicaciones para la construcción de una política de planificación urbana más participativa. *Eure*, 42(125), 175-203.
- Hidalgo, M., & Hernandez, B. (2001). Place attachment: Conceptual and empirical questions. *Journal of environmental psychology*, 21(3), 273-281.
- Hidalgo, R, Paulsen A. & Santana, L. (2016). El neoliberalismo subsidiario y la búsqueda de justicia e igualdad en el acceso a la vivienda social: el caso de Santiago de Chile (1970-2015). *Andamios. Revista de Investigación Social*, 13(32), 57-81.
- Hidalgo, R. (2004). De los pequeños condominios a la ciudad vallada: las urbanizaciones cerradas y la nueva geografía social en Santiago de Chile. *Eure*, 30(91), 29-52.
- Hidalgo, R. (2005). *La vivienda social en Chile y la construcción del espacio urbano en el Santiago del siglo XX*. Santiago de Chile: Serie Geolibros.
- Hidalgo, R. (2007). ¿Se acabó el suelo en la gran ciudad? Las nuevas periferias metropolitanas de la vivienda social en Santiago de Chile. *Eure*, 33(98), 57-75.

- Hidalgo, R., & Saldías, B. (1998). Satisfacción residencial de los usuarios en los programas de vivienda social en Santiago de Chile. *Scripta Vetera*.
- Hidalgo, R., Borsdorf, A., & Plaza, F. (2009). Parcelas de agrado alrededor de Santiago y Valparaíso: ¿ Migración por amenidad a la chilena?. *Revista de Geografía Norte Grande*, (44), 93-112.
- Hidalgo, R., Santana, L. & Link, F. (2018). New neoliberal public housing policies: between centrality discourse and peripheralization practices in Santiago, Chile. *Housing Studies*, 1-30.
- Hidalgo, R., Zunino, H., & Álvarez, L. (2007). El emplazamiento periférico de la vivienda social en el área metropolitana de Santiago de Chile: Consecuencias socioespaciales y sugerencias para modificar los criterios actuales de localización. *Scripta Nova*, 11(245).
- Honneth, A. (1999). Comunidad. Esbozo de una historia conceptual. *Isegoría. Revista de Filosofía Moral y Política*, 20, 5-15.
- Howell-Moroney, M. (2005). The geography of opportunity and unemployment: an integrated model of residential segregation and spatial mismatch. *Journal of Urban Affairs*, 27(4), 353-377.
- Imilian, W. (2016). Políticas y luchas por la vivienda en Chile: el camino neoliberal. *Working Papers Series. Contested Cities*.
- Jackson, E., & Butler, T. (2015). Revisiting 'social tectonics': The middle classes and social mix in gentrifying neighbourhoods. *Urban Studies*, 52(13), 2349-2365.
- Janoschka, M., & Sequera, J. (2016). Gentrification in Latin America: addressing the politics and geographies of displacement. *Urban Geography*, 37(8), 1175-1194.
- Jeffery, B. (2018). 'I Probably Would Never Move, but Ideally Like I'd Love to Move This Week': Class and Residential Experience, Beyond Elective Belonging. *Sociology*, 52(2), 245-261
- Jencks, C., & Mayer, S. (1989). *The Social Consequences of Growing Up in a Poor Neighborhood: A Review*. Northwestern: Center for Urban Affairs and Policy Research.
- Jenson, J. (1998). *Mapping the social cohesion: The state of canadian research*. Canadian Policy Research Networks Inc.
- Kain, J. (1968). Housing segregation, Negro employment, and metropolitan decentralization. *Quarterly Journal of Economics*, 82(2), 175-197.
- Kallin, H., & Slater, T. (2014). Activating territorial stigma: gentrifying marginality on Edinburgh's periphery. *Environment and planning A*, 46(6), 1351-1368
- Kan, K. (2007). Residential mobility and social capital. *Journal of Urban Economics*, 61(3), 436-457.
- Karlgrén, G. (2015). *Narratives of belonging in a suburb of change*. Thesis of master. Sociology Department. Stockholms universitet.
- Kawachi, I., Kennedy, B. P., & Glass, R. (1999). Social capital and self-rated health: a contextual analysis. *American journal of public health*, 89(8), 1187-1193.

- Kaztman, R. (2007). La calidad de las relaciones sociales en las grandes ciudades de América Latina. *Pensamiento Iberoamericano*, 117–205.
- Kaztman, R. (2010). La dimensión espacial de la cohesión social en América Latina. In CEPAL (Ed.), *Cohesión social en América Latina* (pp. 39–84). New York: CEPAL.
- Kearns, A., & Forrest, R. (2000). Social Cohesion and Multilevel Urban Governance. *Urban Studies*, 37(5), 995–1017.
- Kearns, A., McKee, M. J., Sautkina, E., Cox, J., & Bond, L. (2013). How to mix? Spatial configurations, modes of production and resident perceptions of mixed tenure neighbourhoods. *Cities*, 35, 397–408.
- Kendig, H. (1984). Housing careers, life cycle and residential mobility: implications for the housing market. *Urban Studies*, 21(3), 271–283
- King, A., (2000). Thinking with Bourdieu against Bourdieu: a “practical” critique of the habitus. *Sociological Theory*, 18(3): 417–433.
- Klebman, C. (1988). *ZweiStaaten, eine Nation. Deutsche Geschichte 1955-1970*. Bonn: Bundeszentrale für Politische Bildung.
- Kleinhaus, R. (2004). Social implications of housing diversification in urban renewal: A review of recent literature. *Journal of Housing and the Built Environment*, 19(4), 367–390
- Kleit, R. (2001). The role of neighborhood social networks in scattered-site public housing residents’ search for jobs. *Housing Policy Debate*, 12(3), 541–573
- Kleit, R. & Carnegie, N. B. (2011). Integrated or isolated? The impact of public housing redevelopment on social network homophily. *Social Networks*, 33(2), 152–165.
- Labonte, R. (2014). Social inclusion/exclusion: dancing the dialectic. *Health Promotion Internacional*, 19(1), 115–121.
- Lamont, M., & Molnár, V. (2002). The study of boundaries in the social sciences. *Annual review of sociology*, 28(1), 167–195.
- Lefebvre, H. (1969). *El derecho a la ciudad*. Barcelona: ediciones península.
- Lefebvre, H. (1971). *De lo rural a lo urbano*. Barcelona: ediciones península.
- Lefebvre, H. (1976). *Espacio y política*. Barcelona: ediciones península.
- Lefebvre, H. (2013). *La producción del espacio*. Madrid: capitán Swing Libros.
- Lenoir, R. (1974). *Les exclus. Un Français sur dix*. París: Le Seuil.
- Lin, N. (1999). Social networks and status attainment. *Annual review of sociology*, 25(1), 467–487
- Lin, N. (2001). *Social capital. A theory of social structure and action*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Linares, S. (2013). Las consecuencias de la segregación socioespacial: un análisis empírico sobre tres ciudades medias Bonaerenses (Olavarría, Pergamino y Tandil). *Cuaderno Urbano*, 14(14).
- Lindón, A. (2005). El mito de la casa propia y las formas de habitar. *Scripta Nova: revista electrónica de geografía y ciencias sociales*, 9, Disponible en <https://www.raco.cat/index.php/scriptanova/article/view/64106>

- Link, F., & Valenzuela, F. (2014). Sociabilidad en contextos de fragmentación urbana. Inclusión y exclusión metropolitana en Santiago de Chile. *Proyección* 17, 8, 149–168.
- Link, F., Valenzuela, F., & Fuentes, L. (2015). Segregación, estructura y composición social del territorio metropolitano en Santiago de Chile: Complejidades metodológicas en el análisis de la diferenciación social en el espacio. *Revista de geografía Norte Grande*, (62), 151-168.
- Liu, Y., Wu, F., Liu, Y., & Li, Z. (2016). Changing neighbourhood cohesion under the impact of urban redevelopment: a case study of Guangzhou, China. *Urban Geography*, 1–26.
- Livingston, M., Kearns, A., & Bailey, N. (2013). Delivering mixed communities: the relationship between housing tenure mix and social mix in England's neighbourhoods. *Housing Studies*, 28(7), 1056-1080.
- Lukacs, G. (1971). *History and Class Consciousness: Studies in Marxist Dialectics*. London: The Merlin Press.
- Mann, M. (1970). The social cohesion of liberal democracy. *American Sociological Review*, 35(3), 423–439.
- Marchant, C., Frick, J., & Vergara, L. (2016). Urban growth trends in midsize Chilean cities: the case of Temuco. *Urbe, Revista Brasileira de Gestao Urbana*, 8(3), 375–389.
- Márques, E. (2007) *Redes sociais, segregacao e pobreza em Sao Paulo*, Tesis de la Universidad de Sao Paulo, Facultad de Filosofía, Letras e Ciencias Humanas. Departamento de Ciencia política.
- Márques, E. (2010). ¿Cómo son las redes de los individuos en situación de pobreza en Brasil? *Revista Hispana para el Análisis de Redes Sociales*, 18(9), 219–251.
- Márquez, F., & Pérez, F. (2008). Spatial frontiers and neo-communitarian identities in the city: The case of Santiago de Chile. *Urban Studies*, 45(7), 1461-1483.
- Martínez, P. (2006). El método de estudio de caso: estrategia metodológica de la investigación científica. *Pensamiento y Gestión*, (20), 165–193.
- Marx, K. (1976). The poverty of philosophy. In: Marx K and Engels F (eds) *Collected Works, vol. 6 (pp. 105-212)*. London: Lawrence & Wishart.
- Marx, K. (1852). *The Eighteenth Brumaire of Louis Bonaparte*. New York: Die revolution.
- Massey, D. (1991). The political place of locality studies. *Environment and Planning*, 23(2), 267–281.
- Massey, D. (1994). *A global sense of place*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Maturana, B., & Horne, R. (2016). Towards socially integrated housing in Chile: assessing conaviability through two key housing projects. *Open House International*, 41(2).
- Maturana, B., Vergara, L., & Romano, S. (2016). Vivienda pública de mixtura social en la ciudad neoliberal: dinámicas de integración social en Villa Las Araucarias, La Serena, Chile. *Contested Cities*.

- Maxwell, J. (1996). *Social Dimensions of Economic Growth*. In Eric John Hanson Memorial Lecture Series. University of Alberta.
- McCarty, C. (2002). Structure in Personal Networks. *Journal of Social Structure*, 3(1).
- McPherson, M., Smith-Lovin, L., & Cook, J. M. (2001). Birds of a feather: Homophily in social networks. *Annual review of sociology*, 27(1), 415-444.
- Meer, T. van der, & Tolsma, J. (2014). Ethnic Diversity and Its Effects on Social Cohesion. *Annual Review of Sociology*, 40, 459–478.
- Méndez, M. (2008). Middle class identities in a neoliberal age: tensions between contested authenticities. *The Sociological Review*, 56(2), 220-237.
- Méndez, M. & Gayo, M. (2018). *Upper middle class social reproduction. Wealth, schooling, and residential choice in Chile*. Cham: Palgrave.
- Méndez, M., Otero, G., López, E., Link, F. & Castillo, V. (2017). *Resultados primera ola Estudio Longitudinal social de Chile (ELSOC)*. Módulo Territorio. COES: Santiago.
- Merton, R. (1938). *Social structure an anomie*. Harvard: Harvard University Press.
- Miltenburg, E. (2005). The Conditionality of Neighbourhood Effects upon Social Neighbourhood Embeddedness: A Critical Examination of the Resources and Socialisation Mechanisms. *Housing Studies*, 30(2), 272–294.
- MINVU (1976). *Memoria 1975*. Santiago de Chile: Ministerio de Vivienda y Urbanismo.
- MINVU (2004). *Chile. Un siglo de políticas de vivienda y de barrio*. Santiago: MINVU.
- MINVU (2007). *Agenda ciudades 2006-2010*. Santiago: MINVU.
- MINVU (2009). Propuesta de Política Nacional de Desarrollo. Disponible en: <http://cndu.gob.cl/wp-content/uploads/2014/10/L4-Politica-Nacional-Urbana.pdf>
- MINVU (2014). *Pauta de selección de proyectos y familias. Resolución no 0952*. Santiago: MINVU.
- Molano, F. (2016). El derecho a la ciudad: de Henri Lefebvre a los análisis sobre la ciudad capitalista contemporánea. *Folios*, (44), 3-19.
- Morales, E., & Rojas, S. (1986). *Relocalización socio-espacial de la pobreza. Política estatal y presión popular, 1979-1985*. Santiago de Chile: FLACSO.
- Morandé, F. (2007). *Carta enviada al diario el Mercurio*. 24 de Octubre.
- Morandé, F., & García, C. (2004). *Financiamiento de la Vivienda en Chile*. Washington: Inter-American Development Bank Research Department.
- Moulaert, F., Parra, V. & Swyngedouw, E. (2014). Ciudades, barrios y gobernanza multiescalar en la Europa urbana. *Eure*, 40(119), 5-24.

- Mulgan, G., Potts, G., Audsley, J., Carmona, M., de Magalhães, C., Sieh, I. and Sharpe, C. (2006), *Mapping Value in the Built Urban Environment*. London: The Young Foundation.
- Musterd, S., & Andersson, R. (2005). Housing mix, social mix, and social opportunities. *Urban affairs review*, 40(6), 761-790.
- Neilson, D. (2017). In-itself for-itself: Towards second-generation neo-Marxist class theory. *Capital & Class*, 1-23. *Pre-print*.
- O'Reilly, D. (2005). Social Inclusion: A Philosophical Anthropology. *Politics*, 25(2), 80–88.
- Owens, A. (2017). How Do People-Based Housing Policies Affect People (and Place)?. *Housing Policy Debate*. 27(2), pp. 266-281.
- Pakulski, J. & Waters, M. (1996). *The Death of Class*. London: Sage.
- Parekh, B. (2000). *The future of multi-ethnic Britain*. London: Profile Books.
- Parsons, T. (1968). *The Structure of Social Action*. New York, The Free Press.
- Parsons, T., & Shils, E. (1951). *Toward a General Theory of Action: Theoretical Foundations for the Social Sciences*. New York: Harper and Row.
- Paton, K. (2013). HSA special issue: Housing in “hard times”: Marginality, inequality and class. *Housing, Theory and Society*, 30(1), 84-100
- Paton, K. (2014). *Gentrification: A working-class perspective*. New York: Routledge.
- Paugam, S. (2012). Protección y reconocimiento. Por una sociología de los vínculos sociales. *Papeles del CEIC*, 2(82), 1-19.
- Pérez-Ahumada, P. (2017). The End of a Traditional Class Distinction in Neoliberal Society: ‘White-collar’ and ‘Blue-collar’ Work and its Impact on Chilean Workers’ Class Consciousness. *Critical Sociology*, 43(2), 291-308.
- Pérez, G. (2015). El proyecto urbano “La Chimba” Antofagasta, aciertos y retos pendientes. *Revista de Urbanismo*, (32), 54-69.
- PROURBANA. (2010). *Logros y dificultades que enfrentan los proyectos inmobiliarios que promueven la mezcla social de familias de distintos ingresos*. Disponible en <https://politicaspUBLICAS.uc.cl/wp-content/uploads/2015/02/descargar-iv-ciclo.pdf>
- Puente, P., De La, Torres, E., & Muñoz, P. (1990). Satisfacción residencial en soluciones habitacionales de radicación y erradicación para sectores pobres de Santiago. *Eure*, 16(49), 7–22.
- Putnam, R. (2000). *Solo en la Bolera: Colapso y resurgimiento de la comunidad norteamericana*. Barcelona: Círculo de lectores.
- Putnam, R. (2007). E pluribus unum: Diversity and community in the twenty-first century the 2006 Johan Skytte Prize Lecture. *Scandinavian political studies*, 30(2), 137-174.
- Putnam, R. (2011). *Para que la democracia funcione: Las tradiciones cívicas en la Italia moderna*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Raman, S. (2010). Designing a liveable compact city: physical forms of city and social life in urban neighbourhoods. *Built environment*, 36(1), 63-80

- Rasse, A. (2012). *¿Juntos pero no revueltos? Integración social en casos de proximidad residencial entre hogares con distinto nivel de ingresos*. Tesis para optar al grado de Doctor en Arquitectura y Estudios Urbanos. Instituto de Estudios Urbanos. Pontificia Universidad Católica de Chile.
- Rasse, A. (2015). Juntos pero no revueltos: procesos de integración social en fronteras residenciales entre hogares de distinto nivel socioeconómico. *Eure*, 41(122), 125-143.
- Ravinet, J. (2004). La política habitacional chilena. Alternativas de acceso a la vivienda para las familias más pobres. *INVI*, 19(50), 132-147.
- República de Chile. (1978). Decreto Supremo núm. 188. Ley de la República. Santiago: Diario Oficial de la República de Chile.
- República de Chile (2018). Ley n° 20958. Establece un sistema de aportes al espacio público.
- Roberts, M. (2007). Sharing space: Urban design and social mixing in mixed income new communities. *Planning Theory & Practice*, 8(2), 183-204.
- Rodríguez, A., & Icaza, A. M. (1993). Procesos de expulsión de habitantes de bajos ingresos del centro de Santiago, 1981-1990. *Proposiciones*, 22, 1-31.
- Rodríguez, A., & Sugranyes, A. (2004). El problema de vivienda de los “con techo.” *Eure*, 30(91), 53-65.
- Rojas, E., & Greene, M. (1995). Reaching the poor: lessons from the Chilean housing experience. *Environment and urbanization*, 7(2), 31-50.
- Romano, S. (2014). *Lineamientos de diseño urbano-arquitectónicos y de gestión para los proyectos de vivienda de integración social. Caso de estudio: Villa Las Araucarias, La Serena*. Tesis para optar al grado de Arquitecta. Facultad de Arquitectura y Urbanismo - Universidad de Chile.
- Ruiz-Tagle, J. (2013). A Theory of Socio-spatial Integration: Problems, Policies and Concepts from a US Perspective. *International Journal of Urban and Regional Research*, 37(2), 388-408.
- Ruiz-Tagle, J. (2016a). La persistencia de la segregación y la desigualdad en barrios socialmente diversos: un estudio de caso en La Florida, Santiago. *Eure*, 42(125), 81-107.
- Ruiz-Tagle, J. (2016b). La segregación y la integración en la sociología urbana: revisión de enfoques y aproximaciones críticas para las políticas públicas. *INVI*, 31(87), 9-57.
- Ruiz-Tagle, J., & López, E. (2014). El estudio de la segregación residencial en Santiago de Chile: revisión crítica de algunos problemas metodológicos y conceptuales. *EURE (Santiago)*, 40(119), 25-48.
- Sabatini, F. (2000). Reforma de los mercados de suelo en Santiago, Chile: efectos sobre los precios de la tierra y la segregación residencial. *Eure*, 26(77), 49-80.

- Sabatini, F. (2015). Hacia una política de integración social urbana: cinco carencias de la Política Nacional de Desarrollo Urbano. En la Biblioteca del Congreso Nacional de Chile (Ed.), *La ciudad que queremos* (pp. 64–83). Valparaíso: Ediciones Universitarias Valparaíso.
- Sabatini, F., Wormald, G., & Rasse, A. (2013a). *Segregación de la vivienda social: ocho conjuntos en Santiago, Concepción y Talca*. Santiago de Chile: Instituto de Estudios Urbanos.
- Sabatini, F. & Vergara, L. (2018). ¿Apoyo a lugares o apoyo a personas? Dos proyectos chilenos de vivienda socialmente integrada. *INVI*, 33(94), 9-48.
- Sabatini, F., & Brain, I. (2008). La segregación, los guetos y la integración social urbana: mitos y claves. *Eure*, 34(103), 5–26.
- Sabatini, F., & Salcedo, R. (2007). Gated communities and the poor in Santiago, Chile: Functional and symbolic integration in a context of aggressive capitalist colonization of lower-class areas. *Housing Policy Debate*, 18(3), 577-606
- Sabatini, F., Brain, I., & Prieto, J. (2011). Subsidio a la localización: desnaturalización de una política de integración social. *Curso sobre políticas e instrumentos de gestión de suelo*. UNAL Bogotá y Lincoln Policy Institute.
- Sabatini, F., Cáceres, G., & Cerda, J. (2001). Segregación residencial en las principales ciudades chilenas: Tendencias de las tres últimas décadas y posibles cursos de acción. *Eure*, 27(82), 21–42.
- Sabatini, F., Mora, M., Polanco, M., & Brain, I. (2013b). Conciliando integración social y negocio inmobiliario: seguimiento de proyectos integrados (PIS) desarrollados por inmobiliarias e implicancias de política. *Documento de Trabajo Del Lincoln Institute of Land Policy*. Disponible en https://www.lincolninst.edu/sites/default/files/pubfiles/sabatini-wp14fs1sp-full_o.pdf
- Sabatini, F., Rasse, A., Mora, P., & Brain, I. (2012). ¿ Es posible la integración residencial en las ciudades chilenas?: Disposición de los grupos medios y altos a la integración con grupos de extracción popular. *EURE (Santiago)*, 38(115), 159-194.
- Sabatini, F., Salcedo, R., Gómez, J., Silva, R. & Trebilcock, M. (2013c). Microgeografías de la segregación: estigma, xenofobia y adolescencia urbana. En Sabatini, F., Wormald, G., y Rasse, A. *Segregación de la vivienda social: ocho conjuntos en Santiago, Concepción y Talca* (34-66). Santiago: Colección Estudios Urbanos UC.
- Sabatini, F., Sarella, M., & Vásquez, H. (2009). Gentrificación sin expulsión, o la ciudad latinoamericana en una encrucijada histórica. *Revista 180*, (24), 18-25.

- Sabatini, F., Wormald, G., Trebilcock, M., & Rasse, A. (2013d). *Cultura de cohesión e integración en las ciudades chilenas*. Santiago: Instituto de Estudios Urbanos.
- Sabatini, F.; Wormald, G.; Sierralta, C. & Peters, P. (2010). Segregación residencial en Santiago: Tendencias 1992-2002 y efectos vinculados con su escala geográfica. En F. Sabatini, R. Salcedo, G. Wormald & G. Cáceres (Eds.), *Tendencias de la segregación en las principales ciudades chilenas: Análisis censal 1982-2002* (pp. 19-42). Santiago: Pontificia Universidad Católica de Chile/Instituto Nacional de Estadísticas.
- Salcedo, R. (2002). El espacio público en el debate actual: Una reflexión crítica sobre el urbanismo post-moderno. *Eure*, 28(84), 5-19.
- Salcedo, R., & Rasse, A. (2012). The heterogeneous nature of urban poor families. *City & Community*, 11(1), 94-118.
- Salcedo, R., & Torres, A. (2004). Gated communities in Santiago: wall or frontier?. *International Journal of urban and regional research*, 28(1), 27-44.
- Sanz, L. (2003). Análisis de redes sociales: o cómo representar las estructuras sociales subyacentes. *Apuntes de Ciencia y Tecnología*, (7), 21-29.
- Saravia, F. (2018). Vínculo entre percepción territorial y movilidad espacial en trayectorias de la clase media profesional: región de Los Lagos, Chile. *Cadernos Metrópole.*, 20(42), 531-551.
- Sarkissian, W. (1976). The idea of social mix in town planning: An historical review. *Urban Studies*, 13(3), 231-246.
- Savage, M. (2010). The politics of elective belonging. *Housing, Theory and Society*, 27(2), 115-161.
- Savage, M. (2016). The fall and rise of class analysis in British sociology, 1950-2016. *Tempo soc*, 28, 2, 57-72
- Savage, M., Bagnall, G. & Longhurst, B. (2005). *Globalization and Belonging*. London: Sage.
- Savage, M., Bagnall, G., & Longhurst, B. (2001). Ordinary, ambivalent and defensive: Class identities in the Northwest of England. *Sociology*, 35(4), 875-892.
- Scharf, B. (1974). *El estudio sociológico de la religión*. Buenos Aires: Seix Barral.
- Schiefer, D., & Noll, J. van der. (2016). The Essentials of Social Cohesion: A Literature Review, *Social Indicators research*, 1-25.
- Sennett, R. (2000). *La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*. Barcelona: Anagrama.
- Simmel, G. (2002). *Cuestiones fundamentales de sociología*. Barcelona: Gedisa.
- Skeggs, B. (1997). *Formations of class & gender: Becoming respectable*. London: Sage.

- Slater, T. (2013). Your life chances affect where you live: A critique of the 'cottage industry' of neighbourhood effects research. *International Journal of Urban and Regional Research*, 37(2), 367-387.
- Somma, N. & Valenzuela, E. (2015). Las paradojas de la cohesión social en América Latina. *Revista del CLAD Reforma y Democracia*, (61), 43-74.
- Stacciarini, J. & Cook, C. (2015). La aplicación efectiva de la investigación usando métodos mixtos. *Enfermería universitaria*, 12(3), 99-101.
- Starks, H., & Brown, S. (2007). Choose your method: A comparison of phenomenology, discourse analysis, and grounded theory. *Qualitative health research*, 17(10), 1372-1380
- Stillerman, J. (2017). Housing pathways, elective belonging, and family ties in middle class Chileans' housing choices. *Poetics*, 61, 67-78
- Stolle, D., Soroka, S., & Johnston, R. (2008). When Does Diversity Erode Trust? Neighborhood Diversity, Interpersonal Trust and the Mediating Effect of Social Interactions. *Political Studies*, 56(1), 57-75.
- Sugranyes, A. (2005). La política habitacional en Chile, 1980-2000: un éxito liberal para dar techo a los pobres. In A. Rodríguez & A. Sugranyes (Eds.), *Los con techo, un desafío para la política de vivienda social* (pp. 23-58). Santiago de Chile: Ediciones SUR.
- Talen, E. (2002). The social goals of new urbanism. *Housing policy debate*, 13(1), 165-188.
- Tapia, R. (2011). Vivienda social en Santiago de Chile: análisis de su comportamiento locacional, periodo 1980-2002. *INVI*, (26), 105-131.
- Taylor, S. & Bogdan, R. (1987). *Introducción a los métodos cualitativos de investigación. La búsqueda de significados*. Barcelona: Paídos.
- Tersteeg, A. & Pinkster, F. (2016). "Us Up Here and Them Down There" How Design, Management, and Neighborhood Facilities Shape Social Distance in a Mixed-Tenure Housing Development. *Urban Affairs Review*, 52(5), 751-779.
- Tester, G., Ruel, E., Anderson, A., Reitzes, D., & Oakley, D. (2011). Sense of Place among Atlanta Public Housing Residents. *Urban Health*, 88(3), 436-453.
- Tiesdell, S. (2004). Integrating affordable housing within market-rate developments: the design dimension. *Environment and Planning B: Planning and Design*, 31(2), 195-212.
- Tilly, C. (2002). *La desigualdad persistente*. Buenos Aires: Ediciones Manantial.
- Tironi, M. (2003). *Nueva pobreza urbana: vivienda y capital social en Santiago de Chile, 1985-2001*. Santiago de Chile: Ril editores.
- Tocqueville, A. de. (2002). *La democracia en América*. Madrid: Alianza Editorial.
- Tönnies, E. 1947. *Comunidad y sociedad*. Buenos Aires: Losada.

- Torterola, E. (2010). Racionalización y comunización en la esfera económica. Los matices del individualismo en la teoría de la modernidad weberiana. *Papeles del CEIC*, 1(56), 1-24.
- Tunstall, R., & Lupton, R. (2010). *Mixed communities: evidence review*. Disponible en https://assets.publishing.service.gov.uk/government/uploads/system/uploads/attachment_data/file/7606/1775206.pdf
- Turok, I. (2006). The connections between social cohesion and city competitiveness. In OECD (Ed.), *OECD Competitive cities in the global economy*. Paris: OECD.
- Urrutia-Mosquera, J., López-Ospina, H., Sabatini, F., & Rasse, A. (2017). Tolerancia a la diversidad y segregación residencial. Una adaptación del modelo de segregación de Schelling con tres grupos sociales. *Eure*, 43(130), 5-24.
- Urry, J. (2000). Mobile sociology 1. *The British journal of sociology*, 51(1), 185-203.
- Van der Gaag, M., Snijders, T., & Flap, H. (2008). Position generator measures and their relationship to other social capital measures. En Lin, N. y Erickson, B. *Social capital: An international research program*. New York: Oxford University Press. pp. 27-49.
- Van Gent, W., Boterman, W. & Van Grondelle, M. (2016). Surveying the Fault Lines in Social Tectonics; Neighbourhood Boundaries in a Socially-mixed Renewal Area. *Housing, Theory and Society*, 33(3), 247-267.
- Van Kempen, R., & Bolt, G. (2009). Social cohesion, social mix, and urban policies in the Netherlands. *Journal of Housing and the Built Environment*, 24(4), 457-475.
- Vidal, T., Berroeta, H., Masso, A. de, Varela, S., & Peró, M. (2013). Apego al lugar, identidad de lugar, sentido de *comunidad y participación en un contexto de renovación urbana*. *Estudios de Psicología*, 34, 275-286.
- Villarreal, A., & Silva, B. (2006). Social Cohesion, Criminal Victimization and Perceived Risk of Crime in Brazilian Neighborhoods. *Social Forces*, 84(3), 1725-1753.
- Vincent, C., Neal, S., & Iqbal, H. (2017). Encounters with diversity: Children's friendships and parental responses. *Urban studies*, 54(8), 1974-1989.
- Völker, B., & Flap, H. (1997). The comrades' belief: Intended and unintended consequences of communism for neighbourhood relations in the former GDR. *European Sociological Review*, 13(3), 241-265.
- Wacquant, L., (2014), 'Homines in extremis: what fighting scholars teach us about habitus'. *Body and Society*, 20 (2): 3-17.
- Watt, P. (2009). Living in an oasis: middle-class disaffiliation and selective belonging in an English suburb. *Environment and planning A*, 41(12), 2874-2892
- Watt, P. (2010). Focus article: unravelling the narratives and politics of belonging to place. *Housing, Theory and Society*, 27(2), 153-159.

- Webber, R. (2007). The metropolitan habitus: its manifestations, locations, and consumption profiles. *Environment and Planning A*, 39(1), 182-207
- Weber, M. (1984). *La acción social: ensayos metodológicos*. Barcelona: Península.
- Weber, M. (1998). *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. Madrid: Itsmo.
- Weber, M. (2002). *Economía y sociedad*. Madrid: Fondo de Cultura económica.
- Wessendorf, S. (2014). 'Being open, but sometimes closed'. Conviviality in a super-diverse London neighbourhood. *European journal of cultural studies*, 17(4), 392-405.
- Woolley, F. (1998) *Social cohesion and voluntary activities: making connections*.
- Wormald, G., & Trebilcock, M. P. (2015). Trabajo y cohesión social en el ámbito urbano: tensiones y desafíos en la sociedad de mercado chilena. *IdeAs. Idées d'Amériques*, (5).
- Wright, E. (1986). What is middle about the middle class? In: Roemer J (ed.) *Analytical Marxism* (pp. 114-140). Cambridge: Cambridge University Press.
- Yopo, M., Rivera S. & Peters, G. (2012). Individuación y políticas sociales en Chile. Sobre la experiencia de nuevas propietarias en la comuna de Lo Espejo. *Polis* 11(32), 241-266.
- Zunino, H., & Hidalgo, R. (2009). Spatial and socioeconomic effects of social housing policies implemented in neoliberal Chile: the case of Valparaíso. *Urban Geography*, 30(5), 514-542.

Anexos

Encuesta de sociabilidad

La siguiente encuesta se enmarca dentro de la Investigación titulada “Cohesión social en los proyectos Habitacionales de Integración Social en Chile”, desarrollada por Luis Alejandro Vergara Erices en el Doctorado de Arquitectura y Estudios Urbanos de la Pontificia Universidad Católica de Chile. El objetivo de esta encuesta es caracterizar socio-económicamente los vínculos sociales que mantienen los residentes de los Proyectos de Integración Social. Según el pre test realizado, la encuesta le llevará alrededor de 40 minutos responderla. La encuesta se estructura en dos partes. En la primera se le solicitará información para caracterizarlo social y demográficamente. En la segunda se le solicitará información para saber cuáles son las redes personales que usted mantiene al interior y exterior del barrio. Muchas gracias por ser parte de esta investigación.

Parte 1.- Caracterización socio-demográfica del encuestado

A continuación, voy a solicitar a Usted su información social, económica y demográfica. Este será de utilidad en el trabajo, especialmente para comparar las diferencias que hay entre las redes personales de los vecinos de su barrio.

Nombre o seudónimo				Total integrantes grupo familiar:			
Edad	18-26	26-40	40-50	50-65	+65		
Nivel de escolaridad	Básica incompleta	Básica completa	Media incompleta	Media completa	Técnica superior	Universitaria	Postgrado
Ocupación principal							
Dependencia laboral	Dependiente	Independiente		Jubilado		Cesante	Dueña de casa
Tipo de subsidio o forma a través de la que obtuvo su vivienda	Fondo solidario	D.S 40 (subsidio clase media)	Origen Municipal	Compra directa		Arrendamiento	Allegado
Estado civil	Soltera/a	Casada/o		Viuda/o		Conviviente	
A que condición étnica-cultural se siente perteneciente	Chileno	Pueblo originario. Especifique: _____		Extranjero. Especifique: _____		Ninguna	

A continuación, le preguntaré sobre las personas que usted conoce en su barrio y fuera de este lugar. No importa si son amigos o no. **Un conocido es alguien que Ud. conoce por su nombre y con quien podría conversar si se encontrara con él o ella en la calle o un centro comercial.**

¿Puede indicarme el nombre o seudónimo de personas con las cuales ha tenido contacto en los últimos dos meses y que tengan las siguientes ocupaciones?³¹ Una vez identificada la persona, responda las preguntas en los casilleros superiores para cada una de ellas. Esto será de utilidad para caracterizar social y espacialmente su red de contactos.

Categoría ocupacional ³²	¿Cuál es el nombre de sus conocidos	¿Cómo calificaría la relación? 1: De amistad 2: Familiar 3: laboral o profesional 4: De servicios públicos o instituciones	¿Dónde reside habitualmente? 1: Juvencio Valle/San Alberto 2: San Bernardo, El Bosque o La Pintana /Puente Alto 3: otra comuna de Santiago ¿Cuál? (escribir en casillero) 4: otra región ¿cuál? (escribir en casillero) 5: otro país ¿cuál? (escribir en casillero)	¿Dónde se produce habitualmente el contacto? 1: mi casa o la de él/ella 2: En casa de terceros 3: Escuela-Universidad-Trabajo 4: En espacios abiertos del barrio (plaza, sede, cancha, calle, negocios) 5: En espacios abiertos fuera del barrio (feria, parque, calle, mall) 6: En servicios públicos o instituciones (Hospital, iglesia, clubes deportivos, etc.)
Gerente, director de empresa, político de alto rango, dueño de empresa grande.				

³¹ La definición de conocido, pregunta planteada y algunas de las ocupaciones consultadas fueron tomadas desde el módulo de redes que actualmente se aplica en la encuesta de CASEN. Ver http://observatorio.ministeriodesarrollosocial.gob.cl/documentos/Informe_Final_Comite_Entorno_y_Redes.pdf

³² Elaboración propia en base a clasificación realizada por la OIT. Disponible en <http://www.ilo.org/public/spanish/bureau/stat/isco/isco88/major.htm> Se preguntó por cada una de las profesiones contenidas en esta encuesta.

Médicos, Profesores, Ingenieros, Biólogos, Abogados, Contadores, Economistas, Psicólogos, Matemáticos, Arquitectos, Odontólogos, trabajadores sociales.				
Técnico informático, Inspector de obras, Técnico en enfermería, Parvularios, Agentes bancarios, Agentes comerciales, Decoradores.				
Secretarias, cajeras, empleados públicos, Telefonistas, repcionista.				
Camareros, mayordomos,				

cocineros, Peluqueros, bomberos, vendedores, azafatas, auxiliar de bus,				
Agricultores, criadores de animales, Apicultores, pescadores, trabajador forestal.				
Albañiles, carpinteros, electricistas, soldadores, mecánicos, artesanos, panaderos, mineros, pintores, herrerros, alfareros, carniceros,				

costuros, zapateros.				
Operadores de maquinarias, camioneros, taxistas, colectiveros, microbuseros.				
vendedor ambulante, recolector de basura, personal doméstico, dueña de casa, conserje, lavanderas, peones, reponedores, “junior”.				
Fuerzas armadas (militares, detectives, marinos)				

Pauta de entrevista semiestructurada

- *Por favor, cuénteme ¿cómo llegó usted a vivir a Juvencio Valle/San Alberto?*
- *¿Dónde vivía usted antes de arribar a Juvencio Valle/San Alberto? ¿Cómo caracterizaría a ese lugar?*
- *¿Por qué eligió vivir aquí?*
- *¿Cómo cree usted que es la reputación social de Juvencio Valle/San Alberto y el lugar donde se ubica su barrio? ¿Está usted de acuerdo con aquella reputación?*
- *¿Ha sentido alguna vez vergüenza por vivir aquí o se siente contento de vivir en este lugar? ¿por qué?*
- *Podría relatarme, ¿Qué es lo mejor y lo peor de vivir en Juvencio Valle/San Alberto?*
- *¿Considera que Juvencio Valle/San Alberto es un lugar mejor en comparación a su residencia anterior? ¿Por qué?*
- *Si usted tuviera que dejar el barrio ¿Considera que esa sería una decisión difícil para usted? ¿Por qué?*
- *¿Cómo describiría usted la relación que hay entre los vecinos de su barrio? ¿Qué le hace catalogar a la relación de esa forma?*
- *¿Confía usted en sus vecinos más cercanos y en otros vecinos más desconocidos que viven en Juvencio Valle/San Alberto? ¿Por qué?*
- *¿Ha habido conflictos por discriminación socioeconómica en su barrio? ¿Podría relatarme cómo fueron los conflictos y cómo se organizaron los vecinos para resolverlos?*
- *¿Ha habido conflictos por ruidos molestos, de seguridad, por basura en las calles, por malas costumbres, por ampliaciones, rumores o cahuines, por delincuencia? ¿Podría relatarme cómo fueron los conflictos y cómo se organizaron los vecinos para resolverlos?*
- *¿Frecuenta usted los espacios públicos-comunes del barrio? ¿Por qué? (examinar la calle, la plaza, la junta de vecinos, la cancha, los negocios, la feria, iglesia). ¿Ha tenido oportunidad de conocer o establecer relación con vecinos en aquellos lugares?*
- *¿Realiza usted sus compras en el barrio o en sus cercanías? ¿o en otro lugar? ¿Por qué prefiere hacerlas en aquellos lugares?*
- *¿Van sus hijos a colegios cercanos? ¿Por qué prefiere enviarlos allí?*
- *¿Utiliza usted el Hospital o CESFAM (centro de salud familiar) que está cerca del barrio? ¿Por qué prefiere usarlo o usarlo?*
- *¿Cómo se describiría usted como persona frente a un grupo de personas desconocidas?*
- *¿Se siente usted más identificado con la clase baja, media o alta?, Según su percepción ¿Cuáles son las principales características de las personas del grupo social con el que se siente identificado? ¿Y de otros los otros grupos sociales?*
- *¿Caracterizaría usted al barrio como un lugar donde conviven familias de diferente condición socioeconómica? ¿por qué? ¿Qué condición*

socioeconómica es la mayoritaria en este barrio y cómo se podrían identificar a las personas que pertenecen a esa clase social?

- Y en relación al entorno a Juvencio Valle/San Alberto, usted diría que las familias que allí viven son de mayor, menor o similar estatus económico que el suyo ¿Qué le hace pensar eso?

- ¿Qué estilos de vida son los que prevalecen en tus vecinos? ¿podría describirlos? ¿Se siente identificado tú con aquellos estilos de vida?

- ¿Qué valores son los que prevalecen en tus vecinos? ¿podría describirlos? ¿Se siente identificado tú con aquellos valores?

- ¿Cómo puede una persona que no conoce el barrio identificar a las personas “diferentes” que habitan en este lugar?

Consentimiento Informado

Tesista de Doctorado en Arquitectura y Estudios Urbanos

Luis Alejandro Vergara Erices

Estimada/o:

Este documento tiene por finalidad entregar a Usted información referida al proyecto en el cual declara participar como entrevistado, de modo que conozca claramente cómo y para qué serán utilizados los datos que aporte.

La investigación titulada “Cohesión social en los proyectos habitacionales de integración en Chile” está siendo desarrollada por Luis Alejandro Vergara Erices en el marco del Doctorado en Arquitectura y Estudios Urbanos de la Pontificia Universidad Católica. El objetivo de dicha investigación es analizar la cohesión social de los barrios de integración social en Chile. La información que Usted nos aporte será de mucha ayuda para el propósito de este trabajo, será estrictamente confidencial y no tendrá ninguna repercusión sobre Usted, su familia u otra persona que conozca.

Si Usted lo autoriza mediante firma, nuestro diálogo o parte de él podrá ser grabado y luego transcrito. Si resulta indispensable utilizar literalmente pasajes de su intervención en algún artículo científico o presentación a seminario o congreso, tiene Usted derecho de revisar el texto previo a su envío/presentación. Para ello se le indicará con la debida antelación si este es el caso. Si hay alguna pregunta que le incomode o prefiera no responder, lo puede hacer saber y se avanzará a otro tema. Puede poner término a la conversación cuando lo estime conveniente y ello no tendrá ninguna repercusión sobre Usted.

Si Usted siente que sus derechos han sido vulnerados puede contactarse directamente la dirección del Doctorado en Arquitectura y Estudios Urbanos al siguiente correo y teléfono:

Correo: amasuero@uc.cl

Teléfono: 22354 56 39

Al final de la conversación, que durará aproximadamente 30 minutos, le entregaré un pequeño obsequio por su colaboración. Usted conservará además una copia de este documento.

Con su firma, Usted declara que es mayor de edad, entiende por qué queremos entrevistarle y que está dispuesto a participar voluntariamente en el estudio,

Firma Participante _____ Firma Investigador _____

Nombre o apodo (optativo):

Fecha:

Lista de abreviaturas

AEP: Aportes al Espacio Público
CEPAL: Comisión Económica Para América Latina
DS: Decreto Supremo
EN: Entrevistado
FSV: Fondo Solidario de Vivienda
JV: Juvencio Valle
LV: Entrevistador
MINVU: Ministerio de Vivienda y Urbanismo
ONU: Naciones Unidas
PIS: Proyecto de Integración Social
SA: San Alberto de Casas Viejas
SEREMI: Secretaria Regional Ministerial
UE: Unión Europea
UF: Unidad de Fomento
USD: Dólar americano